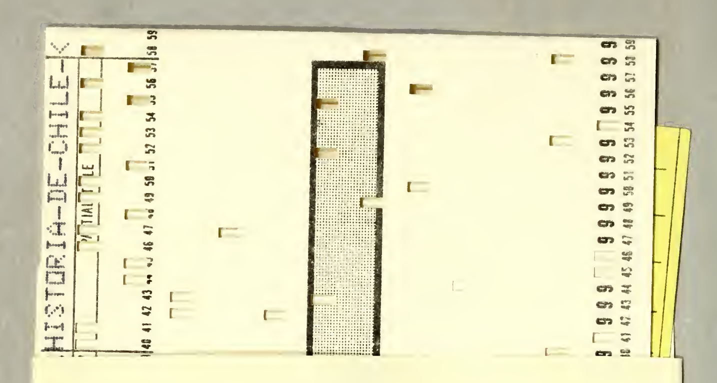
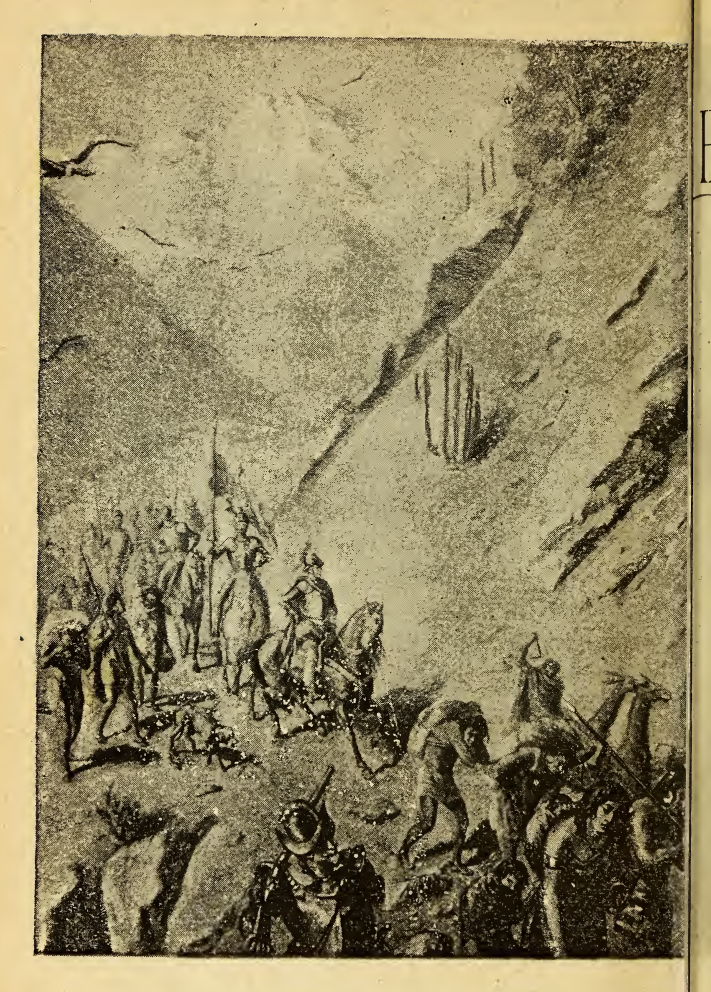



HISTORIA-DE-CHILE-



Adela Fernández
Rivero

DESCUBRIMIENTO DE CHILE



Paso de los Andes por Diego de Almagro

FRANCISCO VALDES VERGARA

HISTORIA DE CHILE

PARA LA

ENSEÑANZA PRIMARIA

SÉPTIMA EDICION



VALPARAISO
Sociedad "Imprenta y Litografía Universo"
Valparaíso y Santiago
1910

I.

LOS INDÍGENAS

1.—Antiguos habitantes de Chile.

HACE cinco siglos todos los habitantes de Chile eran indios. Entonces no había en este país ninguna de las ciudades que hay ahora. Los indios vivían dispersos en los campos con sus mujeres y sus hijos. En ciertos lugares se juntaban tres ó más familias, que vivían cada una en su rancho ó *ruca*; pero en ninguna parte estas rucas alcanzaban á formar una ciudad, ni una aldea.

Las rucas, divididas por tabiques de coligüe, tenían pequeños departamentos destinados á las diversas mujeres con que se casaba cada indio.



Ruca araucana.

En las rucas no había muebles, ni comodidad alguna. Hombres, mujeres y niños dormían tendidos en el suelo. Su almohada, cuando la usaban, era una pie-

dra ó un tronco de árbol; para abrigarse se cubrían con ramas secas; pocos indios tenían un cuero de huanaco que les protegiese contra el frío en las noches tan heladas del invierno.

En aquella época lejana no había en Chile vacas, corderos, caballos, ni gallinas. Tampoco había trigo, maíz, frejoles, ni cebada. Los indios se alimentaban con papas, piñones, avellanas, frutillas y otras frutas silvestres que encontraban en los bosques. Sólo comían carne cuando podían cazar en las montañas un huanaco, un león ó cualquiera otro animal salvaje.

Los indios tenían tanta dificultad para procurarse alimentos que siempre andaban con hambre. Muchas veces, obligados por la necesidad, comían sapos, lagartos y otras sabandijas. También, cuando estaban en guerra, mataban á sus enemigos y los devoraban. No se daban el trabajo de asar ó cocer la carne: la comían cruda. Esto se explica porque los indios carecían de las ollas y demás útiles que usan los hombres civilizados para condimentar sus alimentos. Hacían fogatas en el interior de sus rucas sólo con el objeto de darles luz y calor. Para tener fuego frotaban rápidamente un palo contra un trozo de madera seca. Con este esfuerzo hacían brotar el fuego en algunos minutos y lo propagaban con yerbas secas.

Para depositar sus provisiones y preparar sus comidas usaban vasijas hechas con cortezas de árboles. Como estas vasijas no podían colocarse sobre el fuego, los indios se valían de un sistema muy curioso para calentar el agua y cocer, por excepción, algunos de sus alimentos, como el pescado. Llenando esas vasijas con agua y haciendo cerca de ellas un gran fuego, calentaban numerosas piedras que echaban después á la vasija hasta hacer hervir el agua.

Los indios andaban casi siempre desnudos. No sabían fabricar paños, ni géneros de ninguna especie; tampoco tenían lana ni algodón para fabricarlos. Por consiguiente, no podían hacerse ropas como las que usan los hombres civilizados. Algunos se cubrían parte del

cuerpo con las pieles de los animales salvajes que lograban cazar y usaban una manta hecha con cortezas de árboles. Jamás usaban zapatos ni sombreros. Los hombres y las mujeres eran aficionados á adornarse con plumas. También se adornaban con collares, que hacían de piedrecitas de colores, de conchas y caracoles.

Los que tenían algún parentesco entre sí formaban una familia. El más valiente y más forzudo era el jefe, á quien los españoles dieron el nombre de cacique. Este dirigía á los indios en las guerras que se hacían unas familias contra otras. Cuando había paz, el cacique no podía mandar ni castigar. Cada uno vivía como le daba la gana sin obedecer á nadie.

En la guerra los indios eran más feroces que el león y que el tigre. Mataban á los prisioneros y colgaban sus cabezas en las ramas de los árboles. Les sacaban el corazón y lo pasaban de mano en mano, mordiéndolo cada cual con la rabia más feroz. Bebían la sangre, como si fuera un agradable licor, y comían, sin repugnancia, la carne humana. Con los huesos de los brazos y de las piernas hacían flautas para tocar en sus fiestas. A veces, antes de matar á los prisioneros, les cortaban las manos, los pies, las orejas y las narices ó les sacaban los ojos. Estas mutilaciones se hacían con instrumentos de huesos, de conchas ó de piedra, porque los indios no sabían fabricar instrumentos de metal. Pero aquellos hombres eran tan sufridos que aguantaban estos martirios atroces sin quejarse. Por un esfuerzo poderoso de voluntad se mostraban insensibles al dolor de su cuerpo maltratado y tenían orgullo en morir como valientes, desafiando hasta la última hora á sus enemigos victoriosos.

2.—Costumbres de los indios.

LOS indios se casaban al mismo tiempo con muchas mujeres. Estas eran vendidas por sus padres y cada hombre tenía tantas cuantas podía comprar. Había algunos indios que vivían en sus ranchos hasta con vein-

te mujeres. En ausencia del marido, la esposa de más edad le reemplazaba como jefe de la familia.

Entonces no había leyes, ni jueces para proteger á las mujeres, ni para castigar á los hombres que cometían crueldades con ellas. Los indios eran dueños de sus esposas porque las habían comprado, como se compran hoy los animales de servicio. Del mismo modo, el padre era dueño de sus hijos pudiendo venderlos y matarlos. Nadie le castigaba por esto, que entonces no era un delito. Sin embargo, las mujeres servían muchísimo á sus maridos. Ellas eran las que trabajaban,



La «chueca» como la juegan los araucanos.

porque los hombres, que no tenían otra ocupación que la de pelear, vivían ociosos cuando estaban en paz. Hasta en la guerra acompañaban algunas mujeres á sus maridos, llevando sobre sus espaldas los alimentos que ellos necesitaban.

Los niños eran acostumbrados, desde la más tierna edad, á vivir como hombres. Apenas nacían, sus madres los bañaban en el río ó el estero más próximo á la ruca. Los criaban desnudos y, cuando ya podían andar, los abandonaban para que hiciesen en todo su voluntad.

A los cinco ó seis años los niños indios sabían manejar la lanza, tirar flechas y hacer otros ejercicios guerreros. Sus padres les enseñaban estos ejercicios para que fuesen robustos y forzudos; también los acostumbraban á correr y nadar, de tal modo que corrían sin fatigarse días enteros y pasanba los ríos á nado llevando sus lanzas en la boca ó en una mano. Los adiestraban además en varios juegos de fuerza y agilidad que desarrollaban sus aptitudes militares. Hasta hoy conser van los araucanos el juego de la *chueca* representado en esta lámina.

Desde temprano los muchachos acompañaban á sus padres en sus fiestas y borracheras. Cuando un niño mostraba gusto por la bebida, su padre, en vez de castigarle, le aplaudía; si el niño golpeaba á su madre ó á sus hermanos, el padre quedaba más contento, porque creía que su hijo iba á ser bueno para la guerra. Una vez le preguntaron á un indio por un niño que era su pariente, y él contestó: «ya está grande, ya pelea con su padre y le pega á su madre.» El indio decía esto como una gran recomendación del niño.

Todos los indios tenían mucha afición á emborracharse. En Chile no había uvas para hacer vino ó chicha; pero con frutas silvestres se preparaban bebidas bastante fuertes. Cuando un indio compraba una mujer cuando enterraba un muerto y cuando tenía un combate, se reunían sus parientes ó conocidos para celebrar el acontecimiento con grandes borracheras que duraban muchos días, hasta que el licor se acababa.

3.—Falta de industria y de comercio.

EL aislamiento en que vivían los indios y las guerras que se hacían unos á otros, eran causa de que su existencia fuese tan miserable.

Hoy día en Chile cada individuo trabaja en el oficio que más le gusta y que mejor conoce. El panadero, por ejemplo, no trabaja sino en hacer pan; el zapatero

sólo hace zapatos; el herrero sólo se ocupa en fabricar chapas, llaves, herraduras y otros objetos de fierro. Pero cada individuo vende lo que hace con su trabajo y así tiene dinero para comprar lo que necesita. Esta es la primera ventaja que los hombres obtienen de reunirse para vivir en sociedad y ayudarse los unos á los otros. Todos trabajan y después cambian entre sí lo que han fabricado, comprando y vendiendo cada uno según sus necesidades.



Puntas de flechas.

En aquel tiempo, como ya se ha dicho, los indios vivían dispersos en los campos. No había distintos oficios, no había fábricas de ninguna clase; tampoco había comercio. Cada individuo debía satisfacer sus necesidades sin ayuda de otros; por consiguiente, tenía que privarse de todo lo que no podía conseguir ó fabricar por sí mismo. Por este motivo los indios eran muy atrasados y carecían de las comodidades que hoy tienen hasta las personas más pobres.

Los indios no conocían el fierro ni el cobre. Esto significa que no tenían cuchillos, hachas, ni herramienta alguna para trabajar. Empleaban la piedra, las espinas de pescado, las conchas y los huesos de algunos animales y de algunas aves para fabricar sus armas, sus adornos y los pocos instrumentos que necesitaban en la paz y en la guerra.

El más infeliz de los actuales pobladores de Chile, puede considerarse como muy afortunado si compara su situación con la que tenían los indígenas en aquella época tan lejana. En efecto, á nadie le falta hoy ali-

mento, vestuario y un techo para pasar la noche, por que la industria y el comercio permiten á todos ganar con su trabajo lo indispensable para satisfacer esas necesidades. Los indios, por el contrario, vivían dispersos en los campos sin cultivos, no tenían para alimentarse otros recursos que los que la naturaleza ofrece á los animales, y, por tanto, su existencia era en extremo penosa.

4.—Ideas religiosas.

LOS indios, en su ignorancia, no podían comprender que las lluvias, los truenos, los vientos, eran sucesos naturales y ordinarios en la tierra; ellos creían que alguna persona muy poderosa mandaba esas cosas. Creían también que las enfermedades y la muerte eran mandadas por un poder superior á ellos. Pero, en realidad, no tenían idea de Dios, como la tienen los cristianos. Tampoco tenían idea de que en la vida futura serían premiados los individuos que se hubieran conducido bien en la tierra y castigados los que se hubieran conducido mal. No podían pensar en la recompensa y el castigo, porque tampoco distinguían claramente lo bueno de lo malo. Por el contrario, para ellos, por falta de educación, eran buenos muchos actos que á nosotros nos indignan por su maldad, por ejemplo: golpea á su madre y matar á los que no eran sus amigos. Del mismo modo, ellos miraban como despreciables muchos de los actos que nosotros consideramos dignos de elogio, por ejemplo: perdonar las ofensas en vez de tomar venganza de ellas, tratar al enemigo con bondad, tener buenas costumbres y no robar.

Los indios pensaban que después de la muerte cada persona iba á vivir en otras partes, según su importancia. Creían que los guerreros más valientes eran transportados á las nubes y allí seguían peleando en medio

de las tempestades. Creían que otros quedaban viviende cerca de sus casas y que tomaban el cuerpo de una ave, de un insecto ó de un animal para acercarse á las personas de su familia.

Enterraban á los muertos en un sitio apartado de los ranchos donde habían vivido. Cerca del cadáver ponían algunos alimentos y cántaros de licor, y hacían un gran fuego para que el difunto pudiera alimentarse y calentarse en su nueva vida. Sobre la sepultura colocaban, además, si se trataba de una mujer, sus útiles de trabajo, y si se trataba de un hombre, sus armas de combate. Toda esta ceremonia tenía lugar con acompañamiento de cantos que recordaban las acciones del difunto. El entierro terminaba siempre por una borrachera que solía durar varios días.



Cementerio araucano.

Al cabo de un año la sepultura era visitada por los parientes y amigos. Estos renovaban la provisión de víveres y de licor, recordaban otra vez las acciones del difunto y le contaban todo lo que había ocurrido en su casa después de su muerte, como si él estuviese escuchando. Después de esta última ceremonia nadie volvía á acercarse á la sepultura; pero el recuerdo del muerto siempre se conservaba entre las personas de su familia. Estaban tan convencidos de que el espíritu de alguno de sus parientes vivía al lado de ellos, que tenían la costumbre, al comenzar á beber, de derramar una parte del licor para calmar la sed de esos espíritus.

5.—Los indios del Perú.

En el Perú había entonces unos indios mucho más civilizados que los de Chile. Ellos obedecían con todo respeto á un rey que llamaban Inca y éste los gobernaba con bondad. Para los indios peruanos la persona del Inca era sagrada. Nadie podía tocarle, ni mirarle de frente; los que tenían permiso para hablarle debían acercarse á él con los pies descalzos y con una pequeña carga á la espalda, en señal de sumisión.

El Inca usaba pendientes de oro muy pesados, que servían para alargar sus orejas hasta los hombros. Los indios consideraban las orejas alargadas del Inca como un signo de superioridad. Los trajes del Inca eran de pieles ó de tejidos finos, adornados con oro. En su palacio había más de ocho mil personas para servirle.

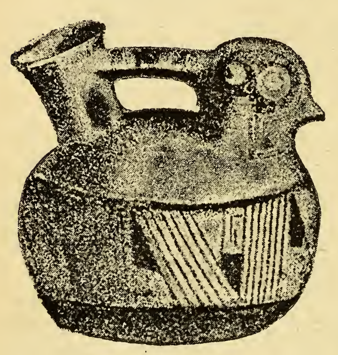
El Inca dictaba leyes que se cumplían severamente. Con este objeto, en todos los pueblos, había gobernadores nombrados por él. Los indios peruanos obedecían con humildad al Inca y á sus gobernadores, de modo que no había entre ellos las continuas guerras que había entre los indios de Chile. Los súbditos del Inca vivían en completa paz, ocupados en trabajar en los campos y las minas, en cuidar los rebaños de llamas ó vicuñas que les daban lana y alimento, en fabricar tejidos para sus trajes, en construír buenas casas, en hacer caminos y otras obras útiles.

El Inca tenía un ejército numeroso para conservar el orden en su reino. A veces se servía también de su ejército para conquistar otros pueblos y agregarlos al Perú. Cuando sucedía esto, el Inca trataba al pueblo conquistado con dulzura, procuraba mejorar su condición y tenerle contento.

Uno de los Incas ordenó á sus soldados que viniesen á Chile á hacerse dueños de este país. Vinieron, pues, los peruanos con los jefes elegidos por el Inca y llegaron hasta el sitio donde hoy está la ciudad de Quillota. Quisieron seguir adelante; pero los indios chilenos les

hicieron la guerra no permitiéndoles pasar más allá Algunos años más tarde vino otro ejército peruano qu llegó hasta las orillas del Bío-Bío, retirándose despué al norte. Para asegurar su conquista, el Inca hizo cons truir, entre el Perú y Chile, un largo camino que atrave saba el desierto de Atacama.

Los peruanos trajeron á Chile el maíz y los frejoles amansaron el huanaco que sólo vivía en las mon tañas, enseñaron á lo indios chilenos á hace tejidos con lana de hua naco y á fabricar ollas cántaros y vasos de ba rro, descubrieron mine rales de oro en diversa partes del país y comen zaron á trabajar en ellos también hicieron ace quias para sacar agua d algunos ríos y regar lo campos que destinaron a cultivo agrícola.



Cántaro de los indios peruanos.

Gracias á la venida de los soldados del Inca, los in dios del norte de Chile vivieron desde entonces co más comodidad. Sembrando maíz y frejoles, ya n tuvieron que sufrir hambre en el invierno. Haciend tejidos con la lana del huanaco, pudieron abrigarse con tra el frío. Teniendo que prestar obediencia á los sol dados del Inca, dejaron de hacerse la guerra para ocu parse en los trabajos de los campos y las minas.

II.

LA CONQUISTA

1.—Llegada de los primeros españoles.

HACIA un siglo que los indios peruanos habían conquistado el norte de Chile cuando llegaron al Perú ciento ochenta aventureros españoles, que venían de Panamá en busca de oro, á las órdenes de Francisco Pizarro, soldado capaz de las más atrevidas empresas.



Francisco Pizarro.

Los españoles, escasos en número, pero invencibles por su audacia y por el poder de sus armas, cometieron en el Perú las mayores violencias. El Inca Atahualpa, invitado por Pizarro á una entrevista, se presentó como amigo, en compañía de sus principales servidores y de su ejército sin armas. De repente, á una señal de Pizarro, los españoles, ocultos hasta entonces en las casas que les servían de cuarteles, cargaron en columna cerrada contra los acompañantes de Ata-

hualpa, se apoderaron de éste é hicieron una matanza horrible. El secretario de Pizarro dice que los indios muertos fueron dos mil; otros hacen subir el número á diez mil. Lo cierto es que nadie se ocupó en contarlos; atacados de sorpresa, en una plaza sin salida, los indios perecieron como ovejas, entregadas, en un corral, á la furia de hambrientas fieras.


Atahualpa y Pizarro.

Atahualpa comprendió pronto que los conquistadores venían sólo en busca de riquezas. Un día dijo á Pizarro que, para obtener su libertad, él se obligaría á cubrir de oro todo el piso de la habitación donde estaban. Los que esto oyeron lo tuvieron por imposible. Atahualpa añadió entonces que no sólo cubriría el suelo, sino que llenaría el cuarto hasta una altura, que empinándose, señaló en la pared. Ofreció, además, llenar dos veces con plata un cuarto vecino. Pizarro hizo tirar una línea encarnada en la pared, á la altura señalada por el Inca, y llamó escribano para que dejase constancia del contrato.

Atahualpa cumplió su promesa. Por orden suya los indios transportaron al campamento de Pizarro todos los objetos de oro y plata que adornaban los palacios del Inca, los templos y demás edificios públicos. Este inmenso tesoro tuvo un valor equivalente á más de sesenta millones de pesos de la actual moneda de oro de Chile. Los españoles, después de repartirse esos millones, faltaron á su palabra empeñada y, en vez de dar libertad á Atahualpa, le hicieron morir en el suplicio.



Diego de Almagro.

Los indios peruanos, viendo la insaciable codicia de los conquistadores, les contaron que más al sur estaba Chile, país riquísimo en oro, del cual provenía en su mayor parte el tesoro entregado por el Inca.

Diego de Almagro, que llegó al Perú después de la captura de Atahualpa y no tuvo parte en la distribución de aquel tesoro, preparó en 1535 una expedición para tentar fortuna en el descubrimiento y conquista de Chile. A poco de haberse puesto en marcha, á la cabeza de quinientos soldados, comprendió Almagro que no llegaría al término de la expedición, si no se proveía de víveres para alimentar su gente en tan largo viaje por desiertos y cordilleras. Cometió entonces la injusticia de despojar de sus bienes á los indios del sur

del Perú y de apresarlos para servirse de ellos, como de animales de carga, junto con algunas llamas, en la conducción de agua, víveres y equipajes.

Grandes fueron las penalidades de esta expedición destinada á hacer el descubrimiento de Chile. Al principio pudo aprovecharse un camino construído por los soldados del Inca; pero más adelante hubo necesidad de atravesar las cordilleras, cubiertas en parte de nieve, cruzadas de profundos barrancos y de cuestas empinadas. El frío era tan intenso que diariamente había que lamentar la muerte de algunos de los expedicionarios ú otras desgracias.



Expedición de Almagro.

Se cuenta de un español á quien «se le pegaron los dedos de los pies á las botas, de tal suerte, que, cuando le descalzaron á la noche, le arrancaron los dedos sin que él lo sintiese ni echase de ver hasta el otro día, que halló sus pies sin dedos.» El hambre también hizo sentir sus efectos ocasionando la muerte á centenares de los indios apresados por Almagro y aún á algunos de los compañeros de éste. Tantos cadáveres iban quedando tirados en el camino, que una bandada de cóndores venía acompañan-

do á los conquistadores para devorar esos despojos.

Al cabo de seis meses Almagro llegó al sitio donde hoy está Copiapó. Apenas le acompañaban la mitad de los españoles que salieron con él del Perú y algunos de los numerosos indios que apresó en el camino. Los demás no habían tenido resistencia para las fatigas del viaje. Los indígenas de aquella región, conocedores de las violencias cometidas por los españoles en el Perú, se escondieron en las montañas al saber que se acercaba Almagro. Este los persiguió, tomó muchos prisioneros, hizo quemar á algunos y continuó su viaje al sur.

Almagro llegó hasta el río Aconcagua. Allí vivía, entre los indios, un soldado español de apellido Barrientos. En castigo de una falta, Francisco Pizarro le había hecho cortar las orejas en el Perú. Avergonzado Barrientos al verse sin orejas, desertó del ejército español para venir á ocultarse donde jamás pudieran verle sus compañeros. Barrientos vivía en paz con los indios y deseaba el bien de ellos porque le habían tratado bondadosamente; por esto, cuando se acercaba Almagro, les aconsejó que lo recibiesen con amistad para que él no les hiciese daño.

Siguiendo el consejo de Barrientos, el cacique salió á recibir á los españoles y ofreció sus servicios á Almagro, quien le hizo algunos regalos. Esta amistad entre los españoles y los indios duró muy pocos días. Almagro traía como sirviente á un peruano, á quien llamaban Felipillo. Este, que era testigo de tantas crueldades cometidas por los españoles, advirtió á los indios que no debían tener confianza en ellos y les dijo que, si querían conservar su libertad, los matasen en la noche mientras dormían.

Los indios no se atrevieron á matar á los españoles; pero, temerosos de recibir malos tratamientos, abando naron sus rucas para ocultarse en las montañas. Felipillo también tomó la fuga marchando al norte en compañía de algunos de los indios peruanos, que aun quedaban como prisioneros en el ejército español.

Almagro persiguió á los fujitivos y logró apresar

á Felipillo á quien hizo descuartizar en presencia de los indios que le acompañaban en su fuga. Después de este castigo, Almagro ordenó á sus soldados que buscasen á los indios chilenos ocultos en los bosques, prometió á éstos no hacerles daño y consiguió así que volviesen á sus rucas.

2.—Retirada de Almagro.

LOS españoles habían venido á Chile buscando oro. En todas partes preguntaban á los indios por las minas y registraban las habitaciones para ver si encontraban las riquezas tan deseadas. Pero sus esperanzas no fueron satisfechas, porque los habitantes del país vivían en la mayor miseria.

Al fin comprendió Almagro que había sido engañado. También vió que sus soldados estaban descontentos porque nada podían sacar de un país tan pobre. Por estos motivos dió la orden de prepararse para regresar al Perú. Los españoles, antes de ponerse en viaje, cometieron toda clase de atrocidades contra esos pacíficos indios de Aconcagua que les habían recibido como amigos. Saquearon é incendiaron sus rucas, les despojaron de sus víveres y les redujeron á esclavitud para servirse también de ellos, como de animales de carga, en su viaje de regreso. De este modo se cumplieron, al pie de la letra, todas las desgracias anunciadas por Felipillo.

Amarrados del pescuezo por docenas y cargados con los equipajes de los españoles, marchaban los indios el día entero, no tomando descanso ni alimento sino cuando ya les era imposible moverse. Si alguno se fatigaba y detenía el paso, los españoles le hacían andar á palos; si alguno se enfermaba ó se moría, le cortaban la cabeza para no darse el trabajo de desatar el lazo con que iban amarrados. «Español hubo, dice un testigo de tales hechos, que se alababa de que los doce

indios de su sarta habían muerto de esa manera, sin dejarlos salir de la cadena.»

Jamás se ha visto entre los hombres una conducta tan injusta y tan cruel como la que observaron los conquistadores contra estos indios inocentes y sencillos que, creyendo en la verdad de sus promesas, se entregaron á ellos con entera confianza. Un escritor español de aquellos tiempos, más humano que sus compañeros de conquista, dice: «No es pequeño dolor contemplar que siendo aquellos indios idólatras tuviesen tan buen orden para gobernarse y que nosotros, siendo cristianos, hayamos destruído tantos reinos. Por donde quiera que han pasado cristianos conquistando y descubriendo, otra cosa no parece sino que con fuego se va todo destruyendo.»

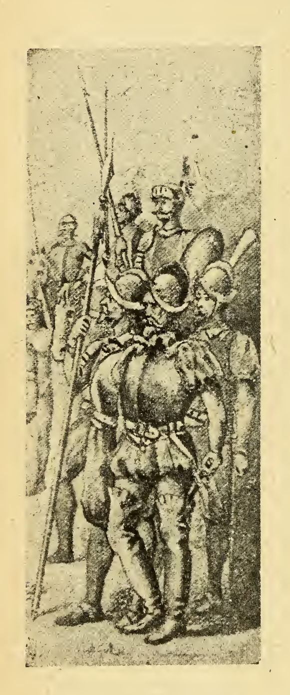
El historiador Prescott dice, por su parte: «El corazón se estremece con la relación de tales atrocidades perpetradas con un pueblo inofensivo ó que por lo menos no tenía otro crimen que defender su propio territorio.»

3.—Poder militar de los españoles.

LOS españoles eran soldados muy valientes, estaban acostumbrados á pelear en las grandes guerras de Europa y venían á América en busca de riquezas con la resolución de exponerse á todos los peligros. Pero los indios, especialmente los araucanos, también eran hombres de gran valor y no tenían miedo de perder la vida peleando contra los extranjeros que injustamente venían á quitarles su libertad y sus tierras.

Si los españoles y los indios hubieran combatido con armas iguales, de seguro que los últimos habrían sido vencedores, porque eran más numerosos, estaban en su propio país y defendían lo que era suyo. Sólo la gran superioridad de las armas dió el triunfo á los españoles y les permitió dominar en Chile y en toda la América.

Los españoles usaban la pólvora en cañones y fusiles muy imperfectos comparados con los que se usan hoy pero muy poderosos respecto de las demás armas conocidas; empleaban grandes espadas con las cuales podían atravesar á un hombre ó partirlo de un solo golpe; cubrían su cabeza con un casco de fierro y su cuerpo con una coraza del mismo metal para defenderse de los golpes de los enemigos; tenían caballos adiestrados para la guerra, y perros bravos que, en medio de la pelea, atacaban furiosos á los indios y los mordían hasta matarlos.



Guerreros españoles.

Las armas de los indios eran la flecha, la pica y la maza. Las flechas fueron abandonadas pronto, porque no hacían daño á los españoles protegidos por sus corazas de fierro. La pica era una lanza de cinco ó de seis metros de largo, cuya extremidad, cuidadosamente aguzada, penetraba en el cuerpo como si fuera una punta de metal. Manejada con destreza, causaba heridas graves y muchas veces atravesaba al enemigo de parte á parte. La maza era el arma más formidable de los indios. Consistía en un trozo de madera muy dura, de dos ó tres metros de largo, delgado en un extremo para empuñarlo con facilidad, pero muy grueso en el otro á fin de que tuviera mucho peso. Los indios

levantaban la maza con sus dos manos y la dejaban caer con tanta fuerza que podían derribar á un jinete con su caballo.

Las primeras veces que los indios vieron á los jinetes españoles tuvieron una gran sorpresa, creyendo que el hombre y el caballo formaban un solo cuerpo. Admiraban la velocidad del caballo en la carrera, su fuerza en el ataque y su destreza para volver en cualquiera dirección. Los disparos de los fusiles y cañones también fueron motivo de admiración y espanto para los indios. Ellos no podían comprender cómo esas armas daban la muerte á personas que estaban tan lejos; el ruído y el humo de la pólvora aumentaban esta sorpresa. Pero más temor que todo les inspiraban los perros bravos, cuyas mordeduras producían sufrimientos mayores que las heridas hechas por las balas.



Capitán de caballería española.

Esta diferencia tan grande entre las armas de los españoles y las de los indios fué la verdadera causa del triunfo de los primeros. La ventaja en el uso del caballo y en la calidad de las armas bastaba para que cada soldado español valiese por lo menos como cien indios. Pero los españoles tenían otra ventaja no menos importante. Ellos peleaban formados en orden y dirigidos por un jefe á quien obedecían ciegamente. Los indios no tenían un jefe único; entraban en batalla sin plan, ni dirección superior y se dispersaban, en el mayor desorden, cuando los jinetes cargaban sobre ellos y les perseguían con tanta rapidez. Los españoles con su disciplina militar aprovechaban la confusión de los indios y triunfaban

sobre ellos por grande que fuese el número de éstos.

Debe decirse también que los indígenas, sorprendidos por la repentina aparición de los españoles y por el poder de sus armas, les tuvieron en un principio, no por hombres, sino por dioses inmortales, error que ayudó mucho á éstos en la conquista. Luego que los indios vieron que los conquistadores estaban sujetos á las enfermedades y á la muerte, les miraron sin temor y desde entonces lucharon contra ellos, como dijo el capitán D. Alonso de Ercilla:

Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

4.—Expedición de Pedro de Valdivia.

LA empresa de conquistar á Chile quedó desacreditada en el Perú con el fracaso de la expedición de Almagro. Los soldados de éste regresaron en tal estado de pobreza y fatiga que inspiraban lástima. Desde entonces la tierra chilena fué considerada como la más pobre de América; se «huía de ella como de la pestilencia.»

Había, sin embargo, un capitán español, Pedro de Valdivia, más ambicioso de fama que de riquezas. Valdivia se había distinguido como oficial subalterno á las órdenes de Pizarro; pero, sintiéndose con ánimo y capacidad para ser jefe de conquistadores, formó el atrevido proyecto de pasar á Chile, de someter el país á la autoridad del rey de España y de gobernarlo en nombre de éste. Él mismo escribió en una de sus cartas al Rey: «No deseo sino descubrir y poblar tierras á Vuestra Majestad para dejar memoria y fama de mí.»

Con sus propios recursos, es decir con los bienes adquiridos en la conquista del Perú, Valdivia organizó el año 1540 un cuerpo espedicionario de 150 hombres, y al mando de esta pequeña fuerza recorrió centenares de leguas llegando hasta las orillas del Mapocho.

Los indios chilenos, escarmentados con las crueldades de Almagro, abandonaban sus viviendas, al acercarse los españoles, para buscar refugio en los bosques. Valdivia recomendó á sus soldados que procurasen atraerlos con actos de amistad. Este buen proceder dió los mejores resultados. Los indios, perdiendo el temor, volvieron á ocupar sus habitaciones y cuidar sus cultivos; los españoles, por su parte, pudieron establecerse pacíficamente como señores del país.



Pedro de Valdivia.

Acampado en la llanura que ocupa Santiago, al pie del cerro Santa Lucía, Valdivia hizo la fundación de esta ciudad el 12 de Febrero de 1541. Los sitios fueron distribuídos entre los conquistadores quienes se ocuparon inmediatamente en construír sus habitaciones. En una esquina del sitio reservado para plaza de armas se levantó un pequeño templo, transformado más tarde en iglesia catedral. Todos estos edificios eran miserables construcciones de troncos de árboles y barro, techados con paja de maíz. Las primeras casas de la capital de Chile apenas aventajaban á las pobrísimas rucas de los indios.

Por las noticias de Almagro sabía Valdivia que en Chile no había otros alimentos que papas, maíz y algunas frutas silvestres. Por este motivo trajo varias fanegas de trigo, semillas de hortalizas, cerdos, gallos y gallinas. No pudo traer bueyes, vacas ni ovejas porque el viaje, á través del desierto y la cordillera, era muy largo; estos animales se trajeron más tarde, cuando fué posible conducirlos por mar. Valdivia y algunos de sus compañeros trajeron caballos para servirse de ellos durante la marcha y para utilizarlos en la guerra.

Necesitando recursos para afianzar la conquista y extenderla al sur, Valdivia puso trabajos en las minas de oro del estero de Marga-Marga, Viña del Mar, próximo á Valparaíso. Los indios fueron conducidos á la fuerza á esas faenas, en las cuales tenían que trabajar día y noche como esclavos. Así pudo reunirse alguna cantidad de oro; en cambio se oprimió injusta y cruelmente á los indios, quienes al fin se sublevaron con la esperanza de matar á todos los conquistadores para poner término á la tiranía.

Valdivia, en carta dirigida al Rey, dice que buscaba oro para hacer venir más españoles del Perú, porque «sabía que ninguna gente se movería á venir á esta tierra por la ruín fama de ella, si de acá no iba quien la trajere y llevase oro para comprar los hombres.» Con ésta ó con otras razones, los conquistadores siempre trataban de enriquecerse y con su codicia daban justo motivo á los indios para sublevarse contra ellos.

5.—Sangriento combate en Santiago.

UNA noche, mientras los españoles dormían, los indios entraron en Santiago, en gran número, con el intento de matar á sus enemigos. El momento estaba bien elegido para el ataque, no sólo porque los españoles descansaban sin sospechar el peligro, sino también porque Valdivia estaba ausente reconociendo el sur del país con algunos de sus soldados.

Los indios que asaltaron á Santiago eran muy nume-

rosos. Se dice qué pasaban de 6,000. Los españoles eran solamente 20 soldados de infantería y 30 de caballería, mandados por el capitán Alonso de Monroy. El combate principió á las tres de la mañana. Los indios llenaban la ciudad y aumentaban la confusión de la sorpresa dando gritos espantosos en medio de la pelea. Los españoles tenían que combatir en las condiciones más desfavorables: no conocían el número de sus enemigos, ni podían distinguir, por la oscuridad de la noche, los movimientos que éstos hacían. Obligados á defenderse, perdían todas las ventajas que sus caballos y sus armas les daban cada vez que, peleando en campo abierto, podían atacar libremente á los indios.

Valdivia había hecho construír un fuerte en la ciudad. Allí fueron sitiados los españoles y resistieron valerosamente los asaltos de los indios durante más de quince horas. Pero su situación era muy apurada, porque no podían darse un descanso, ni renovar sus fuerzas.



Jinetes españoles.

Entre tanto los indios, viéndose victoriosos, peleaban con ciego furor; la sangre de los heridos y de los muertos, lejos de acobardarles, les hacía más valientes.

Los españoles temieron que los asaltantes se apoderasen del fuerte, si el combate se prolongaba durante la noche en esas condiciones. Para evitarlo, Monroy hizo formar á los jinetes, colocó detrás de ellos á los soldados de infantería y salió del fuerte para atacar en vez de defenderse. Los españoles tenían en su poder á varios caciques apresados algunos días ántes del combate; degollaron á estos infelices y, á tiempo de salir del fuerte, arrojaron sus cabezas á los indios para atemorizarlos con este acto de crueldad.

Los indios no supieron oponer resistencia al ataque de los jinetes españoles. Pronto se vieron en derrota y emprendieron la fuga, perseguidos de cerca por los enemigos, que los sablearon sin compasión. Entre los españoles había una sola mujer, llamada Inés de Suárez, que peleó en el combate como el más valeroso de los soldados. Mientras estaban sitiados en el fuerte, ella dividía su tiempo en atender á los heridos y en atacar á los indios. Se cuenta que ella, por su propia mano, degolló á uno de los caciques prisioneros. Cuando los españoles salieron del fuerte, Inés de Suárez, vestida y armada como los demás guerreros, formó también en las filas y se distinguió por su valentía en atacar á los indios. Igualmente se hizo notar como soldado el clérigo Juan Lobos, que se portó entre los indios, dice un escritor de aquellos tiempos, «como el lobo entre las ovejas.»

6.—Después del combate.

En la noche que siguió al combate los españoles no tuvieron donde dormir. Sus habitaciones habían sido quemadas. Sus ropas y sus alimentos también habían sido destruídos por el fuego.

Valdivia, escribiendo al Rey sobre el asalto dado por los indios, le decía: «y quemaron toda la ciudad y la

comida y la ropa y cuanta hacienda teníamos, que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra y con las armas que á cuestas traíamos y dos porquezuelas y un cochinillo y un pollo y una polla y hasta dos almuerzas de trigo.»

Los españoles se encontraron así en peor condición que antes de fundar á Santiago. Habían perdido todos sus recursos, tenían á los indios por enemigos y se veían en la necesidad de reconstruír sus habitaciones. Luego que Valdivia tuvo noticia de lo sucedido, regresó rápidamente á Santiago para auxiliar á sus compañeros y tomar venganza del desastre.

El primer cuidado de Valdivia fué recorrer los campos vecinos, con el doble objeto de atacar á los indios y de procurarse algunos víveres. Así consiguió un poco de maíz, que hizo sembrar en los alrededores de la ciudad. Igual destino dió al escaso trigo salvado del fuego. Valdivia, hombre previsor y de experiencia, comprendía que él y sus compañeros morirían de hambre, si no cultivaban la tierra; por eso, en vez de consumir los granos recogidos, prefería sufrir privaciones durante algunos meses y hacer siembras para cosechar en el verano siguiente. Con igual pensamiento, prohibió que se matasen los cerdos, el gallo y la gallina librados del incendio. Entregó estos animales á Inés de Suárez, que los cuidó hasta conseguir que se multiplicasen en abundancia.

En los años posteriores otros españoles trajeron á Chile ovejas, cabras, vacas y bueyes. Cada uno de estos animales valía al principio muchos pesos, porque los gastos del viaje eran muy grandes. Pero se aclimataron muy fácilmente en el país, su número aumentó bastante en pocos años y todos los españoles pudieron tener crianzas en sus haciendas.

El segundo cuidado de Valdivia fué reconstruír las casas quemadas por los indios. Para evitar un nuevo incendio ordenó que las paredes se hiciesen con adobes y no con postes de madera y con barro como la primera vez. Este trabajo fué largo y muy fastidioso, porque

los españoles tenían que hacer al mimo tiempo el oficio de soldados, de agricultores y de albañiles.

Sin distinción de rango, todos se ocuparon en estas faenas, dirigidos personalmente por Valdivia, que siendo muy severo en el mando, sabía dar ejemplo de constancia en el trabajo y de paciencia para soportar los sufrimientos. Con referencia á los trabajos de esas época, Valdivia escribió en una de sus cartas estas palabras: «todos cavábamos, arábamos y sembrábamos estando siempre armados y los caballos ensillados.» Por las cartas de Valdivia se sabe también que los españoles se vieron tan escasos de alimentos, que se tenía por feliz el que lograba «cincuenta granos de maíz en cada día».

Para salir de esta situación desesperada, Valdivia mandó al Perú, en busca de auxilios, al capitán Alonso de Monroy con cinco soldados, dándoles, para hacer el viaje, los mejores caballos, y siete mil pesos en oro sacado de las minas. «Y porque no llevasen carga los caballos, dice Valdivia, hice con el oro seis pares de estriberas y guarniciones para las espadas y un par de vasos en que bebiesen». Es probable que esta fuese astucia de Valdivia para impresionar á los conquistadores del Perú á la vista de soldados que llegaran de Chile usando el oro en esos utensilios, como si este metal abundase aquí más que el hierro.

El capitán Monroy fué atacado por los indios en Copiapó. Cuatro de sus soldados perdieron la vida. El otro cayó prisionero junto con Monroy. Al cabo de tres meses los dos prisioneros recobraron la libertad á mano armada y pudieron continuar su viaje. Pero trascurrieron todavía cerca de dos años antes que el capitán Monroy consiguiese regresar á Chile con los auxilios tan esperados por Valdivia.

7.—Nuevas dificultades.

EL capitán Monroy trajo á Chile, por tierra, setenta soldados de caballería y consiguió que un comer-

iante de Lima mandase á Valparaíso una pequeña nave on víveres, ropas, armas y municiones. Estos recursos usieron á Valdivia en situación de marchar al sur con el bjeto de establecer su autoridad en todo el país; pero a tenaz resistencia de los araucanos le obligó á volver Santiago sin haber fundado ninguna ciudad en aquel erritorio.

Para dominar á esos valerosos indios, los españoles ecesitaban mayor número de soldados, que sólo podían enir del Perú. En esas circunstancias llegó á Chile la oticia de que los conquistadores del Perú se habían



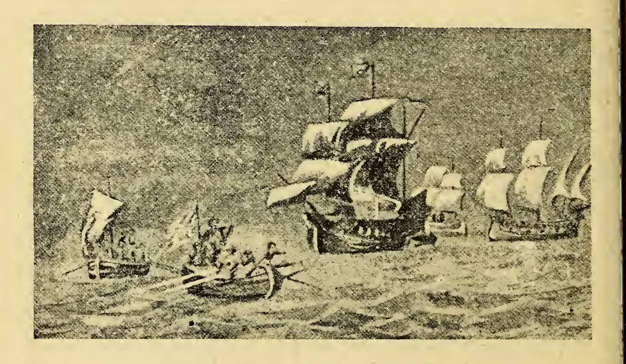
Primeras naves que vinieron á Chile.

lividido en dos bandos enemigos. Mientras ellos estuieran en guerra, no había esperanza de que vinieran uevos auxilios á Chile.

Valdivia resolvió transladarse al Perú para prestar sus ervicios al bando que peleaba en defensa de las autoidades nombradas por el Rey. Al efecto se embarcó n Valparaíso el año 1547 dejando el gobierno de Chile cargo de Francisco Villagrán. Su ausencia duró cerca

de año y medio. Regresó por mar, en Abril de 1549, con doscientos soldados de infantería. También había hecho venir por tierra cien soldados de caballería.

Sintiéndose fuerte con estas nuevas tropas, Valdivia organizó otra expedición más numerosa y mejor armada que la anterior, para hacer la guerra á los araucanos y fundar, en el territorio ocupado por éstos algunas ciudades que sirviesen de base permanente al dominio español.



Magallanes atravesando el estrecho.

Al mismo tiempo formó el propósito de agregar á su gobernación el Estrecho de Magallanes, descubierto en 1520, quince años antes que Almagro descubriese á Chile, por el famoso navegante Hernando de Magallanes, que buscaba una comunicación entre los Océanos Atlántico y Pacífico para hacer el primer viaje al rededor del mundo.

Con este objeto puso dos naves á las órdenes del capitán Francisco de Ulloa, quien reconoció una parte del estrecho, sin llegar al Atlántico.

8.—Derrota y muerte de Valdivia.

En su expedición al territorio de Arauco, Valdivia no tuvo un día de reposo. Los indios le atacaron sin cesar, así de día como de noche, de modo que los españoles no pudieron dejar las armas ni para dormir.

Al fin tuvo lugar en Concepción una batalla sangrienta. Los españoles mataron más de dos mil indios y tomaron cuatrocientos prisioneros, á los cuales Valdivia hizo cortar las narices y la mano derecha, dejándoles en seguida libres, para escarmiento de los demás indios. Este acto de salvaje crueldad produjo resultados contrarios á los que Valdivia esperaba; los araucanos, lejos de tomar miedo, se mostraron más furiosos contra los españoles que los trataban con tal barbarie. Sin embargo, pasó mucho tiempo antes que los indios pudiesen dar otra batalla. Habían sufrido tanto en la guerra que necesitaban algún descanso para volver á ella con vigor.

Entre los criados de Valdivia había un indio que se llamaba Lautaro. Valdivia le había hecho prisionero en un combate y le ocupaba en cuidar sus caballos. Lautaro vivió más de un año entre los soldados españoles, conoció sus defectos y sus vicios y aprendió á pelear como ellos. Cansado de la esclavitud en que vivía, una noche salió á escondidas de Concepción y fué á juntarse con los araucanos, que se preparaban á atacar nuevamente á sus enemigos.

Los araucanos, mandados por el cacique Caupolicán, acababan de destruír un fuerte, matando á la guarnición española que lo defendía. Valdivia acudió presuroso con el resto de sus tropas para castigar á los indios. Confiado en la superioridad de sus armas, Valdivia pensaba que era cosa fácil derrotarlos una vez más; pero los indios estaban mejor organizados que antes, porque se habían dividido en diversos grupos para pelear unos después de otros, según las órdenes de un jefe, en vez de precipitarse en confusión al combate sin obedecer ninguna voz de mando. Este nuevo plan de gue-

rra fué aconsejado por Lautaro, que, conociendo la or
ganización militar de los españoles, comprendía que lo
triunfos de éstos eran casi siempre debidos, no sólo
su valor y á sus armas, sino también al desorden co
que peleaban los araucanos.

La nueva batalla tuvo lugar en un sitio llamado Tu
capel. Los jinetes españoles dieron una carga formida
ble contra los indios; el primer grupo de éstos les hiz
frente con denuedo, pero pronto fué derrotado. Ya s
consideraban vencedores los españoles, cuando se pre
sentó al combate el segundo grupo de indios. Derrota
dos éstos, llegaron sucesivamente los demás grupos
hasta que los españoles, agotadas sus fuerzas y las d
sus caballos, hubieron de darse por vencidos. Los qu
no murieron en la batalla fueron hechos prisioneros
encontrándose entre éstos el mismo Pedro de Valdivia
gobernador de Chile. Un historiador refiere que en l



Muerte de Pedro de Valdivia.

más reñido del combate Valdivia reunió á sus capitanes
y les preguntó: «¿qué hacemos, caballeros?—Qué quiere
vuestra señoría que hagamos sino que peleemos y mu-

ramos!» contestó uno de los capitanes, con la aprobación de todos sus valientes compañeros.

Pedro de Valdivia, cuando se vió en presencia del jefe araucano, dijo á éste: «Si me dejas en libertad, prometo retirarme de tu tierra con mis soldados y regalarte dos mil ovejas.» Los araucanos sabían, por dolorosa experiencia, que las promesas de los españoles no tenían valor. También estaban deseosos de tomar venganza de las horribles crueldades que éstos habían cometido contra ellos. De consiguiente, se mostraron sordos á todos los ruegos.

La muerte de Valdivia fué horrorosa. Los indios le cortaron los brazos y, después de asarlos ligeramente, los comieron en su presencia. En seguida le maltrataron de mil maneras, haciéndole perecer en medio de atroces sufrimientos. Iguales torturas sufrieron uno á uno los demás prisioneros. Esta crueldad de los indios fué una simple imitación de las crueldades de los conquistadores, quienes cosecharon así las consecuencias de su conducta sanguinaria y de sus actos inhumanos contra este pueblo que defendía su independencia.

9.—Batalla de Marigueñu.

En reemplazo de Valdivia tomó el mando de los españoles Francisco de Villagrán, capitán distinguido en la conquista del país. El nuevo jefe, queriendo vengar la muerte de Valdivia, salió de Concepción á la cabeza de un ejército para atacar á los indios donde pudiera encontrarlos. Al cabo de algunos días de marcha, durante los cuales no tuvo noticia alguna del enemigo, Villagrán acampó en las cercanías de Marigueñu para dar algún descanso á sus tropas. Lautaro, prevenido por sus exploradores del número de los españoles, de las armas que llevaban y del camino que seguían, les aguardó tranquilamente en el sitio que había elegido para presentarles combate. En la noche, mientras los conquistadores reparaban en el

sueño las fatigas de la marcha, los araucanos, dirigidos por la previsión de Lautaro, abrían fosos y construían palizadas en los alrededores, á fin de entorpecer los movimientos del enemigo.

En la madrugada del siguiente día los españoles prosiguieron la interrumpida marcha. De improviso, cuando subían una cuesta, vieron aparecer á los araucanos, que avanzaban en numerosos grupos por diversas partes á la vez. El combate se trabó desde el primer momento con muchísimo ardor, Las balas de los españoles y las cargas de su caballería hacían estragos entre los indios; pero éstos, protegidos por los fosos y palizadas, oponían una resistencia formidable. Los araucanos usaban además una arma no empleada en los combates anteriores. Algunos, los más ágiles y vigorosos, traían lazos, fabricados con tallos de enredaderas, y se servían de ellos para atar y hacer prisioneros á los enemigos. Los jinetes eran arrancados por este medio de sus caballos. El mismo Villagrán fué enlazado, cayó al suelo y habría sido muerto á no recibir pronto auxilio de uno de sus soldados.



Francisco de Villagrán.

Las mujeres de los indios, que con sus niños estaban en otra loma armadas de lanzas para simular un ejér-

cito de reserva, se acercaron al medio día al campo de batalla llevando víveres á los combatientes. Los españoles, al ver este movimiento, temieron encontrarse rodeados de enemigos, sin camino alguno para la retirada. Villagrán reunió á sus capitanes en consejo para acordar lo que debía hacerse en tan difíciles circunstancias; pero la deliberación fué inútil, porque un pelotón de indios, con heroico arrojo, asaltó los cañones y mató ó puso en fuga á todos los artilleros. Los conquistadores, perdida la confianza en sus fuerzas, emprendieron la retirada. Los indios victoriosos los persiguieron con tenacidad infatigable hasta las márgenes del Bío-Bío, haciéndoles en esta persecución más bajas que en la batalla. «Los caballos de los españoles, cansados con cinco horas de pelea y con la penosa marcha por la montaña, casi no podían galopar de manera que los ágiles indios, siguiéndolos á pie iban lanceando á los dispersos con la más porfiada pertinacia. Villagrán, que apenas había podido reunir á su lado unos veinte hombres, dió la orden de dar cara á sus perseguidores; pero nadie le obedeció. Se refiere como un rasgo de heroísmo el hecho de un soldado portugués, que en medio del general desaliento, cargó contra un grupo de indios, mató dos de ellos y desanimó á los otros.»

La derrota obligó á los españoles á abandonar la ciudad de Concepción, que fué ocupada por los araucanos. Estos saquearon las casas y en seguida las quemaron. «Lautaro, dice el historiador Rosales, puesto en un alto, se puso á ver las llamas y blandiendo la lanza, y dando saltos de contento, decía: «*Inche Lautaro, apumbin ta pu huinca*, y otras alabanzas de sus hechos, que en nuestra lengua significan: Yo soy Lautaro, que acabé con los españoles, yo soy el que los derroté en Tucapel y en la cuesta. Yo maté á Valdivia y á Villagrán puse en huída. Yo les maté sus soldados; yo quemé la ciudad de Concepción.» Y á cada alabanza daba un salto, blandía la lanza y escaramuceaba tirando lanzadas.»

10.—Hazañas de Lautaro.

UÑA vez que la victoria fué celebrada con las borracheras de costumbre, Lautaro marchó al norte con el propósito de llegar hasta Santiago. Después de haber impedido el avance de los conquistadores, defendiendo palmo á palmo el territorio de Arauco, Lautaro proyectaba una empresa más difícil y más gloriosa: él quería libertar todo el país obligando á los invasores á retirarse vencidos y humillados. Para la ejecución de tan atrevido pensamiento, escogió entre los araucanos mil guerreros animosos, dispuestos á hacer cuanto él les ordenara. Con ellos pasó el Bío-Bío, recorrió los campos dominados por los españoles, predicó la guerra entre los indios que en ellos trabajaban y logró reunir fuerzas numerosas.

En esta campaña Lautaro, que apenas contaba veinte años de edad, dió muestras de un gran talento militar, organizando á los indios en verdadero ejército y dirigiendo con suma prudencia todas las operaciones. «Los araucanos obedecían entonces á una táctica de infantería admirablemente combinada contra la formidable caballería de los españoles. Cada columna tenía un jefe. El campamento se establecía conforme á las reglas más usadas de precaución y vigilancia: había centinelas, rondas, avanzadas. Los caciques celebraban verdaderos consejos de guerra. Se hacían siembras en épocas adecuadas; se almacenaban víveres en otoño. En todo se hacía sentir el espíritu previsor y experto que los guiaba. Los capitanes indígenas sabían ahora escoger el terreno á propósito para la batalla, cortaban los caminos, ocultaban sus emboscadas, abrían fosos profundos á manera de sepulturas para evitar el choque de los caballos. Y todo esto era obra de Lautaro, que enseñaba también á sus tropas á tomar por asalto la poderosa artillería española.»

Lautaro aprovechaba los despojos quitados á los españoles usándolos como distintivo de su autoridad: montaba un brioso caballo, llevaba en la cabeza un

bonete encarnado con vistosas plumas, cubría su pecho con una tela acerada á modo de coraza, se servía de una corneta para dar las señales de mando. Todo este apara-



Lautaro.

to guerrero impresionaba á los indios y les hacía servir con denuedo á las órdenes del valeroso caudillo.

El avance de los indios fué afortunado hasta el río Mataquito, al norte de Talca. Allí sufrieron un contraste que les obligó á retirarse al sur; pero muy pronto fueron reorganizados por Lautaro, que les condujo nuevamente á su anterior campamento á orillas de aquel río. El general Villagrán, que en vano había intentado detener á Lautaro en su marcha victoriosa, se valió de un astuto ardid para engañarle y sorprenderle: hizo que los indios auxiliares al servicio de su ejército se vistiesen al modo de españoles y les ordenó retirarse rápidamente á Santiago con los bagajes, para que, viéndolos pasar de carrera, los centinelas araucanos creyesen que los conquistadores huían sin atreverse á presentar combate.

Lautaro, avisado por sus exploradores de la fuga de los españoles se entregó en la noche á un sueño reparador de sus fatigas. Los centinelas descuidaron también la vigilancia confiados en la ausencia de enemigos. Villagrán, entre tanto, se acercaba al campamento con toda clase de precauciones para no ser descubierto. Al amanecer dió la señal de ataque, habiendo prometido recompensar á quien cogiese vivo á Lautaro, pues deseaba enviárselo al Rey de España para muestra de los capitanes araucanos. Lautaro, despertado por el toque de corneta de los españoles, no tuvo tiempo para combatir: cayó herido de muerte al primer choque con los españoles. Los indios se defendieron con el valor de siempre; pero la pérdida de su jefe, dejándolos sin dirección, fué causa fatal de una derrota en la que perdieron todas las ventajas alcanzadas. La caballería española persiguió á los araucanos haciendo en ellos horrible carnicería. La cabeza de Lautaro, cortada por los indios auxiliares de los conquistadores, fué conducida á Santiago y paseada por las calles en una pica

11.—D. García Hurtado de Mendoza.

CUANDO en España se tuvo noticia de la muerte de Pedro de Valdivia estaba allí el capitán Jerónimo de Alderete, encargado por el jefe con-

quistador de dar cuenta al Rey de sus hazañas y de pedir recompensas proporcionadas á ellas.



Recepción de Jerónimo de Alderete por el Rey.

El capitán Alderete se había distinguido en la conquista, no sólo por su valor en los combates, sino también por su energía para soportar los sufrimientos, por su respeto á la disciplina y por su leal amistad á Valdivia. Estos méritos le recomendaron á la atención del Rey, que le recibió con benevolencia y le nombró Gobernador de Chile, en reemplazo de Valdivia, para que viniese á dar término á la conquista.

Alderete no alcanzó á hacerse cargo de la Gobernación. Habiéndose enfermado al hacer la travesía del Istmo de Panamá, murió á bordo del buque que le conducía á Chile. El Virrey del Perú, D. Andrés Hurtado de Mendoza, encargado también de vigilar el gobierno de Chile, nombró, en reemplazo de Alderete, á su propio hijo, D. García Hurtado de Mendoza, que acababa de cumplir los 21 años. A esta edad la mayor parte de los hombres carecen de prudencia y de aptitudes para el ejercicio del mando; pero el joven

D. García, enrolado voluntariamente en el ejército desde los 15 años, se había hecho notar por su juicio y su valor en las guerras europeas. A pesar de sus pocos años, tenía títulos bien adquiridos para el cargo que se le confiaba.

Con el propósito de dominar á los araucanos y de dar prestigio á la autoridad del nuevo Gobernador, el Virrey organizó un cuerpo expedicionario compuesto de 300 jinetes y 150 soldados de infantería, lo proveyó en abundancia de toda clase de elementos de guerra y lo dotó de oficiales escogidos. Entre éstos vino á Chile el capitán D. Alonso de Ercilla, que más tarde adquirió fama por su libro en verso *La Araucana*, destinado á cantar las hazañas de los indios en defensa de sus tierras y de su libertad.



García Hurtado de Mendoza.

D. García Hurtado de Mendoza se embarcó en el Callao con las tropas de infantería en Febrero de 1557.

Cerca de tres meses más tarde desembarcó en Coquimbo y se dirigió á La Serena, donde le aguardaban las tropas de caballería, que habían hecho el viaje por tierra.

Después de la muerte de Pedro de Valdivia, habían ocurrido algunas desavenencias entre los conquistadores de Chile. Francisco de Villagrán y Francisco de Aguirre se habían disputado el mando superior, contando el uno y el otro con decididos partidarios. D. García, para concluír con la discordia, apresó á los dos rivales y les hizo llevar á bordo de una nave que debía conducirles al Perú. Al encontrarse prisioneros en un mismo buque, Villagrán dijo á Aguirre: «Mire, vuesa merced,

señor general, lo que son las cosas del mundo. Ayer no cabíamos los dos en un reino tan grande y hoy nos hace D. García caber en una tabla.» Reconciliados en la desgracia, los dos conquistadores se abrazaron como viejos amigos y lamentaron la injusticia de que eran víctimas.

El Gobernador, libre de toda inquietud por este lado, se ocupó en hacer grandes aprestos para ponerse en campaña contra los araucanos. Sin pasar á Santiago, se dirigió por mar á la bahía de Talcahuano. Llegado allí en los últimos días de Junio, estableció su campamento en la isla Quiriquina, mientras practicaba las exploraciones necesarias para desembarcar en el continente. Con esto daba tiempo también para que llegasen refuerzos, despachados por tierra desde Santiago junto con la caballería.



Alonso de Ercilla.

Al cabo de dos meses, D. García transladó el campamento á una loma próxima á la destruída ciudad de Concepción, en el mismo sitio que hoy ocupa el pueblo de Penco. Los araucanos no tardaron en atacarle; pero fueron rechazados con grandes pérdidas. Poco después, aumentadas sus fuerzas con la caballería, el Gobernador se puso en campaña, pasó el Bío-Bío, derrotó á los araucanos en diversos combates, estableció un fuerte en Tucapel, fundó la ciudad de Cañete y

regresó victorioso al punto de partida para ocuparse en repoblar á Concepción.

Alentado con el éxito de estas operaciones militares, D. García determinó explorar la región del sur, que era totalmente desconocida de los conquistadores. En compañía de doscientos hombres animosos atravesó cordilleras bosques y llanuras, luchando con inmensas dificultades, hasta llegar al golfo de Reloncaví y descubrir el archipiélago de Chiloé. En esta campaña los españoles observaron con los indios una conducta más humana que la acostumbrada. Gracias á ello, los indígenas de aquella región les recibieron pacíficamente y D. García pudo regresar al norte, al cabo de varios meses, sin accidente alguno, dejando fundada la ciudad de Osorno.



Desembarco de Hurtado de Mendoza.

El Gobernador había pensado llegar hasta el Estrecho de Magallanes para dejarlo incorporado en sus dominios. No pudo hacerlo porque las islas impedían continuar la marcha por tierra; pero el capitán Juan Ladrillero, á quien había encargado que explorase los mares del sur, llegó al Estrecho en dos barcos, tomó posesión de las tierras en nombre

del Rey de España y de su Gobernador en Chile y tardó más de dos años en reconocer las islas y canales de aquella región. Desde esa época el Estrecho de Magallanes ha formado parte del territorio de Chile. Los servicios prestados en esas exploraciones y las cartas escritas con este motivo, acreditan al capitán Ladrillero como uno de los más notables navegantes de América.



Ladrillero toma posesión del Estrecho.

12.—Suplicio de Caupolicán y Galvarino.

DURANTE la ausencia del Gobernador, la guerra no había cesado en el territorio de Arauco. Caupolicán no dejaba un día de reposo á los conquistadores. Audaz en el ataque, terrible en la victoria, tranquilo en la derrota, rápido siempre en sus movimientos, el heroico caudillo araucano hacía frente á los españoles en todas partes y se mostraba con sus tropas donde menos le aguardaban. Así cumplió la amenaza hecha al Gobernador D. García Hurtado de

Mendoza, á quien mandó desafiar diciéndole que haría con él lo mismo que hizo con Valdivia. La lucha habría podido prolongarse largo tiempo á no ser por la traición de un indio que sirvió de guía al capitán Reinoso para sorprender y apresar á Caupolicán.

Las hazañas de Caupolicán le recomendaban al respeto de sus enemigos. Justo habría sido que éstos le trataran con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra. Pero en aquellos tiempos era corriente sacrificar al enemigo vencido. El indio especialmente era mirado como un animal dañino. Los conquistadores, lejos de respetar á Caupolicán, le condenaron á morir empalado.



Caupolicán.

Este suplicio era atroz. Sobre un tablado se colocaba verticalmente una gruesa estaca terminada en punta. La víctima era sentada en esta punta para que la estaca, introduciéndose en el cuerpo, le desgarrase las entrañas y le hiciese morir en medio de espantosos dolores. Al mismo tiempo algunos indios auxiliares lanzaban flechas sobre el cuerpo del ajusticiado. Este refinamiento de crueldad era muy

propio del duro corazón de los conquistadores, que en todas partes fueron igualmente sanguinarios.

Caupolicán subió al tablado, desnudo, descalzo, con cadenas en las manos y los pies, con una soga al cuello de la cual iba tirando un español. Puesto ya en lo más alto, volviendo á un lado y otro la serena frente para mirar á la multitud allí reunida, estuvo largo rato tranquilo, silencioso, como si meditara en su infortunio y el porvenir de su pueblo. Acercóse entonces el verdugo, que era un esclavo africano. Caupolicán indignado al ver que un negro iba á poner las manos sobre él, tuvo un arranque de ira y exclamó: «¿Es posible que entre mis enemigos no haya uno que me mate con su espada? No me duele morir; pero quiero entregar la vida en manos de un valiente!» Y diciendo esto, alzó el pie derecho, como si no sintiese el peso de las cadenas, y dió al negro «tal coz que le hizo rodar abajo mal herido.» En seguida, ayudado apenas por los españoles, se sentó sobre la punta de la estaca y soportó sin dar señales de dolor el horrible suplicio.



Suplicio de Galvarino.

Los araucanos consideraban una cobardía el quejarse cuando sus enemigos les hacían morir; por esto

siempre se les veía serenos en medio de los mayores tormentos. En un combate cayó prisionero el indio Galvarino. El jefe español ordenó que las dos manos le fuesen cortadas por el verdugo. Llegado al sitio del suplicio, Galvarino tendió sin vacilar el brazo derecho y cuando esta mano le fué cortada, tendió también alegremente el otro brazo, sufriendo mutilación tan bárbara «sin torcer ceja, ni arrugar la frente,» según dice el capitán Alonso de Ercilla, que presenció el hecho. En seguida Galvarino alargó la cabeza y tendió el cuello, diciendo con furor á los españoles: «Cortad también esta garganta, que siempre está sedienta de vuestra sangre.» Los españoles, en vez de quitarle la vida, le dejaron en libertad para que fuera á juntarse con sus compañeros, en la esperanza de que éstos escarmentasen al verle mutilado.

En ese momento llegaba un indio sometido á los españoles. Galvarino, furioso al ver un hombre de su raza al servicio de los conquistadores, le llamó traidor y cobarde, se arrojó sobre él, le echó al suelo y le habría muerto golpeándole con los pies y los sangrientos brazos, si no hubieran acudido á socorrerle los españoles allí presentes. Galvarino, mirando á todos con un semblante que daba miedo, dijo á sus verdugos, antes de retirarse: «Sangre y fuerzas me quedan para seguir peleando. Quedaos, quedaos malditos; yo seré vuestro más rabioso enemigo y pronto tendréis que arrepentiros de no haberme quitado la vida.»

Galvarino cumplió este juramento. En todos los combates era el primero en atacar, el último en retirarse. Habiendo caído otra vez prisionero, los españoles le condenaron á morir ahorcado junto con otros araucanos escogidos entre los principales. El capitán Ercilla quiso salvar á Galvarino, á quien admiraba por su valor; pero éste se negó á aceptar el favor que se le ofrecía, diciendo: «La muerte me conviene más que la vida. Sólo siento no haber podido hacer más daño con mis cortados brazos.»

El capitán Ercilla refiere que, por falta de verdugo,

los españoles entregaron una soga á cada uno de los otros indios para que ellos mismos se ahorcasen. Los araucanos, á una señal de corneta, treparon ágilmente á los árboles y «de las más altas ramas se colgaron.»

Las mujeres mostraban en la guerra tanto valor como los hombres. Cuando Caupolicán cayó prisionero, una de sus mujeres, llamada Fresia, fué encontrada en el bosque con un niño en los brazos. Los españoles la



Fresia y Caupolicán.

apresaron y la condujeron al sitio donde estaban los prisioneros. Fresia ignoraba que Caupolicán hubiese caído en poder de sus enemigos. Al verle allí encadenado, la india se enfureció contra él, le trató de cobarde porque no se había hecho matar en vez de rendirse y le dijo: «¿No eras tú quién hacía temblar á nuestros enemigos? ¿No eras tú quién prometía con-

quistar la España? No sabes que la muerte en la batalla da honra y gloria al guerrero? Toma, toma tu hijo; críale tú, que en mujer te has cambiado. Yo no quiero título de madre del hijo infame del infame padre.» Fresia arrojó el niño á los pies de Caupolicán y corrió á refugiarse en el bosque vecino.

13.—Crueldades de la guerra.

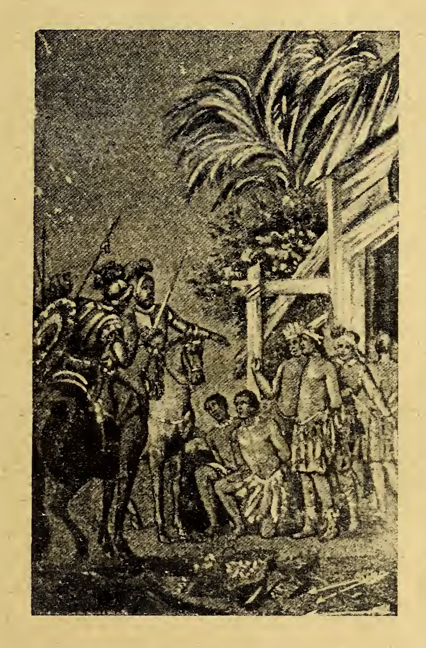
LA guerra entre los españoles y los araucanos era horrorosa por las crueldades que cometían los unos y los otros.

En los indios se explica esta ferocidad. Ellos no tenían educación y no podían comprender que fuese un crimen robar y matar. Además, la guerra no fué buscada por ellos; la injusticia de los extranjeros, que vinieron á despojarles de su libertad y de sus tierras, les obligó á defenderse.

La ferocidad de los españoles era mucho más culpable, porque ellos estaban educados en la religión cristiana, que tiene por fundamentos la justicia y la caridad. Sin embargo, sus violencias tienen también una explicación: casi todos eran soldados groseros ó criminales vulgares que no distinguían lo bueno de lo malo. Acostumbrados á matar á sus semejantes, trataban á los indios con bárbara crueldad y hacían burla de sus sufrimientos. Para los conquistadores la vida de un perro ó de un caballo valía mucho más que la de todos los indios. Por ningún motivo habrían hecho morir á uno de esos animales; pero no tenían pesar ni remordimiento en matar á cuanto indio caía en su poder aunque fuesen mujeres indefensas y débiles niños.

Los soldados españoles, cuando salían en persecución de los indios, destruían cuanto encontraban en su camino. Quemaban los ranchos, arrasaban las siembras, no perdonaban la vida á nadie. Muchos indios se escondían en los bosques y, con troncos de árboles, construían murallas para defenderse; pero los españoles los buscaban en esos lugares de refugio, destruían

sus obras de defensa y lanzaban contra ellos á los perros bravos que los mordían hasta matarlos. En una ocasión un capitán español salió con cien soldados y algunos perros á perseguir á los indios. Al cabo de diez días volvió al pueblo de donde había salido y contaba, con torpe orgullo, que sus soldados y sus perros habían hecho morir, en tan corto tiempo, á más de dos mil indios.



Indios cautivos.

La guerra fué para los indios un prolongado martirio. Sus ranchos eran quemados; sus siembras eran destruídas; ellos y sus familias tenían que vivir fugitivos y ocultos en los campos padeciendo toda clase de penalidades. Atormentados por el hambre, se mataban unos á otros para devorarse. Había madres que se comían á sus propios hijos. Los que menos padecían eran aquellos que lograban refugiarse á la orilla del mar, porque comían peces y mariscos; pero allí caían más fácilmente en poder de los españoles y por esto prefe-

rían irse á las montañas donde sólo hallaban yerbas y raíces.

14.—Valor indomable de los araucanos.

Los españoles esperaban que los araucanos se acobardasen con tantos sufrimientos. Razón tenían para esperarlo, porque parecía imposible que hubiera hombres capaces de soportar indefinidamente esa vida de sacrificios. Sin embargo, los araucanos prefirieron vivir en la mayor miseria antes que perder su



Caballería araucana.

independencia. No volvieron á pasar al norte del Bío-Bío, porque no hubo otro jefe comparable á Lautaro ó á Caupolicán para dirigirles en una guerra ofensiva; pero se defendieron siempre heroicamente, librando rudos combates con los soldados españoles que pretendían despojarles de todas sus tierras. En algunos de estos combates los araucanos quedaron victoriosos y se apoderaron de las armas y de los caballos de sus enemigos.

Una de las más notables victorias de los araucanos

tuvo lugar á las márgenes del río Purén. Un jefe español salió á perseguirlos con ciento treinta soldados y algunos cañones. Los españoles eligieron un terreno á propósito para colocar su artillería en altura y aprovechar en un llano la ventaja que les daban sus caballos. Los araucanos, en número de mil quinientos, vinieron á buscar allí al enemigo é intentaron tomar por asalto el campamento. Los españoles, aunque eran pocos en comparación de los indios, tenían en realidad mucho más poder que éstos por sus caballos y sus armas. Fácilmente rechazaron el ataque y entonces, persiguiendo al enemigo en derrota, se alejaron del terreno que habían preparado para el combate. Los indios, suspendiendo de improviso la fuga, hicieron frente á sus perseguidores y pelearon con tanta energía que en pocos minutos obtuvieron el triunfo. Los españoles huyeron á refugiarse en Angol, dejando sus armas abandonadas en el campo.

En los años siguientes hubo otros combates en los cuales la victoria quedó más veces á favor de los españoles que de los indios. Pero éstos se adiestraron en la guerra, se hicieron buenos jinetes usando los caballos que lograban quitar á sus enemigos y, durante más de trescientos años resistieron á la conquista con energía invencible. En ninguna otra parte de América encontraron los españoles enemigos tan valientes y tan tenaces como los indios de Arauco. En otros pueblos cien españoles bastaron para hacer esclavos en un año á millones de indios: en Chile hubo necesidad de tener siempre sobre las armas un ejército numeroso y, sin embargo, jamás se consiguió dominar por completo á los indígenas.

Hoy, trescientos cincuenta años después de la conquista, los araucanos conservan todavía las cualidades físicas y morales que les distinguieron en su heroica resistencia á los conquistadores. Han perdido su independencia, están sujetos á las leyes y autoridades del gobierno central de la República, viven dispersos entre los campesinos que cultivan aquellos famosos

campos de batalla y se ocupan también en trabajos agrícolas; pero recuerdan con orgullo las hazañas de sus antepasados, son de carácter enérgico y de cuerpo robusto, defienden con altivez sus bienes y su libertad personal, hablan su antiguo idioma y se mantienen fieles á sus primitivas costumbres domésticas.



Los araucanos en la actualidad.

Un viajero que visitó hace poco el territorio de Arauco, dice: «En la actitud del indio no hay humildad ruín ni taimada soberbia. Se conoce que ha enterrado la lanza en virtud de una capitulación honrosa. Camina con la frente alta, con paso serio, inmutable, como si nada tuviera que desear y nada que temer. Algunos de estos indios son tipos dignos de estudio por la entereza de su carácter; todos merecen atención por la originalidad del lenguaje y las costumbres, por las acentuadas facciones de su rostro y por su vigoroso desarrollo muscular.»

15.—Los indios fueguinos.

EN el extremo sur de Chile—en el Estrecho de Magallanes y la tierra del Fuego—había tribus indígenas mucho más salvajes que las del centro.

Viviendo en un clima muy frío y en un suelo estéril, los indios de aquella región no tenían otro alimento seguro que el que las playas les ofrecían. En la baja marea, en invierno ó en verano, de día ó de noche, iban á buscar los moluscos entre las rocas que el mar dejaba descubiertas. Cuando lograban dar caza á un huanaco ó matar un lobo marino ó cuando encontraban varada una ballena, aunque estuviese medio podrida, se daban el placer, poco común, de una abundantísima comida.

En general andaban completamente desnudos; los más afortunados en la caza usaban un cuero de huanaco ó de lobo marino atado al cuello y pendiente de la espalda. Sus habitaciones eran simples tolderías, formadas con algunos palos y cubiertas con cueros, que se transladaban de un lugar á otro según las necesidades de sus dueños.

«Bajo el punto de vista de sus costumbres y su carácter, escribía un viajero hace cerca de tres siglos, estas gentes tienen más relación con las bestias que con los hombres.» El sabio naturalista Darwin, que visitó esa región hace setenta años, dice: «Cuando vemos á estos hombres apenas se puede creer que sean criaturas humanas. El hombre en esta parte extrema de la América es más degradado que en cualquiera otra parte de la tierra.» Otro naturalista, Agazziz, que en 1872 hacía un viaje científico entre Nueva York y California, tuvo ocasión de ver algunos indios fueguinos, en pleno invierno, al pasar el estrecho de Magallanes. Según su testimonio «no puede darse cosa más grosera y repugnante que el aspecto de estos salvajes. Hoy, como en los siglos pasados, andan errantes, casi desnudos, á pesar de la nieve, las neblinas y las lluvias. Sólo piden á la tierra algunos palos secos para hacer fuego, y al mar bastantes moluscos para no morir de hambre.»

Al presente, las tierras vecinas al Estrecho de Magallanes están en posesión de hombres civilizados que las destinan á la crianza de ovejas. Los indios fuegui-

nos, que no tienen voluntad ni aptitudes para el trabajo, van disminuyendo de año en año. Los que aún existen conservan los mismos caracteres señalados por Darwin y Agazziz. En vano se han establecido misiones religiosas para enseñarles á vivir como cristianos. Ellos no pueden librarse de la barbarie á que les tiene condenados la inferioridad de su raza.



Indios de la Tierra del Fuego.

III.

LA COLONIA

1.—El padre Luis de Valdivia.

En Chile hubo muy pocos españoles que tuviesen compasión de los indios y les tratasen con bondad.

El más notable de éstos fué un padre jesuíta, llamado Luis de Valdivia.

El padre Valdivia vivió algunos años en este país, vió todas las crueldades que los españoles cometían contra los indios y se convenció de que éstos estaban siempre en guerra porque no podían someterse á tan injustos sufrimientos. Por este motivo aconsejó á los españoles que no fuesen crueles y trabajó sin descanso para conseguir que cambiasen de conducta.

Pero los buenos consejos del padre Valdivia no fueron escuchados. Los españoles, que en todas partes habían vencido á los indios, querían vencer también á los araucanos y, mientras más resistencia les oponían éstos, más crueles eran con ellos. El padre, cansado de predicar en vano, se fué á España para contar al Rey lo que sucedía y pedirle que pusiese remedio á tantos males. Los soldados españoles mandaron, por su parte, á uno de sus capitanes para que diese al Rey informes contrarios á los del padre Valdivia.

El Rey de España escuchó con atención al sacerdote y al militar, luego comprendió que el primero tenía razón para quejarse de la crueldad con que eran tratados los indios, y entonces mandó órdenes al gobernador de Chile para que suspendiese la guerra contra los araucanos. El Rey ordenó también al padre Valdivia

que volviese á Chile para ayudar á la pacificación de los indios.

Por desgracia, ya no era tiempo de conseguir este resultado. Los indios no podían creer en las buenas intenciones de los españoles que siempre les habían engañado. La bondad del padre Valdivia no bastaba para hacerles olvidar los crímenes de los conquistadores; tampoco era suficiente para convertir en hombres caritativos á estos soldados inhumanos, que no conocían la compasión, ni tenían sentimientos de justicia y caridad.

Durante algún tiempo el padre Valdivia se ocupó en predicar la paz entre los indios; pero sus trabajos fueron tan infructuosos que ni siquiera consiguió ser recibido como amigo por los araucanos. En cierta ocasión intentaron matarle, porque le creían tan malo como los demás españoles; le salvó de este peligro la intervención de algunos caciques que vivían en paz y le ayudaban en sus trabajos. Menos afortunados que él fueron tres sacerdotes que, por orden suya, se dirigieron al interior de Arauco para dar misiones á los indios. Los araucanos mataron á los misioneros con dolorosos tormentos.

El padre Valdivia, perdida la esperanza de pacificar á los indios y de hacer más humanos á los españoles, se alejó de Chile para siempre. Su corazón bondadoso no le permitía quedarse en el país para ser testigo de las crueldades de la guerra. Murió en España lamentando hasta su última hora las desgracias que no pudo evitar. El padre se condujo como buen cristiano y ocupó toda su vida en hacer el bien. Su memoria es digna de veneración porque él fué un verdadero discípulo de la santa doctrina de Jesucristo.

2.—Los indios convertidos en esclavos.

LOS indios fueron tratados cruelmente, no sólo en la guerra, sino también en la paz. Al norte de Arauco, en el territorio que los españoles ocupaban

con tranquilidad, había numerosos indios que fueron reducidos á la condición de esclavos. Cada soldado español tenía el derecho de hacerse dueño de algunos indios para aprovecharlos como quisiera. Estos infelices eran tratados, en las minas y en las haciendas, como si fueran animales de trabajo. Se les separaba de sus familias, aún cuando sus mujeres y sus hijos quedasen abandonados y muriesen en la miseria. Se les hacía trabajar sin descanso, azotándoles y apaleándoles cada vez que, por fatiga ó por pereza, suspendían su tarea. No recibían salario por su trabajo: sólo se les daba el alimento indispensable para que no muriesen de hambre y un trozo de bayeta para que no anduviesen desnudos.



Indio esclavo.

Estos sufrimientos eran tan duros que los indios, para librarse de ellos, se fugaban en cuanto podían de las minas y de las haciendas de los españoles. La vida en los bosques era muy penosa para los indios, porque no tenían alimentos ni habitaciones; pero, á lo menos, allí estaban libres de las crueldades de sus amos y ellos deseaban morir en libertad antes que vivir en dura esclavitud.

Los españoles, para impedir la fuga de los indios, cometían con ellos nuevas maldades. Les cortaban los dedos de los pies á fin de que no pudiesen correr, ó les

marcaban en la cara con un hierro candente, como hasta hoy se hace con los caballos y los bueyes, á fin de que cada amo pudiese reconocer siempre á sus esclavos.

Los españoles imponían á los indios estos tratamientos y otros aún más bárbaros, porque no había leyes ni autoridades que lo prohibiesen. Un Gobernador, que acababa de llegar á Chile, escribía al Rey de España diciéndole «que por las crueldades de los españoles se veía una multitud de indios cojos, mancos, sin manos ó con una sola, ciegos, desnarizados y desorejados.» Estas mutilaciones de los indios contribuyeron á disminuír la población de Chile y á aumentar las violencias de la guerra. Todo indio que podía escaparse estaba dispuesto á pelear hasta la muerte antes que volver á poder de los españoles.

3.—Productos agrícolas

EL más importante de los trabajos en los campos era sembrar y cosechar trigo. También se cultivaban la cebada, el maíz, los frejoles y las lentejas, pero en mucho menor cantidad que el trigo. Se hacían siembras de papas, sandías, melones y zapallos, productos que se daban en abundancia y se vendían á muy bajo precio. Los españoles trajeron duraznos, manzanas, membrillos y otros árboles, que crecieron en Chile como en España y produjeron excelentes frutas. Asimismo trajeron parras para plantar viñas, semillas de cáñamo para fabricar toda clase de cuerdas, y olivos para sacar de las aceitunas el aceite de comer. Con el cultivo de aquellas semillas y estos árboles los habitantes de Chile llegaron á tener lo necesario para su propio consumo y para mandar al Perú, donde el clima no es favorable á estos cultivos. También se mandaban al Perú frutas secas y cables fabricados con cáñamo de Chile. En cambio del trigo, las frutas secas y el cáñamo, los comerciantes del Perú mandaban á Chile géneros traídos de España, azúcar, chocolate,

arroz y sal. Un comercio parecido se hacía con Buenos Aires, de donde se traía la yerba para tomar mate.

De Mendoza venían, como vienen hoy, los bueyes y vacas que los agricultores de Chile compraban para engordar en sus campos. En el verano, cuando estos animales ya estaban gordos, sus dueños hacían grandes matanzas para preparar charqui y sebo. El cuero lo preparaban en las curtidurías para la fabricación de zapatos.

Al principio eran escasos los españoles que había en Chile y necesitaban pocos animales para alimentarse. Entonces un buey ó una vaca no valía sino tres pesos. Más tarde aumentó el número de habitantes de raza española; también hubo comerciantes que compraban charqui, sebo y cueros para llevar al Perú y á Buenos Aires junto con el trigo. Por estas dos causas cada uno de esos animales tuvo mayor precio y llegó á venderse á ocho ó diez pesos.

Los caballos traídos á Chile por los conquistadores se aclimataron fácilmente en el país y se multiplicaron con rapidez. En los primeros tiempos un caballo valía á lo menos mil pesos, porque era necesario traerlo del Perú ó de España y el viaje por mar importaba muchos pesos. Después hubo tal abundancia de caballos que apenas valían cinco ó seis pesos cada uno.

Desde entonces los caballos de Chile han sido recomendados por sus fuerzas, por su resistencia para el trabajo y principalmente por sus servicios en la guerra. Los soldados españoles que venían de Europa ó de otras colonias se sorprendían de encontrar aquí caballos tan buenos como en su patria. En el Perú un caballo de Chile era apreciado como los mejores que llegaban de España.

4.—Los extranjeros y el comercio.

PARA que los españoles fueran dueños de todo Chile, el Rey de España prohibió que viniesen habitantes de otros países. Los comerciantes in-

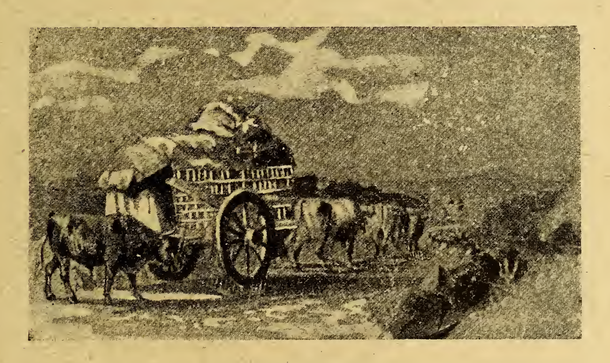
gleses querían venir á Chile para vender paños, géneros blancos, herramientas, cuchillos, papel, loza y otras mercaderías fabricadas en Inglaterra. El Rey de España no les permitía traer estas mercaderías, para que los españoles tuviesen el privilegio de traerlas en sus buques y de venderlas más caras. El Rey había mandado que se castigase con la pena de muerte á cualquier habitante de Chile que comprase mercaderías á los ingleses ó á otros extranjeros.

Durante muchos años se mantuvo la orden que prohibía á los extranjeros venir á América. Pero habiéndose encontrado el Rey de España escaso de dinero, escribió á sus virreyes y gobernadores para que recibiesen á los extranjeros si éstos pagaban una contribución. Para el Rey, la América no valía sino por el dinero que podía producirle. Primero prohibió la venida de los extranjeros, porque pensaba que ellos podían llevarse las riquezas que había en estos países. Después él mismo los invitaba á venir para que le pagasen una parte de lo que ganaran. Pero siempre conservó la prohibición de comprar mercaderías que no fuesen mandadas desde España con su permiso.

Ahora diariamente llegan á Chile buques que vienen de Europa con toda clase de mercaderías. En los primeros ciento cincuenta años de la vida colonial, nunca llegó á Chile un buque con mercaderías traídas directamente de Europa. Sólo después del año 1700 principiaron á llegar algunas naves francesas, que hacían el viaje por el cabo de Hornos con permiso extraordinario del Rey de España, aliado entonces de la Francia en una guerra europea. Por regla general, los comerciantes de Chile tenían que comprar mercaderías en Buenos Aires ó en Lima. Las mercaderías compradas en Buenos Aires eran traídas á Mendoza en carretas. Este viaje duraba cerca de un mes. Desde Mendoza hasta Santiago las traían en mulas, empleando ocho ó diez días. Las mercaderías compradas en Lima eran transladadas por mar á Valparaíso. Este viaje, al principio, duraba tres meses; después un marino, llamado

Juan Fernández, lo efectuó en un mes, aprovechando vientos favorables, y enseñó á todos los marinos á hacerlo en igual tiempo.

De Valparaíso á Santiago las mercaderías eran llevadas en mulas, que hacían el viaje en cuatro días. Sólo en los últimos años de la colonia hubo un camino que permitió conducir los bultos más pesados en carretas, tiradas por seis ó más bueyes. Estas carretas tardaban hasta quince días en un viaje de Valparaíso á Santiago. Con tantas dificultades y gastos para traer



Carreta viajera.

los productos de las fábricas europeas, los precios de venta tenían que ser muy subidos. Por consiguiente, el Rey de España, para favorecer á unos pocos comerciantes de su reino, obligaba á todos los habitantes de América á pagar por esas mercaderías tres ó cuatro veces su valor.

5.—Pobreza de Chile.

LOS españoles, obligados por la constante guerra con los indios á ser soldados, no podían trabajar bien los campos de cultivo. Salían á campaña en la

primavera y regresaban á sus casas á principios de invierno, cuando ya había pasado el tiempo de las cosechas. Había años en los cuales era difícil cosechar el trigo necesario para el consumo del país. Los conquistadores de Chile tuvieron que sufrir por largos años las privaciones de la miseria junto con las penalidades de la guerra.



Valparaíso en 1650.

En Méjico y el Perú había minas de plata que ofrecían grandes riquezas en compensación de los peligros y sufrimientos de la guerra. Los españoles, que salían de su patria en la esperanza de hacerse ricos en corto tiempo, iban en gran número á esos países, famosos por sus tesoros. Pocos eran los que se resolvían á venir á Chile, donde sólo podían explotarse algunas minas de oro de poca importancia. La tenacidad y el heroísmo con que los araucanos defendían su independencia contribuían también á alejar de Chile á la mayor parte de los españoles.

Entre tanto los indios sometidos á esclavitud morían á millares por el duro tratamiento que recibían de sus amos. La población de Chile, en vez de aumentar, disminuía todos los años. Por esta causa el país no podía progresar y enriquecerse. Un siglo después de la muerte de Pedro de Valdivia, el puerto de Valparaíso era una miserable aldea con menos de doscientos habitantes. En la misma época Santiago apenas tenía 4,500 pobladores.

A varios de los pueblos conquistados, los españoles llevaron esclavos negros, comprados en Africa, y así tuvieron los hombres de trabajo que necesitaban. Pero estos negros se vendían muy caro; algunos valían seiscientos pesos, precio que no podían pagar sino las personas muy ricas.

La vida de los negros era tan desgraciada como la de los indios. Sus amos les trataban con odiosa crueldad. Si un negro salía á la calle después de las nueve de la noche, le conducían á la cárcel y le pegaban cien azotes. Si un negro usaba puñal, también le tomaban preso y le atravesaban las manos con un clavo. Hubo en Chile un Gobernador que ordenó pegar doscientos azotes y quebrarles un pie á los negros que huyesen de las casas de sus amos.

Hoy todos los habitantes de Chile viven y trabajan como más les conviene. Los blancos, los negros y los indios son iguales. El que comete una falta es castigado; pero nadie molesta al que vive tranquilo y no hace daño á los demás. Los pobres tienen que ganar su vida con duro trabajo; pero cada uno trabaja según su gusto y sus necesidades y nadie puede obligar á otro á trabajar por la fuerza.

En aquel tiempo sucedía lo contrario. Unos eran amos, otros eran esclavos. Unos mandaban, otros obedecían. Los blancos eran los señores; los indios y los negros eran como animales al servicio de los blancos. Se creía entonces que los hombres no valían por su buena conducta, sino por el color de su cara ó por el lugar donde habían nacido.

6.—Los condes y marqueses de Chile.

En Chile se creía, pues, que los individuos que más valían eran los blancos nacidos en España. Estos, que tenían el sobrenombre de *chapetones*, gozaban de muchas ventajas. Por orden del Rey sólo los *chapetones* podían ser comerciantes y empleados públicos.

Después de los *chapetones* venían los *criollos*. Estos eran blancos, hijos de españoles, pero nacidos en Chile ó en cualquier otro país de América. Los padres ó los abuelos de los criollos eran los españoles que habían venido como soldados para hacer la conquista de estos países. Por eso los criollos eran dueños de las casas y haciendas que habían tenido aquéllos.

Los criollos habían nacido en Chile y eran chilenos. Ellos miraban con fastidio á los chapetones que los trataban como si valiesen menos. Algunos criollos, que se habían hecho ricos con el trabajo de los indios, daban dinero al Rey de España para que éste les permitiese llamarse condes ó marqueses. Estos títulos los daba algunas veces el Rey á los soldados que se distinguían en la guerra. Por ejemplo, Francisco Pizarro, que fué cuidador de cerdos en su niñez, que nunca supo leer ni escribir, recibió el título de marqués en recompensa de su audacia, sus crueldades y su avaricia en la conquista del Perú.

Llamarse conde ó marqués no significa nada. El hombre que más vale es el que se conduce mejor. Un zapatero trabajador y honrado vale mucho, aunque sea muy pobre y aunque haya nacido en un rancho. Un hombre que no trabaja, que es vicioso, que roba y engaña, vale muy poco, aunque sea rico, aunque haya nacido en Europa y se llame conde ó marqués.

Pero en aquel tiempo era moda comprar esos títulos. Así como hay modas en los trajes, también hay modas en las costumbres. Por seguir la moda algunos chilenos gastaron mucha plata para hacerse llamar condes ó marqueses, comprando estos títulos al Rey de España,

que los vendía por 20,000 pesos fuertes cada uno. Hoy toda persona sensata se burla de esa costumbre ridícula; pero hace uno ó dos siglos nadie se burlaba de los que perdían su dinero en la compra de aquellos títulos, porque á todos les gustaba tenerlos.

Después de los españoles ó chapetones y de los criollos venían los indios, los *mestizos*, que eran hijos de blancos y de indios, y los *mulatos*, que eran hijos de blancos y de negros. Los *mestizos* y los *mulatos* vivían trabajando como peones en los campos y en las ciudades. El salario que ganaban con su trabajo apenas les alcanzaba para sus necesidades y por esto vivían siempre en la miseria y sus hijos tenían la misma triste suerte que ellos.

7.—Predicación religiosa.

YA se ha visto que los españoles, por regla general, se condujeron como verdugos de los indios. Un historiador de Chile ha podido decir:

«Ansiosos de adquirir riquezas, los españoles impusieron á los indefensos y desvalidos indígenas las más penosas y mortíferas tareas. Les dieron un tratamiento peor del que se suele dar á las bestias. El hombre guarda consideraciones á su caballo y á su buey, atiende á que no sucumban bajo el peso del excesivo trabajo, cuida de que estén bien comidos y bien alojados, porque tiene necesidad de ellos y porque su reemplazo le exije dinero. Al conquistador no le importaba la muerte del indio. ¡Había tantos! Si unos morían se tomaba á otros, y eso sin que costara el más pequeño desembolso!»

Muchos de los españoles, para ocultar sus crueldades, decían que los indios no tenían alma, que no eran hombres como los demás hombres, y que no había injusticia en perseguirlos, cautivarlos y domarlos como á fieras Esta excusa tan torpe no podía atenuar la culpa de los españoles porque la doctrina cristiana, de la que ellos se decían discípulos y defensores, ordena tratar

con caridad, no sólo á los hombres, sino también á los animales. El Papa Paulo III condenó el mal tratamiento que los españoles daban á los indios de América, y declarando que éstos eran «verdaderos hombres capaces de la fe cristiana,» ordenó que fuesen tratados con benevolencia y suavidad, que no se les sometiese á esclavitud ni se les despojase de sus bienes.


Un misionero.

Los Reyes de España también ordenaron muchas veces que se tratase á los indios con justicia y establecieron severas penas contra sus perseguidores.

Pero las declaraciones del Papa y las órdenes de los Reyes no mejoraron la triste suerte de los indios, que fueron exterminados en Chile y en toda la América con invariable crueldad.

Hubo, por excepción, unos pocos españoles que no fueron crueles. En este número se encuentran varios de los sacerdotes que vinieron á fundar iglesias con la esperanza de convertir á los indios al cristianismo. En los primeros años de la conquista hubo sacerdotes guerreros, más inclinados á la violencia que á la caridad; pero hubo también otros que se ocuparon sólo en predicar el Evangelio, y esos fueron caritativos, justos y generosos.

En páginas anteriores se ha referido cómo el padre Luis de Valdivia se consagró á servir á los indios y cuánto trabajó para impedir las violencias de los españoles. Algunos años antes, en los primeros tiempos de

la conquista, tres frailes franciscanos reprendieron severamente al mismo Gobernador Pedro de Valdivia por su conducta inhumana con los indios y obtuvieron que ordenase corregir algunos abusos. El fraile domínico Gil González fué también un defensor generoso de los indios perseguidos y predicó en su iglesia que «los indios defendían causa justa, que era su libertad, casas y haciendas, por lo cual se iban al infierno los que los mataban.»

El primer Obispo de Santiago fué Rodrigo González Marmolejo. Este sacerdote vino á Chile sirviendo de Capellán en la expedición de Pedro de Valdivia. Fué muy querido de los conquistadores, porque no sólo les prestaba los servicios propios de su ministerio, sino también les auxiliaba en sus desgracias y les ayudaba generosamente en sus necesidades. Era ya muy anciano y estaba achacoso, cuando le llegó en 1562 su nombramiento de Obispo; murió en 1564 sin haber podido consagrarse, ni desempeñar las funciones episcopales.

El primer Obispo de Concepción fué el fraile franciscano Antonio de San Miguel. El Papa hizo su designación para el Obispado en 1563; pero el señor de San Miguel no pudo consagrarse, por diversos inconvenientes, hasta el año 1568. Este Obispo es digno de recuerdo por sus constantes esfuerzos para conseguir que los indios fuesen tratados con humanidad. Igual mérito tiene el tercer Obispo de Santiago, fray Diego de Medellín, también de la orden franciscana. Fué el más decidido protector de los indios contra la crueldad de los españoles; poco antes de morir escribía al Rey de España estas palabras que revelan toda la bondad de su alma: «El mayor deseo que en esta tierra tengo es ver á estos naturales con alguna quietud.» Murió á la edad de noventa y siete años. Un historiador de la iglesia chilena escribe lo que sigue refiriéndose al Obispo Medellín:

«Profundamente amado y respetado en el país, debió de ser su muerte sentida por todos, pero principalmente por los pobres indios, á quienes, durante los diez y

siete años de episcopado, no había cesado un momento de prestar decidida protección, defendiéndolos contra los poderosos y los opresores con el valor, la constancia, el desinterés y la generosidad de que sabe dar muestra un Obispo católico.»

8.—El Obispo Villarroel.

ACASO el más notable de los sacerdotes de Chile durante la colonia, fué el fraile agustino Gaspar de Villarroel, séptimo Obispo de Santiago.

El Obispo Villarroel era un modelo de bondad y de virtud. Vivía consagrado á servir á los enfermos y los menesterosos. Los días lunes visitaba á los presos en la cárcel pública, les llevaba alimentos y cigarros, hablaba cariñosamente con ellos y trataba de hacerles arrepentirse de sus faltas. Los viernes visitaba el hospital de San Juan de Dios y personalmente distribuía á los enfermos los regalos que para ellos llevaba. Los sábados repartía limosnas en su casa, que se llenaba de hombres, mujeres y niños hambrientos por falta de trabajo.



Obispo Villarroel.

Dos pobres, casi desnudos y temblando de frío, llegaron á pedirle limosna en circunstancias en que él no tenía las llaves de su escritorio y de su ropero, porque

su mayordomo estaba ausente. El Obispo, no pudiendo resignarse á despedirlos sin darles un socorro, pasó á su cuarto de dormir, se quitó rápidamente la ropa interior y pronto volvió, vestido sólo con su sotana, para dar á uno de los pobres su camisa y al otro sus pantalones. Este acto de caridad cristiana debe servir de ejemplo á todos los curas que están encargados, no sólo de predicar la enseñanza sagrada, sino también de sacrificarse en servicio de sus semejantes.

El 13 de Mayo de 1647 un espantoso terremoto destruyó á Santiago. A las diez y media de la noche se estremeció la tierra con tanta violencia que en breves instantes cayeron derrumbados todos los edificios de la ciudad. Algunos de los habitantes alcanzaron á correr á las calles y á los patios interiores de las casas; otros quedaron sepultados entre las ruínas. Muchos de éstos murieron aplastados por las paredes; otros estaban heridos y daban gritos lastimeros pidiendo socorro.

En medio del espanto producido por la catástrofe, los que estaban sanos y salvos se desesperaban por encontrar á las personas de su familia, pues todos temían que sus padres, sus esposos, sus hijos ó sus hermanos estuviesen pereciendo bajo las ruínas. Era necesario proceder sin demora á levantar los escombros y prestar ayuda á los desgraciados que pedían auxilio. En esta obra de salvación, el Obispo Villarroel tomó una parte principal. El mismo estuvo á punto de perecer, quedando sepultado bajo los escombros de su casa; sus sirvientes lograron desenterrarlo y así libró con sólo tres heridas leves en la cabeza.

El Obispo, apenas se vió libre de este gravísimo peligro, se ocupó en auxiliar á los moribundos y cuidar á los heridos, obra en que fué ayudado por todos los sacerdotes que había en la ciudad. Las autoridades civiles, por su parte, hicieron prodigios también para servir á los desgraciados; pero en aquellos tiempos se creía que los temblores y terremotos eran castigos decretados por Dios, y las gentes, aterrorizadas por el cataclismo, daban más importancia á las oraciones del

Obispo que á los servicios de las autoridades civiles.
Por esto en los recuerdos del terremoto se menciona especialmente la actividad con que procedieron los sacerdotes á confesar y absolver á los moribundos. Los que habían salvado, también se confesaban á gritos y hacían otros actos de devoción para descargar sus con-



Iglesia Matriz de Valparaíso.

ciencias de las culpas que, según creían, eran la causa del terremoto. Más de cuarenta sacerdotes pasaron la noche en escuchar las confesiones de tantos culpables arrepentidos en la hora del peligro.

9.—Los Jesuítas.

En la historia eclesiástica de Chile corresponde un recuerdo especial á la famosa Compañía de Jesús. En 1593 llegaron á Santiago ocho jesuítas, los primeros que venían á Chile. Su pobreza era extremada, no tenían dinero ni para pagar su alojamiento y su comida. Fueron hospedados en el convento de Santo Domingo, mientras la caridad pública les proporcio-

naba recursos para atender á sus necesidades. Setenta años más tarde había en Chile 300 jesuítas, que eran dueños de 59 haciendas, de innumerables casas en todas las ciudades, de 2,000 esclavos y de una inmensa cantidad de animales. Estos bienes representaban un valor de muchos millones de pesos.

La mayor parte de estas inmensas riquezas fueron regaladas á los jesuítas por los habitantes de Chile; pero ellos administraban sus bienes con mucha habilidad y los aumentaban mediante el trabajo y la economía. Es admirable que los chilenos, en medio de su pobreza, fueran tan generosos con los jesuítas. Esto se explica, porque esos sacerdotes eran los hombres más instruídos, más serviciales y más laboriosos que había en el país. Servían de maestros á la juventud, predicaban en todas las iglesias, hacían con frecuencia procesiones y fiestas solemnes, viajaban como misioneros por los campos, enseñando la religión á los indios, acompañaban á los enfermos, auxiliaban á los moribundos, consolaban á los afligidos, y eran los consejeros de



Un jesuíta.

todas las familias en los días de desgracias y pesares.

Los padres jesuítas se ocuparon especialmente en predicar á los indios la religión cristiana. Despreciando los peligros de la guerra, se internaban como misioneros en el territorio de Arauco, fundaban iglesias y procuraban convertir á los indios por medio de la bondad. El ejemplo del jesuíta Luis de Valdivia fué imitado por muchos sacerdotes de la misma orden. Entre otros es justo recordar al padre Diego Rosales, que vivió algunos años entre los araucanos y escribió una notable Historia de Chile. En la penosa vida de misioneros, los jesuítas tuvieron que soportar grandes sufrimientos.



Palmas de la hacienda de los jesuítas en Ocoa.

Algunos fueron apresados y otros muertos por los indios en las épocas de guerra; pero, á pesar de ello, siempre continuaron abnegadamente en la santa obra de enseñar el Evangelio.

Con tales méritos y servicios los jesuítas se conquistaron el afecto de los chilenos. Algunas personas, com-

padecidas de verlos tan pobres á su llegada, les dieron terrenos y dinero para que edificasen una iglesia; ellos, en señal de gratitud, concedieron á estas personas el título de *fundadores* de la iglesia, lo que les daba derecho á solemnes funerales el día de su entierro. Esta recompensa espiritual, que era una promesa de salvación del alma, satisfacía también el orgullo mundano de los ricos, y ofrecía un poderoso estímulo á la generosidad de aquellos colonos que se distinguían tanto por su devoción como por su vanidad.

Puede decirse que los jesuítas fueron los primeros agricultores de Chile. Hasta entonces el cultivo de los campos se había hecho de un modo muy imperfecto; ellos principiaron por enseñar á los trabajadores, introdujeron nuevos instrumentos de labranza, construyeron canales para sacar agua de los ríos y regar sus campos en la primavera y el verano. Así lograron que sus haciendas diesen abundante producción de trigo, vino, aguardiente, frutas secas, sebo y charqui.

También cultivaron el cáñamo y fabricaron cuerdas, establecieron curtidurías para beneficiar los cueros de los animales que mataban en sus haciendas y fundaron en Santiago una alfarería para fabricar vasijas, ollas destinadas á la cocina y otros artefactos. En la desembocadura del Maule, donde se fundó más tarde el puerto de Constitución, tuvieron un astillero para construír lanchas y otras embarcaciones menores.

Por estos medios los jesuítas habían adquirido grandes riquezas, no sólo en Chile, sino también en los demás países de América y en España. Formaban, al mismo tiempo, una orden religiosa y una gran sociedad industrial con agencias en todo el mundo, y ponían en la administración de sus negocios igual fervor que en el desempeño de sus funciones sacerdotales. Fué tanto el poder que adquirieron con sus riquezas, su influencia fué tan grande en la sociedad, que Carlos III, Rey de España, llegó á pensar que eran un peligro para su poder, por lo cual ordenó que fueran expulsados de todos sus dominios. Esta orden se cumplió en Chile,

como en los otros pueblos americanos, en Agosto de 1767. Las riquezas inmensas de los jesuítas fueron declaradas de propiedad del Rey.



El rey Carlos III.

Dos jesuítas nacidos en Chile, el padre Miguel de Olivares y el padre Juan Ignacio Molina, merecen un recuerdo por su ilustración y sus trabajos literarios.

El padre Olivares, natural de Chillán, fué destinado á las misiones y recorrió casi todo el territorio de Chile predicando la religión á los indios. Cuando pudo descansar, dedicó su tiempo á la lectura y al estudio y escribió un libro curioso sobre la historia de los jesuítas en este país. Terminado ese trabajo, volvió á pasar muchos años en la vida de misionero, hasta que llegó la orden de expulsión. El padre Olivares escribió también una Historia de Chile, que contiene noticias interesantes sobre las costumbres de los araucanos.

El padre Juan Ignacio Molina nació en el campo, á orillas del río Maule. Hizo sus estudios en un colegio que los jesuítas tenían en Concepción y después se transladó al colegio de Santiago, donde estaba cuando llegó la orden de expulsión. Molina fué transladado á Italia; allí vivió más de sesenta años en mucha pobreza.

Movido por el cariño á su patria, Molina se propuso dar á conocer en Europa la geografía y la historia de Chile. Desde niño tuvo afición al estudio de las plantas

y los animales. Esto era una simple curiosidad, porque en aquel tiempo no se daba importancia á tales cosas. En Italia se procuró algunos libros científicos, y con auxilio de ellos y de sus recuerdos, escribió en italiano tres libros, que llamaron la atención de los sabios. La parte más importante de su trabajo es la que trata de la Historia Natural de Chile; fué traducida á las principales lenguas de Europa y dió mucha fama á su autor.

Molina vivió hasta el año 1829. Jamás volvió á Chile; pero siempre recordó á su patria con grande afecto. Los chilenos le han hecho justicia levantándole una estatua que ha sido colocada frente á la Universidad, para que los estudiantes se inspiren en su ejemplo.

10.—El Gobernador Ambrosio O'Higgins.

En Chile había un Gobernador nombrado por el Rey de España y encargado de hacer cumplir las órdenes de éste. La guerra con los araucanos fué la principal ocupación de los Gobernadores.

Por esta causa y por la pobreza del país casi todos se dedicaron á los servicios militares sin hacer obras de provecho que les recomienden á la gratitud de los chilenos. El mejor de esos Gobernadores, el que más hizo progresar la colonia fué Ambrosio O'Higgins, comerciante irlandés que se estableció en España, y después de vivir allí algunos años, se transladó al Perú, con permiso del Rey, llevando algunas mercaderías. O'Higgins perdió en malos negocios el poco capital que poseía y del Perú pasó á Chile como empleado del Rey, con sueldo anual de quinientos pesos.

O'Higgins era un hombre inteligente, laborioso y honrado. Las autoridades superiores le apreciaban mucho por la exactitud con que cumplía sus obligaciones y por su lealtad para servir los intereses de España. Aún cuando era extranjero por su nacimiento, se con-

dujo en América como el español más fiel á las órdenes reales. En recompensa de su fidelidad y sus servicios, el Rey le nombró Gobernador de Chile en 1778. O'Higgins tenía 67 años de edad cuando recibió este nombramiento; pero su salud era fuerte y, no obstante la vejez, pudo trabajar con la actividad propia de un joven.



Ambrosio O'Higgins.

El nuevo Gobernador conocía todo el territorio comprendido entre Santiago y Arauco porque, en cumplimiento de sus obligaciones como empleado, lo había recorrido muchas veces. Su primer cuidado en el Gobierno fué visitar el territorio que no conocía al norte de Santiago. Se marchó primero á San Felipe; de allí se dirigió á Petorca y al puerto de Coquimbo, donde se embarcó con dirección á Caldera; se detuvo en Copiapó treinta días y, atravesando el desierto de Atacama, volvió á La Serena para seguir después á Quillota y Valparaíso.

Hoy, con todas las comodidades con que se viaja, pocas personas se atreverían á hacer una visita á las provincias del norte como las practicadas por el Gobernador O Higgins. Este, á pesar de sus años, soportó las fatigas sin enfermarse y se ocupó activamente en servir á las poblaciones que visitaba. Desde la mañana hasta la noche se ocupaba en recoger noticias sobre las necesidades del país, en oír las quejas que los

habitantes presentaban contra las autoridades locales, en ordenar trabajos útiles y en hacer toda clase de servicios.

Lo que más llamó la atención del Gobernador fué la crueldad con que se hacía trabajar á los indios en los campos y en las minas. O'Higgins, compadecido de estos infelices, se apresuró á ordenar que los mineros y agricultores les tratasen con caridad y les pagasen su trabajo. Hasta entonces los pobres indios habían trabajado como esclavos, porque sus patrones tenían libertad de hacer con ellos lo que querían. Jamás recibían un salario que les permitiese atender á sus necesidades y las de sus familias. Era costumbre general que los amos no diesen á los indios otra cosa que una arroba de charqui de cabra y un almud de cebada en cada mes y algunas varas de bayeta en cada año. Con estos recursos tan miserables, los indios y sus familias no podían alimentarse ni abrigarse, por lo cual morían en gran número, víctimas del hambre y de las enfermedades.

La orden del Gobernador O'Higgins para que los indios fuesen tratados como hombres libres, encontró muchas resistencias, porque los agricultores y dueños de minas hacían su negocio tratándolos como á esclavos. Pero el Gobernador mantuvo su orden con energía y la hizo cumplir, prestando amparo á los indios que se quejaban con justicia de la conducta de sus patrones.

El Gobernador O'Higgins puso también especial empeño en conseguir que los araucanos viviesen tranquilos. Ordenó al jefe de las tropas españolas en Arauco que siempre estuviese pronto para la guerra; pero que no atacase ni ofendiese á los indios sin motivo, á fin de ver si podía estar en paz con ellos. El resultado fué satisfactorio, porque los araucanos, sabiendo que los españoles estaban armados y prontos para combatir, tuvieron cuidado de no atacarlos y vivieron ocupados en cultivar sus campos. De este modo, la prudencia del Gobernador fué mucho más eficaz que las violencias

de sus antecesores para obtener, siquiera por algún tiempo, la pacificación de los guerreros indomables de Arauco.

11.—La Audiencia y los Cabildos.

EL Gobernador no era el único representante del Rey en Chile. Había también en Santiago un tribunal—la Real Audiencia—compuesto de un Regente, cuatro Oidores y dos Fiscales, que eran nombrados por el Rey y juraban prestarle ciega obediencia.



Un Oidor de la Audiencia.

La audiencia estaba encargada de administrar justicia revisando, como las actuales Cortes de Apelaciones, las sentencias de primera instancia, dictadas por los Alcaldes de cada ciudad, quienes ejercían algunas de las atribuciones que hoy corresponden á los jueces de letras. El Gobernador estaba obligado á consultar á la Audiencia casi en todos los asuntos administrativos, presidiendo en tales casos sus sesiones, por lo cual tenía también el título de Presidente.

El Rey temía que sus empleados aprovechasen la distancia y la lentitud de las comunicaciones para faltar á los deberes que él les había impuesto. Guiado por esta desconfianza, dió al Presidente-Gobernador algunas atribuciones judiciales, y ordenó que la Audiencia, por su parte, interviniese en la administración civil.

La Audiencia tenía, además, el derecho de comunicarse directamente con el Rey y la obligación de darle aviso de cuanto sucedía en el país. De esta suerte se estableció un servicio de vigilancia recíproca entre las autoridades coloniales, para que todas obedeciesen fielmente los mandatos del soberano.

La administración local de cada pueblo, ó sea el cuidado de los servicios que hoy están á cargo de las Municipalidades, correspondía á los Cabildos. Estas corporaciones eran formadas por individuos que en remate público compraban el título de Regidor. Los Cabildos designaban anualmente á dos Regidores para que desempeñasen las funciones de Alcaldes, encargados especialmente de enjuiciar á los criminales y de sentenciar en todos los pleitos. Los Regidores del Cabildo no tenían la representación del pueblo, puesto que compraban sus cargos, en vez de obtenerlos por elección popular; pero, siendo criollos ó hijos de españoles nacidos en Chile, sentían por este país el afecto que siempre inspira la patria, al contrario de los Gobernadores y los Oidores de la Audiencia, quienes, en su calidad de extranjeros, que residían en Chile mientras se les daba mejor empleo en otra parte, no cuidaban sino de los intereses del Rey. Más tarde los Cabildos ayudaron eficazmente en Chile y las demás colonias á la constitución de los primeros gobiernos nacionales, mostrando así que les animaba el sentimiento generoso del patriotismo.

En la época colonial era Chile un país tan pobre y tan escaso de habitantes, estaba tan aislado del resto del mundo, que sus autoridades tenían muy poco que hacer, si se exceptúa la atención constante de la guerra con los araucanos. El Presidente-Gobernador estaba con frecuencia en campaña, dirigiendo personalmente las operaciones militares. La Audiencia funcionaba á firme en Santiago y pasaba la mayor parte del tiempo en la ociosidad ú ocupada en discutir asuntos insignificantes y muchas veces ridículos.

Lo que más ocupaba el tiempo de los Oidores de la

Audiencia y de los Regidores del Cabildo era la asistencia á las ceremonias oficiales y á las fiestas religiosas, que se celebraban por los más frívolos pretextos.

Entre las ceremonias oficiales se distinguía por su solemnidad el paseo del estandarte del Rey, que todos los años se efectuaba en Santiago el 24 y el 25 de Julio, con asistencia de las autoridades, los vecinos notables y las tropas de la guarnición.

En el acta de una sesión del Cabildo, fecha 11 de Septiembre de 1756, consta que las funciones á que



Paseo del estandarte del Rey.

asistía la corporación llenaban, «á lo menos la mitad del año, sin contar los días de fiesta y feriados para los tribunales.» Al tiempo que se gastaba en asistir á esas ceremonias, había que agregar el que se perdía en discusiones provocadas por ellas. Por el acta de una sesión celebrada el 12 de Julio de 1760, se sabe que el Cabildo tomó nota de que en los entierros y honras fúnebres, los parientes de los difuntos ocupaban los sitios de preferencia para presidir el duelo, y que, conside-

rando esto desdoroso para la corporación, acordó que los Regidores no podrían asistir á dichas funciones si no se les daban los primeros sitios, bajo la multa de 500 pesos.

Algunos años antes, en 1708, se había suscitado una discusión en la Real Audiencia con motivo de las protestas del Obispo de Santiago porque los Oidores se retiraban de la Catedral luego que había concluído el último Evangelio de la misa, no dándole tiempo para quitarse los ornamentos sagrados y «revestir sus vestiduras usuales para despedir al concurso con su bendición, según práctica aceptada por los mayores príncipes.» En esa ocasión se quejó también el Obispo porque cuando hacía «visita particular y de urbanidad» al Presidente-Gobernador, éste no salía á recibirle en el patio de su casa, ni le despedía acompañándole hasta la puerta de calle, ni le daba la mejor silla para sentarse, ni le ofrecía almohada ó cojín, aún cuando exigía para sí todas estas urbanidades en los casos en que él iba á visitar al prelado.

Estas y otras semejantes eran las ocupaciones en que empleaban la mayor parte del tiempo la Audiencia y los Cabildos encargados de la administración de Chile.

12.—Pequeñeces de la vida colonial.

VERDAD es que el Rey de España, con ser soberano de medio mundo, parecía no tener ocupaciones más serias que la Audiencia y los Cabildos de Chile. En efecto, él tomaba conocimiento minucioso de todas las pequeñas miserias de sus representantes en América y las resolvía gravemente, por medio de reales órdenes, como si se tratara de los más importantes negocios de Estado. Algunos ejemplos, escogidos entre mil, darán á conocer la intervención personal del Rey hasta en los detalles más ínfimos del gobierno de sus colonias y la importancia que atribuía á actos que hoy provocan á risa por su simpleza.

En Septiembre de 1772 el Rey dirigió una comunica-

ción al Presidente-Gobernador de Chile, diciéndole tener noticias de que los Regidores del Cabildo de Santiago no asisten á las sesiones que deben celebrarse los martes y viernes de cada semana y se retiran á sus haciendas ó á donde quieren, sin licencia ni aviso, resultando de esta omisión que no hay número para la asistencia á las funciones á que concurre la Audiencia, ni para el paseo, el día de Santiago, con el real estandarte; que nadie cuida del abasto, pescadería y derrames de agua de la ciudad; de modo que cada uno vende como quiere, sin peso, ni medida, ni regulación por



Baile en Santiago en 1750.

las ordenanzas y aranceles; que en el invierno se vende carne de oveja, que es muy nociva á la salud; que los derrames de las acequias inundan las calles, sin dejar el paso franco; y que los capitanes de buques y los bodegueros de Valparaíso engañan á los miserables cosecheros de trigo y los ponen en la necesidad de vender á los precios que aquéllos quieren dar. La real orden termina así: «En vista de estas mismas noticias y de lo que dijo mi fiscal, he resuelto que después de

bien informado y asegurado de la verdad de estos hechos, providenciéis, como os lo mando, el remedio que sea oportuno en todo aquello que lo necesite, y que me informéis sobre ello lo que se os ofrezca.—Fecha en San Ildefonso, á 12 de Septiembre de 1772.—Yo el Rey. —Por mandato del Rey Nuestro Señor, *Domingo Díaz de Arze.*»

En 1710 el Presidente-Gobernador y la Audiencia asistieron á la fiesta anual que los jesuítas celebraban en la iglesia de la Compañía, en honor de San Ignacio de Loyola. El Gobernador asistió en traje militar; los Oidores, que vestían traje civil con golilla, reclamaron porque el Gobernador no había usado igual traje y entablaron queja ante el Rey. Este declaró, por despacho de 22 de Diciembre de 1711, «ser su voluntad que el Presidente pudiese ponerse su traje militar en todas las ocasiones de armarse las milicias y de guerra y que en las demás estuviese á su discreción, sin que por parte de la Audiencia se le pusiere impedimento con pretexto alguno.»

Los Oidores, heridos en su amor propio, buscaron modo de dejar sin efecto la declaración del Rey; pero éste se irritó con la resistencia opuesta por ellos y, en 20 de Noviembre de 1714, les escribió estas severas palabras: «He resuelto ordenaros y mandaros como lo hago, os arregléis en todo y por todo á la cédula de 1710, pues mi voluntad es declarar, como por la presente declaro nuevamente, que el Presidente de esa Audiencia puede asistir en traje militar en todas las funciones y demás concurrencias sin diferencia de ninguna, y que sin más réplica se ejecute así, porque de lo contrario será de mi desagrado y tomaré la más severa resolución contra quien lo impidiere.»

En 1803 llegó á Santiago D. Fernando Márquez de la Plata, nombrado Regente de la Real Audiencia. La esposa del Regente se negó á visitar á la esposa del Presidente-Gobernador, dando motivo con esto á un conflicto que se puso en conocimiento del Rey. «Esta competencia femenina, dice un historiador, se convir-

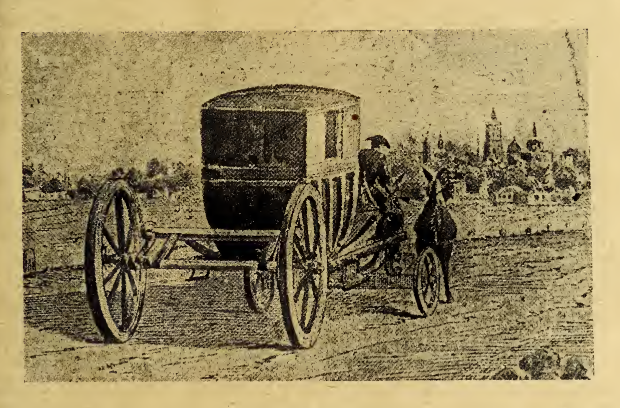
tió en un negocio de Estado tan grave, como si se tratara de un incidente diplomático del cual pendiera la conservación ó el rompimiento de la paz pública.» El Presidente, en carta dirigida al Rey, decía: «Las dos señoras se mantuvieron sin comunicarse, y el pueblo en espectación, dándose lugar á la crítica consiguiente á un hecho notorio y escandaloso.»

El Rey, impuesto de la falta en que ha incurrido la mujer del Regente de la Real Audiencia D. Fernando Márquez de la Plata, declaró, con fecha 18 de Enero de 1804, que «haciendo la presidenta lo que corresponde, que es pasar un recado á la regenta, debe ésta visitarla en persona, según costumbre.» El Regente, humillado con la declaración del Soberano, volvió á escribir solicitando favor para su esposa; el Rey tomó muy á mal que su orden no se hubiera cumplido y en Febrero de 1805, junto con hacer una dura amonestación al Regente, ordenó que «la presidenta mandase recado de bienvenida á la regenta con persona decente, de aquella clase que se denominan criados mayores, y que la regenta correspondiese á la visita en el día siguiente.» Entre tanto las dos señoras habían estado incomunicadas, durante dos años, por una simple cuestión de vanidad.

En Septiembre de 1787, con motivo de una fiesta en la iglesia de la Merced, se produjo un grave disgusto entre el Regente y los Oidores de la Real Audiencia sobre el modo de subirse á sus respectivos coches al retirarse la función. El asunto fué comunicado al Rey en extensos memoriales, que exponían los motivos de la conducta observada por una y otra parte. El soberano se impuso del litigio con tanta gravedad como si se tratara de la vida ó muerte de alguno de sus súbditos, y con fecha 8 de Junio de 1789, declaró que su Real Audiencia de Santiago de Chile, de allí en adelante, observase el mismo método que practicaba su Consejo cuando iba á funciones de iglesia, cuya práctica era arrimar los coches á la puerta para meterse en ellos sus ministros, empezando los más moder-

nos, y que el coche de ceremonia, que debía ocupar el que presidiese, con los dos ministros más antiguos, jamás se pusiera en paraje donde impidiese arrimar á los demás, que debían salir primero.»

Muy ociosos debían de estar el Rey de España y sus representantes en América, para que así perdieran el tiempo en disputar sobre las casacas del Gobernador, sobre las golillas de los Oidores, sobre las rivalidades de sus mujeres y sobre otras cosas igualmente ridículas. Si no hubiera documentos escritos que comprueban aquellas pequeñeces, hoy nadie creería que la España, en la época de su grandeza, fué gobernada por hombres que revelan un espíritu tan estrecho.



Un coche en 1800.

13.—Cómo se viajaba en aquel tiempo.

HASTA entonces no había en Chile caminos para carruajes. Sólo podía viajarse á pie ó á caballo. Los viajes eran tan difíciles que, para ir de Santiago á Valparaíso, se necesitaban más de tres días; para ir de Santiago á Talca, ocho días; para ir de Tal-

ca á Concepción, otro tiempo igual. Tampoco había posadas ni hoteles en los caminos, de modo que los viajeros tenían que pasar la noche en pleno campo. Elegían para esto los sitios donde había pasto para sus caballos; ellos se contentaban con poder recostarse debajo de un árbol. Durante el viaje sólo podían comer charqui y harina tostada, que llevaban en sus monturas.

En los campos por donde pasaban de ordinario los viajeros, había muchos salteadores. Se juntaban éstos en número de diez ó doce, elegían entre ellos un capitán y buscaban á los viajeros para robarlos y matarlos. Los viajeros, para defenderse contra los salteadores, nunca iban solos. Se hacían acompañar por los sirvientes ó mayordomos, montaban buenos caballos y se armaban como para ir á la guerra.

El bandolerismo fué en Chile una verdadera plaga durante la época colonial. La pobreza del país, el continuo estado de guerra con los araucanos, el carácter duro y la codicia de los soldados castellanos, la falta absoluta de educación moral en el pueblo, todo esto se había juntado para dar desarrollo á los peores instintos humanos y provocar los más odiosos crímenes. El jesuíta Olivares dice, en su Historia, que había en Chile más de 12,000 hombres que vivían exclusivamente del robo y del salteo en los campos. Barros Arana agrega: «Bandas regularmente organizadas, robaban cantidades considerables de ganados, que llevaban de una provincia á otra para venderlo. En casi todos los caminos, y á las puertas mismas de la capital, en el llano de Maipo, pero más aún en la región del sur, y sobre todo en los partidos vecinos al río Maule, esas bandas ejercían sus depredaciones en mayor escala, no sólo robando los ganados, sino asaltando á los viajeros desprevenidos para despojarlos de cuanto llevaban y con frecuencia para darles muerte.»

El Gobernador O'Higgins trató de poner remedio á estos males y de conseguir siquiera que se pudiese viajar con menos peligros. Comenzó por ordenar que se

construyese un buen camino carretero entre Santiago y Valparaíso, tanto para facilitar los viajes, como para establecer una vigilancia más eficaz. Los dueños de las haciendas por donde debía pasar el camino creyeron que podía causarles perjuicios y pusieron dificultades para su construcción. El Gobernador trató de hacerles comprender que sería una gran ventaja para ellos mismos viajar con comodidad y transportar con menos gastos á Santiago ó á Valparaíso los productos de sus haciendas. Algunos aceptaron las razones del Gobernador, reconociendo que eran justas. Otros no quisieron oírlas; pero el Gobernador mandó hacer el trabajo, porque no era posible que el capricho de unos pocos hacendados condenase á todos los habitantes de Chile á no tener caminos.

Desde entonces se comenzó á hacer en coche el viaje entre Valparaíso y Santiago; las mercaderías ya no se transportaron en mulas, sino en grandes carretas, tiradas por seis ó más bueyes, que podían llevar mucha carga. De este modo el viaje fue más cómodo para los viajeros y más barato para las mercaderías. Al propio tiempo las autoridades pudieron atender mejor á la seguridad personal, porque los bandoleros se alejan de los sitios donde es fácil la vigilancia, para refugiarse en lugares apartados y ejecutar sus crímenes en los caminos más desatendidos.

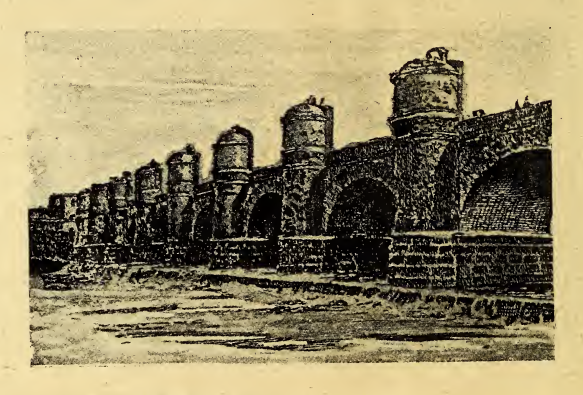
14.—Inundación de Santiago en 1783.

LA ciudad de Santiago estaba expuesta, durante el invierno, al peligro de ser inundada por las aguas del Mapocho. Este río es de ordinario poco caudaloso y puede ser atravesado á caballo sin peligro alguno; pero con las lluvias del invierno suele tener creces extraordinarias que lo hacen invadeable. En aquella época, cuando había abundantes lluvias, las aguas del Mapocho llenaban el cauce del río y se derramaban por las calles de la ciudad.

En el mes de Junio de 1783 hubo una lluvia que

duró nueve días seguidos. Las aguas del Mapocho aumentaron de un modo nunca visto y corrieron en abundancia por las calles. La alameda de Santiago parecía un verdadero río. Elagua corría por ella anegando las casas y destruyendo las murallas.

En la parte norte de la ciudad la inundación produjo mayores daños. Un convento de monjas fué anegado completamente y las religiosas se vieron en peligro de perecer ahogadas. Hubo necesidad de mandar una partida de hombres á caballo para que las socorriesen. Estos, con gran trabajo, derribaron una parte de la

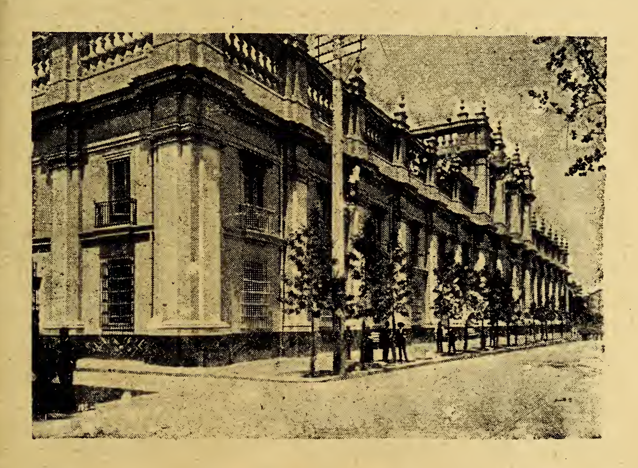


Antiguo puente sobre el Mapocho.

pared que cerraba el convento y salvaron á veintiocho monjas sacándolas á las ancas.

Los daños causados por esta inundación fueron enormes. Muchas casas quedaron destruídas; gran cantidad de muebles y ropa fué inutilizada; se perdieron, en número considerable, los caballos, vacas y otrosanimales que había en las casas y en los campos vecinos á la ciudad. Se estima que los habitantes de Santiago perdieron en esa inundación, por la destrucción de sus casas y la muerte de sus animales, más de un millón de pesos.

El Gobernador O'Higgins, deseoso de ejecutar obras útiles y duraderas, se propuso librar para siempre á Santiago de este peligro de las inundaciones. Con este fin en 1792 comenzó á construír el tajamar, que durante un siglo protegió á la capital contra las creces del Mapocho. El trabajo fué ejecutado con cal y ladrillos de la mejor calidad. El arquitecto Toesca, nombrado por el Gobernador para dirigir la obra, era un



Palacio de la Moneda.

hábil ingeniero que todo lo hizo con el mayor esmero. La mejor prueba de la buena ejecución del trabajo la dieron sus resultados, pues la ciudad quedó libre de nuevas inundaciones. Al cabo de un siglo el tajamar ha sido destruído á consecuencia de la canalización del Mapocho, que fué comenzada en 1887 y terminada en 1892.

El Palacio de la Moneda y la Catedral de Santiago se construyeron al mismo tiempo que el tajamar. El Gobernador O'Higgins también tuvo mucha parte en la construcción de esos dos edificios, que en aquel tiem-

po fueron de gran lujo comparados con la pobreza general de las casas de la ciudad.

15.—Retiro del Gobernador O'Higgins.

LOS españoles habían recorrido en los primeros años de la conquista todo el territorio de Chile hasta llegar á la isla grande de Chiloé. También habían fundado en 1558 la ciudad de Osorno; pero los indios la habían destruído cincuenta y cinco años más tarde y, por eso, á fines del siglo XVII, no había en el continente, al sur de Arauco, otra población que la de Valdivia.

El Gobernador O'Higgins se propuso fundar nuevamente la ciudad de Osorno, para establecer colonos españoles en la región del sur y fijar, por ese lado, un límite al territorio que ocupaban los araucanos, así como existía un límite por el norte. En 1795, á la edad de 74 años, el Gobernador se dirigió á Valparaíso y allí se embarcó en un buque que lo condujo á Valdivia. En esa ciudad reunió noventa y cuatro familias, que formaban un total de 426 individuos, y se transladó con ellas al sitio donde había existido la población de Osorno. Trazó el plan de la ciudad, repartió alimentos, animales, semillas y útiles de trabajo entre las familias y dió á cada una un terreno para construír su casa y veinticinco cuadras de tierra para el cultivo.

En Osorno se enfermó de gravedad el Gobernador; luego que hubo mejorado se transladó á Valdivia y desde allí á Concepción. Estaba en esta última ciudad cuando recibió la noticia de que el Rey de España, en recompensa de sus servicios, le había nombrado Virrey del Perú. Regresó entonces á Santiago para preparar su viaje á Lima, á donde se transladó en 1796.

O'Higgins fué el mejor Gobernador de Chile nombrado por el Rey de España. Trabajó sin descanso por el bien del país; fué justiciero para todos, especialmente para los indios, á quienes trató con bondad; administró los bienes públicos con la mayor honradez; nun-

ca abusó de su autoridad ni persiguió á sus adversarios. Su translación al Perú, aunque era un ascenso para él, fué muy lamentada por los chilenos que reconocían sus méritos.

Ahora mismo, después de tantos años de gobierno republicano independiente, es preciso confesar que en Chile no ha habido un gobernante más prudente, más previsor, más laborioso, más recto y justiciero que Ambrosio O'Higgins. Él tuvo en sus manos una autoridad sin límites, porque era representante del Rey de España y no había en Chile ningún poder superior al suyo; pero supo hacer uso de esta autoridad en servicio del país y nadie pudo acusarle de abusos en provecho de sus intereses personales, ni de violencia contra el derecho de sus gobernados, ni de abandono en el cumplimiento de sus deberes.

Tiene el Gobernador O'Higgins otro título para ser recordado de los chilenos. Su hijo único fué, algunos años después, el más notable de los guerreros de la Independencia y el que más contribuyó á la fundación de la República.

16.—Las antiguas ciudades de Chile.

LAS ciudades principales de Chile, en el año 1800, eran Santiago con 36,000, habitantes, Concepción con 5,000, Valparaíso y La Serena con 4,000 cada una. Siendo los caminos muy malos, había poca comunicación entre estas ciudades, y sus respectivos habitantes vivían tan aislados los unos de los otros como si perteneciesen á diversos países. Entonces no había diarios ni servicio de correos; en cada ciudad no se sabía lo que pasaba en las otras sino cuando llegaba algún viajero para contarlo.

Sólo en Santiago había algunos edificios bien construídos. El principal de ellos era la Moneda, cuya construcción principió en 1786 y fué terminada veinte años después, con un gasto de más de un millón de pesos, suma equivalente á varios millones de la moneda ac-

tual. Venían en seguida la Catedral, la iglesia de Santo Domingo, el palacio donde están ahora los Tribunales y la casa que ocupa la Intendencia en la plaza de Armas.

Los edificios de Santiago carecían, no sólo de comodidad y elegancia, sino también de muchas cosas que hoy son absolutamente necesarias. Por ejemplo, las puertas y ventanas no tenían vidrios, porque éstos eran sumamente caros. Para dar luz á las habitaciones había que dejar las puertas y ventanas abiertas, lo que era muy molesto en el invierno por causa del frío. Los papeles pintados, que hoy se venden á un precio ínfimo y se usan hasta en las casas más pobres, eran entonces considerados como objeto de mucho lujo. Todas las paredes en las calles, en los patios y en las habitaciones eran blanqueadas con cal. Igual cosa se hacía con los techos, los pilares y las puertas, cuando no se dejaba la madera al natural. Apenas se usaba la pintura en las iglesias para embellecer los altares.



Casa de lujo en Santiago en 1800.

En Santiago no había mercado para la venta de la

carne, las legumbres, la leche y demás artículos de consumo diario. Todas las mañanas se reunían en la plaza, frente á la Catedral, numerosos vendedores que colocaban pequeños techos de lona ó de totora y allí ofrecían sus productos á las cocineras que iban á comprarlos.

En las calles no había alumbrado durante la noche. Uno que otro vecino solía colocar, frente á su casa, un candil de sebo que apenas daba luz. Las familias muy rara vez salían á la calle después de comer, y cuando sucedía esto, para ir á la iglesia ó á una tertulia, se hacían acompañar por un sirviente ó un esclavo, que les alumbraba el camino con un farol. En las habitaciones no podía usarse otro alumbrado que el de las velas de sebo, porque no había lámparas de aceite, ni se conocía la fabricación del gas, ni de las velas de esperma.

En Santiago tampoco había sitios de paseo. Las únicas fiestas públicas eran las procesiones, que salían de las iglesias y recorrían las calles principales, con asistencia de las autoridades civiles y eclesiásticas, en medio del recogimiento de los habitantes. De vez en cuando había corridas de toros y riñas de gallos, á las cuales concurrían las familias con especial agrado. Es una crueldad hacer sufrir á los animales para que la gente se divierta; pero entonces los niños, desde pequeños, tomaban gusto por estas bárbaras diversiones, que eran propias del carácter duro de los conquistadores de América.

El pueblo gozaba extraordinariamente con las corridas de toros y las riñas de gallos; pero no había fiestas para él si le faltaba el aguardiente ó la chicha. En esa época, lo mismo que hoy, los trabajadores perdían su tiempo, gastaban su dinero, comprometían su salud y su vida entregándose al vicio repugnante de la embriaguez. En cada fiesta había desórdenes sangrientos, porque los hombres, armados siempre de cuchillos, se daban de puñaladas, cuando estaban ebrios, por cualquier disgusto. «Las riñas á puñal y los asesinatos eran crímenes ordinarios en los campos y en los suburbios de

las ciudades. En la ciudad de Santiago podían verse cada mañana, en los portales de la cárcel pública, los cadáveres recogidos por la autoridad y puestos allí á la expectación del pueblo para que fueran reconocidos antes de darles sepultura. En las mañanas de los lunes, después de las orgías y borracheras de la noche anterior, no era raro encontrar seis ú ocho cadáveres ensangrentados y cubiertos de golpes y puñaladas.»

17.—Escuelas y Colegios.

En aquel tiempo había muy pocas escuelas en las ciudades de Chile. En los campos no había ninguna. Los frailes de los conventos de Santiago, Concepción, Talca, Chillán, se ocupaban en enseñar algunos niños; pero, en las ciudades donde no había conventos, nadie pensaba en esto. Sólo en Santiago había dos escuelas que no eran sostenidas por las órdenes religiosas.

Cada niño debía llevar á la escuela el libro en que aprendía á leer, el papel para escribir y una silla ó banco para sentarse. El maestro castigaba á los niños con crueldad. «La letra con sangre entra» era la regla invariable de los maestros, que azotaban á los niños hasta sacarles sangre cuando no sabían su lección ó cuando hacían una travesura. Los libros de estudio estaban escritos en latín, por lo cual los niños, sin entender lo que leían, aprendían sus lecciones de memoria y la recitaban como loros.

Los padres de familia daban muy escasa importancia á la instrucción de sus hijos. Se miraba como cosa innecesaria el cultivo de la inteligencia y se trataba á los maestros de escuelas con desprecio. «Algunos vecinos acaudalados ó padres de numerosa familia tenían en sus casas, en una condición muy poco más elevada que la de los demás sirvientes, uno especialmente encargado de enseñar á sus hijos la lectura, la escritura y las primeras operaciones de aritmética, única instrucción que recibían muchos de ellos. No era raro que algunos

de esos vecinos hicieran enseñar á alguno de los hijos de sus esclavos, en que descubrían cierta inteligencia, para que luego pasase á ser el preceptor de la familia.»

Para las niñas no había en todo Chile ninguna escuela; se creía que las mujeres no necesitaban estudiar y apenas se les enseñaba á coser, á bordar, á cuidar la casa y preparar la comida, ni más ni menos lo que se exige de una buena sirviente. Eran muy escasas las señoras que sabían leer y escribir. Hace menos de un siglo llegó á Chile, con permiso del Rey de España, un viajero europeo que deseaba conocer los pueblos americanos. Este viajero pasó algunos días en Santiago y fué amigo de las familias más importantes de la ciudad. Cuando volvió á Europa contaba que las señoras de Chile eran muy virtuosas, pero tan ignorantes que no sabían ni escribir sus nombres. «No sin pena, observé, decía, que en Santiago de Chile la educación de las señoras es de tal modo descuidada, que entre ellas sólo un pequeño número sabía leer y escribir. Algunas quisieron poner sus nombres por escrito para que pudiera pronunciarlos más correctamente y los escribían con unas letras grandes, las pocas que eran capaz de hacerlo!»

Es cierto también que entonces servía muy poco saber leer, porque no había en Chile libros, ni diarios, ni imprenta. El Rey de España había prohibido que se trajesen libros á Chile y á los otros pueblos de América. Los Gobernadores y los Obispos estaban encargados de hacer registrar los buques que venían de Europa y de destruír los libros que éstos pudieran traer sin licencia real. Esos mismos funcionarios castigaban con severas penas á las personas que, burlando la prohibición, tenían libros en sus casas. Sólo se permitía leer libros de misa, vidas de santos y algunas obras aprobadas especialmente por las autoridades eclesiásticas de España.

Estas prohibiciones tenían por principal objeto evitar que los americanos leyesen libros destinados á enseñar que los pueblos tienen derecho á ser libres y á

elegir sus gobernantes. El Rey de España no quería que sus súbditos americanos aprendiesen á gobernarse solos, ni que tuviesen noticias de lo que pasa en otros pueblos que son independientes. En tal virtud, para impedir la introducción de libros, adoptaba medidas mucho más severas que las que hoy se adoptan en todos los países para impedir la introducción del cólera, la fiebre amarilla, la viruela y otras enfermedades contagiosas. Los libros eran para el Rey de España más temibles que las pestes y que el veneno.

A pesar de tantas precauciones, algunos chilenos, que viajaron por Europa y conocieron pueblos más adelantados que la España, lograron introducir ocultamente varios libros de historia y de filosofía que enseñaban doctrinas contrarias al absolutismo del Rey. Muy pocas personas pudieron leer estas obras, porque sus dueños, temiendo el castigo, las guardaban con gran cuidado; pero esas pocas personas aprendieron en ellas á condenar el sistema de gobierno establecido por España y más tarde contribuyeron á dar á Chile un gobierno independiente.

IV.

REVOLUCIÓN DE 1810

1.—Origen de la Independencia.

Dieciocho de Septiembre, hermosa fiesta
de Chile, alegre día
que nos viste lanzar el grave yugo
de antigua tiranía,
cánticos te celebren de victoria,
que blanda el aura lleve
desde la verde playa hasta las cumbres
coronadas de nieve.

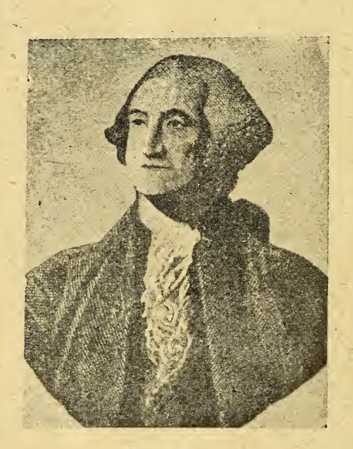
ANDRÉS BELLO.

LA gran mayoría de los chilenos vivían en la miseria y la ignorancia, resignados á su triste condición con la misma mansedumbre con que un rebaño vive sumiso á las órdenes de sus guardianes. De padres á hijos se había transmitido, durante más de dos siglos y medio, la costumbre de obedecer ciegamente á los representantes del Rey, considerando á éste como un personaje de origen divino cuya voluntad era omnipotente. Igual cosa sucedía en las demás colonias, de tal modo que el dominio de España parecía asegurado en América por la eternidad.

Felizmente, en los últimos años del siglo XVII, las colonias que Inglaterra tenía en la América del Norte tomaron las armas para conquistar su independencia y, después de una porfiada guerra, lograron constituírse en República bajo la presidencia de su libertador, el

glorioso general y virtuoso ciudadano Jorge Wáshington. Este suceso fué muy grato á los españoles, porque ellos eran enemigos de Inglaterra y celebraban como un triunfo todo lo que era un daño para esta nación. Pero la independencia de los Estados Unidos sirvió de enseñanza á las colonias españolas y desde entonces hubo en estos países algunos hombres que deseaban imitar aquel ejemplo y esperaban obtener también la libertad de la tierra donde habían nacido.

En 1808 el general Napoleón Bonaparte, que gobernaba en Francia con el título de Emperador y que había dominado á la Europa con sus hazañas militares, apresó al Rey de España é invadió la península con un numeroso ejército, proclamando Rey á su hermano José Bonaparte. Los españoles resistieron valerosamente á la invasión francesa, negaron obediencia al hermano de Napoleón, á quien llamaban Rey intruso, y pelearon con gloria en defensa de su independencia, hasta conseguir que se retirase el ejército invasor y que el trono real fuere ocupado por el soberano legítimo.



Jorge Wáshington.

Mientras el Rey de España estaba destronado y sus súbditos luchaban con el ejército de Napoleón, los pocos americanos que aspiraban á ser independientes procuraron, en todas las colonias, que se formasen Juntas nacionales de Gobierno en reemplazo de las autoridades españolas. El pueblo, impresionado con las noticias extraordinarias que cada correo traía de Europa, aceptó

con entusiasmo estos primeros actos revolucionarios, aunque no podía darse cuenta de la importancia que tenían, ni de los resultados que iban á producir.

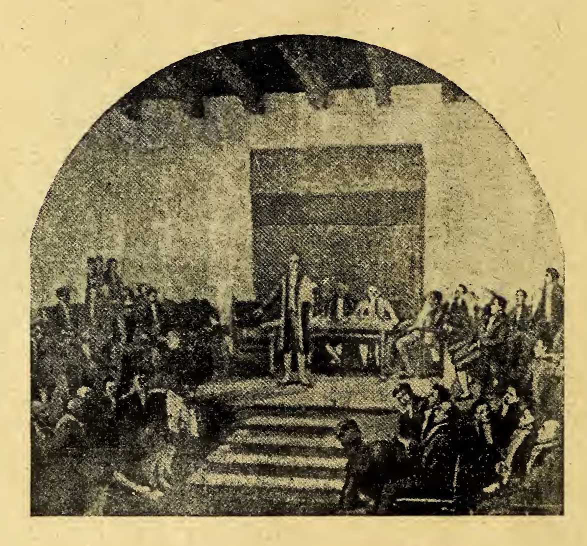
Las autoridades españolas trataron, en un principio, de impedir por medios pacíficos la constitución de las Juntas de Gobierno; después que las vieron organizadas, se resolvieron á combatirlas por la fuerza. Los jefes patriotas, al verse amenazados, se prepararon también para la guerra con el apoyo del pueblo, que ya había comprendido las ventajas de tener un gobierno independiente y estaba resuelto á conservarlo. En esta lucha armada contra los americanos que deseaban tener una patria libre, los jefes y oficiales españoles mostraron la misma ferocidad que en las guerras de la conquista. Así como fueron inhumanos con los infelices indios, á quienes despojaron de sus tierras, así también fueron sanguinarios con los patriotas, á quienes negaban su libertad. Con estas violencias sólo consiguieron aumentar el número y la energía de los patriotas, porque hasta los más pacíficos tomaron parte en la guerra cuando vieron que se les perseguía y maltrataba sin piedad.



Mateo Toro Zambrano.

La constitución de la primera Junta de Gobierno tuvo lugar en Chile el 18 de Septiembre de 1810. En ese día las principales personas de Santiago, reunidas en la sala del Cabildo, nombraron una Junta compuesta de siete individuos y presidida por D. Mateo Toro Zambrano, para que se encargase del Gobierno del país. Las personas que nombraron esta Junta pensa-

ban que ella gobernaría sólo hasta que el Rey de España, prisionero entonces de Napoleón, pudiese nombrar nuevo Gobernador de Chile. Pero entre los individuos de ella había uno llamado Juan Martínez de Rozas, que tenía la firme resolución de trabajar sin descanso en favor de la completa independencia de Chile. Martínez de Rozas era un hombre tan notable por su inteligencia como por la energía de su carácter.



Primer Congreso de Chile.

El no quiso declarar con franqueza sus propósitos, porque comprendía que los otros individuos de la Junta tendrían miedo de acompañarle en tan atrevida empresa. Pero aprovechó la influencia que le daba su talento para hacer aprobar por sus compañeros dos medidas de mucha importancia, que en realidad eran actos de un gobierno independiente. La primera medida consistió en comprar armas y reclutar soldados para

organizar un ejército capaz de defender al país contra cualquier enemigo La segunda consistía en abrir al libre comercio de todas las naciones los puertos de Coquimbo, Valparaíso, Talcahuano y Valdivia, poniendo así término á las prohibiciones del Rey de España que tenía á Chile incomunicado del resto del mundo.

La Junta de Gobierno, constituída el 18 de Septiembre de 1810, tuvo pocos meses de existencia. El pueblo, convocado por ella á elecciones, designó diputados que se reunieron en Congreso en la ciudad de Santiago el 4 de Julio de 1811. En el mes de Agosto el Congreso estableció una nueva Junta de Gobierno formada por tres individuos; en seguida dictó diversas leyes, entre las cuales merece recordarse una que prohibió traer esclavos á Chile y declaró libres á los hijos de los esclavos que había en el país.

2.—El general Carrera.

LOS trabajos del Congreso y de la Junta de Gobierno fueron pronto perturbados por diversos movimientos revolucionarios. En el Congreso había algunos diputados que eran partidarios del Rey y otros que, siendo patriotas, no se atrevían, sin embargo, á trabajar francamente en favor de la Independencia. En cambio había también diputados, como Martínez de Rozas, que estaban resueltos á separar para siempre á Chile de España. Estos últimos, descontentos de sus colegas, promovieron una fuerte oposición en el país contra ellos. A consecuencia de esto hubo en Santiago dos revoluciones dirigidas por José Miguel Carrera, quien se apoderó del mando en Noviembre de 1811.

Carrera, joven entonces de 25 años, tenía gran prestigio en la sociedad de Santiago por la posición distinguida de su familia, por sus méritos personales y por los servicios militares que acababa de prestar en España combatiendo en la guerra contra Napoleón. En

Septiembre de 1810, cuando se constituyó la primera Junta de Gobierno, Carrera acababa de ser ascendido al grado de sargento mayor del Regimiento Húsares de Galicia, en premio de su valeroso comportamiento en diversas batallas; su porvenir estaba asegurado en el ejército español y, si hubiera permanecido en sus filas, no habría tardado en llegar á los más altos grados.

Pero, apenas supo que en su patria se había constituído un gobierno nacional, renunció á todas las ventajas que le ofrecía su permanencia en el ejército de España, pidió permiso para volver á Chile, diciendo que su padre estaba enfermo, y llegó á Valparaíso el 25 de Julio de 1811.


José Miguel Carrera.

Pronto observó Carrera que el Congreso reunido en Santiago no comprendía la gravedad de la situación, ni era capaz de preparar el triunfo de la Independencia nacional. Con ánimo resuelto se puso al servicio de los patriotas más atrevidos y, de acuerdo con ellos, hizo su primera revolución el 4 de Septiembre de 1811. El resultado de este movimiento no le dejó satisfecho, porque las nuevas personas que se encargaron del Gobierno no le dieron la participación á que creía tener derecho en los negocios públicos. En esta virtud hizo, en el mes de Noviembre, la segunda revolución y entonces conservó el poder en sus manos, organizando una Junta de Gobierno de la que él formaba parte.

Procediendo de este modo, Carrera creía servir bien á la patria, á la cual consagraba su vida y sacrificaba sus intereses. Pero de ordinario las revoluciones producen más males que bienes, porque acostumbran á los ciudadanos á apartarse del cumplimiento de las leyes y á negar obediencia á las autoridades cada vez que éstas no les agradan. Con frecuencia sucede que una revolución, después de derribar al Gobierno contra el cual es dirigida, perjudica también al nuevo Gobierno que nace de ella, puesto que sirve de ejemplo para que se levanten contra éste los ciudadanos descontentos de sus actos.

Carrera no pensó en este peligro de las revoluciones y se dejó guiar solamente por el deseo de obtener la completa independencia de Chile. Desde el primer día de su Gobierno se ocupó con actividad infatigable en preparar al pueblo para la guerra, aumentando el ejército y adquiriendo armas. Al propio tiempo, dictó varios decretos para mejorar la administración de justicia, para establecer un buen servicio de policía y para fundar algunas escuelas. Todos los actos ejecutados por Carrera demuestran que era un hombre enérgico para el mando y que tenía el propósito firme de impedir á toda costa que se restableciese en este país el dominio de España. La voluntad imperiosa de Carrera dominó á los patriotas tímidos, que aún prometían obediencia al Rey y juraban que las autoridades nacionales sólo gobernarían en su nombre mientras él estuviese prisionero. Desde entonces se habló de la Independencia con más franqueza y pudo preverse que el resultado del cambio de Gobierno tenía que ser la organización definitiva de la República.

3.—La "Aurora de Chile."

EN ese tiempo se publicó el primer periódico de Chile. Al presente hay imprentas hasta en las poblaciones más insignificantes y se publican

muchos diarios, llenos de noticias sobre lo que sucede en el mundo entero. Los diarios sirven también á los ciudadanos de cada país para expresar sus opiniones, para manifestar sus deseos, para hacer sentir sus necesidades, para aplaudir ó censurar los actos del Gobierno. La libertad de imprimir libros y diarios ha llegado á ser en los pueblos modernos una de las primeras condiciones de su progreso. Pero en el régimen colonial de España, siendo un delito traer libros del extranjero, también lo era tener imprentas para imprimirlos en el país.

Apenas instalada la primera Junta de Gobierno en 1810, algunos patriotas pensaron en la necesidad de tener una imprenta para dar noticias al pueblo sobre los asuntos públicos. Con este objeto se escribió á Buenos Aires, creyendo que era posible comprarla en esa ciudad; pero allí habían imperado las mismas leyes españolas que en Chile, por lo cual no se encontró quien tuviera una imprenta que vender. Un ciudadano de los Estados Unidos, Mateo Arnaldo Hœvel, que residía entonces en Santiago, escribió á su patria dando orden de comprar y mandarle una imprenta con todos sus útiles y de hacer venir los operarios indispensables para ponerla en trabajo. En cumplimiento de esta orden, los agentes de Hœvel en Nueva York embarcaron una imprenta y tres impresores á bordo de una fragata que llegó á Valparaíso en Noviembre de 1811.

El general Carrera, jefe del Gobierno en esa fecha, compró la imprenta por cuenta del Estado, la hizo transladar á Santiago y la entregó á Camilo Henríquez, quien principió á publicar la *Aurora de Chile*, primer periódico nacional, el 13 de Febrero de 1812. Camilo Henríquez era un sacerdote nacido en Valdivia y educado en Lima, donde pudo hacer mejores estudios que en Chile, porque en esa capital, notable por la riqueza de sus habitantes, era más fácil encontrar buenos maestros y se conseguían con menos dificultad los libros que las autoridades permitían leer.

En el primer número de la *Aurora*, Camilo Henríquez reconocía la autoridad del Rey; pero dirigiéndose á

los chilenos, les decía: «Vosotros no sois esclavos, ninguno puede mandaros contra vuestra voluntad. ¿Recibió alguno patentes del cielo que acrediten que debe mandaros? La naturaleza nos hizo iguales; solamente en fuerza de un pacto libre, espontáneo y voluntariamente celebrado, puede otro hombre ejercer sobre nosotros una autoridad justa, legítima y razonable.» Estas palabras, que hoy á nadie sorprenden porque expresan una verdad, causaron en aquel tiempo grande escándalo entre los partidarios de España, porque éstos pensaban que el Rey ha-

AURORA DE CHILE
PERIODICO
MINISTERIAL, Y POLITICO.

VIVA LA UNION LA PATRIA Y EL REY

PROSPECTO.

ESTÁ ya en nuestro poder, el grande, el precioso instrumento de la ilustracion universal, la Imprenta. Mas ya por un beneficio de la Providencia digno de nuestra eterna gratitud, despertamos de aquel letargo profundo, y hemos tomado un movimiento grande,

Aurora
DE
CHILE,
PERIODICO
MINISTERIAL, Y POLITICO.

Tomo Primero....Año de 1812.



SANTIAGO DE CHILE:
En la Imprenta de este Superior Gobierno.

CON SUPERIOR PERMISO.
IMPRESO EN SANTIAGO DE CHILE.
EN LA IMPRENTA DE ESTE SUPERIOR GOBIERNO.
POR SRES. SAMUEL B. JOHNSTON, GUILLELMO H. BURBIDGE, Y SIMON GARRISON,
DE LOS ESTADOS UNIDOS.
Año de 1812.

Primer número de la "*Aurora de Chile.*"

bía recibido de Dios el derecho de tratar á los americanos como trata un amo á sus esclavos

En un libro sobre la independencia de Chile, escrito por el padre Martínez, entusiasta defensor de España, se cuenta que la publicación de la *Aurora* produjo en Santiago inmensa alegría. «Corrían los hombres por la calle con una *Aurora* en la mano, dice ese historiador, y deteniendo á cuantos encontraban, leían y volvían á leer su contenido, dándose los parabienes de tanta felicidad, y prometiéndose que por este medio pronto se desterraría la ignorancia y ceguedad en que hasta ahora habían vivido. No padecieron engaño los que eligieron á Camilo Henríquez para redactor, porque desde la primera página de su periódico empezó á defender muchos errores políticos y morales.... Todo el afán es probar que la soberanía reside en los pueblos, que los reyes reciben la autoridad de éstos mediante el contrato social y que son amovibles por la autoridad del pueblo.»



Camilo Henríquez.

Se ve, pues, que los españoles consideraban entonces como un error político y moral decir que los pueblos tienen el derecho de elegir sus gobernantes. Del mismo modo se había sostenido, en siglos anteriores, que era un error moral decir que la tierra es redonda y que gira al rededor del sol. Colón fué tenido por loco y por hereje porque aseguraba que la redondez de la tierra permitía navegar en todas direcciones. Esa ignorancia, que condenaba como delitos la expresión de la verdad, fué el fundamento más firme del poder de los reyes en España y en América.

4.—Nuevas revoluciones.

EL general Carrera fué siempre tan activo en el trabajo como severo en el mando. El quería que su autoridad fuese respetada sin observación, que sus órdenes fuesen cumplidas sin tardanza. Pero no todos los chilenos estaban contentos con su gobierno: mientras unos le acusaban de tiranía, otros le negaban el derecho de gobernar, puesto que se había adueñado del poder por la fuerza. Así, él mismo, por haber hecho revoluciones, autorizaba á otros para hacerlas en contra suya.

Este descontento contra el general Carrera se hizo sentir principalmente en Concepción, donde había también una Junta de Gobierno que obedecía á la influencia del ilustre patriota Martínez de Rozas. Este nada ambicionaba para sí, no quería honores ni mando; pero tampoco deseaba que la revolución de 1810, hecha con el objeto de dar libertad al pueblo, sirviese sólo para elevar al Gobierno á un caudillo militar. El general Carrera se vió en la necesidad de entrar en negociaciones con la Junta de Concepción, porque le faltaban fuerzas para destruírla; pero, al propio tiempo, mandó emisarios para que agitasen la opinión contra ella y al fin consiguió, en Julio de 1812, que, por medio de un movimiento de cuartel, esa Junta fuese suprimida y sus miembros apresados. Por orden de la Junta de Santiago, Martínez de Rozas fué remitido al norte en calidad de preso, pues se temía que su permanencia en Concepción diese lugar á nuevas agitaciones.

Fué muy injusto tratar de este modo al hombre más ilustrado de la revolución, al patriota de mejor consejo, al ciudadano que estaba mejor preparado para dirigir el Gobierno en aquellas circunstancias. Martínez de Rozas aceptó su desgracia con tranquilidad de espíritu y, en vez de lamentarse ó de conspirar, se ocupó en advertir á su adversario que era preciso prepararse para la guerra con España, porque había noticias de que el Virrey del Perú proyectaba una expedición con-

tra Chile. Poco antes había tenido lugar en Valdivia un movimiento revolucionario con el pretexto de separarse de la Junta de Concepción, pero con el verdadero objeto de ponerse al servicio del Rey. Martínez de Rozas manifestaba á Carrera que igual cosa podía suceder en Concepción, porque el Obispo y muchas otr aspersonas eran hostiles á la Independencia.

Estas advertencias fueron, por desgracia, desatendidas. El Gobierno de Santiago parecía temer más á los patriotas opositores que á las fuerzas militares del Virrey del Perú. En vez de aprovechar e tiempo para reclutar más soldados, para aumentar la provisión de armas y municiones, para organizar en debida forma la defensa del país, se ocupó solamente en perseguir á sus adversarios. Pronto se verá que este lamentable error produjo las más funestas consecuencias.


Juan Martínez de Rozas.

Martínez de Rozas que desde el mes de Julio residía en una hacienda al sur de Santiago, fué desterrado á Mendoza en Noviembre de 1812. El ilustre patriota, cuya salud estaba quebrantada, recibió un golpe de muerte con esta última injusticia. Pasó los Andes llevando la amargura de dejar en Chile una situación tan peligrosa para la independencia, y falleció en Mendoza en el mes de Mayo de 1813. «Su cadáver fué sepultado á la entrada de la iglesia Matriz bajo una lápida que decía: *Hic jacet Johannis de Rozas, pulvis et cinis.* Su memoria, mucho más duradera que ese puñado de po'vo, vive en la historia, que le cuenta entre los

más ilustres promotores de la revolución hispano-americana.»

Los mortales despojos de Martínez de Rozas permanecieron en aquella sepultura más de ochenta años, hasta que un sentimiento tardío de gratitud hizo que los chilenos cumplieran con el deber de transladarlos al territorio nacional. Por ley dictada en 1892, el Congreso de Chile ordenó que se erigiese un monumento á la memoria de aquel fundador de la patria, y que sus restos fuesen traídos de Mendoza con la solemnidad correspondiente. La ciudad de Concepción, á la cual Martínez de Rozas consagró particularmente su afecto, hizo á sus restos, en 1894, la respetuosa acogida que aconsejaban á la vez la justicia y la gratitud.

La mayor parte de los hombres que sirven con desinterés á sus semejantes tienen la misma suerte que Martínez de Rozas: en vida sufren persecuciones é injusticias; después de muertos son respetados por sus virtudes y sirven de enseñanza eterna á los pueblos.

5.—Primeras operaciones militares.

MIENTRAS la discordia dividía á los patriotas chilenos y daba lugar á frecuentes revoluciones, los representantes del Rey de España se aprestaban para traerles la guerra.

Las autoridades españolas que gobernaban en el Perú, deseosas de restablecer en Chile el gobierno del Rey, reunieron todos los elementos necesarios para atacar á los patriotas y, á fines de 1812, mandaron á Chiloé al general Pareja con armas, dinero, oficiales y algunos soldados para organizar allí un ejército. En dos meses Pareja consiguió tener cerca de 1,400 hombres regularmente armados. Embarcó estas tropas en cinco buques y las condujo á Valdivia, donde aumentó su ejército á más de 2,000 soldados. Volvió á embarcarse y se transladó á la bahía de San Vicente, inmediata á Talcahuano.

Los patriotas, ignorantes de lo que estaba pasando

en Valdivia y Chiloé, fueron tomados de sorpresa por la expedición de Pareja. Este se apoderó de Talcahuano, después de un ligero combate, y ocupó en seguida á Concepción sin resistencia. Para celebrar este acontecimiento hubo una fiesta religiosa; el Obispo Diego Villodres, elocuente predicador, pronunció un sermón felicitando á Pareja por el triunfo y pidiendo á Dios que le protegiese en sus próximas campañas; los empleados políticos y militares hicieron público juramento de obediencia al Rey de España. Dejando al Obispo encargado del gobierno de la ciudad, Pareja marchó con su ejército hasta Chillán, punto elegido para reclutar más soldados y establecer el centro de operaciones contra los patriotas.

Cuando estas noticias llegaron á Santiago, sus habitantes manifestaron con entusiasmo el deseo de tomar parte en la guerra. Todos tenían confianza en el triunfo. Engañados por su patriotismo, creían que la lucha sería corta y gloriosa. Les parecía imposible que las tropas reclutadas en Valdivia y Chiloé para defender á un Rey extranjero, fueran capaces de resistir á los soldados que defendían su libertad personal, sus bienes, sus familias y la independencia de su patria. Verdad era que la justicia estaba de parte de los patriotas, que ellos ardían en deseos de pelear y que ningún sacrificio podía asustarles; pero en la guerra las armas y la disciplina militar son tan necesarias como el valor de los soldados, y desgraciadamente faltaban á los patriotas aquellos requisitos esenciales. Sus jefes habían perdido en discordias y revoluciones el tiempo que debieron consagrar á la buena organización del ejército y, por esta causa, se encontraron débiles para resistir al enemigo.

El general Carrera, se transladó á Talca para imponerse de la situación y adoptar las medidas que fuesen necesarias. Allí llegaron también los patriotas que se habían retirado de Concepción, Chillán y otros lugares al aproximarse el ejército del general Pareja. De esta suerte la ciudad de Talca quedó convertida en cuartel

general del ejército patriota, estando en Chillán el cuartel general del ejército realista. El río Maule servía de línea divisoria entre los territorios dominados por las dos fuerzas enemigas.

6.—Los patriotas en campaña.

EN Abril de 1813 el ejército patriota, á las órdenes del general Carrera, se componía de 4,000 hombres mal armados y con escasa instrucción militar. Entre los jefes superiores se distinguían el coronel Juan Mackenna, oficial muy competente, de origen irlandés, y el comandante Bernardo O'Higgins, hijo del famoso Gobernador de este nombre. Así como Pareja tenía un Obispo que predicaba en favor del Rey de España, Carrera tenía otro Obispo que predicaba en favor de la independencia de Chile. En efecto, el Obispo auxiliar de Santiago, Rafael Andreu y Guerrero, se transladó á Talca, movido, dijo él mismo, por «los más sagrados sentimientos de religión, humanidad y amor á la América». Dando cuenta de un sermón del Obispo, Carrera escribía estas palabras: «Demostró el Obispo con tanta viveza y solidez la justicia de nuestra causa, que todo el gran concurso del pueblo y del ejército exclamó ¡viva la patria! No se pudo presenciar este acto sin enternecerse. En su consecuencia, se enarboló con salva el estandarte tricolor.»

Ya había llegado la hora de hacer sacrificios sangrientos en favor de la patria y era preciso ponerse activamente en campaña con tropas que, por su número, sus armas y su disciplina, fuesen capaces de medirse con los soldados del Rey. A los patriotas les sobraba entusiasmo guerrero; pero hacíanles falta la instrucción militar y jefes superiores experimentados en el mando. El general Carrera, con toda su voluntad, que era muy grande, para suplir esas deficiencias, no pudo organizar un verdadero ejército, ni poner en práctica un plan de operaciones bien meditado. Las hostilidades entre realistas y patriotas se iniciaron con

diversos combates parciales al sur del río Maule y, por fin, en Mayo de 1813 se libró una batalla general en las inmediaciones de San Carlos. Los patriotas pelearon valerosamente; pero la resistencia del enemigo fué también muy firme, por lo cual la victoria quedó indecisa y los combatientes tuvieron que retirarse para remediar sus pérdidas.

Los españoles, después de la retirada, volvieron á su campamento de Chillán, donde falleció el general Pareja En su reemplazo tomó el mando el comandante Juan Francisco Sánchez, quien se ocupó con actividad en reorganizar las tropas desmoralizadas por esa estéril campaña. Por su parte el general Carrera se apoderó de Concepción y Talcahuano, donde no había fuerzas realistas capaces de resistirle. En seguida, en el mes de Julio, marchó sobre Chillán y puso sitio al ejército enemigo acuartelado en esa ciudad. Esta operación militar fué en extremo desgraciada. Los soldados patriotas, mal vestidos y peor alimentados, tuvieron que soportar los más horribles padecimientos. Era la estación de las lluvias y de los fríos, faltaba forraje para los caballos, el suelo estaba pantanoso; á estos inconvenientes se agregaban la insuficiencia de la tropa para rodear toda la ciudad, la escasez de municiones y la desventaja de tener que pelear diariamente con un enemigo que podía descansar y alimentarse en las casas del pueblo.

A pesar de estos obstáculos, los patriotas mantuvieron el sitio durante un mes y pelearon con su acostumbrado valor en numerosos combates. Pero esto no podía prolongarse indefinidamente. Carrera hubo de reconocer su error y levantó el sitio retirándose a Concepción, sin haber obtenido ninguna ventaja para conpensar los sufrimientos del ejército de su mando.

Los españoles tomaron en esos momentos la ofensiva con la esperanza de destruír las fuerzas patriotas, que estaban fraccionadas en pequeñas divisiones. A orillas del Itata, en un sitio llamado el Roble, hubo un combate que puso á prueba el valor heroico de O'Higgins.

Encontrábase allí el general Carrera con pocas fuerzas, cuando de improviso fué atacado por un destacamento realista. Carrera, cortado de sus tropas, tomó la fuga para salvar la vida. O'Higgins asumió el mando de los patriotas, se mostró sereno ante el peligro y organizó bien la resistencia. «Duraba ya el fuego más de una hora, dice un testigo del combate, cuando O'Higgins toma el fusil de un soldado, que cayó muerto junto á él, grita á los suyos y les dice: «¡O vivir con honor ó morir con gloria! el que sea valiente, sígame!» La tropa, entusiasmada con este ejemplo, se precipita sobre el enemigo y lo pone pronto en derrota.



General O'Higgins.

Carrera, al juntarse nuevamente con sus tropas, saludó á O'Higgins como vencedor. En carta dirigida á las autoridades de Santiago escribió estas palabras: «No puedo dejar en silencio el justo elogio que tan dignamente merece O'Higgins, á quien se debe contar por el primer soldado capaz en sí solo de reconcentrar y unir heroicamente el mérito de las glorias y triunfos del Estado Chileno »

La guerra duraba ya más de seis meses sin obtener ningún resultado definitivo á favor de los patriotas. Estos se habían hecho veteranos, mostrando tanto valor en la pelea como fortaleza en las penalidades de la vida militar; pero los realistas también mantenían y aumentaban su ejército, de modo que la Independencia estaba, después de tantos sacrificios, en mayor peligro que al principiar la campaña.

Se acusó entonces al general Carrera de negligencia en el cumplimiento de sus deberes y de falta de apti-

tudes para dirigir la guerra. Los descontentos de su gobierno, los que antes habían sido perseguidos por él, aprovecharon la oportunidad para desacreditarle ante la opinión pública. Por injustas que fueran aquellas acusaciones, el pueblo creía en ellas y culpaba al general en jefe de la prolongación de la guerra. Obedeciendo á estos sentimientos, las autoridades de Santiago que ejercían el gobierno nacional, resolvieron, en Noviembre de 1813, separar á Carrera del mando del ejército y nombrar á O'Higgins en su reemplazo.

7.—Batallas y negociaciones de paz.

Al mismo tiempo que O'Higgins tomaba el mando del ejército chileno, llegaba del Perú otro general español, Gavino Gaínza, con armas y dinero para continuar la guerra. Este jefe desembarcó en la costa de Arauco, tomó el mando de algunas fuerzas realistas organizadas en el sur y marchó á Chillán, donde se reunió con el resto del ejército á principio de 1814.

El general Carrera, separado del mando, se retiraba de Concepción en viaje para Santiago, en compañía de su hermano Luis, en los primeros días de aquel año. En Penco fueron sorprendidos los dos hermanos por un destacamento realista, que les apresó y les condujo á Chillán, donde permanecieron como prisioneros de guerra hasta el 12 de Mayo, fecha en que lograron burlar la vigilancia de los españoles y recuperar su libertad.

El nuevo general español deseaba poner pronto en movimiento á su ejército. Uno de sus oficiales avanzó hasta Talca, atacó á esta ciudad y se apoderó de ella después de un sangriento combate en el cual murió como un héroe el coronel patriota, de origen español, Carlos Spano. Este acontecimiento produjo grande alarma entre los patriotas. O'Higgins estaba en Concepción con una parte del ejército; el coronel Mackenna estaba con la otra parte á orillas del Itata, en el

Membrillar. Era preciso unir sin demora estos dos cuerpos de ejército, no sólo para evitar que los realistas los atacasen separadamente, sino también para marchar al norte y cerrar á los enemigos el paso á Santiago.

El general Gainza, sabiendo que los patriotas preparaban la reunión de sus tropas, se apresuró á llevar un formidable ataque contra el coronel Mackenna. Las fuerzas de éste eran inferiores en número, pero ocupaban un campo bien elegido y tenían un jefe de mucha experiencia. Con estas ventajas rechazaron á los españoles, ocasionándoles pérdidas de consideración. En el combate del Membrillar se batieron, junto con los chilenos, 300 soldados argentinos que el Gobierno de Buenos Aires había enviado como auxiliares á las órdenes del coronel Barcárcel. El sargento mayor Juan Gregorio de las Heras también acababa de batirse con denuedo, al frente de cien auxiliares argentinos, contra fuerzas muy superiores del ejército español. La fraternidad chileno-argentina quedó desde entonces consagrada en los campos de batalla con la sangre y el heroísmo de los soldados de las dos naciones. Años más tarde esa fraternidad, personificada en San Martín y O'Higgins, aseguró la independencia de todo el continente sudamericano.


General Mackenna.

A consecuencia de la victoria del Membrillar pudo realizarse la unión de las tropas de O'Higgins y de Mackenna. El ejército patriota marchó aceleradamente al norte, á fin de ganar la delantera á los españoles y colocarse entre éstos y Santiago. O'Higgins logró

el objeto indicado atrincherándose en un campamento favorable al norte de Talca.

El estado de la guerra era, como se ve, muy incierto. Ninguno de los adversarios podía considerarse en situación ventajosa para obtener el triunfo final. Los patriotas habían fracasado en una tentativa de recuperar á Talca con tropas mandadas desde Santiago, antes que O'Higgins marchara al norte. Los españoles, por su parte, veían alejarse más y más el término de una campaña que, al principio, les pareció fácil y de corta duración.

Los jefes españoles y patriotas, convencidos unos y otros de que les faltaban fuerzas para continuar la guerra, celebraron un tratado para suspenderla. Las dos condiciones principales del tratado fueron las siguientes:

1.º Chile reconocía su dependencia del Rey de España; 2.º cesaban las hostilidades y los realistas desocupaban las ciudades que tenían en su poder. Esta negociación era para los chilenos peor que una derrota, porque con ella renunciaban á la independencia de su patria y perdían los sangrientos sacrificios hechos en las campañas de 1813 y 1814. Hubo, por tal motivo, general disgusto contra las autoridades nacionales que así burlaban las esperanzas de libertad, y de ello surgieron nuevas discordias entre los patriotas.

8.—Revolución de los Carreras.

EN los mismos días en que se negociaba este tratado, los hermanos Carreras, prisioneros de los españoles en Chillán, lograban libertarse por la fuga. La presencia de los Carreras en Santiago alarmó mucho á las autoridades patriotas, temerosas de que ellos conspirasen para adueñarse otra vez del mando. Las circunstancias eran propicias para una revolución, por el justo descontento que había provocado contra el Gobierno la negociación hecha con los españoles

La nueva revolución del general Carrera no se hizo

aguardar muchos días. El 23 de Julio de 1814 él y sus amigos se apoderaron de los cuarteles en Santiago y organizaron una Junta de Gobierno. O'Higgins marchó al norte con su ejército para restablecer las autoridades depuestas por la revolución triunfante. El general Carrera formó con rapidez algunos batallones y salió de la ciudad á presentar batalla á su adversario. Los dos generales chilenos se encontraron en Maipo el 12 de Agosto de 1814 y pelearon como si fueran hijos de dos patrias enemigas.

O'Higgins fué derrotado y tuvo que retirarse del campo de batalla con cien hombres escasos. Habiéndose reunido con él muchos dispersos, se disponía á renovar la guerra civil, cuando supo que el ejército español, mandado por un nuevo general, Mariano Osorio, volvía á hacer la guerra, porque el Virrey del Perú no aprobaba el tratado hecho con los patriotas. Los generales chilenos, viendo á la patria en peligro, olvidaron sus querellas para luchar juntos contra los realistas. O'Higgins reconoció á Carrera como general en jefe y declaró que él y sus oficiales no reclamaban otro honor que el de formar la vanguardia del ejército patriota.

El general Osorio, para aprovechar las ventajas que le ofrecía la discordia de los jefes patriotas, reorganizó en pocos días el ejército que acampaba en Chillán y marchó al norte á la cabeza de 5,000 soldados en los últimos días del mes de Agosto. En Talca tuvo noticia de la reconciliación de O'Higgins y Carrera. Este suceso, que contrariaba sus planes, le obligó á retardar su avance sobre Santiago; en cambio le permitió completar sus aprestos, adquirir noticias exactas sobre la situación del país y recibir auxilios de muchos realistas que habían aparentado ser patriotas cuando creían á éstos victoriosos. Por fin, el 15 de Septiembre, Osorio levantó su campamento de Talca para emprender operaciones activas; desgraciadamente los generales chilenos, aunque se habían reconciliado, no obedecían á un plan de campaña que diese unidad á sus fuerzas. A



Revista de Rancagua.

Carrera le faltó confianza en la lealtad de O'Higgins y de esto resultaron para la patria grandes males.

9.—Batalla de Rancagua.

¡Rancagua!... No en la historia
Ejemplo se hallará que eclipse el brillo
Del inmortal caudillo
Que el lauro conquistó, no la victoria!

José Antonio Soffia.

El 1.° de Octubre, al amanecer, los realistas atacaron á O'Higgins que, con 1,900 soldados chilenos, estaba atrincherado en Rancagua, teniendo como segundo en el mando á Juan José Carrera, hermano mayor del general en jefe. El ejército realista era muy superior en armas y soldados, pues tenía 5,000 hombres bien provistos de elementos de guerra.

Los realistas, creyendo que los patriotas por su escaso número se entregarían prisioneros, marcharon por varias calles hasta muy cerca de la plaza principal de la ciudad. O'Higgins había hecho construír trincheras en la entrada de la plaza y en cada una había colocado doscientos soldados y dos piezas de artillería con la orden de pelear hasta morir. Cuando los españoles estuvieron á cort adistancia, O'Higgins mandó disparar los cañones y hacer un nutrido fuego de fusilería. Espantados los realistas con tan formidable resistencia, retrocedieron en confusión dejando muchos muertos y heridos. El general Osorio dió orden entonces de apoderarse de la ciudad á sangre y fuego.

Los patriotas estaban encerrados en la plaza, sin agua y sin víveres. Tampoco tenían bastante pólvora para sus fusiles y cañones. Por consiguente, no podían resistir mucho tiempo al empuje vigoroso de los españoles, que los atacaron al mismo tiempo por todas las calles y pusieron fuego á muchas casas de la ciudad.

El combate duró dos días completos. Los patriotas

aguardaban por momentos al general Carrera, que tenía fuerzas suficientes para atacar al enemigo por la retaguardia; pero el general en jefe permaneció inactivo y los sitiados comprendieron al fin que no debían esperar ninguna ayuda. Ya no quedaban sino trescientos hombres para defender la plaza; los demás habían muerto ó no podían moverse por sus heridas. O'Higgins resolvió salir de la ciudad con sus tropas, abriéndose paso entre las filas de los enemigos. Con este objeto hizo tocar llamada y, una vez que los soldados estuvieron reunidos, les ordenó montar á caballo, desenvainar sus sables y seguirle á donde él fuera. El



Defensa de Rancagua.

capitán Ramón Freire quiso que O'Higgins se colocase en el centro de la tropa para que ésta lo defendiese. «Capitán Freire, le dijo O'Higgins, usted es un valiente, y yo quiero ser como usted. A mí me toca estar donde haya más peligro.»

Al decir esto, O'Higgins, clavó las espuelas á su caballo; los oficiales y soldados siguieron tras él, resueltos á ser dignos de tan heroico jefe. Los españoles pretendieron cerrarles el paso; pero ellos, con sus sables

y con el empuje de sus caballos, rompieron las filas enemigas. Saltando sobre los cañones, atropellando á los soldados realistas y peleando con éstos cuerpo á cuerpo, consiguieron salir de la ciudad y llegar con O Higgins á Santiago como emisarios de la gloria y del desastre.

Pocos hombres han demostrado en la guerra el valor con que O'Higgins peleó en Rancagua. Esto solo bastaría para que los chilenos tuviesen el mayor respeto por su memoria. La estatua que se le ha erigido en Santiago le representa en el momento de salir de Rancagua; por eso su caballo salta una palizada y pisotea á un soldado español que se opone á su paso.

La llegada del general O'Higgins, con las reliquias de su ejército, produjo en Santiago un pánico espantoso. Los patriotas comprendieron que la guerra estaba perdida porque no era de esperar que los soldados de Carrera, ociosos durante el combate de Rancagua, fueran capaces de oponerse al avance de los realistas después de la victoria. Los más leales servidores de la patria abandonaron sus intereses y sus familias para transladarse á San Felipe y continuar viaje á Mendoza pasando la cordillera. Otros se ocultaron en las casas de la ciudad y en las haciendas vecinas para escapar á las venganzas de los vencedores. Hubo también ciudadanos sin valor para ser fieles á la patria en su desgracia; éstos, renegando de los juramentos que antes habían hecho en favor de la Independencia, volvieron á bendecir el despotismo español.

———

V.

LA RECONQUISTA

1.—Violencias de la tiranía.

EL ejército realista, vencedor en Rancagua, fué recibido con grandes fiestas por los habitantes de Santiago. Se celebró el triunfo del Rey con toda clase de fiestas, como si se tratara del acontecimiento más feliz para los chilenos; hubo solemne procesión religiosa con asistencia de todas las autoridades españolas, se quemaron fuegos de artificio y hubo otros festejos populares en honor del triunfo

Durante un mes el general Osorio dejó vivir tranquilos á los patriotas que se habían quedado en Santiago. Todos pensaron que ya no había ningún peligro y los que estaban ocultos salieron de sus escondites; pero una noche, cuando la ciudad estaba más tranquila, fueron apresadas en sus casas varias personas notables. Esto hizo comprender que Osorio tenía el propósito de perseguir y maltratar á los chilenos que habían servido al ejército patriota. Para librarse de esta venganza, todos quisieron retirarse de la ciudad y ocultarse en los campos; pero Osorio, previendo esto, había ordenado que nadie saliera de Santiago sin permiso suyo é hizo apresar á muchos otros caballeros. Los patriotas fueron detenidos en la cárcel junto con los ladrones y asesinos; algunos días más tarde fueron transportados á Valparaíso y embarcados en un buque que los llevó á la isla desierta de Juan Fernández.

El viaje fué sumamente penoso. Los presos, encerra-

dos en la obscura y sucia bodega del buque, carecían hasta de aire para sus pulmones. Algunos eran débiles y enfermizos ancianos que necesitaban muchas atenciones. Pero sus carceleros no se cuidaban de eso, porque era costumbre de los españoles tratar á los defensores de la independencia americana como á infames criminales. En una representación dirigida por los presos al Virrey del Perú, quejándose del mal trato que recibieron, declaran que se les mantuvo en la bodega del buque, «sin poder acomodar la mayor parte de los cuerpos y menos las camas; con prohibición de moverse aún para las necesidades más urgentes; cubiertos de inmundicias, vómitos y fetidez; y sobre todo, impedida la respiración, que se les suministraba á ratos artificialmente por una manguera.» La residencia de los presos en la isla de Juan Fernández fué un prolongado martirio. Como si no bastara privarles de la libertad personal y de la compañía de sus familias, se les hizo sufrir también la desnudez, el hambre y otras miserias.

En Santiago la cárcel había vuelto á llenarse con otros chilenos perseguidos por la cruel venganza de los vencedores. Los presos se consolaban con la esperanza de que el general O'Higgins no tardaría en pasar los Andes con un nuevo ejército libertador y formaban planes de revolución para ayudarle. Algunos de los soldados que hacían la guardia en la cárcel oyeron estas conversaciones y dieron parte de ellas á sus jefes. Osorio, prevenido de esto, encargó la custodia de la cárcel á dos oficiales que tenían toda su confianza. Dichos oficiales se propusieron matar á los presos que deseaban su libertad y con tal objeto ordenaron á un sargento de la guardia que les engañase haciéndoles creer que les ayudaría en la revolución. El sargento conversaba diariamente con los presos para repetir después á sus jefes todo lo que aquéllos le habían dicho. El engaño fué llevado hasta el extremo de que el sargento convino con los presos en abrirles una noche la puerta de la cárcel y ayudarles, con los soldados de su compañía, á hacer la revolución.

En la noche elegida para consumar la traición, los oficiales españoles aumentaron la guardia de la cárcel, mandaron abrir la puerta á la hora designada por el sargento y, cuando los presos quisieron salir, les sablearon sin piedad. Los infelices, que no podían defenderse porque no tenían armas, fueron víctimas de un crimen alevosamente preparado por las autoridades. De este modo se repitieron, hasta en los últimos días del gobierno español, los mismos actos de vergonzosa crueldad que durante la conquista y durante la colonia ensangrentaron el suelo americano.

2.—El Capitán San Bruno.

LA traidora matanza de los presos fué dirigida por un capitán español que se llamaba Vicente San Bruno. Este, que había sido fraile en un convento de San Francisco, se hizo soldado en la guerra contra los franceses. Vino á Chile como capitán en un batallón llamado de los Talaveras y peleó en la batalla de Rancagua.

El capitán San Bruno era tan valiente como perverso. En las batallas peleaba como un león. A la cabeza de sus soldados era el primero en atacar al enemigo y en desafiar el peligro. Pero su gusto era derramar sangre y matar; se enfurecía como un animal carnicero y no perdonaba la vida al enemigo que caía en sus manos.

El general Osorio, avergonzado y arrepentido del crimen de la cárcel, dejó de ocupar al capitán San Bruno que se lo había aconsejado. Pronto vino como Gobernador de Chile otro general, que se llamaba Francisco Casimiro Marcó del Pont; éste hizo de San Bruno su íntimo consejero y le ascendió á sargento mayor. El Gobernador Marcó era un hombre de muy escasa inteligencia y de malos sentimientos. Desde que llegó á Santiago se ocupó en activar las persecuciones contra los patriotas. A fin de que ninguno pudiera escaparse, puso la policía á las órdenes de San Bruno y dió á éste

la autorización más completa para que impusiese penas y ordenase prisiones á su voluntad.

San Bruno tenía espías en muchas casas para saber lo que pasaba en ellas. Estos espías le daban cuenta diaria de todo lo que sucedía en la familia y en especial de las conversaciones que podían escuchar. Algunas veces el mismo San Bruno se presentaba de repente en una casa y tomaba presas á las personas que la habitaban. Nadie se explicaba el motivo de estas prisiones, porque los presos eran personas tranquilas y honradas que no habían cometido ninguna falta. Pero San Bruno sabía, por sus espías, que habían hablado



Matanza de patriotas.

mal de él ó del Gobernador diciendo que eran unos tiranos. A su juicio esto era un crimen imperdonable y lo castigaba llevando á la cárcel á cuantos tenían el atrevimiento de cometerlo.

En esa época no había alumbrado público; las calles en la noche estaban completamente obscuras. San Bruno temía que las personas á quienes llevaba á la cárcel se fugasen merced á la obscuridad de las calles; para que esto no sucediese acostumbraba tratar á los presos

del modo más indigno. Les obligaba á bajarse los pantalones hasta los tobillos y allí se los ataba con una cuerda ó con un pañuelo. En seguida daba á cada cual una vela encendida para que alumbrara su camino. Los presos marchaban así, con medio cuerpo desnudo, con una luz en la mano, enredándose en sus pantalones, cayendo y levantándose y siendo objeto de las burlas de sus carceleros. Muchas personas inocentes y respetables tuvieron que sufrir este infame tratamiento.



Soldado Talavera atacado por el pueblo.

Ningún chileno estaba seguro en su casa porque San Bruno rondaba la ciudad de día y de noche á la cabeza de un piquete de soldados. Con frecuencia tomaba presos á cuantos encontraba, los conducía á la cárcel y les obligaba á barrer las calles. Más de una vez tomó presas á todas las personas que había en un baile por el delito de no acostarse temprano. San Bruno llegó á ser el terror de los habitantes de Santiago, que le odiaban tanto como le temían.

Este odio se extendía también á los soldados del batallón Talavera, que eran los ejecutores de las órdenes

crueles de aquel hombre. Ninguno de los soldados del Talavera podía andar solo por las calles, porque corría el riesgo de ser atacado por el pueblo. «El cuchillo y la piedra, que con tanta maestría manejan los hombres de nuestro pueblo, fueron las armas que opusieron al sable y la bayoneta de los realistas.» En las riñas y pendencias rara vez escapó con vida un soldado del Talavera; bastaba que se presentase uno de éstos en los barrios extraviados de la población para que, como aves de rapiña, cayesen sobre él algunos hombres del pueblo y lo apedreasen ó lo cosiesen á puñaladas. La repetición de estos actos de resistencia obligó á los jefes del cuerpo á dictar órdenes terminantes para que ningún soldado se apartase muchas cuadras del cuartel, si no iba en una partida de diez ó doce hombres. El odio con que se miraba á los Talaveras era general y unánime en todas las clases de la sociedad. El pueblo creía que esos hombres, oficiales y soldados, pertenecían á una clase degradada del género humano y tenían cola como los animales. En esta creencia guardaban por ellos el odio que inspiran las fieras y los trataban sin aprecio ni compasión.

3.—Contribuciones de guerra.

LOS españoles no se contentaban con imponer estos sufrimientos á los chilenos. También les despojaban de sus bienes para pagar los sueldos á los soldados y para hacer los demás gastos del ejército.

El general Osorio se apoderó de las casas, haciendas y animales de los chilenos que habían tomado parte en la guerra. Como esto no fuera suficiente para las necesidades del ejército, ordenó que los habitantes de Santiago, Valparaíso, Concepción y otras ciudades juntasen todos los meses ochenta y tres mil pesos para los gastos públicos. Hizo formar lista de los habitantes ricos de cada ciudad y fijó la suma que cada uno tenía obligación de entregar. Pero el país se encontraba en

tal estado de pobreza que fué imposible completar la cantidad pedida y Osorio tuvo que rebajarla á cuarenta y tres mil pesos.

Durante un año se cobró esa contribución de la tiranía. En Noviembre de 1816 el Gobernador Marcó del Pont ordenó que, en el plazo de un mes, le entregasen doscientos mil pesos los habitantes de Santiago y otros doscientos mil los habitantes de las demás provincias de Chile. Nunca pudo juntarse tanto dinero, porque no había en el país quienes lo ganasen para pagarlo en contribuciones. Marcó del Pont amenazó con fuertes castigos á los que no entregasen la cantidad que se les pedía. Pero todo fué inútil, pues la miseria del país era extremada.

La torpeza de Marcó del Pont no se limitaba á imponer estas contribuciones exageradas para un pueblo que estaba en la miseria; pretendía también gravar con ellas hasta los más infelices pobladores de los campos y hacerlas efectivas por medio de la violencia. Se imaginaba aquel gobernador que el pobre, á fuerza de amenazas, había de tener para el pago de contribuciones de guerra el dinero que no tenía ni para vestirse y alimentarse. Viendo que los resultados no correspondían á sus deseos, dictó en Enero de 1817 las órdenes más severas á fin de procurarse fondos; pero estos rigores contra los patriotas se aplicaron sin fruto alguno y sirvieron sólo para hacer más odiosa la tiranía.

Con tantos sufrimientos y atropellos los chilenos no podían vivir tranquilos bajo el gobierno de los españoles. Las crueldades y las injusticias de que eran víctimas les hacían desear más que antes la independencia de la patria. Ahora comprendían bien que necesitaban libertarse para siempre de España y elegir buenos gobernantes, si querían trabajar en paz, conservar sus bienes, educar y hacer felices á sus familias. Muchos chilenos en la guerra anterior se habían negado á pelear contra los españoles. Otros habían sido soldados del Rey y habían peleado contra el ejército nacional. Ahora todos, desesperados por los sufrimientos, desea-

ban luchar en favor de la independencia de la patria; de este modo la tiranía española llegó á ser el auxiliar más eficaz de los patriotas que en Mendoza se preparaban para renovar la guerra.

4.—Incapacidad de Marcó del Pont.

LAS persecuciones y los impuestos de guerra eran causas muy poderosas para mantener vivo el espíritu de independencia é incitar á los patriotas á levantarse nuevamente contra el dominio español. Contribuyó también á este resultado el desprestigio personal del gobernador Marcó del Pont, militar tan lleno de vanidad como escaso de merecimientos.

Marcó del Pont fué designado para este cargo por el favor de que un hermano suyo gozaba en la Corte de Madrid. Nunca había mostrado capacidad para el Gobierno, ni prudencia para restablecer la tranquilidad en un pueblo agitado por la revolución, ni talentos militares para mandar un ejército en tiempo de guerra; en cambio tenía una vanidad ridícula y, sin cuidarse de adquirir méritos para ser respetado, sólo pensaba en exhibirse con lujosos uniformes recargados de galones, cruces y medallas. Trajo de España muebles riquísimos para sus salones de recibo, su comedor y su dormitorio, y se complacía en mostrar estos objetos á sus visitantes para deslumbrarles con tanta magnificencia. Junto con su mobiliario hizo venir un coche lujosamente tapizado y con vidrieras en las puertas, lo que hacía que las gentes se parasen en las calles á contemplarlo como una maravilla. «Para el espíritu frívolo de Marcó del Pont, estas impresiones de admiración y de sorpresa de un pueblo que no había visto tales manifestaciones de lujo, formaban uno de los goces del ejercicio del mando y demostraban la obediente sumisión de los gobernados.»

La cualidad sobresaliente de los españoles, durante el largo período de su dominación en América, fué la varonil fortaleza de sus corazones. Desde los primeros

capitanes hasta los últimos soldados, todos fueron audaces para acometer las más atrevidas empresas, esforzados para resistir con ánimo firme á todas las penalidades, valientes para vencer ó morir en los combates. Sus odiosos crímenes y sus crueldades inhumanas fueron, en cierto modo, amortiguados por el brillo de sus increíbles hazañas. Los castellanos que hicieron la conquista y los que la conservaron durante tres siglos, mostraron siempre un valor heroico que les hacía temibles y les daba prestigio ante los americanos. En las recientes campañas contra los patriotas los españoles habían peleado con su acostumbrado valor y hasta el mismo San Bruno, siendo por instinto un malvado, era como militar un ejemplo de arrojo y valentía.

El Gobernador Marcó del Pont, lejos de poseer aquella cualidad legendaria de los castellanos, era «un fanfarrón sin talento ni valor.» En las batallas á que había asistido en España durante la guerra con los franceses se había hecho notar por su timidez; sus compañeros de armas siempre se habían burlado de él, tanto por su falta de ánimo en la pelea, como por su fatua arrogancia para pretender de valiente cuando no tenía enemigo al frente. Es fácil comprender que los chilenos, sufriendo el despotismo de este hombre afeminado, le mirasen más con desprecio que con temor y juzgasen que el Rey, representado por semejante personaje, no era ya aquel sér casi divino á quien habían adorado en los tiempos de la colonia. Así desaparecieron, por las violencias y las torpezas de Marcó del Pont, hasta los últimos vestigios de los sentimientos de respeto que en los siglos anteriores inspiraban, á los hijos de este país, la grandeza española y la majestad real.

———

VI.

LA INDEPENDENCIA

1.—Los chilenos en Mendoza.

LOS generales Carrera y O'Higgins pasaron la cordillera en dirección á Mendoza después del desastre de Rancagua. Por el momento la patria estaba perdida y sus poco afortunados defensores se veían en la necesidad de transmontar los Andes, tanto para ponerse á salvo de la venganza española, como para reorganizarse y volver á la lucha en más felices días.

El general Carrera, que iba, en compañía de sus hermanos Juan José y Luis, á la cabeza de un cuerpo de ejército, manifestó en la desgracia la misma arrogancia que había mostrado en el poder y trató de conservar, en territorio argentino, el título y las atribuciones de Jefe del Estado de Chile. Procediendo de este modo Carrera cometió un gravísimo error, porque, al salir de Chile, había cesado en sus funciones de gobernante y, como jefe militar de los soldados que le acompañaban, debía respeto á las autoridades del país amigo que le brindaba seguro refugio. Por otra parte, Carrera no comprendía que su conducta durante la batalla de Rancagua le hacía odioso á muchos de los chilenos fugitivos, ni tomaba en cuenta las antipatías que, en contra suya, habían provocado Martínez de Rozas y otros patriotas á quienes él, en los días de su omnipotencia, condenara al destierro.

Formando contraste con la arrogancia provocadora de Carrera, el general O'Higgins se acogió á la hospitalidad argentina con una actitud discreta que le atrajo todas las voluntades. O'Higgins pasó los Andes sin el acompañamiento de tropas que llevaba Carrera; pero en Mendoza se sabía que llegaba sólo con un grupo de amigos, porque sus soldados habían sucumbido como héroes en Rancagua y esto daba á su persona los resplandores de la gloria. De esta suerte O'Higgins llegó á ser, entre los argentinos, el más digno representante de la patria chilena, sujeta nuevamente á la dominación española.

El general San Martín, Gobernador de Mendoza, meditaba, desde hacía algún tiempo, el proyecto de expedicionar en el Pacífico para llevar la guerra al Virreinato del Perú, que era el centro del poder español en América del Sur. La independencia argentina estaba continuamente amagada por las tropas que el Virrey mantenía con este objeto en el actual territorio de Bolivia. Invadir por tierra el Virreinato era empresa superior á las fuerzas del gobierno de Buenos Aires y ofrecía el peligro de dejar el camino abierto, en caso de derrota, para que los realistas peruanos avanzaran sobre el Plata. San Martín pensaba, con juicio certero, que, para vencer al Virrey, era indispensable pasar á Chile y dominar el océano Pacífico con una escuadra independiente.

Existe una carta de San Martín, fechada en Tucumán el 22 de Abril de 1814, en la cual, contestando á las felicitaciones de un amigo por su nombramiento de General en Jefe del Ejército que operaba contra las tropas del Virrey, le decía lo siguiente: «No se felicite usted con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta: no haré nada y nada me gusta aquí. La patria no hará camino por este lado del norte que no sea una guerra defensiva y nada más; para esto bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar otra cosa es empeñarse en echar al pozo de Ayron hombres y dinero. Ya le he dicho á

usted mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar á Chile y acabar allí con los godos, apoyando un Gobierno de amigos sólidos para concluír también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas pasaremos por el mar á tomar á Lima: ése es el camino y no éste. Convénzase, hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará.»

Los planes que meditaba San Martín fueron perturbados por el desastre de Rancagua y la reconquista de Chile. Estos acontecimientos complicaron el problema que él se había propuesto resolver y le pusieron en la necesidad de organizar un ejército libertador en Mendoza para obtener, á viva fuerza, en el Pacífico, la base de futuras operaciones navales y militares contra el Perú.

Para realizar esta obra era indispensable el concurso de los chilenos emigrados y principalmente la adhesión de los jefes que, por su prestigio, fueran capaces de mantener la disciplina entre ellos. San Martín, conocedor de las desavenencias ocurridas en Chile entre O'Higgins y Carrera, comprendió que debía elegir entre uno y el otro y, sin vacilación alguna, se decidió por el primero. La posteridad ha reconocido que esa preferencia acordada á O'Higgins fué justa, porque este jefe tenía la virtud de olvidarse de sí mismo en servicio de la patria, á la inversa de Carrera, que en todo hacía sentir su temperamento dominador y su afición al mando.

San Martín notificó á Carrera la orden de salir de Mendoza y continuar su viaje á la vecina ciudad de San Luis. A esta intimación repuso Carrera lo que sigue: «Como general del ejército de Chile y encargado de su representación en el empleo de vocal de Gobierno, sólo puedo contestar que primero será descuartizarme que dejar yo de sostener los derechos de mi patria.» San Martín disimuló el desagrado que le produjo esta impolítica respuesta, porque aún no estaba preparado para asegurar la completa ejecución de sus órdenes.

Pero diez días más tarde, el 30 de Octubre de 1814 puso sitio al cuartel donde estaban los soldados de Carrera, procedió á desarmarlos y notificó á su caudillo que quedaba en arresto. Por fin, el 3 de Noviembre, el general Carrera fué sacado de Mendoza con una escolta de tropas chilenas incorporadas al ejército argentino, y conducido á San Luis, donde debía esperar órdenes del Gobierno de Buenos Aires.

Una vez que se vió libre de estas inquietudes, San Martín pudo dedicar todo su tiempo á la organización del ejército libertador. O'Higgins fué uno de sus más eficaces cooperadores en esa obra que necesitó tantos y tan grandes sacrificios. Desde entonces los dos generales estuvieron unidos por una afectuosa amistad que, consagrada por la gloria de comunes hazañas, resistió después á la desgracia y se prolongó hasta la tumba.

2.—El general San Martín.

SAN Martín nació el 25 de Febrero de 1778 en el pequeño pueblo de Yapeyú, á orillas del río Uruguay. Aprendió á leer y á escribir en una escuela de Buenos Aires; pero se educó en Madrid, á donde fué llevado cuando sólo tenía diez años por su padre, que era capitán del ejército español.

La educación de San Martín fué esencialmente militar: «No había cumplido aún los doce años de edad, dice D. Bartolomé Mitre, cuando, colgando de su hombro los cordones de cadete del regimiento «Murcia», dió comienzo á su verdadera educación y desde ese día se bastó á sí mismo. El uniforme del Murcia era celeste y blanco, y el joven aspirante vistió con él los colores que treinta años después debía pasear en triunfo por la mitad de un continente.»

En 1791 San Martín recibió su bautismo de fuego guerreando contra los moros en las costas de Marruecos. Desde esa fecha estuvo constantemente en servicio activo y tomó parte en numerosas acciones de

guerra, que pusieron á prueba el temple de su alma de soldado. Distinguióse de un modo especial en la lucha gloriosa de los españoles contra la invasión francesa. Su comportamiento en la batalla de Bailén, Septiembre de 1808, le mereció el honor de ser recomendado por el General en Jefe en la orden del día. Por este motivo recibió también los despachos de teniente coronel y una medalla de oro, conmemorativa del triunfo

En todos sus actos reveló San Martín, desde la infancia, un carácter serio y una inteligencia despejada, cualidades que le sirvieron para resistir á las tentaciones que seducen á los jóvenes en la vida de cuartel. Modelo de buenas costumbres, de orden y economía, jamás perdía su tiempo ni su escaso dinero en las diversiones á que solían entregarse sus compañeros de armas. Empleaba el día en trabajar ó leer y, cuando necesitaba distraerse, lo hacía montando á caballo, adiestrándose en el manejo del sable ó ejercitándose en la gimnasia. De este modo robustecía su salud para soportar sin debilidad los sufrimientos de la vida militar.



General San Martín.

San Martín era pobre, no teniendo más renta que su escaso sueldo de oficial; pero esto le bastaba para dar satisfacción á sus necesidades, porque prefería imponerse privaciones antes de hacer un gasto superior á sus recursos. Llevaba cuenta prolija de la inversión de su sueldo y cuando le faltaba dinero, en vez de endeudarse, se abstenía de fumar ó se imponía otro sacrificio análogo. «Cada uno debe vivir con lo que gana,»

decía San Martín; fiel á esta regla de conducta, jamás tomó dinero en préstamo, como lo comprueban sus cuentas, en las cuales, más de una vez escribió, de su puño y letra, esta declaración: «Hasta hoy nunca he debido un real á nadie.»

En sus gustos y en su modo de vestir San Martín era modesto hasta ser humilde. Algunos de sus compañeros usaban uniformes llenos de bordados y sentían placer en llamar la atención con su lujo; él despreciaba estos sentimientos de vanidad y se presentaba en todas partes con su ropa de cuartel, conservada siempre con la mayor limpieza. Cuando llegó á ser General en Jefe observaba igual conducta y así daba á sus subalternos un hermoso ejemplo de discreción y buen sentido. En su juventud se había acostumbrado, por razón de pobreza, á lustrar él mismo sus botas, á remendar su ropa vieja y á limpiar sus armas. Más tarde, sin ser rico, tuvo en ocasiones un sueldo superior á sus necesidades: conservó, no obstante, aquellas costumbres tan sencillas, porque, en su alma varonil, no había sitio para el necio orgullo ni para la torpe vanidad.



Granadero de San Martín.

Guiado por el amor á la patria y á la libertad, San Martín renunció á su brillante porvenir en España y vino, en 1812, á ofrecer sus servicios al Gobierno de Buenos Aires, que le dió la comisión de organizar el famoso regimiento de *Granaderos á Caballo.* En el cumplimiento de este encargo San Martín puso de relieve las cualidades superiores de su espíritu, é inició una reforma de gran transcendencia en la organización de las fuerzas militares argentinas. Hasta entonces los batallones se habían improvisado en medio del entusiasmo popular y, en las batallas, habían mostrado más valor que disciplina. San Martín, educado en una guerra formidable, sabía por experiencia personal que el valor del soldado se sacrifica estérilmente cuando las tropas entran en combate sin una organización vigorosa que haga de ellas un solo cuerpo con una sola voluntad. En esta virtud se propuso hacer de los Granaderos á Caballo un modelo para el ejército argentino y formar el tipo del verdadero hombre de guerra. «Bajo una disciplina austera que no anonadaba la energía individual, y más bien la retemplaba, formó San Martín soldado por soldado, oficial por oficial, apasionándolos por el deber, y les inoculó ese fanatismo frío del coraje que se considera invencible y es el secreto de vencer.»

El Gobierno de Buenos Aires, satisfecho de los servicios de San Martín, le nombró á principio de 1814 General en Jefe del ejército que operaba en las provincias del norte contra las tropas del Virrey del Perú. Ese ejército había tenido la desgracia de sufrir graves reveses. San Martín se encargó del mando para devolverle la confianza en sus propias fuerzas, sometiéndole á una verdadera disciplina. Pero su permanencia en el norte no podía ser larga, puesto que él estaba persuadido de que no era ése el camino para llegar al triunfo definitivo de la independencia. En Abril del mismo año renunció el mando por motivos de salud y poco después obtuvo el nombramiento de Gobernador de la provincia de Cuyo. Así llegó á establecerse en Mendo-

za, al pie de la cordillera de los Andes, en el sitio más adecuado para observar el desarrollo de la guerra de Chile y preparar los planes de la expedición libertadora que debía llevar á Lima el estandarte de la Indepenpendencia americana.

3.—Organización del ejército libertador.

SAN Martín puso en ejercicio todas las facultades de su inteligencia y de su carácter para formar en Mendoza la base del ejército libertador de Chile.

El Gobierno de Buenos Aires no podía prestarle ayuda porque sus atenciones y sus recursos eran solicitados de preferencia para otras necesidades nacionales. Además, se consideraba irrealizable el proyecto de pasar los Andes con un ejército, mientras en Chile dominaran los españoles.

Pero San Martín había meditado mucho su plan de operaciones y tenía la certeza de realizarlo. El no desconocía las dificultades del paso de la cordillera; las apreciaba, por el contrario, en toda su magnitud y, sin embargo, tenía confianza en el éxito, porque, á su juicio, éste dependía del acierto con que se organizase el ejército expedicionario. Se consagró, pues, al trabajo con una energía sin igual, á fin de que nada faltase cuando llegase el día de emprender la marcha.

Todas las mañanas se levantaba al amanecer é inmediatamente visitaba los cuarteles, ocupándose él mismo en enseñar á los oficiales á mandar y á los soldados á obedecer. Presenciaba los ejercicios de los batallones para conocer los progresos que hacían los reclutas y remediar las faltas que se notaran en el servicio. Se ocupaba al propio tiempo en acopiar galletas, charqui, frejoles, vino y otras provisiones, no sólo para el alimento diario de la tropa, sino también para las necesidades de la gran expedición que proyectaba.

Con igual empeño reunía pasto seco para los caballos de los granaderos y para las mulas que debían transportar el armamento del ejército.

Estos trabajos, ejecutados con método y paciencia, hicieron comprender á todos que el general San Martín era capaz de pasar la cordillera al frente de un ejército libertador. El Gobierno de Buenos Aires tuvo entonces plena confianza en él, le proporcionó dinero y le mandó soldados para que terminase sus preparativos. Así el general San Martín pudo pasar revista, en Diciembre de 1816, á un ejército que tenía 5,200 soldados, 1,600 caballos y un gran número de mulas. Había necesitado más de dos años para formar y equipar este ejército; pero la demora había servido para adiestrar á los soldados y aumentar las probabilidades de triunfo.



Coronel Alvarez Condarco.

A Santiago habían llegado noticias contradictorias sobre los proyectos de San Martín. Estas noticias eran mandadas por el mismo general con el doble objeto de asustar al gobernador Marcó del Pont y de prevenir á los habitantes de Chile que había llegado el momento de aprestarse para la lucha. Con frecuencia venían de Mendoza algunos patriotas encargados por San Martín de mandarle informes sobre lo que pasaba en este país y de preparar las operaciones militares. Esos patriotas vivían ocultos en las casas de sus amigos ó viajaban

disfrazados por los campos en busca de auxiliares y de recursos. Unos y otros estaban en comunicación con San Martín por medio de correos que burlaban la vigilancia de los españoles. Los que llevaban y traían estas cartas corrían gran peligro, porque había pena de muerte contra ellos; pero el patriotismo les movía á desafiar todos los peligros y la astucia les servía para evitarlos. Viajaban de noche por sitios donde no andaban otros viajeros, se disfrazaban de campesinos ó peones, y atravesaban la cordillera por los pasos más difíciles, donde sólo los huanacos podían trepar.

En 1816 San Martín mandó á Santiago, en el carácter de parlamentario, á su Ayudante de Campo D. Antonio Alvarez Condarco. El viaje de éste tuvo por verdadero objeto explorar los caminos de la cordillera que el ejército libertador debía recorrer en su próxima marcha. Alvarez Condarco desempeñó con prudencia la peligrosa comisión y pudo llevar á San Martín informaciones de la mayor importancia para el triunfo de la independencia americana.

4.—Manuel Rodríguez.

EL más notable de los chilenos que prestaron tan valiosos servicios á la patria fué Manuel Rodríguez, joven entonces de treinta años de edad. Era hijo de un caballero español establecido en Santiago; pero, desde el 18 de Septiembre de 1810, se declaró partidario entusiasta de la Independencia y tomó parte en la guerra contra los realistas. Era robusto y bien formado, tenía un valor á toda prueba, manejaba las armas con destreza, montaba á caballo como el mejor jinete, conocía todo el territorio comprendido entre Santiago y Concepción, y sentíase dominado por un patriotismo ardiente, que le daba audacia para desafiar el peligro y valor para exponer la vida en defensa de la libertad.

Manuel Rodríguez pasó tres veces la cordillera tra-

yendo y llevando noticias como lo deseaba San Martín. Hacía estos viajes á pie, vistiéndose algunas veces de marinero y presentándose otras veces como vendedor de frutas, de pan ó de cualquiera otra cosa. Con estos disfraces llegaba á Santiago, San Fernando, Talca y otras ciudades, se daba á conocer á sus íntimos amigos, recibía noticias de éstos y observaba, por sus propios ojos, todo lo que necesitaba saber. Usaba con frecuencia sotanas, porque la gente era entonces muy devota y nadie sospechaba que alguien se atreviese á vestir ese traje no siendo sacerdote.



Manuel Rodríguez.

Rodríguez no conocía á Marcó del Pont. Para verle de cerca se vistió una mañana como hombre del pueblo y fué á colocarse á las puertas de la casa del Gobernador. Cuando éste salió para subir al coche que aguardaba en la calle, Manuel Rodríguez se acercó á él, aparentando mucho respeto, y le abrió la portezuela. Rodríguez mostraba con esto gran valor, porque el mismo Marcó del Pont lo hacía buscar por todas partes para mandarle ahorcar. El Gobernador había ofrecido mil pesos de premio á quien le entregase vivo ó muerto á Manuel Rodríguez. ¡Cuál habría sido su asombro si hubiera sabido que el audaz y generoso patriota, lejos de ocultarse, iba á esperarle en las puertas de su propia casa!

En cierta ocasión Manuel Rodríguez pidió albergue, durante la noche, á un hombre de campo amigo suyo, que disimulaba su patriotismo desempeñando el cargo de subdelegado con nombramiento de

las autoridades españolas. Rodríguez, por prudencia, dejó en observación fuera de la casa á dos hombres que le acompañaban. No habían dado las diez cuando uno de estos hombres dió aviso de la aproximación de una numerosa patrulla de soldados realistas que venían á registrar la casa. Rodríguez se creyó perdido porque no había dónde ocultarse, ni era posible tomar la fuga. Lo que más le apenaba era el daño irreparable que su presencia allí iba á causar al dueño de casa. De repente tuvo Rodríguez una feliz idea y dijo á su amigo:—¿Cuántos presos tiene Ud. en el cepo?—Dos borrachos recogidos esta tarde, contestó el subdelegado.—Pues bien, observó Rodríguez, los borrachos son tres; póngame Ud. en el cepo ahora mismo.

Media hora después el jefe de la patrulla había terminado el registro de la casa y pidió se le mostrara el cepo; allí encontró tres hombres que estaban durmiendo su borrachera y que fueron insensibles á los puntapiés que él les aplicó para despertarles. Rodríguez hizo su papel con una maestría consumada. Le ayudó en esta circunstancia el traje de campesino que vestía, pues de otro modo hubiera sido inútil su admirable sangre fría para fingirse borracho en presencia de los esbirros que le buscaban con el objeto de ahorcarle.

En uno de sus viajes, cuando venía de Mendoza, Manuel Rodríguez fué detenido por un oficial que con varios soldados estaba de guardia en el camino de la cordillera. Rodríguez, que venía vestido de peón, dijo que andaba buscando trabajo y se ofreció para ayudar á varios obreros que se ocupaban en reparar el camino. Dos días estuvo trabajando con la pala y la barreta: después siguió tranquilamente su viaje á Santiago, pues el oficial no pudo sospechar que un peón tan diestro para el trabajo fuese un patriota tan notable. En esa ocasión Rodríguez traía oculta, entre su ropa andrajosa algunas cartas de San Martín y otros papeles de importancia.



Paso de los Andes.

5.—El paso de los Andes.

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
Y atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente y desgarró su entraña!

¿Dónde van? dónde van? Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo,
Van á morir ó libertar un mundo!

OLEGARIO V. ANDRADE.

CUANDO el ejército de Mendoza estuvo listo para marchar, fué necesario que la guerra principiase en Chile á fin de distraer la vigilancia que los españoles ejercían en la cordillera. El paso de los Andes por un ejército, en tiempo de guerra, es muy difícil. Esas inmensas y elevadas montañas forman como una muralla divisoria que impide toda comunicación entre Chile y la Argentina. El frío que se siente en las alturas cubiertas de nieve; las asperezas de los senderos para subir á la cumbre y bajar al lado opuesto; la necesidad de conducir víveres, forrajes para los animales, armas y municiones, todo esto se juntaba para poner dificultades á la marcha del ejército de San Martín. Había también el peligro de que el Gobernador Marcó del Pont mandase soldados españoles para impedir el paso del ejército libertador. Esto podía hacerse con suma facilidad, porque en algunas partes los patriotas se verían obligados á marchar de uno en uno por la estrechez del sendero. Los caballos y mulas no tenían espacio para dar vuelta y volver atrás; la artillería no podía ser transportada sino desar-

mando las cureñas para colocar sus piezas y los cañones sobre los animales de carga. En algunos sitios habrían bastado doscientos soldados españoles para impedir que pasasen los patriotas. Colocados con abundantes municiones en una altura, los realistas habrían podido fusilar á los patriotas en masa, sin que éstos pudieran defenderse, ni avanzar, ni salvarse en una retirada.

El general San Martín midió el peligro y, con su prudencia acostumbrada, tomó toda clase de precauciones para que no lo atacasen los españoles en el camino. Antes de emprender la marcha mandó algunas patrullas de soldados á reconocer los pasos de la cordillera al sur de Santiago. El estaba resuelto á pasar por Uspallata y llegar á la ciudad de San Felipe; pero quería hacer creer á los españoles que podía pasar por otra parte y con este objeto hacía reconocer la cordillera al sur de Chile por tres puntos diversos. Al mismo tiempo, Manuel Rodríguez y otros patriotas habían organizado grupos de jinetes bien armados para atacar á los realistas en Chile. Estos jinetes entraban en algunas poblaciones de sorpresa, atacaban á los soldados españoles que había en ellas y los tomaban prisioneros. En una ocasión Manuel Rodríguez se acercó á Melipilla acompañado sólo de cuatro jinetes y recorrió las haciendas vecinas en busca de patriotas que le acompañasen á entrar en la población. Pudo juntar cerca de ochenta personas sin armas; sólo él y sus cuatro acompañantes llevaban sable y pistola.

A las 9 de la mañana del día 4 de Enero de 1817 Rodríguez llegó con su gente á Melipilla. Todos entraron gritando ¡viva la patria! ¡mueran los godos! El pueblo les siguió por las calles, gritando como ellos, hasta la casa del subdelegado. Rodríguez ordenó á éste que le hiciese la entrega del dinero que por contribuciones había recogido para mandarlo al Gobernador Marcó del Pont. El subdelegado, no pudiendo resistir, porque todo el pueblo ayudaba á Rodríguez, cumplió

la orden de éste y puso en sus manos el dinero. Rodríguez se dirigió á la plaza, habló al pueblo en nombre de la patria y le distribuyó el dinero recibido del subdelegado. En la tarde se retiró de Melipilla con sus acompañantes llevando prisioneros á un oficial y un soldado del batallón Talavera.

La noticia de este suceso llenó de espanto al Gobernador Marcó del Pont, que era militar de aparato y no de guerra. El sólo sabía vestirse con elegancia, regalarse con buena comida y autorizar á San Bruno para descuartizar á los patriotas. Pero con esto no lograba impedir que el pueblo aguardase á San Martín como á un redentor, ni dominaba tampoco la pavorosa inquietud en que le tenían las noticias sobre la próxima invasión. Marcó del Pont era informado día á día de los reconocimientos que San Martín hacía practicar en diversos pasos de la cordillera y se imaginaba que á toda hora y por todas partes los patriotas estaban llegando á Chile. Perturbado por estos temores y lleno de miedo por los atrevidos ataques de Manuel Rodríguez, hizo lo peor que podía hacer: dividió su ejército para defenderse en todas partes á la vez y dejó libre el paso de Uspallata, por donde vino San Martín con su ejército.

San Martín encontró en el camino pequeñas partidas de soldados realistas y las derrotó fácilmente. Los españoles, por torpeza y descuido del Gobernador, no habían hecho ningún trabajo formal para impedir el paso del ejército libertador. El miedo de Marcó del Pont y su incapacidad militar, fueron así muy útiles para el éxito de la expedición de San Martín.

El 8 de Febrero de 1817 el general San Martín llegó con su ejército á la ciudad de San Felipe. Tomó allí un ligero descanso y al día siguiente volvió á ponerse en marcha. Los españoles habían reunido sus tropas aceleradamente y el 12 de Febrero los defensores de la patria tuvieron la satisfacción y la gloria de vencerlos en el campo de Chacabuco.

6.—Batalla de Chacabuco.

Porfiada era la lid! Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones
Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo
En la sima fatal iban cayendo!

Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba;
Y al fin, entre relámpagos de gloria,
Vino á alzarla en sus brazos la victoria!

Olegario V. Andrade.

El ejército patriota marchaba dividido en dos cuerpos: uno á las órdenes del general O'Higgins y el otro á las del general argentino Soler. San Martín tenía la dirección superior de los dos cuerpos y comunicaba sus órdenes á O'Higgins y Soler por medio de ayudantes escogidos entre los mejores oficiales.

Los españoles, colocados en los cerros de Chacabuco, observaban los movimientos de los patriotas en posiciones muy ventajosas para resistirlos. San Martín dispuso que los dos cuerpos de su ejército avanzasen simultáneamente y que, mientras O'Higgins atacaba las posiciones del enemigo por la derecha, Soler las atacase por la izquierda. El general O'Higgins, que mandaba cerca de la mitad del ejército patriota, pudo efectuar sin tropiezo el movimiento ordenado por el General en Jefe y empezó la batalla con los españoles antes que el general Soler hubiera logrado acercarse para emprender el ataque por la izquierda. O'Higgins animaba con su ejemplo á los soldados, él mismo buscaba el peligro y dirigía personalmente el ataque. Hubo un

momento en que O'Higgins, á la cabeza de dos batallones, cargó á la bayoneta sobre los españoles que, en número muy superior, le resistieron á pie firme, obligándole á retroceder.

En medio de la confusión producida por este incidente de la batalla, los españoles llegaron á creerse victoriosos; pero O'Higgins reorganizó sus valerosos batallones, ordenó avanzar á los jinetes y repitió con mayor empuje la carga á la bayoneta. En esta circunstancia, el mismo general San Martín acudió en auxilio de O'Higgins y contribuyó, con su presencia, á dar energía á los patriotas.

Los españoles no pudieron rechazar este segundo ataque; sin embargo, se defendieron porfiadamente y conservaron sus posiciones hasta que la llegada del general Soler con la división de su mando les hizo comprender que estaban perdidos. Una impetuosa carga de los granaderos y cazadores á caballo de esta división decidió la victoria de los patriotas.

Las tropas españolas, puestas en derrota, abandonaron el campo, dejando allí sus fusiles, sus cañones y sus víveres. Oficiales y soldados, perdida la disciplina, huyeron en confuso tropel por el camino que conduce á Santiago. Los patriotas les persiguieron activamente para impedir su reorganización y ocupar sin demora al capital. En esta batalla los españoles perdieron 500 hombres entre muertos y heridos y 600 que fueron hechos prisioneros. Los patriotas tuvieron 20 bajas entre muertos y heridos.

Se ha dicho que San Martín ganó la batalla de Chacabuco desde su gabinete de trabajo en Mendoza. Esta es la verdad. Con la prudencia que le era característica, él previó todas las necesidades que tendría un ejército y todos los errores que cometerían las autoridades españolas de Chile. En consecuencia preparó su expedición de modo que nada le faltase en el camino y fijó hasta la duración de las marchas del ejército con tanta exactitud como si se tratase del movimiento de los punteros de un reloj.

El 24 de Enero de 1817, en víspera de salir de Mendoza, San Martín escribió á un amigo suyo en Tucumán estas palabras: «Para el 6 de Febrero estaremos en el valle de Aconcagua y para el 15, ya Chile es de vida ó muerte.» Y como lo dijo lo hizo: el 8 de Febrero acampó con su ejército en San Felipe, capital de Aconcagua, y el 12 de Febrero devolvió á Chile su libertad en el campo memorable de Chacabuco.



Batalla de Chacabuco.

7.—Desinterés de San Martín.

AL día siguiente de la batalla llegó San Martín á Santiago. El Gobernador Marcó del Pont y todas las autoridades habían huído al tener noticia de la derrota. Los habitantes de Santiago quisieron recibir á San Martín con grandes fiestas. El no lo permitió, porque era enemigo de la vanidad y no quería que el pueblo creyese que deseaba recibir honores y recompensas.

El 18 de Febrero las personas más notables de Santiago, reunidas para constituír un Gobierno, declararon que «la voluntad unánime era nombrar á D. José

de San Martín Gobernador de Chile con omnímoda facultad.» San Martín se negó á aceptar el mando, pues nada ambicionaba para sí mismo, siendo su único deseo la libertad de América. Por orden suya volvió á reunirse una asamblea de notables, que proclamó al general O'Higgins Jefe del Gobierno con el título de Director Supremo de Chile. El primer acto de O'Higgins fué dirigir al pueblo una proclama patriótica, en la cual declaraba que la gratitud de este país debía ser eterna para «nuestros amigos, los hijos de las provincias del Río de la Plata, que acaban de recuperarnos la libertad usurpada por los tiranos.»

El Cabildo ó Municipalidad de Santiago ofreció á San Martín diez mil pesos en onzas de oro para que con este dinero cubriese los gastos personales que había hecho durante la campaña. El general aceptó el regalo; pero, en vez de emplear ese dinero en sus gastos personales, lo destinó á la fundación de una biblioteca pública en Chile, diciendo: «La ilustración es la llave que abre las puertas de la abundancia.»

San Martín no necesitaba dinero, aunque era muy pobre, porque vivía con mucha economía. Se han conservado las cuentas de sus gastos en aquellos días tan gloriosos para él y tan provechosos para Chile y la Argentina. Esas cuentas enseñan que el gran capitán americano conservaba su afición al orden aún en medio de las agitaciones de la guerra, y que su vida como general en jefe victorioso, era tan modesta como la del último oficial de su ejército. Impedido por sus ocupaciones de llevar él mismo la nota de sus gastos, como siempre lo había acostumbrado, encargó este detalle á su capellán, quien tuvo el cuidado de apuntar hasta los más pequeños desembolsos.

Al llegar San Martín á Santiago, no tenía más ropa que la que llevaba puesta; por sus cuentas se sabe que gastó *once pesos cuatro reales y medio* en mandar componer su capotón de campaña, *cuatro pesos siete reales y medio* en hacer forrar su chaqueta, *veinte y nueve pesos* en comprar un levitón nuevo, *cuatro pesos* en la com-

postura de su sombrero militar y *cuatro reales* en una cinta para su reloj.

Gastó también *ciento treinta y cuatro pesos*, y este fué su mayor lujo, en tenedores y cucharas de plata, *veinte y nueve pesos* en vasos para su comedor, *cien pesos* en una docena de sillas para su sala de recibo *y dos pesos cuatro reales* en componer la mesa de su escritorio. En siete meses gastó *veinte y tres pesos y cuatro reales* en tabaco, que él mismo picaba para hacer sus cigarrillos. Por un sermón predicado en la Catedral de Santiago, dando gracias á Dios después de la batalla de Chacabuco, pagó al predicador *dos onzas de oro* ó sean *treinta y cuatro pesos cuatro reales.*

En música gastó por todo *sesenta y cinco pesos.* En sus cuentas hay además, una anotación extraordinaria en estos términos: «Por *dos pesos* que se gratificaron al que tocó la guitarra en una noche que se bailó alegre.» «Felices tiempos, dice un escritor argentino, en que las alegrías de sus poderosos no costaban sino dos pesos al tesoro del pueblo y esto por una sola vez.» Tiempos envidiables aquéllos en que la patria podía enorgullecerse tanto por el valor como por las virtudes de sus hijos!

San Martín desdeñaba el dinero y también los honores. En Noviembre de 1816, cuando organizaba en Mendoza el ejército libertador, llegó á sus oídos que algunas personas le creían ambicioso de mando. Entonces hizo esta declaración, que se publicó en un diario de Buenos Aires: «Protesto á nombre de la independencia de mi patria, no admitir jamás mayor graduación que la que tengo, ni obtener empleo público, y el militar que poseo renunciarlo en el momento en que los americanos no tengan enemigos.»

Después de la batalla de Chacabuco el Gobierno de Buenos Aires dictó un decreto dándole el grado de brigadier de los ejércitos de la Patria. San Martín se negó á aceptar este ascenso en virtud de su promesa anterior y dijo, con tal motivo, que nunca debe permitirse la presencia en el ejército de «un oficial que no sabe cumplir lo que promete.»

8.—Carácter y costumbres de San Martín.

SAN Martín era terco y severo como militar; pero, en su trato privado, era afectuoso y de genio festivo. Cuando estaba de buen humor, le gustaba hacer bromas aún tratándose de las cosas más serias.

Se recuerdan muchos actos suyos que dan á conocer estas opuestas cualidades de su carácter.

Cuando organizaba el ejército libertador en Mendoza se presentó un día en su despacho un oficial y, saludándole militarmente, le dijo:

—Necesito hablar con D. José de San Martín, no con el general. ¿Me permite Ud. hacerlo?

—Hable Ud., contestó San Martín.

—Señor, dijo el oficial, mi honor y mi vida dependen de Ud. Anoche he perdido en el juego dos mil pesos que no eran míos. Este dinero me lo había entregado mi comandante para pagar varias cuentas del batallón. Ruego á Ud. tenga compasión de mí y me ayude á salvarme. Le juro que no soy vicioso; esta es la única vez que he jugado y no volveré á hacerlo. Más me aflijo por mi padre que por mí: él es un hombre anciano y tan honrado que se morirá de vergüenza si se publica mi falta.

—¡Basta! exclamó San Martín, y abriendo un cajón de su escritorio sacó dos mil pesos, los entregó al oficial y le dijo:

—Vaya Ud. á pagar las cuentas de su batallón y guarde el más profundo secreto sobre lo que acaba de decirme. Tenga Ud. mucho cuidado, porque si el general San Martín sabe que Ud. habla de esto le mandará fusilar en el acto.

Cierto día San Martín fué á visitar el cuartel de un regimiento de artillería en Santiago. Recorrió todos los departamentos del cuartel examinando las armas,

revisando las camas y las mochilas de los soldados, pidiendo informes sobre la comida que se les daba y sobre el estado de los enfermos. Cuando ya se retiraba vió una puerta custodiada por un centinela.

—¿Qué es aquello? preguntó.

—El departamento de la pólvora, donde se prepara la carga para los cañones, le contestó un sargento.

Sin preguntar más, San Martín se dirigió á la puerta y quiso entrar. El centinela le cerró el paso, diciéndole:

—¡Alto, señor, no se puede pasar.!

—¡Cómo es esto! exclamó San Martín. ¿No sabe Ud. que soy el General en Jefe?

Junto con decir estas palabras San Martín hizo ademán de pasar adelante; pero el centinela se mantuvo firme en su puesto y gritó:

—¡Cabo de guardia! el general quiere forzar el puesto!

El cabo se acercó corriendo y dijo á San Martín:

—Mi general, el centinela tiene orden de impedir que se pase al departamento de la pólvora, con zapatos, por temor de un incendio. Si Ud. quiere entrar, sírvase venir conmigo á cambiar traje para que pueda hacerlo en la forma permitida.

San Martín siguió al cabo, entró en una habitación, cambió sus zapatos por un par de zapatillas y puso un traje de brin sobre su uniforme de general. En seguida volvió á la puerta donde estaba el centinela y éste le dejó pasar.

Al retirarse del cuartel, San Martín ordenó que el centinela fuese á verle á su despacho cuando terminase la guardia.

Así se hizo. El soldado se presentó al general, que le recibió cortésmente, aplaudió su conducta y le regaló una onza de oro, moneda cuyo valor equivalía á más de cuarenta pesos de la moneda actual.

La mujer de un sargento que estaba arrestado por faltas en el servicio, presentó al general una solicitud

pidiendo el perdón de su marido. San Martín escribió al pie de la solicitud estas palabras: «No me entiendo con mujeres, sino con soldados sujetos á la disciplina militar.»

Un oficial solicitó en Mendoza aumento de ración porque su sueldo no le alcanzaba para sostenerse. San Martín escribió este decreto: «Extráñase el desahogo con que aspira el suplicante á gravar al Estado en medio de las más graves y apuradas urgencias públicas, cuando todos los jefes y oficiales sufren iguales privaciones.»

Una chacarera estaba acusada ante las autoridades militares de haber «hablado contra la patria.» El general la dejó en libertad ordenándole que «entregase diez docenas de zapallos que el ejército necesitaba para su rancho.»

Mientras San Martín preparaba en Mendoza la expedición á Chile, un candoroso sacerdote de Santiago, el padre Zapata, predicaba contra él y decía, desde el púlpito, que era un hereje, un condenado, que no debía llamarse San Martín, sino Martín, en recuerdo del otro hereje, Martín Lutero.

Estando San Martín victorioso en Santiago, alguien le contó la ocurrencia del predicador. El general, que estaba de buen humor, hizo traer á su presencia al sacerdote, se fingió muy irritado y le dijo:

—Por haber cambiado mi apellido, tendrá Ud. el mismo castigo. En adelante se llamará Ud. el padre Pata, en vez del padre Zapata. ¡Cuidado con olvidarlo, porque le mando fusilar!

El tímido sacerdote se retiró lleno de susto, no comprendiendo que aquello era una simple burla. Al salir á la calle un amigo suyo le llamó por su nombre. El fraile, aterrado, le tapó la boca y le dijo en voz baja:

—¡Nó, no soy el padre Zapata, sino el padre Pata! Me va en ello la vida!

San Martín, en tanto, quedaba riéndose del espanto del padre y hasta los últimos años de su vida recordaba alegremente la chistosa escena.

En esa misma época San Martín mandó componer el capote de campaña y la casaca con que había pasado la cordillera y peleado en Chacabuco. Un tendero español, que vió esas prendas en la tienda del sastre, llevó á éste una pieza de buen paño para que hiciese ropa nueva á San Martín, creyendo que de este modo se ganaba el aprecio del general. Sabedor San Martín de la ocurrencia, ordenó al sastre que hiciese ocho fracs con el paño del español y obligó á éste «para que otra vez no fuese tonto,» á ponerse un frac cada día durante la semana, á pasar por delante de la casa de Gobierno con este traje y hacer una cortesía al enfrentar la ventana de su despacho.

«Con estas humoradas, dice Mitre en la Historia de San Martín, tomaba venganza el vencedor de las crueldades que cometieron los españoles durante la reconquista!»

«Sólo un escarmiento se hizo. El feroz San Bruno, manchado con los asesinatos alevosos de los prisioneros en la cárcel de Santiago y que había oprimido bárbaramente á la población, fué tomado prisionero en Chacabuco, sometido á juicio, condenado á muerte y ejecutado en la plaza pública. Fué justicia!»

San Martín tenía por costumbre levantarse á las cuatro de la mañana. Inmediatamente se ponía á trabajar. Una hora más tarde se presentaba su secretario á escribir sus cartas, decretos é instrucciones necesarias. Después de las diez recibía al jefe de Estado Mayor, á los comandantes de los batallones y á todas las personas que necesitaban verle. Atendía con igual cortesía á cuantos llegaban á su despacho, no haciendo diferencia entre los ricos y los pobres y resolvía siempre con justicia los reclamos que se le presentaban.

Tomaba su almuerzo á la una del día en la cocina. El mismo elegía dos platos, generalmente puchero y asado, y un poco de dulce. Le servían en una pequeña mesa y allí le pasaban aviso de los que deseaban verle. Cuando le anunciaban personas de su confianza, las recibía en ese humilde sitio y conversaba alegremente con ellas.

Poco más tarde se servía en el comedor una mesa abundante para los jefes principales del ejército y otras personas á quienes invitaba San Martín. Este se sentaba también á la mesa, pedía una taza de café y tomaba parte con familiaridad en las conversaciones de sus invitados. No volvía á tomar alimento hasta las diez de la noche, hora en que se servía una ligera colación cuando ya se habían retirado sus visitas.

Su traje era muy sencillo. Para presentarse en público vestía el uniforme de Granaderos á Caballo, el más modesto de todo el ejército, sin adornos ni bordados.

Para estar en casa usaba, en el verano, una chaqueta de paño azul, y en el invierno, un levitón grueso del mismo color, que le llegaba hasta los tobillos. Los muebles de su dormitorio correspondían á esta sencillez de sus costumbres: eran un angosto catre de campaña, un par de sillas y una mesa con útiles para lavarse.

El general San Martín era también el más leal de los hombres. Jamás prometió cosa alguna que no cumpliera con religiosa exactitud. Su palabra era sagrada. Todos los individuos del ejército tenían fe ciega en sus promesas. Decir la verdad, cumplir el deber y respetar la palabra empeñada, fueron tres reglas de las cuales nunca se apartó.

9.—Trabajos del general Carrera.

DURANTE los dos años y medio que San Martín empleó en organizar el ejército libertador de Chile, el general Carrera se ocupó también en preparar planes destinados al mismo fin. En Buenos Aires trabajó con mucho empeño para conseguir que

el Gobierno le diese armas y le permitiese reunir algunos soldados. Su propósito era pasar á Chile por la cordillera de la provincia de Coquimbo, organizar allí un pequeño ejército con las armas que llevara de Buenos Aires y abrir nueva campaña contra las autoridades españolas que dominaban todo el país después de la batalla de Rancagua. Pero sus trabajos fueron estériles. Nada consiguió del Gobierno de Buenos Aires, que le consideraba, lo mismo que San Martín, como un peligro para el buen resultado de la expedición libertadora que se estaba preparando en Mendoza. En aquellos momentos era preciso evitar todo motivo de discordia entre los patriotas y, por tanto, el Gobierno argentino tenía razón para oponerse á los proyectos de Carrera, por la conocida enemistad de éste con San Martín y O'Higgins.

Cuando Carrera se convenció de que perdía su tiempo en Buenos Aires, formó otro proyecto para servir á Chile. Haciendo el sacrificio de separarse de su esposa y de su hija, recién nacida, se embarcó con destino á los Estados Unidos en busca de auxilios con que renovar la guerra. No tenía dinero, no conocía en Estados Unidos sino á dos personas que habían estado en Chile cuando él ejerció el Gobierno y no sabía hablar el inglés. Parecía, pues, imposible que el general Carrera consiguiese lo que deseaba. Sin amigos y sin dinero ¿cómo había de adquirir armas y buques que valían muchos miles de pesos? Sin embargo, su inteligencia y su carácter le permitieron vencer todas las dificultades. Vivió un año en aquel país, logró adquirir buenas relaciones, aprendió el idioma, y por fin tuvo la felicidad de encontrar hombres generosos que le ayudasen en su patriótica empresa.

En Diciembre de 1816 el general Carrera partió de Estados Unidos, á bordo de la corbeta *Clifton*, armada en guerra para servir á la Independencia de Chile. Le acompañaban otras embarcaciones con un valioso cargamento de armas. Esta escuadrilla se dirigió á Buenos Aires para tomar noticias sobre la situación de

Chile y preparar el viaje al Pacífico dando la vuelta al Cabo de Hornos.

Acababa de llegar Carrera á Buenos Aires cuando se recibió en esa capital la noticia de la batalla de Chacabuco, ganada por San Martín contra el ejército español de Chile el 12 de Febrero de 1817. Esta victoria fué celebrada por el pueblo argentino como una gloria nacional. En verdad, el paso de los Andes, la derrota de los españoles y la Independencia de Chile, junto con hacer famoso á un general argentino, aseguraban también la independencia de aquella República. Era natural, por consiguiente, que tales sucesos fuesen celebrados en Buenos Aires con gran regocijo.

El Gobierno de Buenos Aires temió que la presencia de Carrera en Chile pusiese en peligro el orden público, dando lugar á nuevas revoluciones. Por esto se negó á permitirle que continuara viaje al Pacífico con la expedición organizada en Estados Unidos. Carrera, dominado por un sentimiento de indignación, formó el proyecto de ponerse en viaje sin permiso; pero fué reducido á prisión, encerrado en un cuartel y conducido después á bordo de un buque, de donde se fugó con dirección á Montevideo.

10.—Combate de Gavilán.

LOS soldados realistas, fugitivos después de la batalla de Chacabuco, llegaron desordenadamente á Valparaíso. Los que pudieron hacerlo se embarcaron, en la mayor confusión, á bordo de algunas naves españolas fondeadas en el puerto. Pero la mayor parte tuvieron que quedarse en tierra, por falta de capacidad en los buques para recibirlos; desesperados éstos con su mala suerte, se entregaron á los más violentos excesos, saqueando los almacenes y las habitaciones, matando á los vecinos pacíficos y poniendo fuego á los edificios. En su furor contra los compañeros de armas y de derrota, que habían logrado embarcarse, dispararon contra los buques, que se ponían en marcha

los cañones de los castillos que defendían el puerto.

Pronto se restableció el orden en tierra con la llegada de tropas y autoridades patriotas. Los realistas embarcados siguieron viaje al norte con rumbo al Callao. Pero el Virrey del Perú les hizo un recibimiento muy duro: les reprochó el haberse alejado de Chile, en vez de ir á juntarse con las tropas realistas que había en Talcahuano, y les obligó á hacerse de nuevo á la mar con rumbo al sur. El 1.º de Mayo de 1817 llegaron á Talcahuano los derrotados de Chacabuco para reforzar la guarnición del Coronel Ordoñez, jefe de mérito sobresaliente que estaba resistiendo á los patriotas y organizando un ejército para salir á campaña contra éstos.



Coronel Las Heras.

Los patriotas, mandados por el notable jefe argentino, coronel Las Heras, tenían su campamento muy cerca de Concepción, en un sitio llamado Gavilán. Su número era escaso para atacar con éxito á Ordoñez, que estaba atrincherado en Talcahuano y tenía á sus órdenes tropas veteranas. Por tal motivo el Director Supremo salió de Santiago con 600 soldados para dar impulso á las operaciones en el Sur hasta terminar la guerra.

En esas circunstancias recibió Ordoñez el auxilio de los 1,600 hombres que el Virrey del Perú hizo regresar del Callao. Sabedor de la aproximación de O'Higgins, el jefe español se apresuró á ordenar un ataque contra el campamento de Las Heras en la confianza de que éste, por la sorpresa y por la inferioridad numérica, sería incapaz de resistirle. Pero el

jefe patriota era tan valeroso como experto en las operaciones de guerra. Luego que observó la llegada á Talcahuano de buques con refuerzos, comprendió que los enemigos le traerían sin demora un formidable ataque y mandó repetidos avisos á O'Higgins para que avanzase con más rapidez. «Al alba pienso ser atacado, le escribía en la tarde del 4 de Mayo, y si V. E. no acelera su marcha á toda costa en auxilio de estas divisiones, pudiera tener un fatal resultado para el país.»

En la misma noche del día 4 de Mayo, Ordoñez puso en movimiento su ejército, después de haber adoptado, con suma prudencia, las disposiciones más eficaces para envolver el campamento patriota y atacarle por los dos flancos al amanecer del día 5. Un destacamento de caballería recibió orden de acampar á retaguardia de los patriotas para cortarles la retirada. La pericia militar de Ordoñez fué burlada por la habilidad no inferior del coronel Las Heras. Este, que había previsto el ataque, lo aguardaba con el ánimo firme y con sus tropas bien colocadas para la defensa. Los realistas se movieron con regularidad é iniciaron la batalla con un avance vigoroso de la división que mandaba Ordoñez contra el flanco izquierdo de los patriotas. La artillería de éstos detuvo á los realistas en su marcha é introdujo el desorden en sus filas. Reorganizados por Ordoñez, los enemigos volvieron con más bríos al ataque; pero el coronel Las Heras tomó entonces la ofensiva y, con maniobras diestramente ejecutadas por su infantería y su caballería, puso de su parte las probabilidades del triunfo.

En tanto, la otra división realista, mandada por el coronel Morgado, había roto sus fuegos contra el flanco derecho de los patriotas. El comandante Freire rechazó el ataque y desbarató por completo al enemigo con una impetuosa carga á la bayoneta. Este descalabro decidió á Ordoñez, que aun resistía con su división, á ponerse en retirada. Eran las diez de la mañana cuando los patriotas cantaron victoria. A esa hora llegaban también al campo de batalla dos compañías de

la división de O'Higgins, que éste había hecho avanzar á marchas forzadas.

Este triunfo, que salvó á los patriotas de un peligro muy grave, colocó al coronel Las Heras en el número de los más esclarecidos servidores de la Independencia chilena.

11.—Sitio y asalto de Talcahuano.

EL coronel Ordoñez, rechazado con grandes pérdidas en la acción de Gavilán, volvió á refugiarse en su campamento fortificado de Talcahuano. El general O'Higgins, asumiendo el mando en jefe de los patriotas, puso sitio á esta plaza y pidió refuerzos á Santiago para tomarla por asalto. Mientras los realistas ocuparan á Talcahuano, la Independencia de Chile estaba amenazada, porque el Virrey del Perú, dueño del mar, podía enviar armas y tropas para proseguir la guerra. De consiguiente, era indispensable desalojar á los realistas de aquella posición tan ventajosa. La empresa ofrecía, sin embargo, muchas dificultades, porque Chile, habiendo sufrido tantos años de guerra, carecía de armas y de dinero para dotar á su ejército de todos los elementos necesarios.

Haciendo grandes sacrificios, los patriotas, al cabo de cinco meses, pudieron reunir frente á Talcahuano un ejército de 3,700 hombres bien disciplinados. Después de numerosos combates parciales, que pusieron á prueba el valor y pericia de uno y otro campo, el general O'Higgins resolvió hacer un esfuerzo supremo y ordenó que el 6 de Diciembre, á las 2 de la mañana, se efectuase un ataque general contra la plaza.

El plan de ataque fué formado por el general Brayer, militar francés que se distinguió á las órdenes de Napoleón y que vino á Chile, á prestar sus servicios á favor de la Independencia, cuando salió de su patria desterrado. En cumplimiento de las instrucciones de Brayer el ejército patriota se dividió en tres brigadas: la primera, al mando del coronel Las Heras, para

tomar por asalto las baterías de la izquierda española, que eran las más formidables; la segunda, á las órdenes del coronel Pedro Conde, para simular un ataque sobre las baterías del centro y asaltar en realidad las de la derecha; la tercera brigada, compuesta de cazadores y granaderos á caballo, á las órdenes del comandante Freire, para penetrar en la plaza enemiga una vez que el coronel Las Heras se hubiese apoderado de las baterías de la izquierda.

Con su acostumbrada bravura Las Heras avanza, á la cabeza de sus columnas, hasta las baterías enemigas, «aplica las escalas de asalto, trepa á la muralla, se posesiona del morro, bayonetea la mayor parte de la guarnición, pone en fuga á otra, obliga al resto á precipitarse al mar y, cumpliendo sus palabras y sus instrucciones, lanza, desde lo alto de la batería, por la boca de sus valientes soldados, el grito de *¡Viva la Patria!*» Pero allí le fué forzoso detenerse sin completar su triunfo, porque había en el terreno una cortadura natural y los realistas alzaron el puente levadizo que servía para pasar de un lado á otro. Entre tanto, el ataque de la segunda brigada patriota á las baterías de la derecha española había fracasado y Ordoñez pudo concentrar sus fuegos sobre la heroica brigada de Las Heras. Viendo O'Higgins que la resistencia de esa brigada era un sacrificio estéril, le mandó orden de retirarse. La retirada «era en aquellos momentos tan peligrosa como el asalto, pero Las Heras, con imperturbable sangre fría, se mantuvo á la altura de aquel difícil trance. Mandó primeramente poner en salvo sus heridos, clavó los cañones de que se había apoderado y, conduciendo los prisioneros tomados en la jornada, salió batiendo marcha bajo los fuegos de todas las baterías.» Ordoñez, en su parte oficial del combate, dió testimonio del valeroso comportamiento de la brigada Las Heras, diciendo: «Al cabo de cuatro horas de un obstinado fuego por una y otra parte, comenzó á salir el enemigo en retirada por el mismo punto donde entró y en la formación de columna por compañía.»

12.—Declaración de la independencia.

UN mes más tarde, en Enero de 1818, arribó á Talcahuano un convoy que traía del Callao 3,400 veteranos á las órdenes del general Osorio, el vencedor de Rancagua, designado por el Virrey del Perú para hacer por segunda vez la reconquista de Chile. El ejército patriota acababa de levantar el sitio de Talcahuano y se dirigía al norte para reunirse con las tropas que estaban á las órdenes de San Martín. La nueva campaña iba á ser decisiva para el porvenir de la República: de ella dependería el éxito final de las operaciones realizadas por el ejército libertador de Mendoza.

El Director Supremo estimó oportuno renovar en aquellas circunstancias, al frente del enemigo, el juramento de morir en defensa de la libertad de la patria. Al efecto, dispuso que el 12 de Febrero de 1818, primer aniversario de la batalla de Chacabuco, se proclamase, con toda solemnidad, la absoluta Independencia de Chile. O'Higgins y sus Ministros firmaron un documento para «declarar solemnemente, á nombre de los pueblos, en presencia del Altísimo, y hacer saber á la gran confederación del género humano, que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes forman, de hecho y por derecho, un estado libre, independiente y soberano y quedan para siempre separados de la monarquía de España.» A fin de que esta declaración fuese confirmada por la voluntad del pueblo, se invitó á los ciudadanos á subscribirla y en Santiago las autoridades hicieron público juramento de respetarla y hacerla cumplir.

La ceremonia se celebró en la plaza principal, en presencia de un pueblo numeroso y del ejército. A las nueve de la mañana del 12 de Febrero subió á un tablado la comitiva oficial. El Presidente de la Municipalidad llevaba una bandera argentina, y el representante del Gobierno de Buenos Aires llevaba una bandera chilena, presentando unidas las dos insignias en prenda

de fraternidad. El Ministro de Estado, Miguel Zañartu, leyó el acta que declaraba la Independencia y en seguida el Director Supremo, poniéndose de rodillas y colocando sus manos sobre los Santos Evangelios, hizo este juramento: «Juro á Dios y prometo á la Patria, bajo la garantía de mi honor, vida y fortuna, sostener la presente declaración de Independencia absoluta del Estado chileno, de Fernando VII, sus sucesores y de cualquiera otra nación extraña.» El obispo hizo igual juramento, agregando: «*Y así lo juro porque creo en mi conciencia que esta es la voluntad del Eterno.*» San Martín juró también la Independencia en su carácter de General en Jefe del Ejército chileno-argentino, libertador de la patria.

13.—Sorpresa de Cancha Rayada.

LAS operaciones militares eran, en tanto, desarrolladas con igual actividad por los dos ejércitos enemigos. Los patriotas se retiraron al norte abandonando á Talca, que fué ocupada por Osorio el 4 de Marzo. Los realistas, creyendo que la retirada de los patriotas era una confesión de debilidad, se sentían seguros del triunfo; pero sufrían en esto un engaño, porque San Martín, con plena confianza en sus fuerzas, estaba ejecutando una serie de movimientos hábilmente dirigidos para envolver á los realistas y obligarles á aceptar la batalla en condiciones que les fueran adversas.

Por fin, el 19 de Marzo San Martín tuvo la satisfacción de ver realizados sus planes, obligando al ejército de Osorio á aceptar la batalla en las inmediaciones de Talca. Era tarde ya para comprometer la acción, de suerte que fué necesario resignarse á no romper los fuegos hasta la madrugada del día 20. Todo hacía esperar que en ese campo, llamado Cancha Rayada, se obtendría la victoria final de la guerra de la Independencia chilena, porque las ventajas del terreno, de la dirección superior y de la calidad de la tropa estaban de parte del ejército libertador.

Los jefes españoles comprendieron el peligro y trataron de conjurarlo por medio de un golpe de audacia. Por consejo de Ordoñez resolvieron hacer un movimiento inmediato para caer de sorpresa sobre los patriotas en la obscuridad de la noche. El mismo Ordoñez fué el director de esta maniobra tan difícil como atrevida.

El general San Martín había ordenado, al anochecer, que sus tropas cambiasen de alojamiento, pues temía que el enemigo buscase la salvación en un ataque de sorpresa. Los patriotas estaban principiando á ejecutar el movimiento ordenado por San Martín, cuando los españoles cayeron sobre ellos y los envolvieron en una confusión espantosa En la obscuridad era imposible distinguir al enemigo, saber por dónde venía el ataque y conservar los batallones en formación. Al general O'Higgins le tocó la peor parte en la pelea. El mandaba, como en Chacabuco, la mitad del ejército y con su división tuvo que hacer frente a todo el ejército español. En medio del combate su caballo fué muerto de un balazo. O'Higgins montó en el caballo de uno de sus ayudantes y se puso en salvo después de recibir un balazo en el brazo derecho.

La otra mitad del ejército patriota, que estaba á corta distancia, no pudo tomar parte en la lucha, porque la obscuridad no le permitía distinguir á los españoles y si hacía fuego, podía herir á los soldados de O'Higgins en vez de ofender á los enemigos. El coronel Las Heras, jefe de esa división, prestó un gran servicio conservándola bien organizada y retirándose con ella al norte.

San Martín y O'Higgins se dirigieron á San Fernando para reunir allí á los patriotas dispersos y reorganizar los batallones deshechos en la sorpresa de Cancha Rayada. Este trabajo dió muy buenos resultados, gracias á la salvación de los 3,000 hombres que mandaba el coronel Las Heras. Esta división inspiró nueva confianza á los patriotas, reanimó los espíritus abatidos por el desastre y puso á San Martín en situación de impedir que los españoles victoriosos marchasen sobre Santiago.

Los españoles salieron de Talca, dos días después de la sorpresa de Cancha Rayada, con la esperanza de llegar sin tropiezos á la capital. Ellos creían que San Martín y O'Higgins no podrían reorganizar su ejército y ya daban por seguro el restablecimiento del Gobierno del Rey.

Los generales patriotas se habían transladado á Santiago con las tropas reunidas en San Fernando y allí trabajaban sin descanso para aumentar el ejército, para juntar caballos y para tener gran cantidad de víveres, de pólvora y de balas. Al cabo de una semana, ya había en la capital cerca de cinco mil soldados para hacer frente al enemigo. El general O'Higgins estaba enfermo á consecuencia de la herida que recibió en Cancha Rayada; pero eso no le impedía ocuparse con todo empeño en la defensa de la Patria. Por otra parte, San Martín, como General en Jefe, puso en juego, en esas circunstancias tan difíciles, toda la energía de su noble carácter y toda la fuerza de su inteligencia para salvar su obra de la destrucción que la amenazaba.

14.—Batalla de Maipo.

A la hidra que vomita
Por millares de bocas cruda muerte
El hercúleo campeón se precipita,
Su gran maza levanta
Y la tiende mortal bajo su planta.

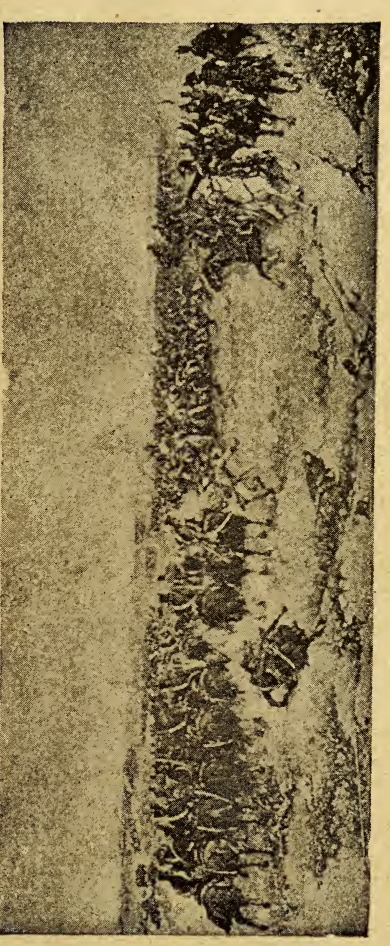
Así fué la jornada
De las célebres márgenes del Maipo,
En donde fuiste ¡Oh Patria! coronada
De lauro inmarcesible
Por San Martín y su legión terrible.

VICENTE LÓPEZ Y PLANES.

SAN Martín salió de Santiago con el ejército patriota, acampó al sur de la ciudad en el llano de Maipo y allí hizo los trabajos necesarios para

rechazar al ejército realista que se acercaba á la capital.

Los españoles llegaron al llano de Maipo á principios de Abril de 1818. El día 5 del mismo mes los dos ejércitos estaban ya preparados para empeñar la batalla. Los dos ocupaban fuertes posiciones en las lomas que circundan el llano, quedando entre ellos un terreno plano que, en su parte más ancha, medía escasamente mil metros. A las doce del día el general San Martín mandó disparar sus cañones sobre el enemigo con el propósito de obligarle á desalojar sus posiciones y bajar al llano para tomar la ofensiva; pero los realistas contestaron tam-



Batalla de Maipo.

bién con su artillería sin dar señales de moverse.

Mientras tronaba el cañón en los dos campos, San Martín ordenó que algunos batallones patriotas marchasen de frente á atacar á los realistas. Dos escuadrones de éstos quisieron impedirles el paso; pero los Granaderos y Cazadores patriotas clavaron las espuelas á sus caballos y les atacaron con denuedo. El choque de los jinetes fué violento y desastroso. Peleando de hombre á hombre con sus afilados sables, se causaban heridas profundas y regaban el campo con su sangre. Los caballos de los soldados que caían moribundos aumentaban la confusión corriendo desbocados en todas direcciones. Tras larga y porfiada pelea, los jinetes españoles se retiraron en completa derrota.



San Martín y O'Higgins.

Entre tanto, los batallones de infantería se disputaban con furor la victoria. Los españoles hicieron esfuerzos sobrehumanos en esta parte de la batalla para afianzar las ventajas que habían alcanzado en el Sur; pero los patriotas no fueron menos esforzados y, durante largo rato, el éxito de la batalla estuvo indeciso entre tan valerosos adversarios. Los dos ejércitos parecían iguales en disciplina y en valor. Después de cuatro horas de batalla aún no había vencedor ni vencido, porque las pérdidas de unos y otros estaban equilibradas. Pero, al caer la tarde, el empuje de los patriotas fué irresistible y obligó á los españoles á retroceder en desorden.

San Martín, en cuanto vió que la victoria se pronun-

ciaba á su favor, ordenó que los jinetes patriotas entrasen nuevamente en acción. Los comandantes Freire y Bueras cumplieron esta orden cargando sobre el enemigo á la cabeza de los Cazadores de los Andes y los Lanceros de Chile. El comandante Bueras recibió un balazo que le dejó muerto en medio del combate. Sus soldados supieron honrar su memoria y pelearon hasta el último momento con el valor de que él les había dado noble ejemplo.

A las seis de la tarde la victoria estaba ganada por San Martín. En el campo quedaron mil ochocientos cadáveres de uno y otro ejército. Los patriotas tomaron más de 1,300 prisioneros. También tomaron los estandartes de todos los batallones españoles, sus cañones, sus fusiles y una gran cantidad de municiones y víveres. En los momentos en que se pronunciaba la victoria llegó al campo de batalla el general O'Higgins con una parte de la guarnición de Santiago. El Director Supremo se había quedado en Santiago por causa de la herida que recibió en Cancha Rayada; pero le fué imposible dominar sus patrióticos sentimientos y montó á caballo para ser testigo, al menos, de la heroica contienda. Al ver que el triunfo estaba asegurado, O'Higgns se adelantó de un galope al encuentro de San Martín y abrazó á éste diciéndole: «¡Gloria al salvador de Chile!» San Martín, señalando la venda ensangrentada que envolvía el brazo derecho de O'Higgins, le contestó: «General, Chile no olvidará el sacrificio que usted hace presentándose herido en el campo de batalla!»

15.—Asesinato de Manuel Rodríguez.

El general O'Higgins empañó sus glorias de soldado y comprometió su honra de gobernante por no haber evitado un hecho que la historia condena con severa justicia.

Manuel Rodríguez, el atrevido patriota que vino á Chile á organizar guerrillas para facilitar el paso de los

Andes por San Martín, el noble ciudadano que acababa de batirse valerosamente en la batalla de Maipo, fue apresado el 17 de Abril de 1818 por el delito de promover reuniones contra el Gobierno y de pedir que se llamase al pueblo á elecciones y se dictase una Constitución.

En verdad, el momento no era oportuno para promover divisiones políticas en Chile. Los españoles estaban vencidos, pero eran dueños del Perú y allí podían organizar otros ejércitos, como ya lo habían hecho, para traer nuevamente la guerra. San Martín tenía, por esto, el propósito de ir al Perú á la cabeza de un ejército libertador para expulsar de allí á los españoles. O'Higgins, obedeciendo al mismo pensamiento, sólo se ocupaba en preparar esta expedición. Para trabajar con provecho y para constituír un buen gobierno, después de ocho años de guerra, O'Higgins necesitaba estar tranquilo y tener en sus manos una autoridad que fuese respetada por todos los chilenos. Además, no era ésta la primera vez que Manuel Rodríguez fomentaba la división entre los patriotas. Poco después de la batalla de Chacabuco cometió la misma falta, por lo cual fué perseguido y tuvo que ocultarse. Entonces debió su libertad á San Martín, que fué bastante generoso para excusarle y permitirle que se reincorporase al ejército.

Con tales antecedentes, O'Higgins juzgó necesario mostrarse muy severo. Hizo aprehender á Manuel Rodríguez, que se había presentado frente á la Casa de Gobierno encabezando un tumulto, y le mandó encerrar en el Cuartel de Cazadores. Al cabo de un mes este cuerpo recibió orden de transladarse á Quillota y partió al pueblo de su destino llevando á Manuel Rodríguez en calidad de prisionero. En el camino, un oficial, que estaba encargado de custodiar á Rodríguez, atacó á éste traidoramente y lo mató de un tiro de pistola. Un sargento y un cabo mutilaron el cadáver á bayonetazos. Este horrendo crimen, ejecutado con premeditación y alevosía, tuvo lugar el 24 de Mayo de

1818 en la aldea de Tiltil, donde más tarde se ha erigido una columna de granito en recuerdo de la víctima.

«La noticia de este suceso, dice un historiador, se divulgó al día siguiente por la capital; pero nadie quería creerla, porque nadie consideraba posible monstruosidad semejante. Un amigo de Rodríguez fué inmediatamente al sitio de la catástrofe; pero, no pudiendo averiguar nada con certeza, regresó á Santiago, y al otro día volvió á salir con otros muchos patriotas no menos impacientes que él por saber la realidad. Convencidos desgraciadamente de ella, volvieron á Santiago, donde se esparció la mayor consternación. La opinión pública vió en esta muerte un verdadero asesinato y acusó como autor de él á O'Higgins.»

Los amigos del Gobierno pretendieron que Rodríguez intentó fugarse y que el oficial lo mató en cumplimiento de su deber militar. Esta excusa no engañó á nadie. En esos mismos días habían sido fusilados en Mendoza Juan José y Luis Carrera. El pueblo comprendió, por estos hechos, que O'Higgins y sus consejeros estaban resueltos á ser severos, hasta la injusticia y la crueldad, para evitar nuevas guerras civiles.

El propósito de evitar las guerras civiles era bueno para el país y también era justo. Pero eso no bastaba para autorizar el crimen y siempre en Chile serán condenados los gobernantes que permitieron ó no quisieron evitar el asesinato de Manuel Rodríguez.

A Manuel Rodríguez

En la inauguración de su monumento.

La gloria y el pesar hoy se dividen
El corazón y el alma del patriota,
Y vibra el aire una doliente nota
Eco eternal de inextinguible amor.

Rodríguez inmortal, los nobles hijos
De aquéllos que salvaste con tu arrojo
Hoy visitan tu mísero despojo
Y lágrimas te ofrecen de dolor.

Desapareciste... ¡Oh Dios! pasión traidora
Te dió muerte alevosa y simulada...
En silencio por ti la patria amada
No cesó largos años de gemir.

¡Oh memoria de duelo y amargura!
¡Mengua que no redime inútil lloro!
¡Oh de cuánta virtud rico tesoro
Arrebatado en flor al porvenir!

Caiga el sombrío velo del olvido
Sobre este cuadro de dolor profundo,
Y tiemble el héroe, aunque le admire el mundo,
Si un crimen ha manchado su blasón...

Mas tú, Rodríguez, vive glorioso,
Que en este suelo donde mártir fuiste,
A tu alto nombre, á tu recuerdo triste,
Un santuario ha erigido el corazón.

MERCEDES MARÍN DE SOLAR.

16.—Fusilamiento de los Carreras.

MIENTRAS el general Carrera estaba en Montevideo, sus hermanos Juan José y Luis se pusieron en marcha para Chile, con el objeto de hacer una revolución contra San Martín y O'Higgins. Cuando el general tuvo noticia de este viaje, dijo: «Mis hermanos se pierden. No son hombres para estas empresas. No tienen discreción ni recursos, ni es ésta tampoco la época.»

Juan José y Luis Carrera, apresados por las autoridades argentinas, fueron encerrados en la cárcel de

Mendoza. Durante ocho meses permanecieron en esos calabozos soportando toda clase de sufrimientos. Este castigo era excesivo para la falta de que se les acusaba. Razón había para impedir que viniesen á Chile á hacer revoluciones, pero no era justo tratarles como á criminales. Desgraciadamente, San Martín y O'Higgins escribían de Chile aconsejando que se les castigase con toda severidad y las autoridades de Mendoza, dóciles á estos consejos, no vacilaron en condenarles á la pena de muerte. El 8 de Abril de 1818, mientras en Chile se celebraba el glorioso triunfo de Maipo, el mismo día que esta noticia llegó á Mendoza, Juan José y Luis fueron conducidos á la plaza pública para ser fusilados en el sitio donde se aplicaba esta pena á los asesinos. Los dos hermanos marcharon juntos al lugar del sacrificio. Juan José iba triste y desconsolado pensando en la esposa que dejaba en el desamparo. Luis, que era soltero, se mostraba mucho más sereno, y dijo á su hermano, momentos antes del fusilamiento: «¡Cálmate! Recuerda que somos soldados chilenos y que debemos morir como tales.» Apenas pronunciadas estas palabras, se dió la voz de fuego y quedó consumado el martirio de esos desgraciados patriotas.

El general Carrera, desterrado en Montevideo, recibió el mismo día las noticias de la batalla de Maipo y del fusilamiento de sus hermanos. Su corazón de patriota no pudo gozar con la noticia de aquella batalla que aseguraba la libertad de Chile, porque el sacrificio de sus hermanos le causó el más profundo dolor.

Desde ese día Carrera sólo pensó en la venganza. Para él los gobernantes de Buenos Aires y Santiago eran los asesinos de sus hermanos antes que los libertadores de Chile y la Argentina. Movido por este sentimiento, tomó parte en revoluciones contra el Gobierno de Buenos Aires y formó el proyecto de reunir tropas para pasar los Andes y hacer también revolución contra el Gobierno de Chile. La suerte de la guerra le fué favorable en su principio. Vencedor en varios combates, puso sitio á la capital argentina y entró en

ella después de larga resistencia. Hubo en seguida nuevos combates entre los ejércitos de los diversos bandos y en poco tiempo Carrera perdió todas las ventajas que había alcanzado. En Agosto de 1821 fué definitivamente derrotado y hecho prisionero á inmediaciones de Mendoza.

Sin pérdida de tiempo, el Gobernador de esa provincia le sometió á un consejo de guerra. Este tribunal fué nombrado el 2 de Septiembre y el día 3 dió sentencia condenando al acusado á la pena de muerte. En la



Ultimos momentos del general Carrera.

mañana del día 4 de Septiembre de 1821 el general Carrera fué sacado de la cárcel y conducido á la misma plaza donde dos años cinco meses antes habían sido fusilados sus hermanos. En esas solemnes circunstancias el general Carrera mostró toda la energía de su alma varonil. Marchó tranquilo, como si la muerte no lo aguardase á los pocos pasos; al llegar al sitio desig-

nado para el fusilamiento, saludó con cortesía al oficial que mandaba el piquete encargado de matarle y le pidió, como un servicio, que le permitiese morir de pie y dar él mismo las voces de mando.

El oficial accedió á lo primero. En cuanto á las voces de mando, observó á Carrera que la ordenanza militar no permitía hacer lo que él deseaba. «Al menos, dijo entonces Carrera, escoja usted los mejores tiradores y dígales que apunten donde yo ponga mi mano.»

En seguida se colocó al frente de los soldados, en actitud que revelaba tanta resignación como valor. En aquel momento, dice un testigo, «oyó Carrera que alguien pronunciaba su nombre con emoción; levantó la vista y vió que una señora, llevando su pañuelo á los ojos, se inclinaba para saludarle. Carrera levantó airosamente su gorra y con aire tranquilo devolvió el saludo.»

«Todo estaba ya listo en aquel instante... Carrera se puso de pie delante del banco y, apartando con indignación al verdugo, que se acercaba á vendarle los ojos, colocó con sublime reposo la mano derecha sobre su corazón.» Momentos después el oficial dió la voz de mando, los soldados hicieron fuego con certera puntería y el sacrificio quedó consumado. Así se perdió, en guerras intestinas, la vida de un hombre que, por su inteligencia y su carácter, pudo haber prestado los más grandes servicios á la Patria.

Los restos de los tres hermanos Carrera fueron transladados de Mendoza á Santiago en 1828 por mandato del Congreso Nacional. En Junio de ese año llegaron á la capital, donde fueron recibidos con profundo respeto y honrados con solemnes exequias en la iglesia de la Compañía. En una pirámide, armada en el centro de la iglesia, se leía este epitafio: *La Patria á los Carreras, agradecida á sus servicios, compadecida de sus desgracias.*

En esa ocasión el literato español José Joaquín de Mora, que residía en Santiago, escribió un canto fúnebre al cual pertenece la siguiente estrofa:

Cubran cipreses fúnebres la escena
del sacrificio atroz, riéguela el llanto
de la nación chilena
y desde el trono santo
donde reside el Hacedor Divino
grato perdón descienda al asesino.
Mas eternice el genio de la historia
la incorrupta memoria
del que sabe morir como hombre fuerte,
del que marcha á la muerte
sin que le imprima susto.
Así muere el honrado y muere el justo,
así, inmolados por venganzas fieras,
murieron en Mendoza los Carreras.

17.—Buenos servidores de la Patria.

LA guerra de la Independencia dió gloria á los oficiales, jefes y soldados que pelearon contra el ejército español hasta asegurar el triunfo de la Patria.

Pero esa gloria no fué patrimonio exclusivo de los militares. También correspondió buena parte de ella á los ciudadanos que pusieron su instrucción y su talento al servicio del gobierno republicano; ellos fueron los consejeros de la revolución; ellos enseñaron al pueblo á desconocer la autoridad arbitraria del Rey de España; ellos prepararon las primeras leyes destinadas á respetar la libertad de los chilenos.

Ya se ha dicho en otras páginas que Juan Martínez de Rozas, miembro de la Junta de Gobierno formada el 18 de Septiembre de 1810, preparó, desde el primer día, la completa Independencia de Chile. Mientras otros se declaraban fieles al Rey y decían que la Junta sólo gobernaría en representación de él, Martínez de Rozas sostenía la necesidad de separarse para siempre de España y desde aquel momento señalaba el verdadero fin de la revolución.

También se ha contado cómo Camilo Henríquez pnblicó en Santiago el primer periódico de Chile: la *Aurora*. Sus escritos, impresos en este papel, recomendaban el mismo pensamiento de Martínez de Rozas, ó sea la absoluta independencia de Chile. En esos días, aún entre los que aceptaban la independencia, había muchos que ignoraban cómo podría organizarse un gobierno libre. Camilo Henríquez demostró que era preciso organizar una República, es decir, establecer un gobierno con autoridades elegidas periódicamente por el pueblo y obligadas á respetar las leyes dictadas por un Congreso. Otras de las necesidades á que prestó atención Camilo Henríquez fué la de fundar escuelas y colegios para instruír á todos los ciudadanos y facilitar así el buen gobierno de la República. Sus indicaciones en este sentido influyeron mucho en el ánimo de las autoridades patriotas para la fundación del Instituto Nacional de Santiago que tuvo lugar en 1813.

Otro de los ciudadanos pacíficos que prestaron buenos servicios á la Patria fué D. Juan Egaña. Era hijo de padres chilenos; pero había nacido y se había educado en Lima, donde adquirió una instrucción muy superior á la de la generalidad de sus compatriotas. Ejercía en Santiago su profesión de abogado en 1810. Luego que se formó la Junta encargada de administrar el país, Egaña presentó un plan de gobierno. En este plan proponía: declarar la libertad de comercio, abrir caminos, construír canales para regar los campos, ofrecer premios á los que establecieran fábricas de tejidos, educar al pueblo y enseñarle á trabajar. «La obra de Chile, decía, debe ser un gran colegio de artes y ciencias, y sobre todo de una educación civil y moral capaz de darnos costumbres y carácter. Allí debe haber talleres y maestros de todas las artes principales, inclusa la agricultura; catedráticos, máquinas y libros de todas las ciencias.»

Egaña fué diputado al primer Congreso de Chile, elegido en 1811. Su conducta tranquila, su ilustra-

ción extraordinaria en aquellos tiempos y su notable inteligencia, le conquistaron el aprecio de los chilenos patriotas. Pero las mismas cualidades le atrajeron el odio de los españoles y, cuando éstos ocuparon á Santiago, después de la batalla de Rancagua, le apresaron y le mandaron desterrado á las islas de Juan Fernández. Allí sufrió un duro cautiverio hasta el triunfo de los patriotas en Chacabuco.


Juan Egaña.

También merece especial recuerdo D. Manuel Salas, el hombre más servicial y bondadoso de Chile. Tenía 56 años de edad cuando principió la guerra de la Independencia y había envejecido en servicio de los pobres y los enfermos. Educado bajo el régimen español, respetaba la autoridad del Rey tanto como la del Papa. Nadie habría sospechado que ese ciudadano, de carácter apacible, sumiso á la autoridad, había de ser uno de los fundadores de la patria chilena, independiente de España.

El aceptó la primera Junta de Gobierno en la creencia de que sólo existiría mientras durase la prisión del Rey de España. Después fué elegido diputado al primer Congreso y así tomó parte activa en el nuevo Gobierno. Consagró toda su atención á las obras de beneficencia y al servicio de la instrucción pública. Para honra de D. Manuel Salas debe recordarse que él propuso al Congreso la ley que prohibió traer más esclavos á Chile y declaró hombres libres á los hijos de los esclavos que había en el país desde una época anterior.

Después de la batalla de Rancagua D. Manuel Salas

pagó en la cárcel y el destierro el delito de haber prestado aquellos servicios. Las autoridades españolas no podían perdonarle su obediencia á las autoridades patriotas y su participación en los trabajos del Congreso. Remitido á Juan Fernández, allí sufrió toda clase de privaciones hasta que Chile recuperó su libertad.



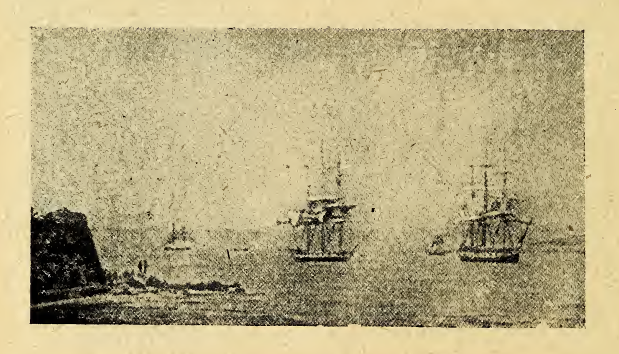
Manuel Salas.

Vuelto á la patria, D. Manuel Salas se dedicó nuevamente á sus ocupaciones favoritas: el cuidado de los hospitales, el servicio de los necesitados, el fomento de la instrucción pública y el establecimiento de industrias y trabajos nuevos. Por su caridad mereció ser llamado *Padre de los pobres*. Murió en 1842, á la edad de 88 años; los chilenos jamás olvidarán su memoria, porque ella está ligada á hechos que le hacen acreedor á la gratitud nacional.

18.—Primera escuadra nacional.

PARA expedicionar al Perú había necesidad de tener una escuadra capaz de sobreponerse á las fuerzas navales de España en el Pacífico. Así lo comprendían San Martín y O'Higgins quienes, desde tiempo atrás, se ocupaban en arbitrar recursos con el objeto de comprar barcos de guerra y transportes para el ejército. La pobreza del país era un obstáculo casi insuperable, porque no había quien pudiera pagar contribuciones para atender, al mismo tiempo, á la terminación de la guerra y al armamento naval. Sin embargo, aquellos hombres, acostumbrados á vencer todas las dificultades, no desesperaron de realizar sus gran-

des propósitos. En vísperas de la batalla de Maipo, el 30 de Marzo de 1818, el Gobierno compró una fragata norteamericana, armada con 44 cañones, en la suma de 180,000 pesos, pagaderos, parte al contado y parte á cuatro meses plazo, con fianza del Gobierno de Buenos Aires. Esta fragata fué bautizada con el nombre de *Lautaro* y puesta á las órdenes del capitán O'Brien, distinguido oficial de la marina inglesa. La fragata *Lautaro* se hizo á la mar en compañía de otra pequeña nave que los patriotas habían apresado después de Chacabuco, y el 27 de Abril presentó combate á dos barcos españoles que bloqueaban á Valparaíso: la fra-



Primera escuadra chilena.

gata *Esmeralda* y el bergatín *Pezuela*. Con temerario arrojo el capitán O'Brien atacó á la *Esmeralda*, saltó al abordaje seguido por treinta marineros, se posesionó del puente de la nave enemiga y arrió su bandera. En esos instantes O'Brien cayó herido de muerte, gritando: «¡No hay que abandonarla, muchachos! La fragata es nuestra!» Por desgracia, la muerte del capitán O'Brien y un golpe de mar que separó á las fragatas, pusieron fin al combate, permitiendo á la nave española tomar la fuga y dirigirse al Callao á reparar sus averías.

Los marineros que la habían asaltado se arrojaron al mar para volver á nado á bordo de la *Lautaro.*

Esta primera hazaña de la armada nacional fué seguida pronto de otra que produjo los más lisonjeros resultados. Entre los meses de Mayo y Agosto el Gobierno compró varios barcos que algunos armadores trajeron á Valparaíso para ofrecerlos en venta á la República. De este modo se organizó una escuadra compuesta de 4 naves, á saber: la corbeta *Chacabuco* de 20 cañones, el bergantín *Araucano* de 16 cañones, la fragata *Lautaro* de 44 cañones y la fragata *San Martín* de 60 cañones. El mando de esta escuadra fué confiado al comandante de artillería, Manuel Blanco Encalada, que había servido durante algún tiempo en la armada española.



Blanco Encalada.

En Octubre la escuadra chilena zarpó de Valparaíso con rumbo al sur, para hacer un crucero con el objeto de apresar á varias naves españolas que traían refuerzos de tropas y de armas al Virrey del Perú. La fortuna acompañó á Blanco Encalada en esta expedición; el 28 de Octubre sorprendió á la fragata *María Isabel*, en la bahía de Talcahuano, y se apoderó de ella después de un glorioso combate que se prolongó hasta el medio día del 29. La fragata *María Isabel* fué incorporada á la escuadra chilena con el nombre de *O'Higgins.*

Blanco Encalada, prosiguiendo el crucero de que estaba encargado, capturó cinco transportes con 700 soldados y abundante acopio de elementos bélicos. Con estas presas regresó, en Noviembre de 1818, al puerto de Valparaíso, donde fué recibido en medio de gran-



Captura de la fragata española «María Isabel.»

des aclamaciones populares. El Gobierno honró á los jefes, oficiales y tripulantes de la armada, autorizándoles para llevar en el brazo izquierdo un escudo con este lema: *Su primer ensayo dió á Chile su dominio en el Pacífico.*

De este modo quedó el camino abierto para llevar al Perú al ejército libertador y pudo disponerse del número de transportes necesarios para esta grandiosa empresa. La captura de la fragata *María Isabel* y de los barcos convoyados por ella fué un doble golpe para la dominación española en América: la privó de una fuerza considerable y duplicó el poder naval de la primera escuadra republicana organizada en el Continente.

19.—Lord Cochrane. Expedición al Perú.

Esperad, esperad, gente peruana;
Favorables los vientos
Impelen ya las naves atrevidas,
Que os llevan la hueste americana;
Ellas van conducidas
Por el nuevo Argonauta, el gran Cochrane;
Que triunfa de los fieros elementos
Y en tus costas humilla
El pendón ominoso de Castilla.

ESTEVAN DE LUCA.

NO hacía una semana que el Almirante Blanco Encalada estaba en Valparaíso, de regreso de su feliz campaña, cuando llegó al mismo puerto uno de los primeros marinos de Inglaterra, el Almirante Lord Tomás Alejandro Cochrane, que venía á ofrecer sus servicios á la República de Chile. Blanco Encalada se apresuró á ceder el mando de la escuadra al Almirante Cochrane, declarando, con ejemplar mo-

destia, que reconocía la superioridad de tan ilustre marino y que, en tal virtud, le entregaba gustoso el mando para servir á sus órdenes.

El Almirante Cochrane enarboló su insignia en la fragata *O'Higgins* y se hizo á la mar con la escuadra en Enero de 1819. Su intento era atacar en el Callao á las naves españolas que allí se habían refugiado al amparo de las formidables fortificaciones de esa plaza. Dificultades insuperables le impidieron dar realidad á este pensamiento; pero, durante el curso del año, cruzó dos veces entre el Callao y Valparaíso, con lo cual demostró la supremacía de Chile en el Océano Pacífico y la impotencia de España para presentarle combate.



Almirante Lord Cochrane.

Fatigado de la inacción y deseoso de ilustrar su nombre en estos mares con hazañas dignas de las que había ejecutado en las guerras navales de Europa, el Almirante Cochrane tomó de improviso la resolución de apoderarse á viva fuerza de Valdivia Este puerto era una fortaleza considerada inexpugnable; allí había una guarnición española que esperaba servir de base á futuras operaciones contra la Independencia chilena. Lord Cochrane, tentado á la vez por la dificultad y por la importancia de la empresa, se dirigió á Valdivia en Enero de 1820. Reconoció en persona las posiciones ocupadas por los españoles, hizo los estudios y cálculos necesarios para asegurar el éxito de un asalto, volvió á Talcahuano, que ya estaba en poder de los patriotas,

en busca de tropas de infantería, y por fin, en los primeros días de Febrero, se presentó nuevamente en Valdivia. Sin pérdida de tiempo dirigió contra la plaza un ataque tan audaz como feliz que le hizo dueño de ella con escaso sacrificio de su gente. Los realistas tenían 800 soldados de línea distribuídos en cinco fuertes bien artillados; fueron impotentes, sin embargo, para resistir el asalto de 325 hombres que Cochrane desembarcó de sus naves para esta operación. Este suceso confirmó en América la justa fama de Cochrane, y al propio tiempo, hizo ver que él había encontrado, en los marineros chilenos, hombres capaces de comprenderle y de acompañarle hasta el heroísmo.

En el mismo año 1820 Lord Cochrane mandó la escuadra que condujo al Perú al Ejército Libertador á las órdenes de San Martín. La expedición zarpó de Valparaíso en la tarde del 20 de Agosto. Constaba de 4,400 soldados chilenos y argentinos, 35 piezas de artillería, 650 caballos y un repuesto de armamento, equipo y vestuario para 15,000 hombres. La escuadra se componía de ocho buques de guerra, con 240 cañones 1,600 hombres de tripulación, y de 16 transportes. El general Mitre, en su historia de San Martín, dice, al dar cuenta de esta expedición: «Jamás ninguna de las nacientes repúblicas había hecho un esfuerzo tan gigantesco en pro de la emancipación del nuevo continente meridional. Es gloria de Chile haberlo realizado, con el concurso del ejército de los Andes, á costa de inmensos sacrificios. El Director O'Higgins, que en 1819 había pactado con el gobierno argentino llevar en común la libertad al Perú, costeando ambos estados los gastos, hizo honor á las armas aliadas y al solemne compromiso internacional contraído ante el mundo, al tomar la ardua empresa á su cargo é impulsarla vigorosamente y con fe. Al recordar más tarde las angustias que ella le costó, exclamaba: «Y debí encanecer á cada instante. Sólo la futura suerte de Chile (y de la América) podía sostener mi corazón y mi espíritu. El que no se ha visto en estas circunstancias no sabe lo

que es mandar. Es el mayor y más digno sacrificio que podía ofrecer á mi Patria.»

El Ejército Libertador desembarcó en Pisco por resolución de San Martín, que se proponía evitar una batalla inmediata con el ejército del Virrey para tener tiempo de mover la opinión del pueblo peruano en favor de la Independencia. Después de explorar el país y de enviar al interior una división de su ejército, San Martín volvió á embarcarse, en el mes de Octubre de 1820, y se transladó con sus tropas al norte del Callao.

20.—Captura de la "Esmeralda" en el Callao.

EL Almirante Cochrane, una vez libre de las atenciones que le imponía el transporte del ejército, formó el atrevido proyecto de apoderarse de la fragata española *Esmeralda*, que estaba en el Callao bajo la protección de los poderosos castillos de tierra. La empresa parecía irrealizable, porque había en el puerto no menos de trescientas piezas de artillería listas para hacer fuego sobre la escuadra chilena. Además, la entrada al puerto estaba cerrada por dos líneas de defensa: la una la formaban 20 lanchas cañoneras; y la otra, numerosos maderos flotantes, atados con cadenas, que sólo permitían entrar por un angosto boquete abierto al norte.

Los peligros y dificultades, lejos de arredrar á Cochrane, aumentaban su audacia. Por lo mismo que veía á la *Esmeralda* tan segura contra todo ataque, determinó hacerse dueño de ella. Para ejecutar esta acción hizo preparar 14 botes con capacidad para 250 hombres que debían dar el asalto. En seguida invitó á formar parte de la expedición á los marineros que tuviesen voluntad para ello. Los de todos los buques se ofrecieron en masa, por lo cual el Almirante hubo de escoger los hombres que necesitaba.

El ataque quedó resuelto para la noche del 5 de No-

viembre de 1820. En el día anterior se dió á los tripulantes de los botes la siguiente instrucción: «Los botes avanzarán en dos líneas paralelas y separadas una de otra á distancia de tres botes. Los oficiales y soldados llevarán chaqueta blanca é irán armados de pistolas, sables y puñales. Cada bote debe tener hachas afiladas, que los guardas cargarán á la cintura. Al tomar posesión de la fragata, los marinos chilenos no harán oír las exclamaciones que acostumbran, sino que gritarán: *¡viva el Rey!* para engañar al enemigo. Si la chaqueta blanca no bastase para distinguir á los asaltantes por la oscuridad de la noche, se reconocerán gritando: *¡Gloria!* y contestando *¡Victoria!*»

Al anochecer el Almirante hizo repartir la siguiente proclama:

«¡Soldados y marineros! Esta noche vamos á dar un golpe mortal al enemigo. Mañana os presentaréis con orgullo delante del Callao. Todos vuestros compañeros envidiarán vuestra buena suerte: una hora de coraje y resolución es cuanto se requiere de vosotros para triunfar. Recordad que habéis vencido en Valdivia y no os atemoricéis de los que huyeron de vuestra presencia. El momento de gloria se acerca. Espero que los marinos chilenos se batirán como tienen de costumbre y que los ingleses obrarán como siempre lo han hecho en su país y fuera de él.—*Cochrane.*»

A las 10 de la noche, hora señalada para tripular los botes, el Almirante fué el primero en ocupar su puesto. Se presentó con la chaqueta blanca ordenada en las instrucciones, con una faja azul en un brazo, con un puñal y dos pistolas á la cintura, y una hacha de abordaje en la mano. Formadas las dos líneas de botes, el Almirante se colocó á la cabeza y se puso en marcha. En medio de las tinieblas los botes avanzaron silenciosamente y, como sus tripulantes iban vestidos de blanco y no se escuchaba ni el ruído de los remos, más que hombres parecían ser misteriosos espíritus.

En la media noche la flotilla se encontró frente al boquete de la línea de defensa, donde hacía guardia

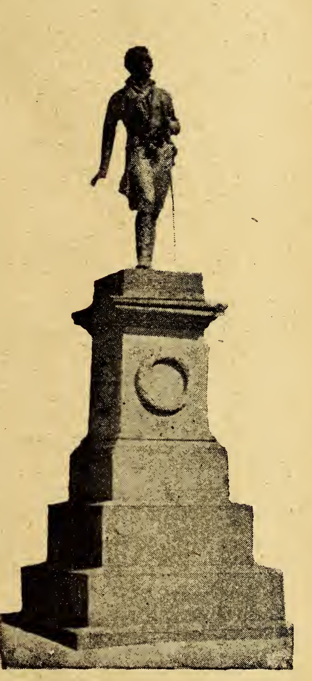
una lancha cañonera. El centinela dió el grito: *¿Quién vive?* pero, en el mismo instante, Lord Cochrane con voz sorda contestó:—¡Silencio ó todos mueren! Tomados de sorpresa, los españoles fueron incapaces de resistir. Cochrane entró entonces en el puerto y se dirigió rápidamente á la *Esmeralda*.

El Almirante, con la mitad de los botes, se aproximó al costado de estribor de la fragata; el capitán Guise, al mando de la otra mitad, se aproximó al costado de babor. «El valeroso Almirante lanzóse el primero por las amarras de popa y trepó como un atleta hasta alcanzar la borda de la *Esmeralda*. El centinela español que allí estaba, lanzando el grito de: *¡alarma!* le dió un culatazo en el pecho, y le arrojó de espaldas á uno de los botes. Animado de nobles iras, se puso inmediatamente de pie y subió por segunda vez al asalto, seguido de su tripulación electrizada por su ejemplo. *¡Arriba muchachos! ya es nuestra!* gritó á los de las chalupas. Apenas hacía un minuto que pisaba el puente de la fragata cuando alzó los ojos hacia lo alto de los mástiles y gritó con la serenidad del que manda una maniobra ordinaria: *¡Oh! de las cofas!*—*¡Pronto!* contestaron varias voces de lo alto de la verga del trinquete.—*¡Pronto!* repitieron otras voces de lo alto de la cofa del palo mayor. Era un destacamento de gavieros que trepando por los obenques, se habían apoderado de las cofas. Este fué el golpe maestro de abordaje. Los asaltantes eran dueños de las velas del buque. Esta maniobra fué hecha con tal perfección, que Cochrane, al hablar de ella, dice en sus Memorias: «No hay tripulación de buque de guerra inglés que pueda cumplir esta orden con mayor exactitud.»

Entre tanto, los marineros de la *Esmeralda*, repuestos de la sorpresa, se habían reunido en el castillo de proa y ponían á Cochrane en gravísimo peligro. En este momento apareció Guise con sus marineros por el otro costado de la fragata. Los de estribor gritaban *¡Gloria!* y los de babor respondían *¡Victoria!* Los asaltantes de uno y otro costado, reconociéndose en la obs-

curidad con estas voces, se reunieron en el castillo de popa. Cochrane y Guise, que eran rivales, arrastrados por un movimiento generoso, se dieron allí las manos, como hermanos de armas y de gloria, olvidando por el momento sus rencores.

Los españoles hacían un vivo fuego de fusilería sobre los asaltantes y barrían el puente con sus proyectiles. Una bala traspasó á Cochrane un muslo. Sentóse el Almirante con tranquilidad sobre un cañón, extendió la pierna, se ató la herida con un pañuelo y después ordenó que se llevase el asalto al arma blanca sobre el castillo de proa. Trabóse entonces en la oscuridad un combate cuerpo á cuerpo á golpe de hacha y de machete. En este primer ataque los asaltantes fueron rechazados. No fueron más felices en el segundo, en el cual Guise recibió una herida. Hacía un cuarto de hora que duraba este choque horrendo: el puente estaba cubierto de cadáveres, los pies resbalaban en la sangre, cuando un nuevo y vigoroso esfuerzo, dirigido por Guise, decidió la victoria en favor de los patriotas y puso la *Esmeralda* en poder de la escuadra de Chile. Momentos más tarde la fragata desplegaba sus velas y se ponía en movimiento para salir del puerto, convoyada por los botes expedi-



Estatua de Lord Cochrane, en Valparaíso.

cionarios, que llevaban á remolque dos cañoneras españolas tomadas también al abordaje. Las baterías de tierra atronaban el aire con sus disparos; mas, por causa de la oscuridad, no acertaban á ofender á los patriotas, ni á entorpecer su salida del puerto.

La captura de la *Esmeralda* fué celebrada con grandes regocijos por el Ejército Libertador, que vió en esa hazaña un ejemplo de heroísmo y una promesa de futuros triunfos. San Martín quiso dar á la fragata el nombre de *Cochrane;* el Almirante rehusó este honor prefiriendo que fuese bautizada con el nombre de *Valdivia*, en recuerdo de la anterior victoria alcanzada por la escuadra.

21.—San Martín en el Perú.

DESPUES de la captura de la *Esmeralda*, el Almirante Cochrane aconsejaba á San Martín que avanzase con su ejército sobre Lima para librar pronto una batalla decisiva con las tropas del Virrey. San Martín, que tenía sus planes formados y que todo lo hacía con lento estudio, no aceptó los consejos del osado Almirante. El admiraba y aplaudía las hazañas de Valdivia y el Callao, ejecutadas por Cochrane sin preparación alguna y fiado sólo en su propio heroísmo y en el coraje de sus oficiales y marineros; pero no se sentía inclinado á imitarlo, porque quería dar al Perú su independencia, evitando, en cuanto fuera posible, los horrores de una guerra sangrienta.

San Martín permaneció con el ejército en el norte del Perú, mientras sus agentes recorrían el país en todas direcciones y preparaban la opinión en favor de un levantamiento nacional contra las autoridades españolas. «Todo va bien, escribía San Martín á O'Higgins con fecha 23 de Diciembre de 1820. Cada día se asegura más la libertad del Perú. Yo me voy con pies de plomo, sin querer comprometer una acción general. Mi plan es bloquear á Pezuela (el Virrey.) El pierde cada día la moral de su ejército: se mina sin cesar. Yo

aumento mis fuerzas progresivamente. La insurrección anda por todas partes como el rayo. En fin, con paciencia, sin precipitación, todo el Perú será libre en breve tiempo.»

El Virrey, comprendiendo que su situación se hacía muy difícil en Lima, invitó á San Martín á abrir negociaciones de paz. Ambos jefes nombraron representantes autorizados para estudiar las bases de un arreglo y después celebraron ellos mismos una amistosa conferencia. San Martín propuso que se declarase la Independencia del Perú y que se constituyese una monarquía, eligiendo Rey á un príncipe de la familia real de España. El Virrey pidió un breve plazo para contestar; cumplido éste, declaró que la proposición le parecía aceptable, pero que no podía reconocer la Independencia peruana sin expresa autorización de su soberano.

La idea de dar un Rey al Perú le fué sugerida á San Martín por el temor de que los pueblos americanos, acostumbrados á obedecer ciegamente á un gobierno absoluto, no pudieran vivir en paz si se constituían en repúblicas para elegir un Presidente cada cinco ó seis años. Del mismo modo pensaban los fundadores de la Independencia argentina y algunos de los patriotas chilenos. El Gobierno de Buenos Aires y el de Chile enviaron á Europa agentes especiales para tratar con el Gobierno inglés sobre la designación de príncipes que vinieran á ser reyes en las colonias españolas. Todos esos proyectos fracasaron, porque sólo la forma republicana de Gobierno podía satisfacer á estos pueblos que acababan de conquistar su libertad á costa de tan grandes sacrificios. El único resultado de ellos fué despertar desconfianzas contra San Martin, O'Higgins y otros patriotas y contribuír á la caída de éstos, como se verá en las páginas siguientes.

Rotas las negociaciones de paz entre San Martín y el Virrey del Perú, éste salió de Lima con las escasas tropas que le quedaban y aquél vino á ocuparla en Julio de 1821. En carta dirigida á O'Higgins para

anunciarle este suceso, San Martín se limitó á escribir estas palabras: «Al fin, con paciencia y movimientos, hemos reducido á los enemigos á que abandonen la capital de los Pizarros; al fin nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la Independencia de la América del Sur. El Perú es libre. En conclusión yo quiero el término de mi vida pública y voy á tratar de entregar esta pesada carga á manos seguras y retirarme á un rincón á vivir como hombre.»

El primer pensamiento de San Martín fué organizar en Lima un gobierno nacional que se ocupase en dirigir la administración pública y atender á las necesidades militares. Pronto se persuadió de que esto era irrealizable en aquel momento, porque no había en Lima hombre alguno que se hubiera señalado por servicios especiales á la Independencia americana y que tuviese prestigio para ser respetado por el Ejército Libertador. En consecuencia, aplazó para mejor oportunidad la convocatoria del pueblo á elecciones y, siguiendo el consejo de los jefes que le acompañaban, asumió él mismo el Gobierno del Perú con el título de Protector. Al dar cuenta á O'Higgins de esta resolución, le escribía: «Los amigos me han obligado terminantemente á encargarme de este Gobierno: he tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que de no ser así, el país se envolvía en la anarquía. Espero que mi permanencia no pasará de un año, pues usted, que conoce mis sentimientos, sabe que no son mis deseos otros que vivir tranquilo y retirarme á mi casa á descansar.»

Un año más tarde San Martín llamó al pueblo peruano á elegir un Congreso. Esta asamblea se reunió el 20 de Septiembre de 1822. En la noche del mismo día, después de haber renunciado el mando, San Martín se embarcó ocultamente en el puerto de Ancón á bordo de un barco que estaba listo para zarpar con destino á Valparaíso. Su alejamiento del Perú fué motivado, no sólo por el deseo de retirarse á vivir en reposo, sino también por el convencimiento de que era

preciso que Bolívar, libertador de Colombia, pasase al Perú con su ejército para unirse con argentinos y chilenos contra un poderoso ejército realista que se había organizado en el interior del país y amenazaba poner en peligro la Independencia.

San Martín permaneció en Chile pocos meses. En los primeros días de Enero de 1823 pasó los Andes para establecerse en Mendoza, donde se ocupó en trabajos agrícolas, viviendo, según sus propias palabras, como «un pobre chacarero.» Pero ni esta humilde satisfacción pudo darse el libertador de tres Repúblicas. Allí, en el retiro que tanto había deseado cuando era poderoso, se sintió herido por la ingratitud y la injusticia. Los gobernantes argentinos desconfiaron de él y le trataron como si fuese un ambicioso. Los opositores, por su parte, pretendieron comprometerle en planes revolucionarios. Sucedió también que en Chile y el Perú la opinión pública fué agitada en contra suya por personas que habían sido sus adversarios. Entonces se echaron al olvido sus virtudes para no ver sino sus debilidades y sus errores. En vez de agradecer los servicios por él prestados á la Independencia, se le acusó hasta de tirano por haber proyectado que estos pueblos fuesen gobernados por reyes.

San Martín aceptó su desgracia con resignación. Viendo que no le era posible vivir tranquilo en América y habiendo tenido la desgracia de perder á su esposa, tomó voluntariamente el camino del destierro y se dirigió á Europa en compañía de su hija única, niña de muy corta edad.

22.—Un viejo amigo de San Martín.

CUANDO San Martín peleaba en España contra los franceses, fué muy amigo de un capitán español de apellido Aguado. El capitán Aguado y San Martín vivían como si fuesen hermanos: comían juntos, dormían en la misma habitación y no tenían secretos el uno para el otro.

Las operaciones de la guerra separaron á los dos amigos. Poco después San Martín se transladó á América para luchar por la independencia de su patria. Aguado permaneció en España, se retiró del ejército, hizo buenos negocios, ganó mucho dinero y al fin se estableció en París como banquero.

Un día Aguado oyó hablar en París de la guerra de la independencia de América y del general San Martín.

—Yo he sido amigo, dijo Aguado, de un oficial americano del mismo apellido; sería curioso que este amigo mío fuese el libertador de América.

Por su parte San Martín oyó hablar en Santiago del rico banquero español Aguado que había en París y dijo:

—Si será mi amigo, el capitán Aguado! No, no puede ser, porque es difícil que un militar se haga rico y llegue á ser banquero.

En 1824 el general San Martín llegó á París, buscando en país extranjero la tranquilidad y el respeto que le negaban las naciones libertadas por él.

Una mañana, mientras San Martín estaba vistiéndose, entró en su habitación una persona que él no conocía y, después de mirarle fijamente algunos momentos, exclamó:

—¡Ah! tú eres el mismo San Martín!

—¡Y tú debes ser Aguado! contestó el general.

Junto con decir estas palabras los dos viejos amigos se dieron un estrecho abrazo, como afectuoso saludo después de tantos años de separación.

—Almorzarás conmigo, dijo San Martín.

—Nó, contestó Aguado; nos aguardan en mi casa, porque saben que he venido á buscarte.

Salieron juntos á la calle y, á poco andar, llegaron á un gran palacio amoblado con mucho lujo. Viendo tanta riqueza, San Martín dijo:

—Por lo que veo tú eres el banquero Aguado.

—¡Qué quieres, hombre! contestó Aguado; cuando uno no puede ser el libertador de medio mundo, ha de ontentarse con ser banquero.

Desde entonces el pobre libertador desterrado y el rico banquero volvieron á vivir en la más íntima amistad. Y Aguado, al morir, nombró tutor de sus hijos á este hombre modesto y honrado que vivía feliz en la pobreza después de haber dado libertad á tres naciones.

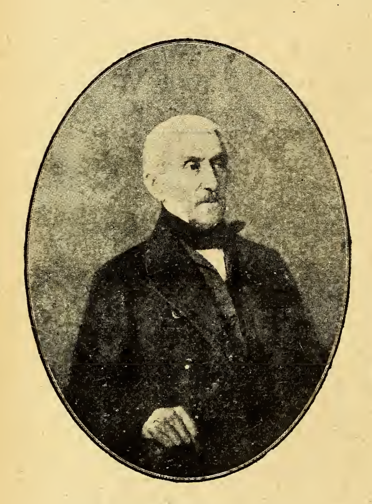
23.—San Martín en el destierro.

SAN Martín vivió en Europa con su acostumbrada modestia. Se encontró allí muy escaso de recursos, porque la Argentina, Chile y el Perú le suspendieron el pago de sus sueldos. Siendo económico por educación, supo moderar sus gastos é imponerse privaciones. Se levantaba todas las mañanas antes de las cinco, se servía él mismo una taza de café y después, cuando el tiempo estaba bueno, montaba un rato á caballo.

Desde niño tuvo la costumbre de guardar todo en orden. Su papeles, sus libros, sus armas y su ropa estaban siempre en su respectivo lugar. Cuando mandaba el ejército, él mismo cuidaba y componía su ropa. Tenía para esto una caja con hilo, agujas y botones. Esta caja le había acompañado en todas las batallas y él la conservaba en Europa como un grato recuerdo del pasado. Algunas veces se ocupaba en coser los botones á sus camisas. Su hija trataba de impedírselo para hacer ella la costura: «Deja, niña, le decía San Martín. Vas á ver cómo tu padre puede enseñarte estas cosas Un botón cosido por mi mano no se corta jamás.»

Durante el día San Martín se ocupaba en leer y en dar lecciones á su hija. Para distraerse hacía trabajos de carpintería, usando las herramientas con tanta destreza como si hubiera aprendido ese oficio. Otras veces se ocu paba en limpiar el sable y las pistolas que le habían ser vido en las batallas de Chacabuco y Maipo. San Martín debía sentirse orgulloso y triste á la vista de esas armas que, recordándole sus días de gloria, le hacían sentir toda la injusticia de su interminable destierro.

Hasta la fecha de su muerte San Martín usó un catre ordinario de fierro. En su vida de soldado se acostumbró á dormir donde le encontraba la noche. Nada le importaba carecer de colchón y almohada, porque las comodidades y el lujo le eran desconocidos. El mejor lujo, decía San Martín, es la limpieza; en su casa todo era pobre, pero muy aseado.

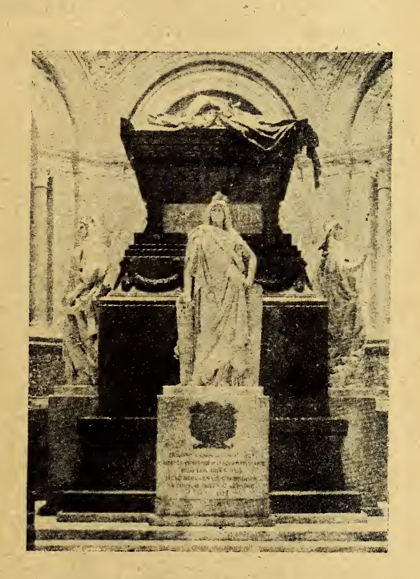


San Martín en la vejez.

Para San Martín era muy penoso vivir en el destierro como si hubiera sido enemigo y no libertador de su Patria. Al sufrimiento causado por esta injusticia se agregaba la escasez de recursos para alimentarse y educar á su hija. Una vez escribió á O'Higgins, su leal amigo, desterrado entonces en el Perú, las siguientes palabras: «Estoy persuadido que Ud. empleará toda su actividad para remitirme un socorro lo más pronto que pueda, pues mi situación, á pesar de la más rigorosa economía, se hace cada día más embarazosa.» O'Higgins le mandó tres mil pesos que le sirvieron para salir de apuros y para comprar el traje de novia de su hija. Por fin el Gobierno de Chile, en 1840, reconoció la obligación de atender á las necesidades de San Martín y le mandó pagar puntualmente en París el sueldo correspondiente á su rango de general en jefe del ejército chileno.

San Martín no se quejaba de la injusticia con que

era tratado por los pueblos á quienes había servido. Él pensaba que más tarde se reconocerían sus servicios y se honraría su memoria. Con este pensamiento aceptaba resignado el sufrimiento de su destierro. Un joven argentino, que fué á visitarle, le pidió que escribiese algunas palabras en un libro que tenía las firmas de muchas personas notables. San Martín tomó la pluma y escribió esta frase: *Los hombres juzgan lo presente según sus pasiones y lo pasado según la verdadera justicia.*



Tumba de San Martín en la Catedral de Buenos Aires.

Estas palabras de San Martín fueron una profecía. Los hombres de su tiempo, perturbados por pasiones é intereses pasajeros, le juzgaron con malevolencia; los hombres de hoy le juzgan con equidad y reconocen todos sus méritos, porque la justicia ha dominado al fin sobre los odios y las enemistades que le persiguieron hasta el sepulcro.

San Martín gozaba de muy buena salud. Su cuerpo, fortalecido por los ejercicios de la vida guerrera, parecía de fierro. Pero los grandes trabajos y la vejez todo lo destruyen. En sus últimos años tuvo que sufrir varias enfermedades graves que destruyeron sus fuerzas. En la mañana del 17 de Agosto de 1850 estaba conversando

con su hija mientras sus nietos jugaban con bulliciosa alegría. La madre y el abuelo se sentían complacidos viendo la inocente tranquilidad de esos niños. San Martín tenía entonces setenta y dos años. De repente dió un quejido y dijo: *Mercedes, me siento mal... Esta es la fatiga de la muerte.* El general no pudo hablar más. Su amante hija le hizo toda clase de remedios, pero sus esfuerzos fueron vanos: San Martín estaba muerto.

Años más tarde los restos de San Martín fueron transladados á Buenos Aires y depositados en la Iglesia Catedral. Un hermoso monumento de mármol cubre la sepultura del héroe cuyo nombre será recordado con respeto hasta por las más remotas generaciones. La gratitud de chilenos y argentinos ha erigido, para honrar su memoria, una estatua de bronce en Santiago y otra en Buenos Aires, representándole como general en jefe del Ejército Libertador en su caballo de batalla.

24.—Himno á San Martín.

Del Andes en la cumbre
Tu gloria escrita está.
Mientras el sol alumbre
Tu nombre vivirá.

Vencidos de la suerte
Por el injusto fallo
Y afrontando la muerte,
¡Oh Libertad! por ti,
Después de larga guerra
Los héroes de Rancagua
La dulce, amada tierra
Dejaron tras de sí.

De los Andes altivos
En la oriental vertiente
Hallaron fugitivos
Grata hospitalidad:

Y bajo el claro cielo
De Cuyo, reavivaron
El santo y puro anhelo
De patria y libertad.

Contigo, los que huyeron
De la sangrienta rota
Para vencer volvieron,
Heroico San Martín.
A tan gloriosa empresa
Tu espada y nombre diste,
Y de la patria opresa
Te alzaste paladín.

Los fieros españoles
Seguros se juzgaban
Tras de las altas moles
Del Andes protector:
Sus ventisqueros fríos
Hollaste con las alas
Del genio y con los bríos
De indómito valor.

Las rígidas alturas
Pisó tu altiva hueste,
Bajando á las llanuras,
Impávida y audaz.
Y los tercios de España,
Aunque bravos, se vieron
Rotos cual frágil caña,
Después de lid tenaz.

La libertad llevando
Tus huestes triunfadoras,
Cruzaron, ostentando
Virtudes y valor,
Cual rápido torrente,
Desde el Arauco indómito
Hasta la zona ardiente
Del cálido Ecuador.

El pueblo agradecido
Recuerda tus hazañas;
Tu nombre en el olvido
Jamás se esconderá.
Tu imagen la memoria
Nos trae de heroicos hechos
Y dignos de esa gloria
Por siempre nos verá.

EUSEBIO LILLO.



Estatua de San Martín en Santiago.

25.—San Martín y Bolívar.

De esos dos héroes, tan grande
Como en la tierra los Andes,
Se levanta la figura
En la historia á tanta altura
Que la América latina
Reverente y grata inclina
Ante ellos su libre frente.
Si esto hace la edad presente
¡Qué no hará la edad futura!

R. B.

ASI como Chile recuerda agradecido á los buenos ciudadanos que sacrificaron su tranquilidad, su fortuna y su vida para establecer la Independencia nacional, así también en las demás repúblicas americanas se tributa igual homenaje á otros ciudadanos que les prestaron idénticos servicios. Cada pueblo tiene sus héroes propios, á quienes venera como á padres de la Patria. Pero hubo dos hombres superiores, dos grandes capitanes que, pasando más allá de las fronteras de sus respectivas naciones, consagraron con abnegación su existencia al servicio de todo el continente americano. Estos dos hombres, libertadores de América del Sur, fueron San Martín y Bolívar.

Bolívar era hijo de Venezuela. Allí sobresalió en el ejército republicano por la superioridad de su inteligencia y de su carácter y llegó á ser el jefe necesario de las operaciones militares. El Gobierno de España hizo en Venezuela un esfuerzo mucho más poderoso que en el resto de América para dominar á los patriotas. En 1815 desembarcó en la costa venezolana una expedición compuesta de 10,000 soldados veteranos en la guerra contra Napoleón y mandada por el general Pablo Morillo. Hacía cinco años que los patriotas luchaban con heroísmo en favor de la Independencia, triunfando algunas veces, siendo otras veces derrota-

dos, pero mostrando en todas partes una energía indomable. Con la llegada del ejército de Morillo pudo creerse que los patriotas estaban perdidos, porque les sería imposible organizar fuerzas capaces de batirse con soldados aguerridos, bien armados y sujetos á severa disciplina.

Sin embargo, el patriotismo venezolano y el genio de Bolívar bastaron para salvar la Patria de aquel peligro. Bolívar se sobrepuso á todas las dificultades y logró establecer su cuartel general en las costas orientales de Venezuela. Habiendo partido de allí en Julio de 1819 para abrir campaña contra Morillo, de improviso cambió de plan, resolvió pasar los Andes para caer sobre los españoles que habían reconquistado á Nueva Granada y realizó este atrevido proyecto, dominando con su poderosa voluntad obstáculos que hoy mismo parecen insuperables. El paso de los Andes por Bolívar, lejos de ser metódicamente preparado como el de San Martín, fué una hazaña realizada al mismo tiempo que fué pensada. El ejército venezolano, organizado en regiones tropicales, habituado al calor y á la fácil alimentación, marchó resueltamente á la cordillera y soportó el hambre, el frío y todas las penalidades con admirable firmeza. Los soldados correspondieron á la audacia de su jefe con una energía de que hay pocos ejemplos para vencer á la naturaleza antes de vencer á sus enemigos.



Simón Bolívar.

Los españoles que dominaban en Nueva Granada no podían imaginarse que los patriotas se atrevieran á

pasar la cordillera en aquellas condiciones. La aparición de Bolívar les tomó de sorpresa y el 7 de Agosto de 1819 fueron derrotados en la batalla campal de Boyacá, que produjo en aquella república resultados idénticos á los que la batalla de Chacabuco produjo á Chile.

Una vez vencidos los españoles de Nueva Granada, Bolívar no tuvo otro pensamiento que libertar á su Patria, y marchó con todo el ejército republicano contra los realistas de Venezuela, á quienes derrotó en la gloriosa batalla de Carabobo en Junio de 1821. Asegurada la Independencia de Venezuela, Bolívar regresó á Nueva Granada, no para descansar sobre sus laureles, sino para abrir otra campaña en favor de la Independencia del Ecuador. En esta nueva empresa, Bolívar fué hábilmente secundado por el general Sucre, quien puso término á la guerra, ganando la batalla de Pichincha el 24 de Mayo de 1822. Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador, las tres naciones libertadas por Bolívar, se unieron para formar la República de Colombia bajo el gobierno de su Libertador.

En los días en que Bolívar coronaba su grande obra con la Independencia del Ecuador, San Martín estaba en Lima á la cabeza de la expedición libertadora organizada por el Gobierno de Chile. En el Perú no se habían librado batallas; pero en el interior del país existía un ejército realista numeroso, bien disciplinado, dirigido por jefes meritorios. Bolívar, justamente ufano con sus triunfos, anunciaba el propósito de pasar también al Perú con el ejército colombiano. San Martín pensaba que el auxilio de Bolívar era necesario; pero, al propio tiempo, temía que de ello surgiesen rivalidades peligrosas para la Independencia. A fin de conjurar las dificultades se propuso ver á Bolívar y fué á buscarle para arreglar con él un plan de operaciones.

Los dos libertadores se reunieron en Guayaquil en Julio de 1822 y celebraron largas conferencias sobre el asunto que debían resolver. No hubo testigos, ni actas de tales conferencias; mas, por una carta de San Martín á Bolívar, escrita en Lima el 29 de Agosto, se sabe que

aquél ofreció ponerse con su ejército á las órdenes de éste y que Bolívar se excusó de aceptarlo porque su delicadeza no le permitía mandar á otro libertador. San Martín regresó á Lima convencido, dice él mismo de que Bolívar «no creyó sincero su ofrecimiento ó que su persona le era embarazosa.» Como él pensaba que la intervención de Bolívar en el Perú era indispensable, no quiso ser un estorbo para ella y resolvió alejarse de esa nación cediendo el campo al libertador del Norte.



General Sucre.

Con la ausencia de San Martín, el Perú se encontró sin una cabeza fuerte para dirigir el Gobierno en tan difíciles circunstancias. La intervención del ejército colombiano fué entonces una necesidad imperiosa. Llegó primero una división de 3,000 hombres á las órdenes de Sucre y después vino Bolívar en persona á organizar y dirigir las operaciones militares, que terminaron el 9 de Diciembre de 1824 con la gran batalla de Ayacucho, ganada por la pericia militar del virtuoso General Sucre.

Bolívar y San Martín ocupan igual rango en la historia de la América meridional, porque á los dos se debe el triunfo definitivo de la Independencia. La obra realizada por cada uno de los libertadores se completó con la obra realizada por el otro, y la Independencia del continente no estuvo asegurada sino cuando los dos terminaron gloriosamente sus campañas. Pero, si los servicios y los merecimientos de los dos libertadores

fueron iguales, los medios de que se valieron para desempeñar su misión redentora fueron muy diversos, porque ellos tenían condiciones opuestas de carácter, de corazón y de inteligencia.

San Martín era reposado, taciturno, calculador; no ejecutaba acto alguno sin meditarlo tranquilamente; tenía una paciencia á toda prueba para resistir á las contrariedades, para atender á los más insignificantes detalles y para aguardar impasible el momento propicio en que cada cosa debía realizarse. San Martín nunca era sorprendido por las dificultades, porque las calculaba de antemano y se preparaba para vencerlas. Su regla de conducta era no dejar nada á lo imprevisto; prefería permanecer en la inacción antes que comprometerse como jefe en una empresa que él mismo no hubiera estudiado y organizado.

Bolívar, de naturaleza impresionable, de temperamento ardoroso, era arrebatado en sus pensamientos y en sus actos; jamás meditaba sus grandes proyectos, porque éstos brotaban en su mente rápidos como el relámpago; jamás los aplazaba para perfeccionarlos con el estudio, porque su carácter impetuoso le obligaba á ejecutar con la misma rapidez con que pensaba. Estas cualidades esenciales del genio de Bolívar se pusieron de relieve en los tiempos adversos, cuando la derrota le dejó sólo, sin ejércitos y sin recursos para seguir luchando con un enemigo fuerte por la organización y la victoria. Él supo improvisar soldados, comunicarles su entusiasmo, fortalecerles para el sufrimiento, hacer un héroe de cada uno de ellos y conducirles por medio continente á paso de vencedores.

San Martín se mostró poco sensible á la vanidad y á la ambición. Su vida fué tan modesta, sus costumbres fueron tan austeras en los días obscuros de su juventud como en la época brillante de sus triunfos. En la Argentina, lejos de aspirar á la posesión del Gobierno, se ocupó sin descanso en preparar el Ejército Libertador de Chile. Después de la batalla de Chacabuco, lejos de aceptar el Gobierno que le ofrecían los chilenos, con-

sagró todo su pensamiento á preparar la expedición libertadora del Perú. En Lima se vió obligado por las circunstancias á encargarse del poder público; pero se apresuró á abandonarlo tan pronto como vió que sus servicios no eran necesarios.

Bolívar, mostrando tanto vigor en sus debilidades como grandeza en sus virtudes, fué sensible á la vanidad hasta el exceso, fué sediento de gloria hasta el delirio, fué ambicioso de mando hasta hacer hacerse llamar tirano. Envanecido con sus triunfos, endiosado por la adulación y la lisonja, perdió el equilibrio de sus facultades y se imaginó ser el árbitro supremo de los destinos de América. En 1827 era Presidente de Colombia, Dictador del Perú, Jefe vitalicio de Bolivia y como esto no bastara á satisfacer su sed de gloria y poderío, tuvo también el propósito de pasar al Paraguay y la Argentina en busca de ruidosas aventuras.

En lo militar Bolívar superó á San Martín por la audacia, la rapidez y el brillo de sus afortunadas campañas contra los más poderosos ejércitos españoles que hubo en América. En lo moral San Martín superó á Bolívar por la consumada prudencia de su carácter, por el absoluto desinterés de sus servicios, por su firmeza en resistir á las tentaciones que asedian á los soldados felices y, finalmente, por su filosófica resignación para alejarse, sin quejas ni recriminaciones, de los pueblos que había libertado.

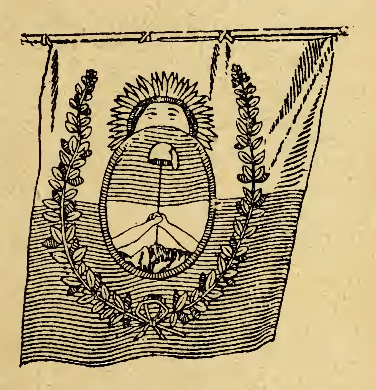
Bolívar y San Martín son los fundadores de la Independencia Sudamericana; en tal virtud tienen por patria á todo el continente republicano y merecen ser eternamente recordados con admiración, respeto y gratitud.

26.—La bandera de Chile.

CADA pueblo tiene, como insignia de su soberanía, una bandera nacional que se enarbola en los edificios públicos, en los buques de guerra, en los cuarteles y fortalezas y también en las casas que

habitan sus representantes en otras naciones. Los ciudadanos respetan la bandera de su patria como los hijos respetan las imágenes de sus padres. Y en tiempos de guerra, los marinos y los soldados derraman su sangre y sacrifican su vida en defensa de esa insignia sagrada.

Durante la colonia, la bandera de Chile era la bandera española, que recordaba las violencias de los conquistadores y representaba el absolutismo de los Reyes. Pero, luego que se formó un Gobierno nacional y que se organizó el primer ejército patriota, fué preciso adoptar una bandera que sirviese á éste de guía en los combates con el ejército realista. El general Carrera ordenó en 1812 que se usase una bandera formada de tres fajas, á imitación de la española, pero de distintos colores, que fueron: azul, blanco y amarillo. Con esa bandera hicieron los patriotas las primeras campañas de la Independencia en los años 1813 y 1814. En defensa de ella O'Higgins y sus soldados lucharon hasta el heroísmo en el sitio de Rancagua, tan glorioso como desgraciado para las armas chilenas.



Bandera de Chacabuco.

Reconquistado Chile por los españoles, aquella bandera nacional desapareció para siempre. El Ejército Libertador que San Martín organizó en Mendoza era casi en su totalidad argentino, y obedecía al Gobierno independiente de Buenos Aires. Este ejército pasó los Andes y peleó en Chacabuco con la bandera argentina, que adquirió gloria imperecedera en tan memorable campaña.

Después del triunfo del Ejército Libertador el Director O'Higgins se apresuró á organizar un ejército chileno y con este objeto dispuso que se formasen batallones en diversos pueblos. Entonces fué necesario tener una bandera nacional; pero, en vez de restablecer la que había servido en las primeras campañas de los patriotas, se adoptó otra con los colores azul, blanco y encarnado. El uso de esta bandera no se generalizó muy pronto. En Octubre de 1817 el Gobernador de Valparaíso escribía al Gobierno de Santiago lo que sigue: «Hasta ahora tremolan en los castillos y buques de este puerto las banderas de Buenos Aires y no se ha hecho mutación en ellas por no haber orden para variarlas. Vuestra Excelencia, por medio de un diseño, se servirá indicarme cuál es la forma que se haya adoptado en nuestro Estado de Chile para los castillos y embarcaciones. En esa capital las he visto tricolores; pero de distintos modos y figuras, que no me dan lugar á resolverme para establecerlas aquí, por cuyo motivo Vuestra Excelencia tendrá á bien el exponerme acerca de este particular lo que tuviese por conveniente.»

El Gobierno debió resolver esta consulta y dar instrucciones para usar la nueva bandera, porque un mes más tarde el mismo Gobernador pedía que se le mandasen algunas piezas de lanilla de los colores blanco, azul y encarnado para las banderas que necesitaba hacer. No hay, sin embargo, constancia escrita de esta resolución.

En 1826 el Gobierno ordenó que la bandera tricolor con estrella sólo pudiera ser enarbolada en los ejércitos, en las plazas de armas, en las naves de guerra y en las casas del Jefe del Estado y de las autoridades municipales. En las naves mercantes y casas particulares debía usarse la bandera sin estrella. En 1854 se fijó con exactitud la forma de la bandera nacional y se declaró que las autoridades y los particulares debían usarlas con estrella.

Ya se ha dicho que el Ejército Libertador de Chile

era argentino en su mayor parte é hizo la brillante campaña de Chacabuco con la bandera argentina. No sucedió igual cosa con el Ejército Libertador del Perú, que siendo mitad chileno y mitad argentino, fué equipado por el Gobierno de Chile y transportado á bordo de las naves de la escuadra chilena.

El general San Martín, jefe de la expedición, nada había dicho sobre la bandera que reconocería en el Perú el ejército de su mando. Los gobernantes de Chile temían que él, por amor á su Patria, tratara de llevar la bandera argentina y pensaban que esto sería contrario á la dignidad de la República. Nadie, sin embargo, ni el mismo O'Higgins, se resolvía á interrogar á San Martín sobre este punto, que podía dar origen á un desacuerdo grave.



Bandera Chilena.

Por fin, en vísperas de salir la expedición y en un banquete ofrecido á San Martín, O'Higgins, en presencia de todos los invitados, le dijo: «General, ¿cuál será la bandera del ejército expedicionario?» San Martín, tomado de sorpresa, meditó un breve instante y en seguida respondió: «La bandera de Chile, general.»

San Martín manifestó en estas circunstancias una grande elevación de carácter, sacrificando, sin vacilar, naturales sentimientos de soldado y de ciudadano argentino, para evitar una dificultad que podía entorpecer la expedición al Perú. O'Higgins, que le conocía á fondo y comprendía la magnitud del sacrificio, le estrechó silenciosamente en un afectuoso abrazo.

La bandera de Chile, honrada ya con la gloria de Maipo, cruzó victoriosamente las aguas del océano Pa-

cífico, como enseña de redención para el último pueblo de la América del Sur que permanecía sujeto al dominio español.

27.—El escudo chileno.

EL general Carrera estableció también en 1812 el uso de un escudo de Chile en reemplazo del escudo real de España. En Septiembre de aquel año se celebró el aniversario de la instalación de la primera Junta de Gobierno con un baile dado en la Moneda. En la portada principal del palacio se colocó un lienzo en el cual se había pintado el nuevo escudo de Chile. Este consistía en una columna dominada por un globo, sobre el cual había dibujadas una lanza y una palma. Al lado izquierdo de la columna estaba un gallardo joven vestido de indio y á la derecha una hermosa mujer con el mismo traje. Encima de todo, á alguna distancia, se elevaba radiante una estrella rodeada de una inscripción latina alusiva al cambio de gobierno. La bandera tricolor que se había enarbolado en la fachada del edificio tenía en el medio el escudo que se acaba de describir.

Este primer escudo chileno cayó pronto en el olvido. En Septiembre de 1819 el Gobierno trató de restablecerlo con algunas modificaciones. Para esto ordenó que en las puertas del palacio se colocasen las armas de la Patria, teniéndose por tales, «un escudo formado en campo azul obscuro, ubicada en su centro una columna de orden dórico, sobre su pedestal de mármol blanco, encimada del mundo nuevo americano, submontada de un letrero que dice así: *Libertad*; y sobre éste, una estrella de cinco puntas representante de la provincia de Santiago, representándose á los lados de la columna otras dos estrellas iguales por Concepción y Coquimbo, orlado todo de dos ramas de laurel, atados sus cogollos con una cinta y rosa tricolor, apareciendo en su circuito toda armería por el orden de caballería, dragones, artillería y bombardería, con los demás geroglífi-

cos alusivos á la vil cadena de esclavitud que supo romper la América.»

Las armas de la Patria, según la descripción que precede, fueron talladas en madera por un escultor nacional y esta obra se colocó sobre la puerta del palacio de Gobierno, en la Plaza de Armas, en medio de una entusiasta manifestación popular. El escultor había agregado la figura de un indio que sostenía el escudo sobre sus hombros y tenía á sus pies un caimán devorando al vencido león de Castilla.

Algunos años más tarde, en 1832, el Presidente de la República dirigió al Congreso un mensaje que decía, entre otras cosas, lo que sigue:

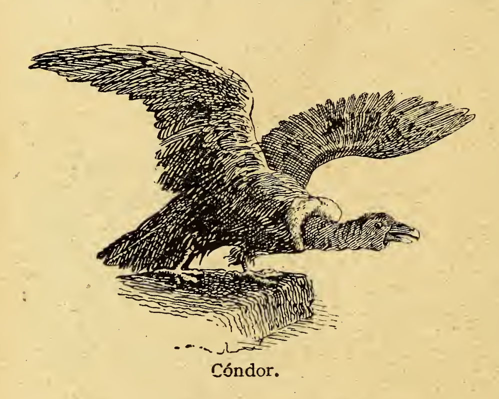

Escudo Chileno.

«La República debe tener un escudo de armas que la simbolice, conforme al uso casi inmemorial de todos los pueblos y naciones. No puede considerarse como tal el que se introdujo en los primeros tiempos de la revolución, porque, además de haber carecido de la sanción de autoridad competente, no contiene pieza alguna alusiva al objeto que debe representar. Ha creído, pues, el Gobierno que, no debiéndose tolerar por más tiempo ese escudo insignificante, se sancione de una vez el que reúna á la legalidad de su origen la propiedad de la alusión. Al efecto se ha hecho presentar varios diseños y entre los que parecen haberse acercado más á desempeñar el asunto, es el que tiene la honra de adjuntar.

«En él observará el Congreso un campo de dos esmaltes cuyos bien conocidos atributos cuadran perfectamente con la naturaleza del país y el carácter de sus habitantes. La estrella de plata es el blasón que nues-

tros aborígenes ostentaron siempre en sus pendones y el mismo que representa ese caro pabellón á cuya sombra se ha ceñido la Patria de tantos y tan gloriosos laureles.

«Los soportes representan un huemul y un cóndor; ésta, el ave más fuerte, animosa y corpulenta que puebla nuestros aires, y aquél el cuadrúpedo más raro y singular de nuestras sierras, de que no hay noticia que habite otra región del globo.



Cóndor.

«La corona naval que supera la cabeza de ambos animales será el monumento que recordará siempre el glorioso triunfo de nuestras fuerzas marítimas sobre las de España en las varias aguas del Pacífico.

Si, como es de esperar, mereciese esta idea la aprobación del Congreso, el Gobierno somete á su aprobación el siguiente proyecto de decreto:

«*El escudo de armas de la República de Chile presentará en campo cortado de azul y de gules una estrella de plata; tendrá por timbre un plumaje tricolor de azul, blanco y encarnado; y por soportes un huemul á la derecha y un cóndor á la izquierda, coronado cada uno de estos animales con una corona naval de oro.*»

Debe advertirse que estas explicaciones sobre el significado del escudo chileno adolecen de un grave error en la parte que se refiere al huemul. Este animal es un pequeño ciervo, raro en Chile, que suele encontrar-

se también en la cordillera de Bolivia y el Perú y que nada tiene de extraordinario, pues presenta todos los caracteres propios de los demás ciervos.

El error señalado proviene de una descripción fabulosa del huemul, hecha por el jesuíta Molina en su compendio de Historia Natural de Chile. Molina, sin haber visto el huemul, lo describió como un animal que tenía algo del ciervo y del caballo, dejándose impresionar tal vez por los informes de algún campesino.



Huemul.

Por causa de este error, el huemul ha quedado ocupando en el escudo de la República el sitio que se le dió en 1832.

28.—La Canción Nacional.

En 1810 y por encargo de O'Higgins, D. Bernardo Vera y Pintado compuso un himno patriótico que debía cantarse en las fiestas públicas y especialmente en las que se celebraban el 18 de Septiembre, aniversario de la instalación del primer Gobierno nacional.

Con tal motivo el Ministro de Estado dirigió á Vera, con fecha 2 de Octubre de 1819, una nota de felicitación que decía así:

«La canción patriótica cuya composición encargó su Excelencia el Supremo Director á usted, ha ocupado un distinguido lugar en la fiesta nacional del 18 de

Septiembre, habiendo primero merecido el título de *Cancional Nacional* por sanción de los poderes legislativo y ejecutivo. Su Excelencia tiene la mayor satisfacción de que haya usted desempeñado su encargo manifestando un entusiasmo y brillantez propia de su acendrado patriotismo y acreditado talento. De orden suprema, tengo el honor de comunicarlo á usted para su satisfacción.—Dios guarde á usted muchos años.— Ministerio de Estado, Octubre 2 de 1816.—*Joaquín de Echeverría.*— Señor Doctor D. Bernardo Vera.»



Eusebio Lillo.

En el primer año la Cancional Nacional fué cantada con la música del himno argentino; pero en 1820 un compositor chileno, llamado Manuel Robles, le dió música propia, la cual fué reemplazada en 1828 por la que hoy se usa, compuesta en aquel año por el maestro español Ramón Carnicer.

Los versos de la Canción Nacional expresaban fielmente los sentimientos de aversión que en los corazones chilenos hizo nacer la crueldad de las autoridades españolas durante la reconquista. Más tarde, cuando esos sentimientos se calmaron, muchos españoles pacíficos que habían fijado su residencia en Chile, haciendo de este país su verdadera patria, indicaron la conveniencia de suprimir ó cambiar algunos de esos versos que eran demasiado duros contra España.

A esto se debe la moderna Canción Nacional, escrita en 1847 por D. Eusebio Lillo

CORO

Dulce Patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró
Que la tumba serás de los libres
O el asilo contra la opresión.

I.

Ha cesado la lucha sangrienta,
Ya es hermano el que ayer invasor;
De tres siglos lavamos la afrenta
Combatiendo en el campo de honor.
El que ayer doblegábase esclavo,
Libre al fin y triunfante se ve;
Libertad es la herencia del bravo,
La victoria se humilla á su pie.

II.

Alza, Chile, sin mancha la frente,
Conquistaste tu nombre en la lid:
Siempre noble, constante y valiente
Te encontraron los hijos del Cid.
Que tus libres, tranquilos coronen
A las artes, la industria y la paz,
Y de triunfo cantares entonen
Que amedrenten al déspota audaz.

III.

Vuestros nombres, valientes soldados
Que habéis sido de Chile el sostén,
Nuestros pechos los llevan grabados...
Los sabrán nuestros hijos también.
Sean ellos el grito de muerte
Que lancemos marchando á lidiar,
Y sonando en la boca del fuerte,
Hagan siempre al tirano temblar.

IV.

Si pretende el cañón extranjero
Nuestros pueblos osado invadir,
Desnudemos al punto el acero
Y sepamos vencer ó morir.
Con su sangre, el altivo Araucano
Nos legó por herencia el valor;
Y no tiembla la espada en la mano
Defendiendo de Chile el honor.

V.

Puro, Chile, es tu cielo azulado
Puras brisas te cruzan también,
Y tu campo de flores bordado
Es la copia feliz del Edén.
Majestuosa es la blanca montaña
Que te dió por baluarte el Señor,
Y ese mar que tranquilo te baña
Te promete futuro esplendor.

VI.

Esas galas, ¡oh Patria! esas flores
Que tapizan tu suelo feraz,
No las pisen jamás invasores,
Con su sombra las cubra la paz.
Nuestros pechos serán tu baluarte
Con tu nombre sabremos vencer,
O tu noble, glorioso Estandarte,
Nos verá combatiendo caer.

———

VII.

LA REPÚBLICA

1.—Fin de la guerra.

LA Independencia de Chile quedó afianzada con la ocupación del Perú por el ejército chileno-argentino á las órdenes de San Martín. Mientras el Virrey del Perú se vió libre de los cuidados de la guerra en su propio territorio, se ocupó en hostilizar la Independencia argentina por las provincias limítrofes con la actual República de Bolivia, y en enviar expediciones á Talcahuano, Valdivia y Chiloé para impedir la Independencia de Chile. Pero, una vez que Cochrane dominó el Pacífico con la escuadra chilena y que San Martín tomó posesión de tierra peruana con el Ejército Libertador, el Virrey hubo de renunciar á todo pensamiento de hostilidad contra Chile y la República Argentina. Toda su energía y todos sus recursos fueron destinados á defenderse de la atrevida invasión de los patriotas.

Desde entonces pudo considerarse terminada la guerra de la Independencia de Chile. Sin embargo, los restos del ejército realista derrotado en Maipo se refugiaron en la región montañosa del Sur y se unieron con los araucanos, que vivían siempre en estado de guerra como en la época colonial. Esta alianza de los indígenas y los soldados españoles era impotente para organizar un verdadero ejército y emprender operaciones regulares contra el Gobierno independiente; en cambio, era demasiado poderosa para poner en peligro las ciudades

del Sur y para impedir el cultivo de los campos, destruyendo las siembras, robando los animales y matando á los indefensos campesinos. Durante algunos años no hubo en aquella región seguridad alguna para las personas, ni para las propiedades. Los araucanos y los realistas, animados por igual espíritu de destrucción, vivían en continuo acecho de oportunidades favorables para entregarse á la matanza y al pillaje. Fué menester que el Gobierno mantuviese en el Sur un ejército numeroso, á las órdenes de los más expertos jefes



Asalto de indios á un pueblo del Sur.

militares, para hacer frente á esas partidas de indios y bandoleros que luchaban con salvaje furor. El general Freire estuvo al mando de ese ejército hasta el año 1823; después de esa fecha fué reemplazado por el general Prieto, que conservó el mando hasta 1829; en seguida se nombró comandante en jefe al general Bulnes, que como subalterno había adquirido mucha experiencia en esa lucha, y como jefe supo aprovecharla para emprender una afortunada campaña contra aquellos enemigos. Después de una serie de triunfos

parciales, el general Bulnes venció por completo á los montoneros en 1831, devolviendo la paz á aquella región para que sus habitantes pudieran entregarse con seguridad al trabajo.

El archipiélago de Chiloé, donde los realistas reclutaron sus mejores tropas para hacer la guerra á los patriotas, permaneció en poder de España después de la batalla de Maipo. Sus habitantes se mantuvieron fieles al Rey, porque no había llegado hasta ellos el contagio de las ideas revolucionarias, ni sentían aspiración alguna á la Independencia. Separados por una enorme distancia del centro de las operaciones militares, no tenían noticia exacta del objeto, ni de los resultados de la contienda. Además, el dominio español no tuvo para ellos los caracteres de violencia y crueldad que le hicieron tan odioso en el resto del país. Allí no hubo guerra para someter á los indígenas, que apenas formaban una que otra tribu de indefensos pescadores. En vez del despotismo de los militares castellanos, se hizo sentir en Chiloé, durante la colonia, la pacífica influencia de los sacerdotes encargados de predicar el cristianismo. La sumisión al Rey no fué impuesta por la fuerza de las armas, sino enseñada como un dogma de la Iglesia, por los frailes domínicos y franciscanos que establecieron sus conventos en la isla. Esta predicación religiosa, exenta de crueldades y violencias, hizo de los humildes isleños los súbditos más leales de la España. Así se explica que, lejos de servir á la Independencia, la resistieran, hasta que el Gobierno mandó un ejército para establecer allí el dominio de la República.

2.—Gobierno de O'Higgins.

SE ha visto en las páginas anteriores que O'Higgins fué un modelo de patriotismo, desinterés y valentía. Jamás le perturbó la ambición del mando, jamás procuró obtener ventajas personales; amaba á su Patria y, deseando verla libre, se ponía á su servicio como

soldado y como ciudadano. Mientras otros hacían revoluciones y fomentaban la discordia, O'Higgins se ocupaba sólo en mantener la unión de los patriotas para vencer á los realistas. Es digna de recordarse su conducta respecto de San Martín en Mendoza y en la gran campaña libertadora. El reconoció, desde el primer momento, la superioridad del ilustre jefe argentino y se puso á sus órdenes como el más disciplinado subalterno. En seguida, cuando el triunfo de Chacabuco le hizo jefe del Estado, O'Higgins, no se envaneció con el poder, ni olvidó que San Martín era libertador de Chile y el director necesario de las operaciones militares. En la campaña que precedió á la batalla de Maipo y en la funesta acción de Cancha Rayada, O'Higgins, Director Supremo de Chile, mandaba una división de ejército á las órdenes de San Martín, dando con esto un hermoso ejemplo de modestia personal, de respeto al mérito ajeno y de noble patriotismo.

En el ejercicio del gobierno, O'Higgins tuvo dos propósitos bien determinados: conservar la alianza chileno-argentina y realizar la expedición libertadora del Perú. En lo primero veía, no sólo una condición necesaria para la prosperidad de Chile, sino también el cumplimiento de un deber de gratitud por los servicios recibidos del Gobierno y del pueblo argentino. En lo segundo era guiado por el convencimiento de que la Independencia de Sud-América no estaría definitivamente conquistada mientras la España mantuviese su dominio en un pueblo como el Perú, colocado en el centro del continente y dotado de tan abundantes fuentes de riqueza.

Al tratar de la organización de la primera escuadra chilena y de la expedición al Perú, se ha manifestado el gran mérito que á O'Higgins corresponde por tales hechos. Es justo recordar también que su acción fué hábilmente secundada por el Ministro de Guerra y Marina, José Ignacio Zenteno, hombre infatigable para el trabajo y tan distinguido por su talento como por la firmeza de su voluntad. San Martín, buen juez para

apreciar á los hombres útiles á la Independencia, consideraba á Zenteno entre los primeros. En Mendoza lo llamó á su lado con el carácter de secretario y quedó tan satisfecho de sus servicios, que desde entonces le ocupó en todo trabajo que requería discreción, inteligencia y buen consejo. En Julio de 1817, O'Higgins, que estaba á la cabeza del ejército sitiador de Talcahuano, escribía á San Martín diciéndole que «no conocía un sólo hombre á quien confiar» el Gobierno durante su ausencia. San Martín le contestaba, con fecha 21 de Julio, estas palabras: «Me dice usted que no conoce un sólo hombre á quien dejar la delegación. Hágalo usted en Zenteno y verá si todo toma nervio como corresponde; de lo contrario nada se hace y todo se lo lleva el diablo. Venga Zenteno y verá usted si todo marcha bien.»



José Ignacio Zenteno.

O'Higgins gobernó durante cerca de seis años, desde el mes de Febrero de 1817, después de la batalla de Chacabuco, hasta Enero de 1823. En el desempeño de su cargo pagó tributo á las flaquezas propias de la naturaleza humana ejecutando actos dignos de reproche La posteridad, justiciera á sus méritos y sus servicios se muestra indulgente con sus errores y cubre sus faltas con el velo del olvido. Pero los contemporáneos, agitados por las pasiones que dividían á los partidos políticos, no tuvieron igual tranquilidad para juzgarle. Lejos de eso, olvidaron las virtudes de que él había dado ejemplo, desconocieron la importancia de la obra por él realizada y le trataron con amarga severidad.

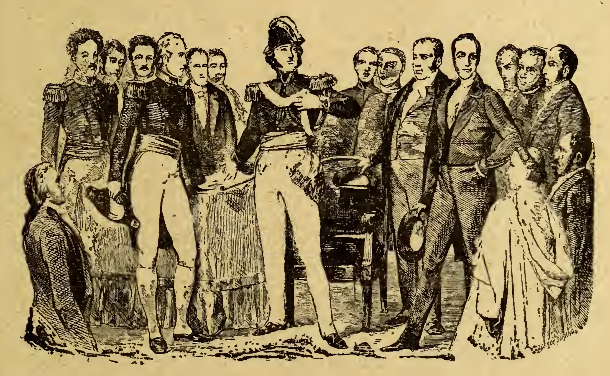
El asesinato de Manuel Rodríguez y el fusilamiento de los Carreras contribuyeron en gran parte á ese

resultado, porque los partidarios de aquellos caudillos no podían perdonar el sacrificio que les fué impuesto. Las contribuciones que O'Higgins tuvo que exigir del pueblo para organizar la escuadra y la expedición al Perú también habían provocado mucho descontento contra él, aún cuando en esto no había error ni culpa de su parte. Por último, O'Higgins se había acostumbrado al régimen militar, que se funda en la obediencia sin discusión, y no comprendió que, una vez asegurada la Independencia, era preciso constituír el Gobierno en una forma verdaderamente republicana. Muchos ciudadanos pedían que se convocase al pueblo á elecciones, que se eligiese un Congreso, que se dictasen leyes para fijar los derechos y obligaciones recíprocas de los gobernantes y los gobernados. O'Higgins opuso tenaz resistencia á estos legítimos deseos de la opinión pública y cometió un error más grave todavía mostrándose dócil á los consejos de hombres que habían servido hasta la última hora la causa realista y que eran enemigos de toda reforma y de toda libertad.

El descontento no tuvo límites cuando se vió que O'Higgins, en vez de conducirse como gobernante republicano, se empeñaba en ejercer una autoridad dictatorial. Los ánimos se irritaron de tal modo que hubo riesgo de ver al país envuelto en una guerra civil. Las tropas acantonadas en Coquimbo y Concepción, desconociendo la autoridad de O'Higgins, se prepararon á atacarle bajo las órdenes de Freire. Por fin, el 28 de Enero de 1823, las personas más notables de Santiago se juntaron en una reunión pública para discutir lo que convenía hacer en tan graves circunstancias. En esa asamblea se produjo un acuerdo unánime para declarar que no era posible permitir por más tiempo que un sólo hombre gobernase á Chile sin leyes y sin Congreso. En consecuencia, se nombró una comisión para que fuese á la Casa de Gobierno á invitar á O'Higgins, á presentarse á la asamblea con el objeto de oír los deseos del pueblo.

Al principio O'Higgins pensó no acudir al llamado.

El era General en Jefe del Ejército y podía hacerse fuerte en el gobierno con el apoyo de las bayonetas. Por fortuna abandonó pronto este mal pensamiento y se dirigió á la casa donde se celebraba la reunión. Las tropas entre tanto permanecían tranquilas en sus cuarteles. Uno de los caballeros allí reunidos tomó la palabra, á nombre de la asamblea, para exponer á O'Higgins las quejas que el pueblo tenía en su contra y pedirle que hiciese abdicación del mando. O'Higgins



Abdicación de O'Higgins.

contestó, con digna entereza, que su único pensamiento había sido servir bien á la patria y que no reconocía á esa asamblea el derecho de disponer del Gobierno Nacional. A esto replicó otro de los asistentes: «Es cierto que V. E. es Director de toda la República y que aquí no se encuentra más que el pueblo de Santiago; pero yo tuve también la honra de concurrir á la reunión que nombró á V. E. Supremo Director y esa reunión se hizo sólo del pueblo de Santiago y con un número de personas mucho más limitado que el presente.» También se observó á O'Higgins que su autoridad había sido desconocida por el pueblo y las guarniciones de Coquimbo y Concepción. Estos razona-

mientos convencieron á O'Higgins de que su deber como ciudadano era sacrificarse para evitar á la República la desgracia de una guerra civil. Se sometió entonces á la voluntad de la asamblea y entregó el mando á una Junta de Gobierno constituída para reemplazarle interinamente.

Poco tiempo después O'Higgins pidió permiso para salir de Chile. No pudiendo vivir tranquilo en el país, porque los descontentos de su Gobierno eran muy numerosos y le trataban duramente, prefirió condenarse á voluntario destierro. En Julio de 1823 se embarcó en Valparaíso, con su madre y su hermana, en una nave que zarpaba con rumbo al Callao. El Gobierno peruano le recibió con expresivas manifestaciones de respeto y le obsequió una hacienda en recompensa de sus servicios. Allí vivió O'Higgins, ocupado en el cultivo del campo, hasta el año 1842, fecha de su muerte.

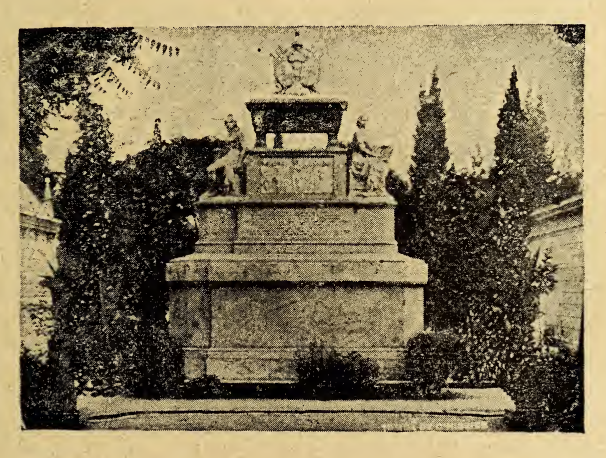


Estatua de O'Higgins en Santiago.

Los servicios de O'Higgins á la Independencia de Chile y de la América fueron inmensamente mayores que sus faltas como gobernante. Las buenas cualidades de su carácter fueron también mucho más notables que sus defectos. Con el transcurso de los años se calma-

ron las pasiones políticas de sus adversarios y la República supo honrar la memoria del más ilustre de sus organizadores.

La repatriación de sus restos fué acordada por el Congreso en 1844; pero sólo llegó á efectuarse en 1868. En este último año la escuadra chilena, al mando del anciano Almirante Blanco Encalada, zarpó de Valparaíso con rumbo al Callao para recibir allí la urna que encerraba las cenizas del héroe. Cuando la escuadra



Tumba de O'Higgins en Santiago.

regresó á Valparaíso, el pueblo hizo una solemne manifestación en recuerdo de O'Higgins. Los restos fueron transladados á Santiago cuyos habitantes los recibieron y los acompañaron, con gran pompa, al cementerio general, donde hoy reposan. Más tarde se erigió en la Alameda de Santiago la estatua que representa á O'Higgins en el momento de salir de Rancagua. O'Higgins pudo haber dicho, como San Martín: que en su Patria se le haría justicia cuando los hombres le juzgaran sin pasión.

O'HIGGINS

Modelo de virtud, noble guerrero,
No fué tu guía la ambición villana,
No fué tu espada el hierro carnicero
Avido de teñirse en sangre humana.
El amor de la Patria era tu norte,
Un rayo de justicia era tu espada
Y al conducir al campo tu cohorte,
A vencer ó morir por ti adiestrada,
Sólo al deber sagrado obedecías!
Con el valor ardiente del patriota
Por la causa más santa combatías,
Y admirable en el triunfo y la derrota,
Que en su eterno vaivén la suerte fragua,
Siempre atrevido, ardiente y generoso,
No sé dónde te elevas más grandioso:
Si acaso en Chacabuco ó en Rancagua!...

J. A. Soffia.

3.—Gobierno de Freire.

EL sucesor de O'Higgins en el Gobierno de la República fué el general Ramón Freire, que tanto se había hecho notar en la guerra desde las campañas de 1813 y 1814.

El mayor mérito de Freire consistía en su conducta en el famoso desastre de Rancagua. Durante los dos días del combate dió ejemplo de valor á todo el ejército y mereció que O'Higgins le llamase el bravo entre los bravos. A la salida de la plaza se puso al lado de O'Higgins, al frente de los patriotas, y sable en mano, cargó sobre el victorioso español. Más tarde, en el sitio de Talcahuano y en la batalla de Maipo, adquirió nuevos títulos á la gloria militar.

Para dar satisfacción á los deseos del pueblo, Freire ordenó que se eligiese un Congreso. Esta corporación, reunida el mismo año 1823, dictó una Constitución

para la República y declaró la completa libertad de los esclavos que había en Chile. Esta ley vino á completar la obra del Congreso de 1811, que se había limitado á declarar libres á los hijos de los esclavos.

Los españoles dominaban todavía en el archipiélago de Chiloé, donde había algunas tropas á las órdenes del coronel Antonio Quintanilla, jefe inteligente y valeroso, que estaba dispuesto á hacer todo sacrificio en honor de la bandera de su Patria. La Independencia de Chile podía estar en peligro mientras los españoles fuesen dueños de aquellas islas. En efecto, era posible que, con auxilios traídos de España, se organizase allí un ejército para emprender operaciones en la primera oportunidad y librar nuevas batallas á los patriotas. Además el Gobierno comprendía que, por el honor de la República, era necesario libertar del dominio español hasta la última pulgada de su territorio.



General Freire.

En Enero de 1824 el general Freire se dirigió al sur con algunos elementos de guerra, completó en Valdivia sus aprestos, y un mes más tarde, se embarcó con 2,500 soldados para invadir y libertar la isla grande de Chiloé. Esta campaña fué muy penosa por la abundancia de las lluvias en aquella región. Los patriotas obtuvieron algunas ventajas; pero no lograron vencer á Quintanilla, que organizó la resistencia con la pericia de un excelente militar. La prolongación de la campaña fué imposible para el general Freire, porque le faltaron municiones y no tuvo como reemplazar á los soldados que se enfermaban. Se vió, por esto, en

la necesidad de suspender las operaciones y regresar á Santiago. Año y medio más tarde organizó un nuevo ejército expedicionario de 3,000 hombres, venció á los españoles y libertó por fin á Chiloé el 22 de Enero de 1826.

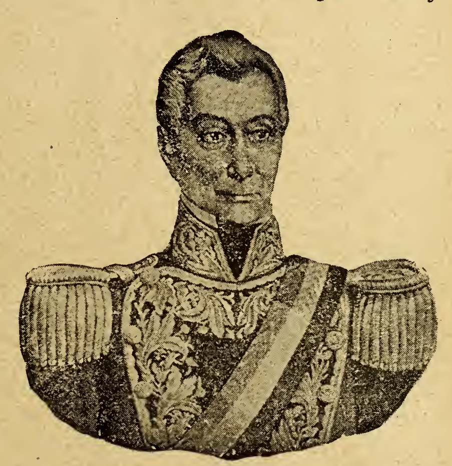
El general Freire sólo gobernó hasta el mes de Julio de 1826. Los chilenos, que siempre estuvieron unidos durante la guerra contra los españoles, se dividieron en diversos bandos después del triunfo. Estos partidos se disputaban el poder como si fueran enemigos y perdían el tiempo en el Congreso en agitadas discusiones. Freire disolvió el Congreso y, por segunda vez, llamó al pueblo á elecciones. Este acto arbitrario, lejos de poner término á las dificultades, las hizo más graves y aumentó el número de los que hacían oposición al Gobierno. Por fin, el general Freire renunció el mando, convencido de que le era imposible ejercerlo con tranquilidad.

4.—Cinco años de anarquía.

EN reemplazo de Freire fue elegido Presidente de la República el Almirante Blanco Encalada, que no alcanzó á gobernar sino dos meses; en su lugar fué designado D. Agustín Eyzaguirre, que no llegó á completar cinco meses de gobierno; volvió á ser Presidente el general Freire, que renunció á los tres meses; tomó entonces el mando (2 de Mayo de 1827) el general D. Francisco Antonio Pinto, y lo conservó hasta el mes de Julio de 1829; volvió á tomarlo en Agosto y lo renunció definitivamente en Noviembre del mismo año.

Este continuo cambio de Presidentes era el resultado de la discordia que reinaba entre los ciudadanos. Nadie podía gobernar tranquilamente, porque los partidos no respetaban las leyes, ni se cuidaban de guardar el orden público. En este período de agitaciones políticas y de movimientos revolucionarios, merece, sin embargo, ser recordado con gratitud el general Pinto, que sirvió al país con desinterés y patriotismo.

El general Pinto era un hombre ilustrado y justo. Había sido Ministro de Chile en Londres y en Buenos Aires; también había tomado parte en la guerra de la Independencia del Perú al mando de un cuerpo del ejército chileno. En esos servicios diplomáticos y militares se había hecho notar por su inteligencia y por la tranquilidad de su carácter. Estas mismas cualidades le distinguieron como Presidente de Chile. Quiso mantenerse alejado de las rivalidades de los partidos y dedicar su tiempo á trabajos útiles para la Patria. Fundó escuelas y colegios; mejoró notablemente la administración de las rentas nacionales; fué un gobernante muy respetuoso de la ley y del Congreso. Durante el gobierno del general Pinto llegaron á Chile dos hombres de extraordinario mérito: el literato español D. José Joaquín de Mora, que fundó un notable colegio en Santiago, y el sabio D. Andrés Bello. Mora permaneció pocos años en Chile; fué desterrado en 1830 por haber tomado parte en las luchas políticas. Bello hizo de Chile su segunda Patria, la sirvió con cariño, se consagró á la enseñanza y mereció la gratitud nacional por sus notables trabajos y por sus grandes virtudes.


General Pinto.

La administración del general Pinto fué perturbada

por las contiendas de los partidos, que en vez de dar fin á sus rivalidades, continuaban tratándose como enemigos irreconciliables. Los liberales triunfaron en las elecciones de diputados y el Congreso dictó, en 1828, una Constitución que establecía en Chile las prácticas políticas de los pueblos más libres; los conservadores no se resignaron con su derrota electoral, conspiraron contra el Gobierno y, por último, hicieron una revolución, á fines de 1829. Jefe militar de esta revolución fué el general D. Joaquín Prieto que estaba en Arauco al mando de las tropas encargadas de perseguir á los indios y los montoneros realistas. El general Prieto marchó sobre Santiago; las tropas que quedaron fieles al Gobierno salieron á su encuentro y le presentaron batalla en la chacra de Ochagavía. El resultado del combate fué indeciso; pero los jefes enemigos hicieron un convenio según el cual volvería á ser Presidente de Chile el general Freire mientras se hacían nuevas elecciones.

Este convenio no fué cumplido. El general Prieto ocupó con sus tropas á Santiago, donde se formó una junta provisoria de Gobierno. Poco más tarde, á principios de 1830, se reunió un Congreso, que nombró Presidente de la República á D. Francisco Ruíz Tagle y Vicepresidente á D. José Tomás Ovalle, quien ejerció el mando por renuncia de aquél. El general Freire, apoyado por los liberales, desconoció la autoridad del Presidente Ovalle y formó un ejército con el cual presentó batalla al general Prieto cerca de Talca, á orillas del río Lircay. El combate fué sangriento. Eran chilenos los dos ejércitos y pelearon con el mismo encarnizamiento con que los patriotas habían peleado contra las tropas del Rey. En el campo del combate quedaron muertos cerca de dos mil ciudadanos. El triunfo favoreció al general Prieto, que representaba y servía al partido conservador.

En esa sangrienta batalla, como en otras que más tarde se han librado también en guerras civiles, los vencedores trataron á los vencidos con terrible cruel-

dad. El enemigo que cae prisionero tiene siempre derecho al respeto y protección del vencedor. Esta regla de humanidad rige, sobre todo, en las guerras civiles, cuando pelean entre sí los hijos de una misma Patria. Por desgracia, los soldados se enfurecen en el ardor de las batallas y se conducen, no como seres racionales, sino como fieras. Es necesario que el pueblo aprenda á condenar estos excesos para que en nuevas guerras sean valerosos sin crueldad, mostrándose humanos en medio de los horrores de la batalla.

5.—Libertad de comercio.

A pesar del desorden político, de los frecuentes cambios de gobierno y de las sangrientas revoluciones, la Independencia produjo en Chile, desde el primer día, muy benéficos resultados. El mayor de estos beneficios fué la libertad de comercio, en virtud de la cual los habitantes quedaron autorizados para comprar y vender mercaderías según sus conveniencias y sus necesidades.

Cada hombre necesita alimentos, vestuarios, casa de habitación, muebles para la casa, servicio para la mesa é innumerables cosas. Ninguna persona puede procurarse todos estos objetos por su solo esfuerzo, porque la producción ó fabricación de cada uno exige, no sólo mucho tiempo, sino también capitales, herramientas, máquinas y obreros especiales. Por tal razón, los hombres, para satisfacer sus necesidades, tienen que trabajar en distintos oficios—unos en la agricultura, otros en la minería, otros en las fábricas—y cambiar entre sí sus respectivos productos. Estos cambios se hacen por medio de compras y ventas según las necesidades de cada persona.

Los pueblos, que no son otra cosa que grandes reuniones de hombres. también tienen que hacer estos cambios de mercaderías. Chile, por ejemplo, necesita azúcar y no la produce, necesita tejidos y no los fabrica; para tener esas mercaderías, y muchas otras que le

son igualmente necesarias, vende cobre, plata, salitre, trigo y demás productos de su suelo, á comerciantes que los compran para transportarlos á otros pueblos que tienen necesidad de ellos. Este comercio universal tiene en actividad constante á innumerables buques, vapores y ferrocarriles que cruzan la tierra en todas direcciones.

La libertad de comprar y vender mercaderías es tan razonable, tan justa y necesaria, que parece imposible que alguna vez los hombres hayan sido privados de ella. Pues bien, los chilenos no tenían esa libertad cuando eran gobernados por las autoridades que nombraba el Rey de España. Ya se ha dicho que los extranjeros no podían establecerse en Chile, que tampoco podían venir buques con mercaderías de Inglaterra, Francia y otras naciones, porque el comercio de todas las colonias americanas era un privilegio reservado exclusivamente á los españoles.

Por causa de este privilegio, los tejidos, los cuchillos y tenedores, la cristalería y demás productos de las fábricas inglesas y francesas no podían llegar á Chile en buques de esas nacionalidades, ni ser vendidos por los mismos fabricantes. Dichos productos eran llevados primero á España; allí los compraban los comerciantes que volvían á embarcarlos en buques españoles y los mandaban á América con permiso del Rey. De esto resultaba que las mercaderías llegaban á Chile recargadas con muchos gastos y que los comerciantes españoles privilegiados, libres de competidores, fijaban para la venta precios exorbitantes. Así, la privación de la libertad de comercio obligaba á los chilenos á pagar por aquellas mercaderías precios tres ó cuatro veces mayores que lo justo.

No era ese el único daño que recibían los chilenos por la falta de libertad de comercio. También les estaba prohibido vender á los extranjeros sus productos agrícolas y mineros. Los ingleses necesitaban comprar cobre y trigo de Chile; á los chilenos les convenía hacer este negocio, porque podían vender esos productos á

muy buenos precios y también porque los buques que vinieran á embarcarlos traerían mercaderías de Inglaterra para venderlas baratas. Pero el Rey no permitía realizar tales negocios y los chilenos sólo podían vender un poco de trigo á los comerciantes españoles que lo compraban para llevarlo al Perú.

La Junta de Gobierno establecida en 18 de Septiembre de 1810 puso término al odioso privilegio de los españoles, decretando, en Febrero de 1811, que «los puertos de Valdivia, Talcahuano y Valparaíso quedaban abiertos al comercio libre de las potencias extranjeras.» Este decreto, derogado por los españoles vencedores en Rancagua y restablecido por los patriotas vencedores en Chacabuco, produjo muchos bienes: los chilenos pudieron comprar á bajo precio las mercaderías europeas y pudieron vender con más provecho las producciones nacionales; aumentaron así las comodidades de la vida, hubo trabajo abundante para el pueblo, la agricultura hizo progresos considerables y la minería tomó gran desarrollo en las provincias del Norte.

Durante la época colonial, en el año más favorable, Chile exportaba, según informaciones de D. Manuel Salas, 275,000 pesos en trigo y 116,000 pesos en cobre. Después de la Independencia las exportaciones aumentaron gradualmente, merced á la libertad de comercio, pasando algunos años de 6.000,000 de pesos en trigo y de 20.000,000 de pesos en cobre. Esta prosperidad de la agricultura y la minería ha enriquecido á la República y ha sido el fundamento de todos sus progresos.

6.—Contribuciones y gastos públicos.

En tiempo de los españoles Chile era el país más pobre de la América. Los gastos públicos ascendían á poco más de 600,000 pesos al año. Casi la mitad de esta suma se gastaba en sostener el ejército ocupado en las guerras de Arauco. La otra mitad se empleaba en pagar los sueldos del Gobernador,

que ganaba 10,000 pesos al año, de los jueces, de los tesoreros y todos los empleados civiles y eclesiásticos desde Atacama hasta Chiloé.

Había varias contribuciones para reunir estos fondos. La más importante era la del *estanco*, pagada por los consumidores de tabaco. El cultivo de esta planta estaba prohibido en Chile y la venta del artículo no era libre. Las autoridades traían á Chile tabaco comprado en el Perú y lo vendían á los chilenos á un precio mucho más alto, con lo cual obtenían, para atender á los gastos públicos, una renta de 250,000 pesos al año. Cada vez que se vendía una casa ó una hacienda se pagaba una contribución, llamada *alcabala*, que producía 130,000 pesos al año. También había contribuciones de *aduana*, para las mercaderías que se importaban y se exportaban.

Estas contribuciones reunidas nunca alcanzaron á producir una suma igual á los gastos del servicio público, que casi siempre fueron mayores que el producto de las contribuciones en 50,000 ó más pesos al año. Para cubrir este déficit se traía anualmente, por orden del Rey, una parte de las rentas que las autoridades españolas percibían en el rico Virreinato del Perú.

Después de la Independencia, los gastos de Chile aumentaron bastante, porque fué necesario pagar las deudas contraídas para hacer la guerra, mantener un ejército más numeroso para defenderse de todo nuevo ataque de los españoles, organizar y mantener la escuadra, nombrar más empleados para mejorar la administración pública, fundar escuelas y colegios, construír caminos y realizar otros trabajos de importancia.

Con el objeto de atender á estos gastos el Gobierno republicano mantuvo las contribuciones que había en tiempo de los españoles. El *estanco* y la *alcabala* produjeron más que durante la colonia, por la prosperidad de los negocios; las contribuciones de Aduana dieron también un producto mucho mayor, porque la libertad de comercio hizo que aumentasen las exportaciones y las importaciones. Pero estas rentas no eran suficientes

para los gastos de la República, que en 1828 llegaban ya á dos millones de pesos. Fué por esto necesario establecer otras contribuciones, entre las cuales puede citarse la de patentes, pagada por los dueños de almacenes, tiendas y talleres y el impuesto agrícola, pagado por los dueños de haciendas.

La abundante producción de las minas y los progresos de la agricultura permitieron á los chilenos pagar sin sacrificios las nuevas contribuciones. Sin embargo, el producto de éstas tampoco alcanzaba á satisfacer todas las necesidades de la República y los Gobiernos tenían que ser tan prudentes como económicos para poder cumplir los compromisos nacionales. Durante más de cincuenta años los Gobiernos de Chile se vieron siempre en dificultades por causa de la pobreza. Es admirable que con recursos tan escasos lograran mejorar la administración pública, aumentar constantemente el número de las escuelas y colegios, construír caminos, ferrocarriles y telégrafos y ejecutar otras obras de importancia. Para conseguir estos resultados fueron muy severos en la inversión de las rentas, economizaron hasta los centavos y jamás gastaron en empleos inútiles, ni en trabajos de lujo.

Conviene recordar la pobreza y la economía de los antiguos Gobiernos, no sólo porque es justo tributarles un aplauso, sino también porque ello sirve de censura á los Gobiernos que, después de 1880, han tenido á su disposición centenares de millones de pesos y los han gastado pródigamente, sin cuidarse de asegurar la prosperidad futura de la República.

VIII.

RÉGIMEN DE AUTORIDAD

1.—Don Diego Portales.

EL partido conservador, victorioso en la batalla de Lircay, era dirigido por D. Diego Portales, ciudadano que, por tal motivo, ejerció grande influencia en el gobierno de la República y cuyo nombre es inseparable de los hechos más importantes de la historia nacional.



Diego Portales.

Portales nació en Santiago en 1793. Su padre le hizo estudiar con los mejores maestros que había en Chile; pero él, aunque era inteligente, aprendió muy poco, no sólo por falta de competencia de los maestros, sino también porque su carácter le inclinaba más al juego que al estudio. Siempre estaba dispuesto á burlarse de sus profesores y de sus condiscípulos, haciéndoles objeto de toda clase de travesuras. Una vez se propuso obligar al director del colegio á dar salida extraordinaria á los alumnos internos y realizó su propósito rompiendo las ollas de la

cocina é impidiendo así que se preparase la comida «En más de una ocasión vistió con la sotana del rector, que regularmente era algún canónigo, su propia mula calesera.» Su padre tenía un negro esclavo que le servía de cochero. Este usaba, cuando iba con el coche, un sombrero de lata, semejante á los que se colocan de muestra en las puertas de las sombrererías. Una mañana el niño Portales calentó el sombrero al fuego y, llamando apuradamente al negro, se lo puso en la cabeza. El esclavo infeliz gritó de dolor y el niño, en vez de arrepentirse de esa crueldad, la celebró como una ocurrencia muy chistosa.

Cuando comenzó la guerra de la Independencia Portales tenía edad bastante para hacerse soldado. Pero no sentía afición á la vida militar, ni entusiasmo por la Independencia, y permaneció tranquilo en Santiago hasta el año 1824. Entonces se hizo comerciante y poco después se transladó con un negocio al Perú, donde vivió cerca de dos años. Volvió en seguida á Chile y siguió trabajando en Valparaíso hasta el año 1827. En ese tiempo se transladó á Santiago y por primera vez tomó parte en la política.

El país se encontraba, como ya se ha dicho, perturbado por continuas agitaciones revolucionarias. Las leyes se cambiaban casi todos los años. Los Presidentes y los Congresos no duraban más que las leyes. Los soldados que habían combatido por la Patria en la guerra de la Independencia, no sabían, en este desorden, á quién debían obediencia y respeto. Se hacían la guerra unos á otros, siguiendo cada batallón el partido á que pertenecía su comandante. Hubo cinco años de revoluciones, que hicieron mucho mal á la República y causaron la muerte de gran número de ciudadanos. Portales ayudó activamente al movimiento militar encabezado por el general Prieto y, después de la batalla de Lircay, fué nombrado, por el nuevo gobierno, Ministro del Interior.

El Presidente D. José Tomás Ovalle era un buen padre de familia, un agricultor inteligente y laborioso;

pero la timidez de su carácter le hacía incompetente para ejercer el mando. El Ministro Portales, por el contrario, parecía haber nacido para mandar; era enérgico, atrevido y muy rápido en sus resoluciones; tenía una inteligencia clara para estudiar todos los problemas de la administración pública y un carácter imperioso para hacerse respetar de cuantos á él se acercaban. El Presidente se sintió dominado por el Ministro y le dejó en libertad de gobernar á su agrado. El primer acto de Portales fué separar del ejército á todos los oficiales que habían defendido al Gobierno anterior. Con esto cometió una grave injusticia, porque esos oficiales habían cumplido su deber defendiendo al Gobierno. Además era una crueldad dejar en la miseria á las familias que ellos mantenían con sus sueldos, mayormente, si se considera que los oficiales destituídos habían prestado buenos servicios en la heroica guerra de la Independencia. Pero el Ministro Portales sólo pensaba en evitar que se repitiesen las revoluciones y, para conseguirlo, no vacilaba en ser injusto y cruel con los mejores servidores de Chile.

En seguida Portales se ocupó en organizar los servicios de la administración pública. Diariamente llegaba á su oficina de madrugada, se imponía de los negocios pendientes y ordenaba despacharlos en el acto, á fin de que nadie pudiera quejarse de que los empleados eran flojos en el trabajo. Deseaba también que los ciudadanos supiesen cuánto hacía el Gobierno y con este objeto estableció un periódico oficial, destinado á publicar todos los decretos y á dar cuenta de la manera cómo se gastaba el dinero que producían las contribuciones. Quería que los empleados del Gobierno fuesen siempre respetados por su honradez. Bastaba que alguno observase mala conducta para que inmediatamente le destituyese. También dictó un decreto ordenando que, cuando algún diario dijese que un empleado faltaba á su deber, éste se presentase al juez para probar su inocencia y pedir el castigo del diario; el empleado que no procediese de este modo, debía ser destituído sin más trámite.

En ese tiempo fué necesario elegir Presidente en reemplazo de Ovalle, que desempeñaba este cargo provisoriamente. Los amigos de Portales querían que él fuese elegido. En todo el país había numerosos partidarios suyos que tenían igual deseo. Pero Portales no tenía la ambición de ser Presidente y, cuando sus amigos hablaban de esto, él contestaba: «No quiero gloria, ni brillo, ni empleos de ninguna clase, aborrezco el mando y mil veces he asegurado que no mandaré el país.» Portales aconsejó que se eligiese Presidente al general D. Joaquín Prieto, y luego que éste fué elegido, renunció el Ministerio para retirarse á Valparaíso y atender sus negocios, que estaban abandonados.



General Joaquín Prieto.

Portales era comerciante de profesión y tenía gusto por los negocios; sin embargo, nunca mostró afición á las riquezas, ni inclinación al lujo. Por el contrario, miró el dinero con desprecio y vivió muy modestamente. Cuando era Ministro ni siquiera cobraba su sueldo. Después de su muerte se supo, por sus papeles privados, que en esa época él estaba muy pobre, llegando á verse en dificultad para juntar doscientos pesos que necesitaba con urgencia. Sin embargo, prefería soportar en silencio esta pobreza antes que recibir dinero del Gobierno. El era la persona que entonces prestaba mejores servicios al país, también era el hombre cuya voluntad tenía más poder en el Gobierno; por esto mismo, para dar ejemplo de delicadeza y desinterés, no pedía nada para él, ni recibía el justo pago de su trabajo.

Mientras estuvo retirado del Gobierno, Portales consagró toda su vida al arreglo de sus negocios para pagar á varios acreedores 35,000 pesos que adeudaba su antigua casa de comercio. Este hombre, que tuvo en sus manos el gobierno absoluto y la administración de todas las rentas nacionales, se retiró á la vida privada para hacer economías y vender sus bienes á fin de liquidar sus negocios. En cartas de esa época escribía á un amigo lo siguiente:

«Hasta en la comida economizo y no quiero gastar un real siempre que pueda ahorrarlo; me mantengo con la esperanza consoladora de que podré tener algún día qué gastar, sin el contrapeso de defraudar á mis acreedores.»

«No soy hombre á quien asusta la idea ó temor de vivir en la miseria; el ánimo está hecho y, no debiendo á nadie, tal vez sea más feliz en la pobreza que en la abundancia. Es necesario pagar en el día, si es posible, á mis acreedores, transando con ellos del modo que se pueda, pero contando con mis propios recursos y sin entrar en nuevos empeños: esta es mi firme resolución.»

Portales alternaba las grandes ocupaciones de Ministro con los alegres pasatiempos de los jóvenes calaveras. Tenía en Santiago una casa de diversión, que él llamaba «la Filarmónica,» donde pasaba muchas noches «al son del arpa y de la vihuela.» Se recuerda que, hablándole allí sus amigos para que aceptase la Presidencia de la República, él les dijo, por única respuesta, estas palabras: «¿Se imaginan ustedes que voy á cambiar la Presidencia por una zamacueca?»

Un cura de Valparaíso, que pretendía ser canónigo de la catedral de Santiago, fué á visitar á Portales, y le ofreció declararle por testamento heredero de todos sus bienes. Portales refiriendo el suceso á un amigo, le escribió lo siguiente: «Ud. pensará que esto me causaría una grande impaciencia; pues nada menos que eso.

Con sangre muy fría me puse á pensar en la miseria

humana y hubiera querido hacer obispo al cura por su torpeza de darme esperanzas de ser su heredero, para moverme á que yo le hiciese canónigo.»

En el ejercicio del poder, Portales imponía su voluntad con dureza y exigía que todos le prestasen obediencia. En el trato privado daba al olvido su alta posición política, era el más alegre y expansivo de los asistentes á su tertulia y se burlaba de las personas que, mirándole siempre como Ministro, procuraban agradarle con adulaciones ó lisonjas. Un día, en su quinta en Valparaíso, llamó al sirviente para pedirle un vaso de agua. Uno de sus visitantes tuvo la infeliz idea de hacer las veces del sirviente y se apresuró á ir en busca del agua. Portales, para castigar este acto de servilismo, salió de la sala cuando vió que su visitante se acercaba con el vaso y, sin mirar atrás, marchó hacia el interior de la quinta, seguido de cerca por el adulón, á quien obligó, de este modo, á andar cerca de una cuadra en medio de las risas de sus amigos.

El Presidente Prieto, cediendo á los ruegos de numerosas personas, mandó decir á Portales, que había comprometido su palabra de honor para indultar á un músico de un batallón cívico, condenado á muerte por asesino. «Diga usted al Presidente, contestó Portales, que ha hecho muy bien en dar su palabra de honor para el indulto, puesto que la Constitución le da esta facultad; pero que nombre otro Ministro de la Guerra que autorice ese decreto.» El Presidente no se atrevió á proceder contra la voluntad de Portales y el músico fué fusilado.

2.—Constitución Política de 1833.

EL Gobierno conservador, después de haber aniquilado á los liberales con la derrota y el destierro, necesitaba destruír también la Constitución dictada por aquéllos en 1828 y reemplazarla por otra que, concentrando el poder en manos del Jefe del

Estado, diese á éste una autoridad sin límites para conservar el orden público.

Con tal objeto, por ley de 1.º de Octubre de 1831 se convocó una convención que, reunida en Santiago, dictó en 1833 la nueva Constitución de la República. Este código dió al Presidente de Chile atribuciones tan amplias como las que tienen los Reyes en las monarquías constitucionales y le autorizó especialmente para usar, en ciertos casos, de facultades extraordinarias, suspendiendo la vigencia de la misma Constitución y de todas las leyes.

Este sistema de gobierno no podía conciliarse con las aspiraciones democráticas de los fundadores de la Independencia, y equivalía, en cierto modo, á restablecer, bajo el nombre de República, el despotismo colonial. Pero forzoso es confesar que la anarquía política de los años anteriores había puesto en evidencia que era indispensable constituír una autoridad fuerte para conservar la paz pública. Tener libertades escritas en las leyes y vivir en perpetua revolución, no podía ser provechoso para el país, ni hacer felices á los ciudadanos. Los constituyentes de 1833 pensaron que la primera necesidad nacional era afianzar el orden, y para conseguir este resultado, no vacilaron en armar al Presidente de la República de un poder omnímodo.

La experiencia de largos años ha demostrado que los gobernantes de aquel tiempo tenían razón. La anarquía desapareció de la República para siempre y, aun cuando en tres ocasiones, después de esa fecha, se ha perturbado la paz pública, la Constitución de 1833 ha permitido á la autoridad legítima mantener ó recobrar su imperio. Hasta el año 1870 la Constitución rigió tal como la dictaron sus autores; después de ese año ha sido reformada varias veces en algunos puntos esenciales, de suerte que ya no está en pugna con los principios del Gobierno republicano. En efecto, se han limitado las atribuciones del Presidente de la República, se ha suprimido casi el uso de las facultades extraordinarias, se ha dado mayor independencia al poder judicial

y á la autoridad municipal, y, finalmente, se ha procurado dar completa independencia á los ciudadanos para el ejercicio de sus derechos electorales.

Estas reformas de la Constitución en sentido democrático se han realizado por el esfuerzo común de todos los partidos. Los conservadores la resistieron durante algunos años; pero al fin, reconociendo que habían desaparecido los antiguos peligros de anarquía, concluyeron por aceptarlas y hacerlas triunfar con sus votos en el Congreso.

3.—Finanzas y comercio.

EL gobierno del Presidente Prieto tiene un mérito que le recomienda particularmente al aprecio nacional: organizó la Hacienda Pública y convirtió á Valparaíso en emporio comercial del Pacífico.

El Ministro de Hacienda D. Manuel Rengifo, hombre laborioso, probo y conocedor de los negocios, se empeñó en regularizar la administración de las rentas nacionales á fin de cumplir los compromisos contraídos en nombre de la República y de pagar puntualmente los servicios públicos. Durante el Gobierno de O'Higgins se había contratado en Londres un empréstito de cinco millones de pesos, que equivalen á 13.333,333 pesos de la moneda actual de oro, para atender á los últimos gastos de la guerra de la Independencia y realizar la expedición libertadora del Perú. El servicio de esta deuda fué desatendido por causa de la anarquía que dominó en el país ántes de 1830. En consecuencia, el crédito de la República estaba perdido en el extranjero y era preciso restablecerlo por medio del pago exacto de los intereses y amortización de la deuda. Desgraciadamente los recursos fiscales eran escasos y no bastaban para pagar los gastos de la administración interna. Los empleados públicos no recibían puntualmente sus sueldos y eran acreedores del Estado por gruesas sumas.

El Ministro Rengifo puso orden en este laberinto, acrecentó las rentas por la reforma del impuesto adua-

nero, moderó los gastos por medio de la economía y así logró reunir recursos para atender al servicio de la deuda dentro y fuera de la República. Desde aquel tiempo el Gobierno ha cuidado siempre de pagar sin retardo á los acreedores de la Nación; á ello se debe la confianza que los capitalistas europeos han tenido en las obligaciones que se contraen á nombre de Chile.

Al Ministro Rengifo se debe también el progreso comercial del puerto de Valparaíso. Durante la colonia éste era el puerto americano más distante de la Europa, porque las mercaderías extranjeras venían por Panamá y el Perú ó por Buenos Aires y la vía de la cordillera. Raras veces llegaba á Chile algún buque de comercio que viniera directamente de Europa doblando el Cabo de Hornos. Después de la Independencia, Valparaíso pasó á ser el puerto del Pacífico más cercano de la Europa, porque, mediante la libertad de comercio, se estableció con regularidad la navegación por la vía del Cabo, y las naves, al fin de tan largo viaje, recalaban á las costas de Chile. En aquel tiempo sólo se conocía la navegación á la vela; el viaje de ida y vuelta entre Valparaíso y Liverpool duraba á lo menos seis meses; tampoco había telégrafos, por lo cual era imposible abreviar ese largo plazo en la recepción de las mercaderías que se pedían á Europa. Por estos motivos el comercio europeo necesitaba establecer en el Pacífico un gran depósito de mercaderías generales para ofrecerlas sin retardo á los consumidores. El Ministro Rengifo comprendió toda la importancia que tendría para


Manuel Rengifo.

Chile el establecimiento en sus costas de aquel depósito y tuvo la feliz idea de habilitar en Valparaíso almacenes fiscales muy espaciosos y de permitir el embarque y reembarque de mercaderías extranjeras libres de todo impuesto. Esta franquicia produjo los buenos resultados que el Ministro había previsto. Valparaíso fué el centro de todas las operaciones comerciales del Pacífico y conservó esa ventaja hasta el día en que la navegación á vapor y el cable submarino, disminuyendo las distancias, permitieron tener en estos mares, en poco más de un mes, todo lo que se pide á las fábricas europeas.

4.—Administración eclesiástica.

LA guerra de la Independencia dividió á los sacerdotes, como á todos los habitantes de Chile, en dos bandos: uno en favor del Rey y otro en favor de la Patria. Se recordará que en 1813, cuando el general Pareja ocupó á Concepción, el Obispo Villodres predicaba, en nombre de Dios, la guerra contra los patriotas, y que el Obispo Andreu y Guerrero, tomando también el nombre de Dios, predicaba al ejército del general Carrera la guerra contra los soldados del Rey.

Durante la reconquista, fué consagrado Obispo de Santiago D. José Santiago Rodríguez, sacerdote que tenía gran fama de talento y virtud. El Obispo Rodríguez era partidario ardoroso del Rey y llamaba á los patriotas «pérfidos insurgentes é infames traidores;» de consiguiente, celebró como un gran triunfo el desastre de Rancagua y contribuyó con sus consejos á establecer la odiosa tiranía que tanto hizo sufrir á los patriotas en aquella época. Por esta causa, después del triunfo de Chacabuco, el Gobierno chileno dictó orden de destierro contra el Obispo, que se retiró á Mendoza, permaneciendo alejado del país hasta que en 1822 el general O'Higgins le dió permiso para regresar.

El Gobierno deseaba hacer desaparecer todo desa-

cuerdo entre las autoridades republicanas y las autoridades eclesiásticas; para conseguirlo envió á Roma, como representante ante el Papa, al ilustrado y virtuoso canónigo D. José Ignacio Cienfuegos. A consecuencia de esta misión, vino á Chile, como Vicario Apostólico, el Arzobispo D. Juan Muzzi, acompañado de su secretario D. José Sallusti y del canónigo D. Juan María Mastay, que más tarde fué Papa con el nombre de Pío IX.—Estas negociaciones, dieron muy escaso resultado, porque el Papa no aceptaba la Independencia y seguía considerando á las repúblicas americanas como simples colonias del Rey de España.



Arzobispo Vicuña.

El Obispo Rodríguez se conducía también como súbdito del Rey, por lo cual el Gobierno lo separó de la administración de la diócesis en Agosto de 1824 y le expulsó del territorio de la República en Diciembre de 1825. El Obispo fué embarcado en Valparaíso á bordo de un buque que lo condujo al puerto de Acapulco, en la costa mejicana; de allí pasó á los Estados Unidos y después á España, donde el Rey le acordó una mezquina pensión en premio de su lealtad.

La Iglesia fué administrada desde 1824 hasta 1830, por los canónigos Cienfuegos y Elizondo, que sucesivamente desempeñaron el cargo de Vicario Capitular. En 1830 fué reconocido como Vicario Apostólico el dignísimo Obispo D. Manuel Vicuña, prelado que administró la Iglesia durante trece años y mereció, por la santidad de su vida, la veneración del pueblo.

El Obispo Vicuña jamás echó en olvido que el sacerdote cristiano está obligado, por los preceptos del

Evangelio, á sacrificarse abnegadamente en servicio de sus semejantes. Fiel á la palabra y al ejemplo de Jesús, consagró su existencia al ejercicio de la caridad: auxilió á los menesterosos, cuidó á los enfermos, prestó amparo á los oprimidos y siempre hizo más aprecio del afecto de los humildes que de la amistad de los poderosos.

En la época colonial hubo en Chile dos Obispados, el de Santiago y el de Concepción, sufragáneos del Arzobispado de Lima. Este orden de cosas subsistió hasta que el Gobierno de la República obtuvo del Papa Gregorio XVI, en 1840, que erigiese en Arzobispado la iglesia episcopal de Santiago, y crease los Obispados de La Serena y Ancud. El señor Vicuña, elevado á la dignidad de Arzobispo de Santiago, fué consagrado en 1841 y falleció el 3 de Mayo de 1843, legando al clero chileno el ejemplo de la vida sacerdotal más abnegada y más pura.

5.—Segundo Ministerio de Portales.

DURANTE algún tiempo Portales vivió en Valparaíso dedicado á sus negocios. Pero en 1835 el Presidente Prieto tuvo necesidad de él y le llamó al Gobierno. Portales volvió á la Moneda mostrando el mismo carácter dominante y la misma infatigable laboriosidad que en su anterior Ministerio. Ahora tenía más confianza en sí mismo ó menos estimación por los demás; lo cierto fué que tomó en sus manos toda la autoridad del Gobierno, sin cuidarse de lo que pensaran sus amigos y sus adversarios.

La severidad con que gobernaba Portales dió lugar á varios intentos de revolución. El mismo general Freire, que había sido Presidente, vino del Perú con armas y algunos soldados para hacer la guerra al general Prieto y á Portales. Este, con la energía que le era característica, sofocó todas las tentativas revolucionarias y castigó de un modo terrible á sus autores. Unos fueron fusilados como criminales, otros fueron

desterrados á la isla de Juan Fernández. La injusta severidad de algunos de estos actos aumentó el odio que muchos ciudadanos sentían por Portales y fué causa, en gran parte, de su trágica muerte.

También hubo en esos años algunos desacuerdos graves entre el Gobierno de Chile y el Gobierno del Perú. El Presidente boliviano, general Santa Cruz, pretendía que Bolivia y el Perú formasen una sola república gobernada por él. Portales pensaba que esto era un peligro para Chile, porque los peruanos y bolivianos unidos serían muy fuertes y más tarde podrían hacerle la guerra. Por otra parte, sospechaba que el Gobierno peruano había ayudado al general Freire para que viniese á hacer revolución. A estos motivos de desconfianza se agregaba todavía el descontento que produjo en Chile una ley peruana destinada á entorpecer el comercio, gravando con impuestos la importación de los productos de la agricultura chilena.

Portales, que era omnipotente en el Gobierno, resolvió declarar la guerra al general Santa Cruz, jefe de la confederación perú-boliviana, y procedió á organizar un ejército y preparar los buques que debían transladarlo al norte. El ejército se reunió en Quillota bajo las órdenes del coronel D. José Antonio Vidaurre. Allí se adiestraban los soldados en el ejercicio de las armas para defender con gloria la bandera de la Patria en la tierra extranjera que debían invadir. Pero allí también había enemigos de Portales por la dureza y la injusticia de algunos de sus actos de Gobierno. Muchos de los oficiales estaban descontentos con el Ministro. Ellos creían que era una desgracia para Chile ser gobernado por un hombre que no tenía mas ley que su propia voluntad. Pensaban también que, para invadir el Perú y triunfar en esa guerra, era preciso aumentar el ejército y dedicar un tiempo más largo á su instrucción.

Portales tuvo noticias de todo esto; pero no le dió importancia, creyendo que nadie osaría resistir á su autoridad. El mismo fué á Quillota para inspeccionar el

ejército y ordenar su translación á Valparaíso, donde debía embarcarse. Algunos de sus amigos le manifestaron que era una imprudencia hacer ese viaje. El desoyó esas amistosas indicaciones y en la noche del 2 de Junio de 1837 llegó de improviso al campamento de Quillota. Después de conversar un rato con el coronel Vidaurre, el Ministro se retiró á dormir para descansar de las fatigas del viaje.

Por la mañana del día 3 de Junio Portales visitó los cuarteles. De orden suya el coronel Vidaurre mandó que á la una del día formasen las tropas en la plaza de Quillota. A la hora dicha las tropas estaban en formación, con sus fusiles en descanso, y el Ministro comenzó á inspeccionar la línea. Estaba Portales en esta ocupación cuando observó que los soldados se movían en distintas direcciones. No comprendiendo lo que esto significaba, se imaginó que sería algún movimiento ordenado por el coronel Vidaurre para lucir la destreza de sus tropas. Por desgracia no era esto lo que sucedía y el Ministro salió muy pronto de su error. Los soldados fueron formando un círculo al rededor de Portales y, cuando este quedó encerrado, uno de los oficiales, levantando la espada, le dijo: *«El Ministro está preso!»*

Era inútil que Portales tratase de resistir. En consecuencia, se entregó preso y fué conducido á uno de los cuarteles. Al día siguiente el coronel Vidaurre salió con sus tropas en dirección á Valparaíso. Portales, con grillos en los pies, fué colocado en el mismo birlocho que le había conducido de Santiago á Quillota. Un oficial y algunos soldados iban especialmente encargados de su custodia.

D. Diego Portales era, al llegar á Quillota, el hombre más poderoso de Chile. Desde el Presidente de la República hasta el último empleado, todos respetaban su voluntad. Ahora se veía con grillos y obligado á seguir, como prisionero, á los soldados á quienes había ido á visitar como jefe. En pocos minutos se había verificado un cambio tan completo en su situación y él no podía explicarse la magnitud y las complicaciones

del movimiento revolucionario por la incomunicación en que se hallaba. Pero la fortaleza de su ánimo no le abandonó en aquellas circunstancias; él aceptó su desgracia con la varonil resignación propia de los grandes caracteres.

6.—Asesinato de Portales.

EN la madrugada del 6 de Junio el coronel Vidaurre llegó con su ejército á Valparaíso. El almirante Blanco Encalada, Gobernador de la plaza, le salió al encuentro con las escasas tropas que había



¡Baje el Ministro!

en el puerto. Mientras los adversarios se batían con denuedo en las alturas del Barón, D. Diego Portales estaba encerrado en su birlocho á algunas cuadras del sitio del combate. El oficial que le custodiaba le tenía un odio á muerte; más de una vez se le había oído decir que era necesario fusilar al Ministro para

libertar al país de su tiranía. Cuando este oficial oyó los primeros tiros del combate se enfureció contra Portales, y haciendo que cinco de sus soldados preparasen sus fusiles para hacer fuego, se acercó al birlocho y con voz siniestra dijo:—¡Baje el Ministro!—No puedo, contestó Portales; que vengan dos soldados á bajarme. Acercáronse dos soldados al carruaje; el Ministro, apoyándose en ellos, bajó con trabajo y se puso de pie en medio del camino.—¡Hínquese usted! gritó entonces el oficial.—No puedo, volvió á decir Portales, porque los grillos no le dejaban libertad para moverse. Hizo, sin embargo, un esfuerzo, se inclinó hasta apoyar una mano en el suelo y así pudo arrodillarse. En ese momento el oficial ordenó á los soldados que hiciesen fuego. Portales, al oír la orden, exclamó:—¿Es posible, soldados, que me tiréis á mí?—Los soldados vacilaron un instante; pero el oficial repitió la orden y ellos dispararon sus fusiles sobre el Ministro. D. Diego Portales cayó al suelo bañado en sangre. Viendo que aun vivía, el oficial ordenó que los soldados le ultimasen á bayonetazos.

Mientras se cometía tan vergonzoso crimen, el coronel Vidaurre dirigía á sus soldados en el combate y alcanzaba ventajas precursoras del triunfo. Un oficial se acercó á él y le dijo:—¡Coronel, han fusilado á D. Diego Portales!—Vidaurre perdió desde ese momento la tranquilidad, comprendiendo que el asesinato de Portales era un oprobio para el ejército de su mando. Indignado por el crimen y agobiado por su propia responsabilidad, no pudo llevar adelante el ataque, ni resistir á las tropas del Almirante Blanco Encalada.

A las 6 de la mañana Vidaurre estaba completamente derrotado. El y sus oficiales tomaron la fuga deseosos de ocultarse para no caer prisioneros. Pero todos fueron apresados en los días siguientes y, un mes más tarde, los habitantes de Valparaíso presenciaron con horror un sangriento espectáculo: el coronel Vidaurre y siete de sus oficiales, que habían tomado parte en la revolución, fueron fusilados en la plaza de la Victoria,

con grande aparato militar. El asesinato de Portales fué la causa principal de este tremendo castigo; sin ese crimen algunos oficiales habrían logrado que la pena de muerte se les conmutase en prisión ó destierro.

La memoria de D. Diego Portales merece el respeto de los chilenos. El tuvo defectos y cometió faltas, como todos los hombres; se equivocó á veces en lo que convenía al país; otras veces fué injusto en la manera de tratar á los que no pensaban como él; casi siempre obedeció más á su propia voluntad que á los dictados de la justicia y se sirvió de la fuerza para destruír el derecho. Pero, en compensación de estos defectos, tuvo la virtud de subordinar todos sus actos á lo que él creía necesario á la felicidad y progreso de Chile.

Cuando Portales vivía, unos chilenos eran sus amigos y admiradores; otros eran sus irreconciliables enemigos. Entre estos últimos se encontraban muchísimas personas que fueron perseguidas por él y que sufrieron toda clase de padecimientos en las cárceles y en el destierro. Después de su muerte, gradualmente se han olvidado sus faltas para recordar sólo sus méritos, extinguiéndose así los odios que impedían apreciar su carácter con imparcialidad.

Por ley de la República se ha erigido en Santiago una estatua á Portales frente al palacio de la Moneda. Ese es el mejor sitio para el monumento consagrado á la memoria de un gobernante que, á pesar de sus pasiones y sus defectos, fué patriota, fué honrado, y nunca sacrificó los intereses públicos á sus intereses personales. Tal ejemplo es una enseñanza para los Presidentes y los Ministros de Chile.

7.—Campaña del Perú.

LA sublevación militar de Quillota y el asesinato de Portales produjeron grande alarma en el país. Los amigos y admiradores del poderoso Ministro creyeron que su muerte dejaba al Gobierno sin energía para hacer frente á las dificultades de la

situación. Pero se engañaban, porque Portales, con su ejemplo, había formado discípulos resueltos á mantener con firmeza su política autoritaria. El mismo sacrificio de Portales fué un estímulo para que el Presidente, los Ministros y los miembros del Congreso se empeñasen en continuar su obra y honrar su memoria. De este modo Portales, después de muerto, siguió ejerciendo en el Gobierno una influencia dominadora, y la historia puede decir, al tomar nota de este hecho, que sus dotes para el mando no han sido superadas por ningún otro gobernante de la República.

El Presidente Prieto, fiel al pensamiento de Portales, consagró todos sus esfuerzos á la organización del ejército destinado á llevar la guerra á la confederación perú-boliviana. Para acelerar los aprestos, nombró general en jefe al Almirante Blanco Encalada, ordenándole embarcarse con sus tropas á la brevedad posible. El ejército expedicionario, compuesto de 3,194 hombres, zarpó de Valparaíso el 15 de Septiembre de 1837, embarcado en 16 transportes y convoyado por 7 barcos de guerra. Diez y ocho días más tarde efectuó su desembarco en la caleta de Quilca y se internó con dirección á Arequipa, que dista más de cuarenta leguas de la costa.

El general Santa Cruz, sabedor del avance del ejército chileno, se acercó á Arequipa con tropas bolivianas escogidas y dispuso que las tropas peruanas del norte marchasen también hacia la misma ciudad. El Almirante Blanco Encalada se encontró en situación débil para luchar con su adversario, que tenía fuerzas superiores y contaba además con la ventaja de maniobrar en su propio territorio. Felizmente, Santa Cruz no deseaba la guerra é invitó al Almirante á una conferencia para tratar de la paz. Blanco Encalada se prestó gustoso á esa negociación, pactó un convenio para evitar la guerra y regresó inmediatamente á Valparaíso con su ejército.

El Almirante procedió así, porque sus fuerzas eran escasas para luchar con los ejércitos del Perú y Boli-

vía y, en tal emergencia, juzgó que su deber le ordenaba retirarse con honra en vez de exponerse á una derrota. Pero el Presidente Prieto desaprobó su conducta, pues estimaba que la seguridad de Chile estaba amenazada mientras el general Santa Cruz dominase en las dos Repúblicas del Norte. En consecuencia, se apresuró á reorganizar el ejército expedicionario y cuidó en este caso de hacer aprestos más poderosos, á fin de no sufrir nuevos contratiempos. El mando en jefe fué confiado al general D. Manuel Bulnes, quien zarpó de Valparaíso, el 10 de Julio de 1838, con 5,000 hombres embarcados en 26 transportes y protegidos por cuatro buques de guerra.

El general Bulnes desembarcó con su ejército en Ancón en los primeros días de Agosto y tomó posesión de Lima el 21 del mismo mes, después de un combate librado en las puertas de la ciudad. Su residencia en la capital peruana se prolongó hasta los primeros días de Noviembre. En esta fecha salió de Lima, con dirección al Norte, en busca de clima más benigno para sus soldados y de posiciones ventajosas para aguardar á Santa Cruz, que venía á la cabeza de 8,000 hombres á presentarle combate.

Apenas había salido de Lima el ejército chileno cuando entraron en la ciudad las avanzadas del ejército enemigo. Pronto llegó también Santa Cruz, quien se complacía en asegurar al pueblo que Bulnes se retiraba en vergonzosa fuga. Mientras él completaba sus preparativos de marcha, ordenó que su vanguardia siguiese de cerca y hostilizase sin cesar á los chilenos, Estos, hábilmente dirigidos por el general Bulnes, soportaron las penalidades de aquella retirada con fortaleza de ánimo y con ejemplar disciplina. Ellos sabían que su jefe era tan valeroso como prudente y que su plan de campaña consistía en hacerse perseguir hasta encontrar un campo favorable para batir al enemigo. Por esto marchaban sin murmurar, con la plena confianza de que sus sacrificios serían recompensados con el triunfo.

8.—Batalla de Yungay.

EN tales condiciones los dos ejércitos avanzaron hasta el campo de Yungay. El general Bulnes anunció entonces á sus soldados que había llegado la hora de presentar el pecho al enemigo en defensa de la bandera gloriosa de la Patria. Al amanecer del 20 de Enero de 1839 las bandas de músicos principiaron á tocar la canción nacional de Chile. Los batallones estaban ya formados y sólo aguardaban la orden del general en jefe para llevar el ataque á las trincheras del campamento enemigo.

Ordenado el avance, los soldados marcharon en perfecto orden contra las posiciones ocupadas por las tropas de Santa Cruz. Estas se defendieron con denuedo y varias veces rechazaron el ataque, causando numerosas bajas en el ejército chileno. El general Bulnes, atento á todas las peripecias de la batalla, mandaba tropas de la reserva en auxilio de los batallones que corrían más peligro, atendía con oportunidad y acierto á todas las necesidades y lograba, de este modo, poner de su parte las probabilidades de la victoria.

El episodio más notable de la batalla fué el asalto de una formidable posición enemiga, situada en la cumbre de un cerro que, por su forma, se llama Pan de Azúcar. Cuatro compañías de la infantería chilena fueron designadas para apoderarse de esa posición. Con admirable valor los chilenos ejecutaron esta orden, usando sus fusiles como punto de apoyo para subir por las escarpadas laderas del monte. Los enemigos los fusilaban impunemente desde la cumbre; al mismo tiempo hacían rodar grandes piedras que en su violenta caída atropellaban y despedazaban á los asaltantes. Una bala mató al comandante D. Jerónimo Valenzuela que dirigía el ataque á la cabeza de la columna. Su segundo, el sargento mayor D. Andrés Olivares, que le reemplazó en el mando, tuvo la misma suerte á los pocos minutos. Tales contratiempos, en vez de intimidar á los chilenos, les hicieron pelear con furiosa energía. Guiados por

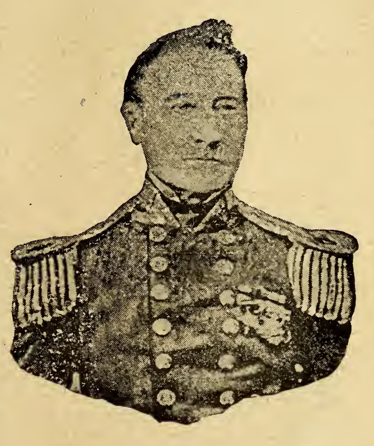
sus oficiales, avanzaron con vigoroso empuje hasta llegar á la cumbre y allí sostuvieron rudo combate cuerpo á cuerpo con los soldados de Santa Cruz. Fué aquella una contienda desesperada, en la cual los adversarios se atacaron y defendieron como leones. Al fin, el triunfo fué de los chilenos, que se apresuraron á colocar la bandera de la Patria en ese baluarte conquistado con la sangre y la vida de tantos de sus hijos. El cerro quedó sembrado de cadáveres. Más de 500 bolivianos murieron allí cumpliendo valerosamente con su deber. La mitad de la columna chilena que dió el asalto encontró también su tumba en el campo del combate.

En el asalto de Pan de Azúcar se distinguió entre los soldados más valientes una mujer, llamada Candelaria Pérez, que hizo toda la campaña del Perú peleando atrevidamente en las batallas, soportando con alegría las privaciones y sirviendo con abnegación á los heridos y los enfermos. En recompensa de sus servicios y su valor, el general Bulnes le dió el grado de sargento, y desde entonces fué conocida en Chile con el nombre de *la sargento Candelaria.*

El ejército de la confederación perú-boliviana opuso tenaz resistencia en toda la línea al ataque del ejército chileno; pero su bravura sólo sirvió para prolongar y hacer más sangrienta la batalla, pues al concluír el día estaba en completa derrota. El general Santa Cruz abandonó el campamento y se dirigió rápidamente á Lima con la esperanza de que el pueblo peruano le procurase nuevos elementos para proseguir la guerra; pero ese pueblo había perdido la confianza en él y no estaba dispuesto á sacrificarse en su servicio. Vencido en el campo de batalla y abandonado por el pueblo, Santa Cruz se vió en la necesidad de marcharse al extranjero.

Ocho días antes de la batalla de Yungay, el 12 de Enero de 1839, el capitán de navío D. Roberto Simpson, al mando de tres naves chilenas, rechazó en Casma el ataque de una escuadrilla peruana y capturó el ber-

gantín *Arequipeño*. Las fuerzas navales de Chile estaban reducidas, por la pobreza del país, á cuatro barcos de vela, muy inferiores á los que mandaba el Almirante Cochrane en 1820. Merced á la pericia de sus jefes y al valor de sus tripulaciones, estas débiles naves dominaron en el Pacífico y dieron una base segura de operaciones al ejército mandado por el general Bulnes.



Almirante Simpson.

Una vez terminada la campaña, el general Bulnes embarcó sus tropas en el Callao y se alejó del Perú con la satisfacción de haber cumplido con honra y gloria la misión que el Gobierno de su patria le había confiado. El pueblo chileno recibió á los vencedores de Yungay con loco entusiasmo. En Valparaíso y Santiago hubo brillantes fiestas en su honor. Poco después, en las elecciones de 1841, el general Bulnes fué elevado á la Presidencia de la República en recompensa de sus servicios.

9.—El Presidente Bulnes.

DON Manuel Bulnes nació en Concepción en 1799. Por consiguiente, tenía once años de edad cuando los patriotas, en 1810, comenzaron á trabajar por la Independencia de Chile. Su padre era español y tenía el grado de capitán en el ejército del Rey. Su madre era una respetable señora chilena, hermana del general Prieto.

El capitán Bulnes tomó parte en la guerra contra los patriotas. Era su obligación hacerlo así, porque, como español y como militar, debía obediencia al Gobierno de su país. Pero él quiso también que su hijo hiciese lo mismo y con este objeto le enroló, como soldado, en un batallón español, á la edad de trece años. El niño Bulnes, hijo de chilena y nacido en Chile, amaba á su patria y no podía resignarse á hacer armas contra los defensores de su Independencia. Su madre, pensando como él, le apoyaba en su resistencia y le aseguraba que su obligación era no servir en el ejército del Rey. El niño siguió la opinión de su madre, que estaba conforme con sus propios sentimientos, y abandonó muy pronto el batallón donde su padre le había colocado.


General Bulnes.

En 1817, después de la batalla de Chacabuco, el Ejército Libertador ocupó á Concepción y puso sitio á Talcahuano, donde se habían refugiado los restos del ejército realista. El joven Bulnes, que ya tenía 18 años, se presentó á O'Higgins para ofrecer sus servicios á la Patria y este general le nombró porta-estandarte del regimiento de su escolta. Desde esa fecha D. Manuel Bulnes vivió siempre consagrado al servicio militar, peleando contra los españoles en Talcahuano, en Cancha Rayada y en Maipo. Después de esta última batalla fué ascendido al grado de teniente.

Mientras el teniente Bulnes se distinguía en el ejército patriota, su padre, el capitán Bulnes, seguía sirviendo en el ejército español. Algunos batallones patriotas fueron á atacar á los realistas que, después de

la batalla de Maipo, se habían encerrado en Chillán. El jefe chileno, queriendo evitar un nuevo derramamiento de sangre, ordenó al teniente Bulnes que se acercase á la ciudad y pidiese la rendición de la plaza. El jefe español, cuando vió que se acercaba un oficial chileno con bandera de parlamento, dispuso que saliese á su encuentro el capitán Bulnes y le asegurase que los soldados del Rey estaban resueltos á pelear hasta morir. Así se encontraron el padre y el hijo, por una singular casualidad, como representantes de dos ejércitos enemigos. El padre abrazó al hijo con ternura y, después de comunicarle la resolución del jefe de la plaza, le aconsejó que siempre sirviese á su Patria con lealtad. El hijo correspondió conmovido á estas manifestaciones del afecto paternal y, una vez cumplido su deber de parlamentario patriota, dió con tristeza el adiós eterno al autor de sus días. El capitán Bulnes se ausentó de Chile y poco más tarde fué á morir en lejana tierra, privado del consuelo de recibir la asistencia cariñosa de su familia.

Al teniente Bulnes le tocó perseguir á los españoles que, junto con los indios, saqueaban en aquel tiempo los campos y las ciudades del Sur de Chile. En esas campañas mostró, no sólo un gran valor, sino también un verdadero talento militar. Aun cuando era uno de los oficiales más jóvenes del ejército, á él se le encomendaban las operaciones más delicadas y las que ofrecían mayor peligro. Los jefes ponían entera confianza en él, porque sabían que era tan valeroso como prudente; los soldados, por su parte, le profesaban grande afecto y le obedecían ciegamente, porque él les trataba con justicia y les enseñaba, con su ejemplo, á ser disciplinados en la vida de cuartel y esforzados en los combates.

En 1820, á los 21 años de edad, Bulnes fué ascendido á capitán en premio de su notable comportamiento en varias acciones de guerra. Dos años después y por igual motivo, fué ascendido á sargento mayor; del mismo modo obtuvo, uno á uno, los demás grados de la milicia,

y en 1830, á pesar de su juventud, ya era un general aguerrido y experto. Nombrado General en Jefe del ejército del Sur, él puso término á la guerra de los montoneros realistas y consiguió la pacificación de los araucanos. Estos antecedentes tan distinguidos justificaron su designación, en 1838, para mandar en jefe la campaña del Perú; el éxito brillante de esta expedición hizo de Bulnes el primer ciudadano de la República.

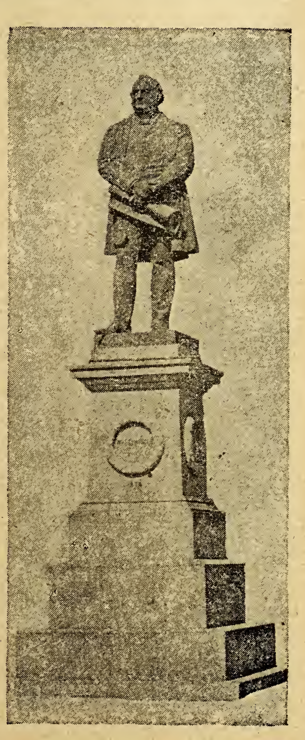


Domingo F. Sarmiento.

El Presidente Bulnes gobernó desde el 18 de Septiembre de 1841 hasta el 18 de Septiembre de 1851. Durante estos diez años la República vivió en completa paz, libre de revoluciones y de guerras exteriores. En consecuencia, los gobernantes tuvieron tranquilidad para trabajar en bien del país y pudieron ejecutar diversas obras de progreso. En esa época se fundó la Universidad de Chile, que tuvo por primer rector á D. Andrés Bello; se estableció en Santiago una Escuela Normal de Preceptores, bajo la dirección del ilustre ciudadano argentino D. Domingo Faustino Sarmiento, que más tarde fué Presidente de su Patria; se creó la Escuela de Artes y Oficios de Santiago y la Escuela Naval de Valparaíso; se celebró un convenio con los acreedores ingleses para facilitar el pago de la deuda externa; se ocupó el Estrecho de Magallanes, fundando allí el puerto de Punta Arenas. Durante la administración del Presidente Bulnes se estableció también la navegación á vapor en las costas de Chile, merced á la iniciativa de D. Guillermo Wheelwright, distinguido caballero norteamericano, que sirvió á Chile

con generoso espíritu y procuró extender su comercio con las Repúblicas vecinas.

El más notable de los ministros del Presidente Bulnes fué D. Manuel Montt, quien puso especial empeño en la educación del pueblo, fundando escuelas y mejorando los colegios del Estado. Por estos servicios, por su saber y por la elevación de su carácter, el señor Montt fué elegido Presidente de la República en 1851 al terminar el gobierno del general Bulnes.



Estatua de Wheelwright, en Valparaíso.

10.—El Presidente Montt.

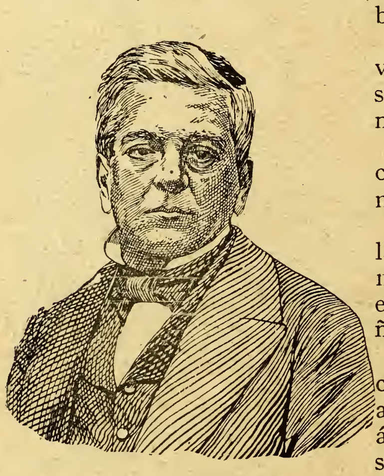
DON Manuel Montt nació el año 1809 en el pequeño pueblo de Petorca. Su familia vivía en honrada pobreza, ganando trabajosamente lo necesario para el sustento de cada día. El aprendió, desde pequeño, con el ejemplo de sus padres, á trabajar sin descanso, á vivir con modestia, á practicar severamente las virtudes cristianas.

Durante la guerra de la Independencia el padre de D. Manuel Montt, perseguido por las autoridades españolas, logró ocultarse en la hacienda de una señora patriota, D.ª Paula Jara-Quemada. Cuando estuvo seguro en este asilo, mandó buscar á su hijo, que tenía

entonces cinco años de edad, para que le hiciese grata compañía.

Cierto día llegó de improviso á la hacienda una partida de soldados españoles. El niño Montt permaneció en el patio, contemplando á los soldados; su padre corrió á esconderse para evitar que le apresaran; la señora Jara-Quemada se dirigió á hablar con el oficial que mandaba la partida.

—Señora, déme las llaves de la bodega, dijo con brusquedad el oficial.



Manuel Montt.

—Si Ud. quiere provisiones, contestó la señora, dígame lo que necesita y se lo daré.

—Nó, replicó el oficial, quiero que Ud. me entregue las llaves.

—Las llaves no se las entregaré jamás; nadie sino yo manda en mi casa, dijo la señora.

El oficial, irritado con esta respuesta y acostumbrado á tratar á los patriotas como siervos, mandó á su tropa hacer fuego sobre la señora. Esta, en vez de intimidarse, cobró más valor ante el peligro y se acercó á los soldados hasta tocar con su cuerpo los fusiles.

El oficial no se atrevió á repetir la orden de matarla; pero, deseando vengarse de ella, mandó á sus soldados que incendiasen la casa. La señora, al escuchar esto, dijo á los soldados:—«Aquí tienen fuego;» y les señaló un brasero con carbón encendido que había en la habitación inmediata.

La serenidad de la señora impuso respeto al oficial

que se alejó inmediatamente de la casa sin hacer ningún daño. Bastó la energía de una mujer para resistir victoriosamente á 25 hombres bien armados.

Esta escena, de la cual fué testigo D. Manuel Montt á los 5 años de edad, se grabó fielmente en su memoria y le enseñó que la razón y la justicia pueden ser más poderosas que la fuerza cuando hay quien las defienda con energía.

Después de la batalla de Chacabuco el niño Montt regresó á Petorca y vivió allí cuatro años. Su padre murió en 1821, recomendando á su esposa que hiciese cualquier sacrificio para conseguir que su hijo se educase en un buen colegio de Santiago.



Entereza de una dama patriota.

La señora cumplió el encargo de su esposo y mandó á su hijo á Santiago en 1822 para que se incorporase en el Instituto Nacional. D. Manuel Montt fué el alumno más estudioso y aprovechado del colegio; todos los profesores le presentaron siempre como un modelo á sus condiscípulos. Era un niño extraordinario por su talento y por su carácter, de suerte que ya se le consideraba como una esperanza para la Patria. En testimonio de ello puede citarse la siguiente carta, dirigida por

el Rector al apoderado del señor Montt, cuando éste tenía 17 años de edad:

«Instituto Nacional de Santiago, Junio 24 de 1826.—Señor D. Cipriano Pérez: Tengo la mayor satisfacción de anunciar á Ud. que el alumno D. Manuel Montt se ha distinguido tanto, por su aplicación durante el mes de Mayo, que ha sido clasificado por su aprovechamiento como el primero de la clase de Filosofía.

Los administradores del Instituto, que se felicitan por un suceso tan lisonjero para ellos, esperan que Ud. se servirá, por su parte, contribuír á mantenerle en este estado progresivo, que promete á la Patria un ciudadano virtuoso y sabio.

Con este motivo tengo el honor de saludar á Ud. con mi más distinguida consideración.—*Lozier.*»

Antes de terminar sus estudios, el señor Montt fué nombrado inspector del mismo Instituto; después ascendió, grado por grado, en el servicio del colegio, hasta que en 1835 obtuvo el nombramiento de Rector. En el desempeño de este cargo, D. Manuel Montt dió á conocer la amplitud de su talento y la elevación de su carácter. El Instituto Nacional llegó á ser bajo su dirección un colegio tan notable por la buena enseñanza que en él se daba, como por la severa justicia y la completa igualdad con que eran tratados los alumnos. Todo marchaba bien en el Instituto, porque el Rector no dejaba falta sin castigo, no toleraba ningún desorden, ni permitía que hubiese excepciones para unos alumnos con perjuicio de los demás.

En ese tiempo era alumno interno del Instituto Nacional el hijo del general Carrera. Su madre tenía la costumbre de ir á verle cualquier día y á cualquiera hora, faltando así al reglamento del colegio, que sólo permitía visitar á los alumnos el día jueves después de las doce. La señora muchas veces llevaba el niño á su casa, aún cuando el reglamento sólo permitía que los alumnos saliesen el día domingo. Por consideración á la señora, que era muy respetada en Santiago, el Rector

y los inspectores del Instituto le habían permitido siempre hacer su voluntad.

Después que D Manuel Montt fué nombrado Rector, la madre del niño Carrera se presentó un día en el colegio á buscar á su hijo, como estaba acostumbrada á hacerlo. El Rector le observó que era injusto conceder á su hijo favores de que no gozaban los otros alumnos y que, por última vez, permitiría que el niño saliese contra lo ordenado por el Reglamento.

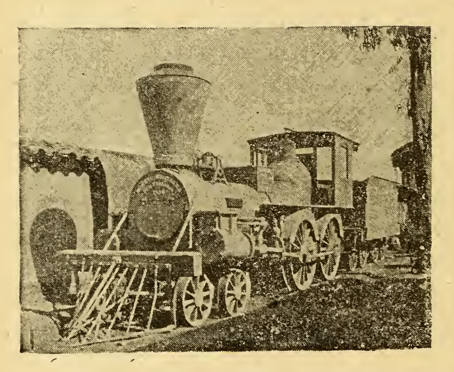
La señora no dió valor alguno á esta advertencia y pocos días más tarde volvió á buscar á su hijo. El Rector le opuso una firme negativa; pero la señora declaró que no se movería de allí sin llevar al niño. El señor Montt le dijo entonces:—«Puede Ud. llevarlo ahora mismo; pero sepa Ud. que su hijo no podrá volver al colegio, porque quedará expulsado tan pronto como haya puesto los pies en la calle.»

La señora se retiró satisfecha porque había hecho su voluntad y pensaba que el Rector no tendría firmeza para cumplir su amenaza. Pero en esto sufría un error: el señor Montt era inflexible en el cumplimiento de su deber y no permitió que el niño Carrera volviese al Instituto.

La señora hizo toda clase de esfuerzos para doblegar la voluntad del Rector y obtuvo que el Presidente de la República y sus Ministros, intercediendo en favor suyo, rogaran al señor Montt que tuviese indulgencia con el niño. Todo fué inútil. El Rector hizo cumplir su resolución para dar un ejemplo de disciplina y para que los niños supiesen que todos eran iguales ante el Reglamento.

El 4 de Junio de 1837 llegó á Santiago la noticia del apresamiento de Portales en Quillota y de la marcha sobre Valparaíso del ejército sublevado. El Presidente Prieto y los demás Ministros quedaron consternados con aquel suceso, que privaba al Gobierno de su verdadero jefe y que amenazaba envolver al país en una revolución general. Dominados por el temor, los go-

bernantes perdieron la tranquilidad, se confundieron en mil conjeturas contradictorias y no atinaban á adoptar resoluciones precisas para conjurar el peligro. Sólo D. Manuel Montt, que desempeñaba interinamente las funciones de Oficial Mayor del Ministerio del Interior, se mostró sereno en aquel momento y tuvo el acierto de dar consejos adecuados á la gravedad de la situación. Este incidente confirmó el prestigio de que gozaba D. Manuel Montt y para nadie fué una sorpresa que en 1839 se le nombrase Ministro interino de la Corte Suprema y que en 1840 fuese llamado al Gobierno como Ministro del Interior. Desde ese momento se hizo sentir en la administración pública la iniciativa de una voluntad tan enérgica como la de Portales.



Primera locomotora traída á Chile.

La elección de don Manuel Montt para el cargo de Presidente fué muy combatida por los liberales. El representaba la política autoritaria, y tenía en su contra todos los odios de las antiguas persecuciones de Portales contra los vencidos en las guerras civiles. Pocos días antes que D. Manuel Montt ocupara la presidencia, hubo revolución en las provincias de Concepción y Coquimbo. El general Bulnes, luego que entregó el Gobierno el 18 de Septiembre, tomó el mando del Ejército y marchó contra los revolucionarios que obedecían á las órdenes del general Cruz. Los dos ejércitos se encontraron en el campo de Loncomilla, cerca de Talca,

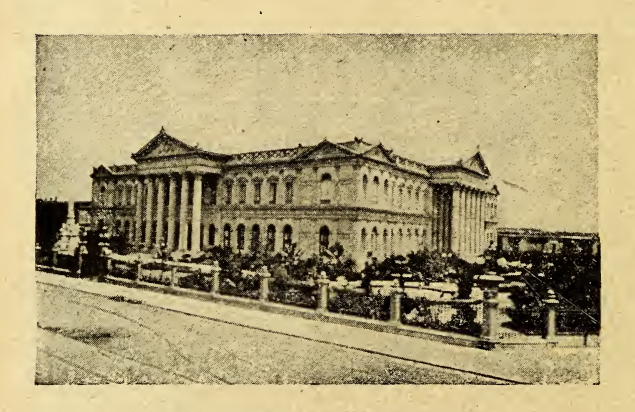
el 8 de Diciembre de 1851. La batalla fué sangrienta porque los dos ejércitos, extraviados por ciego furor como en Lircay, pelearon sin dar cuartel á los prisioneros, ni á los heridos. El campo quedó sembrado de cadáveres, y el general Bulnes, que obtuvo el triunfo, lamentó como chileno esa gran desgracia. El, que había peleado y triunfado en las guerras contra los españoles y contra la confederación perú-boliviana, no podía sentirse contento de un triunfo en guerra civil que costaba la vida á tantos chilenos.

D. Manuel Montt fué Presidente desde el 18 de Septiembre de 1851 hasta el 18 de Septiembre de 1861 Su gobierno tuvo que resistir, no sólo á la revolución vencida en Loncomilla por el general Bulnes, sino también á otro movimiento revolucionario que en 1859 estalló en las provincias de Atacama, Aconcagua, Talca y Concepción. Esta segunda revolución fué vencida también por el Gobierno; sus jefes y todas las personas notables que en ella tomaron parte fueron apresadas ó desterradas.

Las medidas de rigor adoptadas en aquel tiempo contra los revolucionarios dieron lugar á que los adversarios del Presidente Montt le acusasen de déspota. En honor suyo ha de recordarse que la paz es el mayor de los bienes para la República y que los gobiernos deben hacer toda clase de sacrificios á fin de conservarla. Además, justo es reconocer que D. Manuel Montt, siendo, como gobernante, muy severo para hacer cumplir las leyes y para mantener el orden público, era, como hombre, benévolo, conciliador, respetuoso del derecho ajeno y sumiso á la justicia y la verdad. En su vida privada fué el hombre más virtuoso é inspiró profundo respeto á cuantas personas le trataron de cerca.

El Presidente Montt realizó grandes obras, que le hacen acreedor á la gratitud de los chilenos. Durante su Gobierno se construyeron el ferrocarril y el telégra-

fo entre Santiago y Valparaíso, se iniciaron los trabajos del ferrocarril de Santiago al Sur, se edificó el cuartel de la Artillería en Santiago y se dió principio al Palacio del Congreso. Para ejecutar estas obras contrató en Londres un empréstito de 7.000,000 de pesos, que equivalen á 18.690,000 pesos de la actual moneda de oro en Chile.



Palacio del Congreso en Santiago.

D. Manuel Montt deseaba especialmente educar al pueblo y dar facilidades á todos los chilenos para que, por el estudio y el trabajo, pudiesen elevarse, como él mismo lo había conseguido, desde la más humilde situación hasta los primeros puestos de la República. En el ejercicio de la Presidencia completó los servicios que había prestado á la instrucción pública como Ministro del Presidente Bulnes; al efecto fundó numerosas escuelas en todas las ciudades de Chile, creó en Santiago una Escuela Normal de Preceptoras y atendió con esmero al progreso del Instituto Nacional y de la Universidad. En estos trabajos contó con la ayuda eficaz de D. Domingo F. Sarmiento, que estaba sirviendo á Chile desde el gobierno anterior.

Para aumentar la población de la República y fomentar la instalación de industrias nacionales, el Presidente Montt fundó las colonias de Valdivia y Llanquihue, trayendo familias alemanas, que han trabajado en esas regiones con mucho provecho para ellas y para el país. En esas colonias hay fábricas de cerveza, cuyos productos se venden en todo Chile, y grandes curtidurías en las cuales se preparan suelas de muy buena clase, que son exportadas para su venta en Alemania.

El señor Montt no se limitó á traer colonos para fomentar la industria nacional; también ocupó á sabios extranjeros para que enseñasen en los establecimientos de instrucción de Chile. Entre éstos puede citarse á D. Ignacio Domeyko, profesor de química y mineralogía, que más tarde fué Rector de la Universidad, y D. Carlos Moesta, primer director del Observatorio Astronómico.

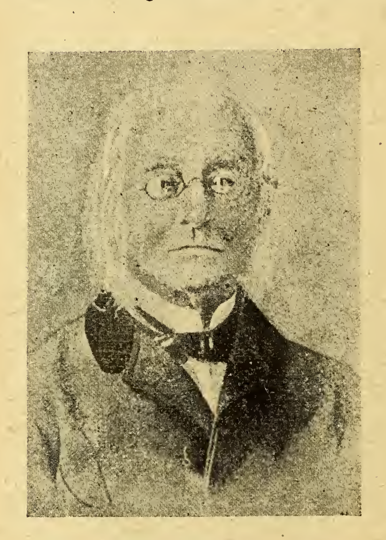


Ignacio Domeyko.

En esa época vino á establecerse en Chile el Dr. Rodulfo Amando Phillippi, sabio naturalista alemán que durante medio siglo se ha ocupado en dar instrucción científica á la juventud. El Dr. Phillippi cumplió en 1898 los noventa años de edad. Con tal motivo sus innumerables discípulos le ofrecieron en la Universidad

de Santiago una manifestación de respeto y gratitud. Su Majestad el Emperador de Alemania le acordó en esa fecha una condecoración especial.

En aquel tiempo se fundaron los primeros Bancos destinados á recibir depósitos de dinero y hacer préstamos á los agricultores los mineros y los industriales que necesitaban capitales para dar desarrollo á sus negocios. Estos establecimientos de crédito y los ferrocarriles han prestado inmensos servicios al país, dando desarrollo á los trabajos agrícolas, haciendo progresar las explotaciones mineras y facilitando todos los negocios.



Rodulfo A. Phillippi.

Terminado su período de Presidente de la República, D. Manuel Montt volvió á desempeñar el cargo de Presidente de la Corte Suprema, para el cual fué nombrado por el Presidente Bulnes en Marzo de 1851. Su competencia como jurisconsulto y su probidad personal le hacían igualmente respetable á todos los ciudadanos En el ejercicio de sus funciones judiciales, él era ciego como la ley y no distinguía entre amigos y adversarios.

En 1876 el señor Montt representaba en el Senado á la provincia de Chiloé. Entonces se sancionó una ley que restablece la pena de azotes para castigar los deli-

tos de homicidio, hurto, incendio y accidentes de ferrocarriles. El señor Montt negó su voto á esa ley de barbarie y levantó su voz, tres veces respetable, porque hablaba como antiguo institutor, como experto hombre de gobierno y como sabio magistrado judicial, para pedir que, en vez de restablecer en nuestra sociedad el oficio de verdugo, se aumentase el número de escuelas y de maestros. «Una instrucción fundada en el desarrollo del espíritu y en los principios morales y religiosos, dijo el señor Montt, es no sólo la mejor barrera que pueda ponerse al crimen, sino también el antídoto más eficaz para prevenirlo.»

Cuatro años más tarde, el 21 de Septiembre de 1880, D. Manuel Montt falleció repentinamente en Santiago. Con su muerte perdió la República un ciudadano que la sirvió abnegadamente durante medio siglo; pero la historia patria se enriqueció con el ejemplo de una vida siempre subordinada á los mandatos del honor y del deber.

11.—Don Antonio Varas.

Don Manuel Montt tuvo la rara fortuna de unirse en estrecha amistad, desde la juventud, con un hombre bueno, leal y generoso, que le acompañó hasta su muerte, siendo su prudente consejero en todas las dificultades y participando siempre de sus alegrías y sus amarguras.

La historia de Chile sería incompleta si no diese lugar en sus páginas á esta amistad de D. Manuel Montt y D. Antonio Varas, que tanta influencia ha tenido sobre los acontecimientos públicos, no sólo mientras los dos intervinieron en el Gobierno, sino también en la época posterior por medio del partido político que se formó al rededor de ellos.

D. Antonio Varas nació en Cauquenes el año 1817. Hijo de una familia honorable, que perdió sus bienes durante la guerra, tuvo que labrarse por sí solo el camino de la vida. Su padre, que fué partidario del Rey,

se vió forzado á salir de Chile después del triunfo definitivo de los patriotas y permaneció en el destierro hasta 1822, fecha en que le fué permitido volver á reunirse con su familia.



Antonio Varas.

Este caballero, deseoso de acariciar á su hijo Antonio, á quien había dejado en la cuna cuado salió desterrado, le sentó sobre sus piernas, le interrogó sobre diversas cosas y finalmente puso en sus manos un libro, diciéndole: «A ver, muchacho, si sabes leer.» El niño, impresionado con la repentina presencia de su padre, no pudo hablar, ni leer. El caballero lo hizo ponerse de pie y, golpéandole cariñosamente la cabeza con el libro, le dijo: «Estás muy atrasado. Si no trabajas mucho nunca sabrás nada.»

Este era el único recuerdo personal que D. Antonio Varas conservaba de su padre, que murió asesinado poco después. Al referirlo, en su ancianidad, solía agregar: «Es increíble la impresión que me hizo esta advertencia de mi padre. En todas la dificultades de mi vida, que no han sido pocas, siempre he recordado que sólo trabajando mucho podría vencerlas.»

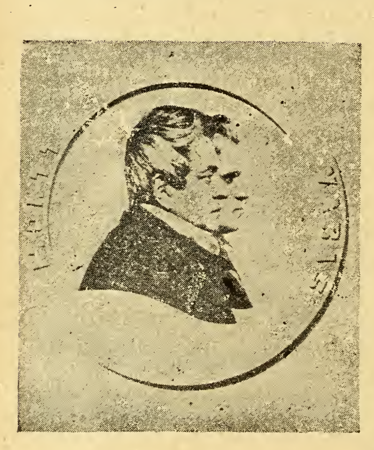
A falta de padre, D. Antonio Varas fué asistido en sus primeros años de colegio por su hermano mayor, D. José Miguel, que en el Instituto Nacional se había distinguido por su inteligencia y su buena conducta, mereciendo ser nombrado profesor de Filosofía á la

edad de 20 años. Pero una nueva desgracia vino á privarle de la compañía de este hermano, que hacía para él las veces de padre y de maestro. En 1833 D. José Miguel Varas pereció en un naufragio y D. Antonio se vió solitario en su pobreza, cuando más necesitaba consejo y protección.

El Instituto Nacional sirvió de refugio á D. Antonio Varas, como ha servido más tarde á numerosos jóvenes en análogas circunstancias. Allí estudió con tal aprovechamiento que, al concluír sus cursos, en 1837, fué nombrado inspector de internos y profesor de la misma clase que había desempeñado su hermano. El escaso sueldo de estos empleos le sirvió para ayudar á su madre, que vivía en la ciudad de Talca en suma pobreza. El señor Varas tenía casa y comida en el Instituto Nacional; era muy severo en sus costumbres y muy modesto en el vestir; jamás perdía el tiempo, ni el dinero en los placeres que de ordinario busca la juventud. Su mayor satisfacción consistía en imponerse privaciones para mandar muchas veces á su madre el sueldo íntegro que recibía al fin del mes. Siendo su único descanso el estudio y su única distracción el trabajo, adelantó rápidamente en su carrera universitaria y se graduó de agrimensor en 1839.

Sus amigos, y principalmente D. Manuel Montt, le aconsejaban que se graduase también de abogado, profesión que ofrecía mayores expectativas. El señor Varas pensaba como sus amigos y deseaba seguir el consejo de éstos; pero su pobreza no le permitía comprar los libros que se usaban en el curso de leyes sin privar á su madre del auxilio que mensualmente le mandaba. Sospechando sus amigos la verdad, hicieron una subscripción para regalarle los textos que podía necesitar y con esto le decidieron á hacerse abogado. Esta delicada manifestación de amistad conmovió profundamente al señor Varas, que la recordaba complacido en sus últimos años, cuando refería á sus hijos, para que les sirvieran de ejemplo, los humildes principios de su honrosa vida.

D. Manuel Montt, que era ocho años mayor que D. Antonio Varas, conoció á éste en el Instituto Nacional y le cobró grande afecto. Por su parte, el señor Varas admiraba ya á D. Manuel Montt, porque reconocía en él las dos cualidades que más enaltecen á los hombres: un corazón recto y un carácter enérgico.



Montt y Varas.

En 1845 don Manuel Montt, nombrado Ministro del Interior por el Presidente Búlnes, llamó á D. Antonio Varas á desempeñar el Ministerio de Justicia é Instrucción Pública. En esa época los dos jóvenes amigos del Instituto Nacional eran dos hombres bien preparados para administrar con acierto los intereses nacionales. Continuadores de la política de Portales, pensaban, como éste, que la primera necesidad nacional era conservar el orden, base necesaria del progreso y la libertad.

Montt y Varas se empeñaron, pues, en mantener con firmeza el régimen de autoridad sancionado por la Constitución de 1833; pero, al proceder en este sentido, no les guiaba la ambición de mando sino el convencimiento de que ello era indispensable para la prosperidad de la República. Estaban frescos todavía los recuerdos de aquella época de anarquía que precedió á la administración del Presidente Prieto y se comprende, por esto, que los hombres de Gobierno cuidaran ante todo de robustecer el principio de autoridad.

En 1851 D. Manuel Montt tomó posesión del mando

como Presidente de la República; su primer acto fué nombrar Ministro del Interior á D. Antonio Varas, que estaba desempeñando el cargo desde 1850 y siguió sirviéndolo hasta 1856. De este modo los dos compartieron la honra y la responsabilidad de un Gobierno que ha dejado recuerdos indelebles por sus servicios en favor del progreso del país y por su severidad en la represión de los movimientos revolucionarios que lo combatieron.

En 1857 el Presidente Montt se encontró en un gravísimo conflicto político. La mayoría del Senado hacía oposición á su Gobierno y exigía la renuncia del Ministerio. Como éste se negara á renunciar, el Senado acordó no discutir la ley de presupuestos para el año siguiente. El señor Montt, que tenía plena confianza en sus Ministros, que había aprobado ó aconsejado la conducta de éstos, creyó que su dignidad personal estaba comprometida en el conflicto y tomó la resolución de renunciar la Presidencia de la República porque no podía ejercerla según los dictados de su conciencia.

D. Antonio Varas no formaba parte del Ministerio y, por esta razón, juzgaba con tranquilidad los acontecimientos. Apenas supo que el Presidente iba á presentar su renuncia, se dirigió á la Moneda para tratar de evitarlo. Personas que fueron testigos de aquella entrevista refieren que el señor Varas habló con elocuencia conmovedora para demostrar que la renuncia del Presidente, en tales momentos, pondría en peligro el orden público y haría renacer la anarquía, dominada á fuerza de tantos sacrificios en los últimos veinticinco años.

El Presidente, sin desconocer la justicia de las observaciones del señor Varas, insistía, sin embargo, en llevar adelante su propósito é indicaba que acaso sería menos peligroso renunciar que someterse á la mayoría del Senado con mengua de su dignidad personal y con sacrificio de sus prerrogativas constitucionales. «Nó, señor Presidente, replicó con vehemencia el señor Varas. La dignidad, la sabiduría y el patriotismo de V. E.

quedarán comprobados de un modo elocuente cuando se vea que V. E. hace, en bien del país, el sacrificio de sus sentimientos personales, y llama, si es preciso, á compartir las responsabilidades de su Gobierno á los mismos adversarios que le combaten en el Senado.»

El Presidente tuvo la feliz inspiración de prestar oído al buen consejo de su leal amigo. Pocos días después aceptó la renuncia de sus Ministros, organizó otro Gabinete con personas aceptadas por la oposición y así pudo dominar, con honra para él y con ventaja para la República, un conflicto que parecía sin remedio.

Cuando se acercaba el término de la presidencia de D. Manuel Montt, éste y todos sus amigos determinaron elevar á D. Antonio Varas á la primera magistratura de la República. En casi todas las ciudades hubo reuniones políticas que proclamaron con entusiasmo su candidatura, dándole completa seguridad de ser elegido. El señor Varas ejecutó, entonces, el acto más digno de su vida; se negó á aceptar la Presidencia, porque su participación directa en las medidas del Gobierno contra la revolución vencida le hacía odioso á muchos chilenos y él pensaba que el nuevo Jefe del Estado no podría restablecer la tranquilidad social y política, si no merecía el respeto de todos los ciudadanos. «Este acto de inteligente desprendimiento, dice un escritor que fué adversario de D. Antonio Varas, mostró que después de haber gobernado á los demás, sabía gobernarse á sí mismo.»

Una vez que se calmaron las pasiones enconadas contra los hombres de aquel Gobierno por su severidad y sus errores, el país unánime reconoció las virtudes del señor Varas y le tributó repetidos homenajes de respeto. Rodeado del prestigio que le daban su patriotismo, su desinterés y su experiencia, él pudo consagrarse al servicio de su país como miembro del Congreso, como consejero de Estado y como consultor del Gobierno en todas las circunstancias difíciles. En 1879 volvió á ser Ministro del Interior y contribuyó con su energía á dar vigoroso impulso á la organización de las fuerzas de

mar y tierra que debían llevar á feliz término la guerra contra Bolivia y el Perú.

Aparte de sus méritos como político, D. Antonio Varas tiene el de haber sido fundador de dos instituciones comerciales muy importantes. La primera es la Caja de Crédito Hipotecario, destinada á fomentar los trabajos agrícolas, y administrada durante muchos años por el mismo señor Varas con ejemplar prudencia. La segunda es la Caja de Ahorros de Santiago, que tiene por objeto recibir en depósito y administrar los pequeños capitales que forman los pobres, imponiéndose cada día el sacrificio de gastar un poco menos de lo que ganan.

D. Antonio Varas falleció en Santiago el año 1887. Su vida, que fué tan útil á la República por la magnitud de sus servicios, será siempre una enseñanza para los ciudadanos, porque ella ofrece ejemplos de las más nobles virtudes públicas y privadas.

IX.

RÉGIMEN DE LIBERTAD.

1.—El Presidente Pérez.



José Joaquín Pérez.

Don José Joaquín Pérez, elegido Presidente en reemplazo de D. Manuel Montt, gobernó desde el 18 de Septiembre de 1861 hasta igual fecha de 1871. El señor Pérez era un hombre bondadoso, tranquilo y modesto, que no había tomado parte en la revolución contra el Gobierno, ni en las medidas de rigor adoptadas por éste para sofocarla. Su neutralidad entre los partidos enemigos y la experiencia que había adquirido como Ministro de Estado y como Ministro Diplomático, le dieron títulos para ascender á posición tan elevada. Uno de sus primeros actos en el ejercicio de la Presidencia fué levantar el destierro á que estaban condenados algunos de los revolucionarios. El país recibió con alegría este acto de clemencia, que permitía volver á la patria á los chilenos perseguidos por

causas políticas. El Presidente Pérez cosechó el fruto de tan buena obra viéndose honrado con el cariño y respeto del pueblo. Compartió con él esta honra el Ministro del Interior, D. Manuel Antonio Torconal, ciudadano de méritos sobresalientes por su saber y sus virtudes.

El señor Tocornal ocupaba el primer rango en las filas del partido conservador, que hizo ruda oposición en los últimos años al Presidente Montt. Los amigos de éste formaban mayoría en el Congreso de 1862 y trataron de entorpecer la política del nuevo Gobierno. El señor Tocornal mostró en tales circunstancias las dotes más sobresalientes de un hombre de Estado. Convencido de que la justicia y el patriotismo aconsejaban apaciguar los odios de la pasada revolución, defendió en el Congreso con talento y discreta energía los propósitos generosos del Presidente Pérez y logró hacerlos triunfar contra todas las resistencias.



Manuel Antonio Tocornal.

Hasta entonces los gobiernos habían aplicado con severidad el régimen autoritario establecido por la Constitución en 1833 y, para mantener el orden público, habían suprimido la libertad política. El Gobierno

del Presidente Pérez, apartándose de ese camino, consiguió hermanar la libertad y el orden. Merced á este espíritu conciliador del Gobierno, los partidos se acostumbraron al ejercicio tranquilo de sus derechos y prepararon, por medios pacíficos, la reforma de la Constitución.

El régimen de autoridad, iniciado con tanta firmeza por Portales y continuado sin interrupción por todos los gobernantes hasta 1861, fué transformándose gradualmente en un régimen de libertad que permitió á los ciudadanos expresar sus opiniones con absoluta independencia, criticar con franqueza los actos del Gobierno, señalar los defectos de la Constitución y de las leyes complementarias y ejercer, en una palabra, todos los derechos que corresponden al pueblo en un Estado libre. Los gobernantes posteriores afianzaron por medio de diversas leyes, las libertades públicas; pero la iniciativa de este nuevo régimen se debe al Presidente Pérez, á quien corresponde, en justicia, el mérito de haber mejorado las costumbres políticas de Chile.

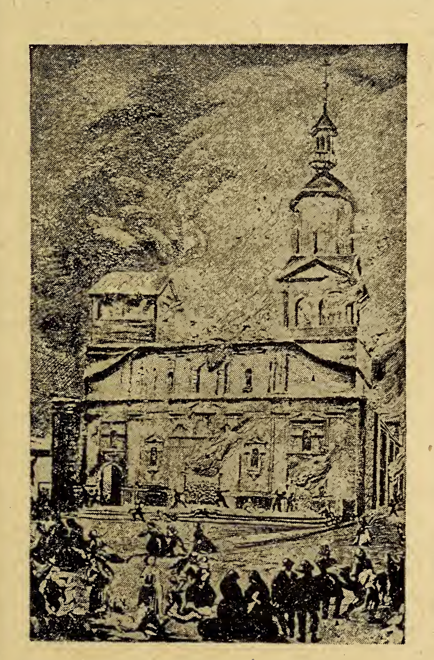
2.—Incendio de la Compañía.

En la tarde del 8 de Diciembre de 1863 ocurrió en Santiago una desgracia que no tiene igual en la historia del mundo.

Celebrábase en la Compañía, antigua iglesia de los jesuítas, la fiesta final del mes de María devoción predilecta de la sociedad de Santiago. El templo estaba engalanado con profusión de flores, tapices y colgaduras. Para darle brillante iluminación había millares de luces en lámparas colgantes y en candelabros que servían de adorno á los altares. Se quería que la fiesta tuviese un esplendor nunca visto en la capital y con tal objeto se había hecho preparativos superiores á toda ponderación.

Al caer la tarde el templo estaba ocupado por numerosos fieles, que llegaban temprano para colocarse en los sitios preferidos. Cuando principió á obscurecer, la

concurrencia era ya tan grande que no había espacio libre ni para los sacristanes encargados de encender las luces. Las personas que no podían entrar permanecían de pie en las puertas del templo, en el atrio y hasta en las calles adyacentes. Por supuesto, la concurrencia era casi en su totalidad femenina. Aquella fiesta magnífica atraía con igual fuerza á las señoras y á las niñas, á las pobres y á las ricas; no había mujer cristiana que se resignara á perderla; todas preferían dejar las casas solitarias y abandonadas antes que faltar al llamado de la Iglesia. Hubiérase creído, al contemplar el entusiasmo fervoroso de aquella multitud, que la salvación de sus almas dependía de su asistencia á aquella solemnidad extraordinaria.



Incendio de la Compañía.

Momentos más tarde el religioso fervor se mudó, con violencia, en desesperada angustia. Las piadosas mujeres allí reunidas para entonar himnos de alabanza á la Virgen María, se vieron de improviso condenadas á sufrir el más doloroso de los martirios. Una de las colgaduras se inflamó al contacto

de una vela recién encendida, las llamas subieron como impulsadas por un soplo vigoroso y, en breves instantes, todos los cortinajes del templo ardieron cual inmensa hoguera.

Las mujeres, espantadas á la vista del peligro, se precipitaron á las puertas como locas, pidiendo á gritos perdón para sus culpas é invocando, con acentos lastimeros, la misericordia divina. Fácil les habría sido salir á la calle, si hubieran conservado la calma necesaria para moverse todas en orden; pero cada una pensaba sólo en sí misma, quería ser la primera en llegar á las puertas y empujaba furiosamente á sus vecinas. De este modo se produjo una horrenda confusión. Luchando desesperadamente para ganar la delantera, se atropellaban las unas á las otras, se golpeaban, despedazaban sus vestidos, se derribaban al suelo y ellas mismas hacían inevitable su muerte por el desordenado afán con que procuraban conservar la vida. En las puertas del templo, las que ya se creían libres de la hoguera, cayeron al suelo derribadas por el empuje de las que venían atrás, éstas á su turno tuvieron igual suerte, y así se formaron barreras de cuerpos humanos, que impedian la salvación de las víctimas encerradas en el interior y hacían ineficaces los auxilios que trataban de prestarles los hombres reunidos afuera.

La funesta noticia se había extendido con rapidez por la ciudad, llevando el terror á todos los hogares. Los padres, los esposos y los hijos, los hermanos y los amigos de tantas infelices condenadas á morir en las llamas, se precipitaban á las puertas del templo resueltos á desafiar todo peligro para salvarlas. Pero los generosos impulsos de sus corazones se estrellaban contra lo imposible: ni siquiera les era dado penetrar en la iglesia para compartir con ellas el atroz martirio. Forzados á ser espectadores impotentes de la tragedia, se entregaban en la calle á conmovedores arrebatos de desesperación y erraban de un lado á otro en busca de alguna noticia que les diese esperanza ó consuelo

Por desgracia, el fuego hacía en el interior su obra

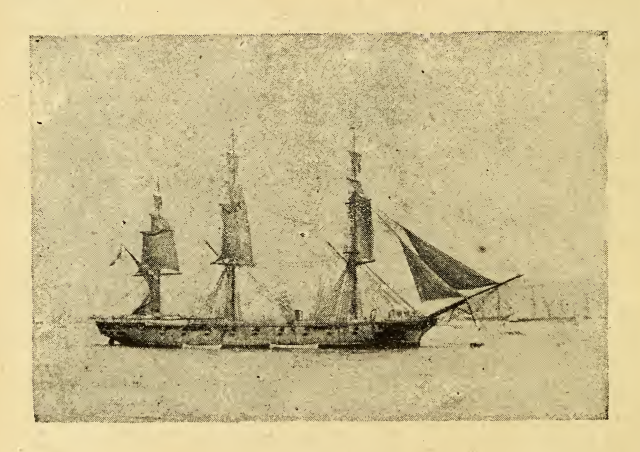
de exterminio y devoraba á sus víctimas con tormentos infernales. El incendio había principiado á las siete; dos horas después el martirio estaba consumado. Entre los escombros del templo ardían los cadáveres de más de dos mil seres humanos, que en la tarde de aquel día en todo pensaban menos en pasar á la vida eterna por un camino que con toda verdad puede compararse al del Calvario.

¡Cuán amarga fué aquella noche para los habitantes de Santiago! No había familia que no tuviese uno ó más deudos entre las personas que habían concurrido al templo. En medio de la confusión nadie podía saber qué suerte habían corrido sus parientes y sus amigos. Todos los lloraban como muertos y, al mismo tiempo, conservaban la vaga esperanza de volver á verlos con vida. Así pasaron lentamente las horas hasta que la luz del nuevo día vino á revelar la inmensidad de la catástrofe. No hay pluma capaz de describir los horrores del aquel cuadro espantoso. A la vista de las ruínas humeantes del templo y de los cadáveres horriblemente carbonizados, nadie pudo contener el llanto. Las lágrimas daban á lo menos algún alivio á las congojas del corazón.

El mismo día fué necesario ocuparse en levantar esos restos humanos para darles religiosa sepultura. Unas pocas personas pudieron identificar los cadáveres de sus deudos y conducirlos á sus tumbas de familia. En su inmensa mayoría los cadáveres estaban desfigurados de tal manera por la acción del fuego, que no hubo cómo reconocer sus facciones para saber los nombres que tuvieron en vida. Se les transportó al cementerio por carretadas, y se les dió sepultura en una tumba común sobre la cual se ha construído un severo mausoleo.

3.—Guerra con España

EL Presidente Pérez aseguró la paz interna de Chile con su política moderada y conciliadora: desgraciadamente no tuvo igual suerte en cuanto á la paz exterior, porque le fué imposible evitar la guerra con España. Esta guerra tuvo su origen en nobles sentimientos del pueblo chileno, que no pudo resignarse á permanecer indiferente cuando España atacó al Perú con el intento de arrebatarle las islas de Chincha. Obligado á ello por el entusiasmo popular, el Presidente Pérez hizo alianza con los Gobiernos del Perú, Bolivia y Ecuador para sostener en común la guerra.



La "Esmeralda."

El Gobierno español mandó una escuadra á bloquear los puertos de Chile, operación que no ofrecía riesgos ni dificultades porque sólo había una nave chilena de guerra: la corbeta *Esmeralda*, que más tarde había de cubrirse de tanta gloria. Sin embargo, esta nave,

bajo el mando del capitán D. Juan Williams Rebolledo, ejecutó una hazaña memorable presentando combate á la goleta española *Covadonga* y capturándola casi á la vista de la escuadra que bloqueaba á Valparaíso á las órdenes del Almirante Pareja. La captura de la *Covadonga* tuvo lugar el 26 de Noviembre de 1865. El Almirante español, contrariado con este suceso, se suicidó poco después á bordo de la *Villa de Madrid*, el buque más poderoso de su escuadra.

El Gobierno de España envió al Pacífico un barco de mayor poder, la fragata blindada *Numancia*, al mando del capitán Méndez Núñez, que pasó á ser jefe de la escuadra. Para vengar la captura de la *Covadonga*, la escuadra bloqueadora ejecutó un acto vergonzoso, que causó muchos perjuicios á Chile, pero que no dió honra ni provecho á España. Valparaíso era entonces un puerto indefenso, no tenía fuertes, ni cañones para combatir con las naves enemigas, de modo que éstas podían destruírlo impunemente con su artillería. Pero atacar y destruír á una ciudad indefensa no es una operación lícita de guerra, ni honrosa tampoco para los soldados y marinos que la ejecutan. Hacer eso es lo mismo que atacar con rifle á un hombre desarmado y hacerle fuego cobardemente desde una distancia de cincuenta ó cien metros.

El 31 de Marzo de 1866, á las nueve y cuarto de la mañana, los buques de guerra españoles *Villa de Madrid, Resolución, Blanca* y *Vencedora*, principiaron á disparar sus cañones sobre el puerto de Valparaíso. Durante tres horas seguidas se ocuparon en hacer fuego sobre los almacenes fiscales y otros edificios, como si estuvieran practicando un ejercicio de tiro al blanco. Poco después de las doce del día, cuando ya estaban ardiendo los almacenes fiscales y el barrio más central del puerto, Méndez Núñez mandó suspender el fuego. Las pérdidas sufridas por el Gobierno de Chile, por los comerciantes y propietarios de las casas destruídas, fueron calculadas en 14.000,000 de pesos.

Un oficial español que tomó parte en esa guerra

y que muchos años más tarde escribió su historia, condena la conducta del Gobierno de su patria, diciendo: «El bombardeo de Valparaíso fué un acto cuyo recuerdo debe entristecer siempre á la marina española.» Realizada esta obra de destrucción, la escuadra de España se retiró de las costas de Chile y la guerra quedó terminada de hecho. En 1867 se celebró un tratado de tregua y doce años más tarde se pactó la paz definitiva.

Con motivo de esta guerra se vió que Chile necesitaba tener, como tuvo en los primeros años de la República, una escuadra bastante fuerte para atender á la defensa de su dilatada costa. El Presidente mandó construír las corbetas *O'Higgins* y *Chacabuco*, las cuales, unidas á la *Esmeralda* y *Covadonga* constituyeron en aquel tiempo todo el poder marítimo de la República. Para evitar otro bombardeo de Valparaíso se procedió á la construcción de los fuertes en actual servicio.

4.—Libertad y progreso.

PASADAS las agitaciones de la guerra con España, el país recobró su tranquilidad y el Presidente Pérez, reelecto en 1866, pudo continuar su gobierno en completa paz. En los últimos años sus actos políticos fueron combatidos enérgicamente por los liberales, que deseaban la reforma inmediata de la Constitución de 1833. La oposición se manifestaba no sólo en el Congreso, sino también en frecuentes asambleas populares y en numerosos diarios y periódicos satíricos. Alguno de los amigos del Presidente se alarmaban con estos hechos, que les parecían síntomas inequívocos de una próxima revolución y le aconsejaban que los reprimiese con la fuerza pública. El señor Pérez, lejos de participar de tales temores, trataba de tranquilizar á sus amigos y les decía: «Las libertades causan espanto en este país porque las confunden con el desorden. Entre tanto, la experiencia enseña que

los pueblos más libres son los más pacíficos. Cuando las leyes son igualmente respetadas por las autoridades y por los ciudadanos, nadie piensa en provocar desórdenes. Por mi parte, deseo que el pueblo haga uso de todos sus derechos políticos para que comprenda que nada ganaría con una revolución.

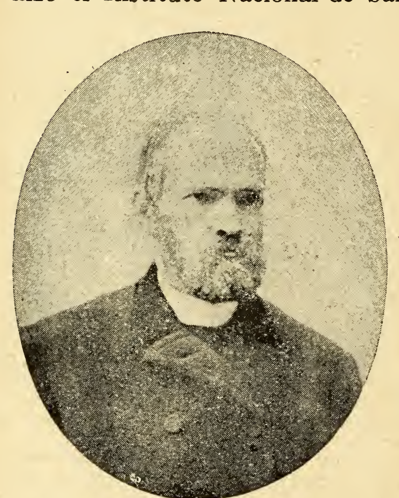
Los diputados y senadores gobiernistas eran atacados sin piedad por los periódicos satíricos y de caricaturas. Algunos de ellos se molestaban en extremo por las burlas de que eran objeto y llegaban á quejarse de que la autoridad no prohibiese la publicación de esos papeles. El Presidente Pérez, á quien se burlaba de preferencia en dichos periódicos, los leía y comentaba, con buen humor. En cierta ocasión se publicó una caricatura que representaba al Presidente dormido en la sala de su despacho, dando á entender así que no era capaz de estudiar ni de trabajar. El señor Pérez, mostrando esta caricatura á las personas de su familia, dijo alegremente: «¡Vean qué tacha ¡Y dirán que no es gracia gobernar bien con los ojos cerrados!»

Otra vez tuvo lugar en Santiago una reunión muy numerosa de los liberales opositores, en la cual se nombró una comisión encargada de pedir al Presidente libertad para el pueblo. D. José Joaquín Pérez recibió á la comisión en su casa particular, fué muy amable con los caballeros que la formaban y, contestando á lo que ellos hablaron, les dijo:

«¿Qué libertades son las que ustedes vienen á pedirme? Tienen libertad de reunirse donde quieran y nadie les ha molestado en la reunión que acaban de tener. También tienen completa libertad de hablar en público y estoy seguro de que ahora mismo han hablado libremente contra el Gobierno. En cuanto á libertad de imprenta, nada les falta. Al contrario, á mí me gusta leer lo que ustedes escriben y me divierten las caricaturas que hacen de mí. Sobre esta mesa tengo los diarios que ustedes han publicado esta mañana. ¿Por qué vienen á pedirme lo que ya tienen y que nadie piensa quitarles?»

En esa época se terminó la construcción de los ferrocarriles principiados por el Presidente Montt, se prolongó la línea del Sur, desde Rancagua hasta Curicó, y se iniciaron las líneas de Chillán á Talcahuano y de Llay-Llay á los Andes. También se construyeron nuevas líneas telegráficas para poner en comunicación toda la parte central de la República.

La instrucción pública hizo muchos progresos en ese tiempo. Se aumentó el número de escuelas, se establecieron liceos en las capitales de provincia y se reorganizó el Instituto Nacional de Santiago, bajo la dirección de D. Diego Barros Arrana, el sabio maestro y notable historiador que ha dedicado su vida entera al estudio y á la educación de la juventud. En todas las ciudades de Chile hay personas que en el Instituto Nacional fueron discípulos del señor Barros Arana, que á él deben principalmente su educación y que por eso le recuerdan siempre con afecto. Más tarde, el señor Barros Arana ha prestado al país el gran servicio de defender sus derechos en la cuestión de límites con la República Argentina, mereciendo por ello la gratitud nacional.


Diego Barros Arana

La Universidad, destinada á los alumnos que han completado sus estudios en el Instituto Nacional y en los Liceos, tuvo por rector á D. Andrés Bello hasta

la muerte de éste en 1865. En lugar de Bello fué nombrado rector D. Manuel Antonio Tocornal, que falleció en 1867 y fué reemplazado por el sabio D. Ignacio Domeyko.

5.—Don Andrés Bello.

LOS pueblos recuerdan con entusiasmo y con respeto á los guerreros que se han distinguido en los campos de batalla. Las hazañas militares son consideradas como el mayor mérito de las naciones. A los soldados que pelean con valor y á los que vencen á los enemigos se les declara salvadores de la patria y se les premia generosamente. En todas partes hay estatuas de bronce ó de mármol en recuerdo de los hombres que más se han distinguido en las guerras.



Andrés Bello.

Justo es que los pueblos tengan gratitud para los soldados que se sacrifican en su defensa. Pero hay también muchas personas pacíficas, que no saben manejar un fusil, que no podrían marchar con un regimiento, ni asistir á una batalla, y que, sin embargo, merecen gratitud como los más gloriosos soldados, porque han servido bien al pueblo y han trabajado sin descanso por su felicidad.

D. Andrés Bello fué en Chile uno de estos hombres

buenos y pacíficos, que merecen respeto por sus virtudes y gratitud por sus servicios. Durante treinta y cinco años se ocupó en enseñar á los chilenos, en organizar colegios, en escribir libros de estudio y en ayudar bondadosamente á todos los jóvenes que deseaban instruírse. El no fué soldado, ni ganó batallas; pero hizo más que muchos militares, porque educó á innumerables ciudadanos y les preparó, con sus lecciones y con su ejemplo, para gobernar el país, dictar leyes justas y asegurar el orden sin destruír la libertad.

D. Andrés Bello nació en Venezuela en 1780. En aquella época los maestros eran muy escasos y no había buenos colegios, bibliotecas ni librerías. A pesa de estas dificultades, D. Andrés Bello se dedicó al estudio desde muy niño y, con su extraordinario talento, pudo aprender idiomas, historia y matemáticas. A la edad de diez años más parecía un hombre que un niño, porque su afición al estudio le hacía indiferente á los juegos propios de la infancia. Sus maestros solían prestarle algunos libros, que él leía y volvía á leer hasta saberlos de memoria. Esta era su ocupación favorita y así logró adquirir una instrucción muy superior á la que recibían los demás estudiantes.

Cuando principió la guerra de la Independencia de Venezuela D. Andrés Bello tenía treinta años de edad. Como su talento y su instrucción le hacían sobresalir entre todos los ciudadanos, se le designó para acompañar á Simón Bolívar, que se dirigía á Londres con el carácter de representante del gobierno republicano.

Dos años más tarde los españoles vencieron á los patriotas de Venezuela. El Gobierno republicano dejó de existir y no pudo mandar á sus representantes en Londres el dinero que éstos necesitaban para sus gastos personales. D. Andrés Bello, que acababa de casarse con una señora inglesa, se encontró en situación desesperada, viéndose sin trabajo y sin recursos en un país extranjero. No había pagado la ropa que tenía puesta y estuvo en peligro de ir á la cárcel por este

motivo. La bondadosa generosidad del sastre, su acreedor, le libró de este sufrimiento.

Siguiendo el consejo de un amigo, D. Andrés Bello se ofreció en Londres como profesor de castellano. Durante varios años dió lecciones á algunos jóvenes ingleses y por este medio pudo ganar lo indispensable para el sustento de su familia. Al cabo de diez años de incesante trabajo, en 1822, pudo gozar de cierto alivio. En esa fecha fué llamado á desempeñar el empleo de secretario de la Legación de Chile en Londres. El sueldo de este empleo era escaso, pero tenía la ventaja de ser pagado con seguridad. Los buenos servicios de D. Andrés Bello en este empleo, sus notables trabajos literarios y su ejemplar conducta privada le recomendaban de tal modo, que en 1829 el Gobierno de Chile le ofreció un cargo de importancia en la administración pública. El ofrecimiento fué aceptado y D. Andrés Bello llegó á Santiago con su familia en Julio de aquel año.

Desde entonces hasta su muerte, en 1865, vivió dedicado á servir á Chile como el mejor de los ciudadanos. Por su nacimiento fué hijo de Venezuela; por sus trabajos y sus servicios fué verdadero hijo de Chile. Aquí encontró todo lo que necesita un hombre para vivir contento en su Patria: trabajo seguro, justicia, paz, libertad, respeto á sus méritos, gratitud á sus servicios. El Congreso dictó una ley especial declarándole ciudadano chileno; en seguida fué elegido Senador de la República.

Los hombres más notables de Chile fueron discípulos de D. Andrés Bello. Entre ellos puede citarse á D. Francisco Bilbao, D. José Victorino Lastarria, D. Manuel A. Tocornal, D. Miguel Luis Amunátegui, D. Aníbal Pinto, D. Diego Barros Arana y D. Manuel Antonio Matta, hombres que se han distinguido por diversos títulos en el servicio del país. Entre los libros de D. Andrés Bello merecen recuerdo aparte su *Gramática de la Lengua Castellana*, su *Filosofía*, su *Derecho Internacional* y sus *Poesías*. Asimismo debe

recordarse que el *Código Civil de Chile* fué preparado y redactado por él con gran sabiduría.

En medio de sus trabajos, D. Andrés Bello tuvo que padecer duras penas. Nadie en este mundo se encuentra libre de sufrimientos. Algunos creen que la felicidad consiste en no sufrir y, cuando les sucede cualquier contratiempo, se afligen y se consideran muy desgraciados. Otros, comprendiendo que es necesario soportar con paciencia todos los sufrimientos, pasan la vida resignados con su suerte y buscan alivio á sus penas en el estudio y el trabajo.

D. Andrés Bello pertenecía al número de estos hombres que saben sufrir con paciencia. Hubo en Chile unas pocas personas que negaron sus méritos, que le trataron con injusticia y le calumniaron. El dejó pasar en silencio estos ataques á su persona, porque estaba seguro de no haberlos merecido. Por otra parte, la injusticia de unos pocos nada valía en comparación del cariñoso respeto con que le trataron los demás chilenos.

El verdadero sufrimiento de D. Andrés Bello fué ver morir en edad temprana á algunos de sus hijos. El mayor, Carlos Bello, murió á la edad de 39 años, después de haber sido Diputado y Ministro de Chile en el Ecuador. El segundo, Francisco Bello, murió más joven á los 28 años, siendo profesor de latín en el Instituto Nacional. Obtuvo esta clase en un certamen, antes de cumplir 18 años, y escribió para sus alumnos una *Gramática de la lengua latina*, libro de gran mérito. El tercero, Juan Bello, murió á los 35 años de edad, desempeñando el cargo de Ministro de Chile en los Estados Unidos; también se había distinguido como Diputado y como profesor de Historia en el Instituto Nacional.

Cada uno de estos hijos era para D. Andrés Bello un pedazo de su corazón. El mismo les había educado, comunicándoles su ciencia y sus virtudes. Ellos eran dignos de tan noble padre y le prometían una vejez dichosa. Por desgracia, los hijos cayeron á la tumba en edad juvenil y el anciano padre conservó la vida

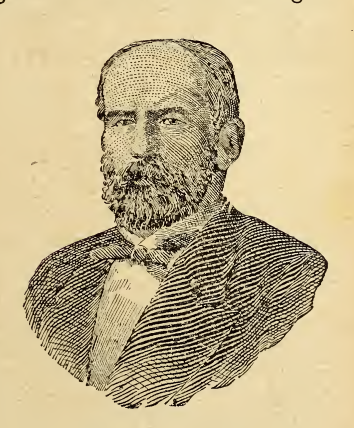
para llorarlos. D. Andrés Bello, lleno de tristeza por estas desgracias, se consagró al trabajo con mayor tesón. Desempeñando sus funciones de rector de la Universidad, escribiendo libros de mucho valor y dando lecciones de literatura y filosofía á varios jóvenes distinguidos, él descansaba de sus penas y al propio tiempo servía al país de su adopción.

Las personas que se acercaban por primera vez á D. Andrés Bello se sentían acortadas por el respeto debido á sus méritos y también porque su trato era grave y su semblante severo. A pesar de estas apariencias de terquedad, era afable y muy benévolo; en especial trataba con bondad á los jóvenes estudiantes que recibían sus lecciones y le consultaban sus trabajos literarios. Conversaba con ellos familiarmente, les indicaba los libros que debían leer y les daba provechosos consejos.

D. Andrés Bello fué el primer sabio americano y el mejor maestro de Chile. En vida tuvo la satisfacción de verse respetado, en América y en Europa, por todas las personas capaces de apreciar el talento y la virtud. Después de su muerte, la gratitud nacional le ha erigido una estatua de mármol á fin de que su ejemplo siga sirviendo de enseñanza á la juventud.

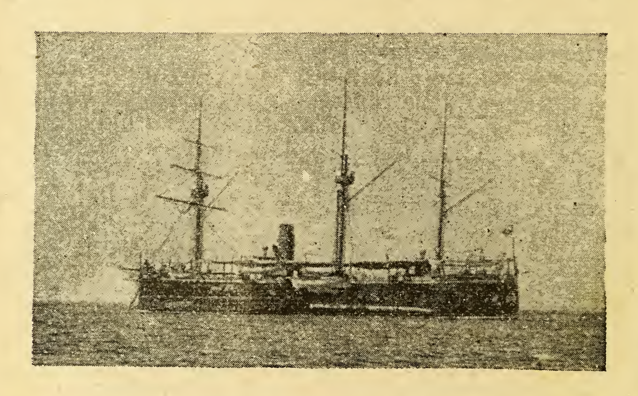
6.—El Presidente Errázuriz.

DON Federico Errázuriz, elegido Presidente para reemplazar á don José Joaquín Pérez, gobernó desde el 18 de Septiembre de 1871 hasta el 18 de Septiembre de 1876. Los cuatro Presidentes



Federico Errázuriz.

anteriores, Prieto, Bulnes, Montt y Pérez, gobernaron diez años cada uno porque fueron elegidos dos veces sucesivas. Errázuriz gobernó solamente cinco años, porque en 1871 se reformó la Constitución, prohibiendo que un Presidente pudiese ser elegido para otros cinco años mientras él gobernaba. Esta reforma fué apoyada en el Senado por el mismo señor Errázuriz, en víspera de ocupar la Presidencia de la República, hecho que debe recordarse en su honor.



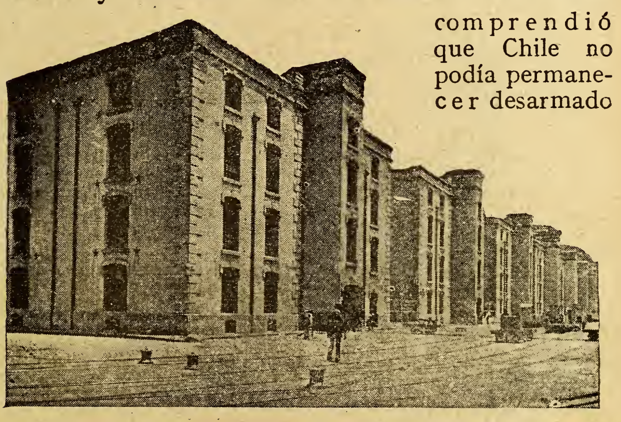
Blindado Blanco Encalada.

El Presidente Errázuriz tuvo la felicidad de gobernar, como el Presidente Bulnes, en completa paz, sin revolución y sin guerra exterior. Gracias á esta circunstancia pudo preparar y llevar á término diversos trabajos de mucha importancia para la República.

Contrató en Londres nuevos empréstitos y dedicó la mayor parte de este dinero á construír grandes obras de utilidad pública: terminó los ferrocarriles cuya construcción dejó iniciada el Presidente Pérez, prolongó la línea férrea desde Curicó hasta Chillán y construyó la de San Rosendo á Angol; terminó en Valparaíso los nuevos almacenes fiscales, que fué necesario reedificar

después del bombardeo de ese puerto por la escuadra española; terminó en Santiago el Palacio del Congreso, cuya construcción estaba suspendida desde el Gobierno del Presidente Montt, y edificó en la Quinta Normal de Agricultura el Palacio de la Exposición.

Otra parte del dinero tomado en préstamo en Londres lo dedicó el Presidente Errázuriz á aumentar el poder naval de la República. El Perú tenía en esa época una escuadra compuesta de tres monitores, una fragata blindada y varias corbetas. El Presidente Errázuriz comprendió que Chile no podía permanecer desarmado



Almacenes fiscales de Valparaíso.

teniendo un vecino con fuerzas navales tan poderosas. En ese tiempo, al arreglar las cuentas de la guerra de las Repúblicas aliadas contra España, hubo entre Chile y Perú algunas dificultades que debilitaron la amistad de las dos naciones, haciendo temer un conflicto armado. El Perú tenía una escuadra poderosa, formada por cuatro blindados, tres corbetas y otros barcos de menor importancia. Chile estaba indefenso en su extensa costa, pues no poseía sino la *Esmeralda* y la *Covadonga*, buques inferiores á las corbetas peruanas. Para

proteger á la República contra este peligro, el Presidente Errázuriz mandó construír en 1873 los blindados *Almirante Blanco Encalada* y *Almirante Cochrane* y la cañonera *Magallanes*. Seis años más tarde estas naves fueron la salvación de Chile en la guerra contra el Perú y Bolivia. El Presidente Errázuriz ya había muerto; pero no hubo chileno que no recordara su nombre con gratitud, puesto que, sin aquellas naves, el triunfo habría sido imposible para Chile.



Eulogio Altamirano

D. Federico Errázuriz ha sido uno de los mejores gobernantes de Chile, porque respetó la libertad de los ciudadanos y al mismo tiempo ejerció la autoridad con firmeza. Casi siempre los gobernantes que cuidan mucho de su autoridad se convierten poco á poco en déspotas odiados por el pueblo. Por el contrario, cuando los gobernantes carecen de energía para hacer respetar su autoridad, fácilmente se desorganiza el gobierno y el país llega á una situación en la que todos quieren mandar y ninguno obedecer. El Presidente Errázuriz supo evitar los dos extremos: respetó la libertad del pueblo sin hacer abandono de su autoridad. Tuvo un sólo Ministro del Interior durante los cinco años de su Gobierno, atendió personalmente á todas las necesidades del servicio público y así logró hacer grandes bienes al país, dejando un buen ejemplo á sus sucesores.

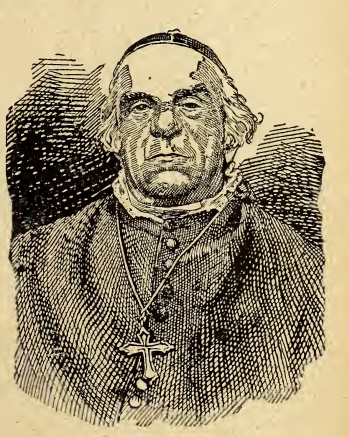
Debe recordarse el nombre de D. Eulogio Altamirano, que fué Ministro del Interior del Presidente Errá-

zuriz y tuvo parte principal en todos los actos de su Gobierno.

7.—El Arzobispo Valdivieso.

EN 1848 fué consagrado Arzobispo de Santiago D. Rafael Valentín Valdivieso, el más ilustre sacerdote de la Iglesia chilena. El señor Valdivieso, nacido en Santiago el año 1804, creció en medio de las agitaciones de la guerra de la Independencia. Su corta edad no le permitió acaso comprender toda la importancia de esos graves acontecimientos; pero su carácter debió fortalecerse con el ejemplo de los sacrificios y el heroísmo de los patriotas.

Los muertos y heridos en las batallas, los fusilamientos, los azotes en las cárceles, las persecuciones y el destierro, eran en esa época el diario tormento de las familias chilenas. En todos los hogares se vivía en penosa inquietud, porque siempre se estaba temiendo el anuncio de una desgracia. Hasta las alegrías de la victoria se mezclaban con las lágrimas del dolor, puesto que cada ventaja en favor de la Independencia era conquistada con la sangre y la vida de muchos de los soldados de la Patria.



Arzobispo Valdivieso.

Los niños, que eran testigos de tantos sufrimientos, que lloraban con sus madres al padre ó al hermano sacrificado en la guerra, se educaban, sin saberlo, en esa escuela de la adversidad, para cumplir dignamente sus deberes cuando les llegase el turno de ser ciudada-

nos y de servir á la patria. Gracias á esta circunstancia la República tuvo más tarde un buen número de servidores infatigables en el trabajo y dotados de extraordinaria energía para defender la verdad y la justicia.

El señor Valdivieso sobresalió desde muy joven entre estos ciudadanos distinguidos. Según el testimonio de las personas que le conocieron en su infancia, era un niño inteligente, discreto, de carácter tranquilo, de corazón afectuoso, que no necesitaba reprimendas ni castigos para conducirse bien. Estas cualidades le recomendaron, sin duda, al aprecio del bondadoso D. Manuel Salas, quien le eligió en 1824, cuando el señor Valdivieso apenas cumplía 20 años, para que fuese su segundo en la administración del Hospicio de Santiago.

Los pobres asilados en este establecimiento de caridad encontraron en el señor Valdivieso un verdadero discípulo de San Vicente de Paul: él se consagró á cuidarlos con afecto paternal, les visitaba diariamente, atendía á sus necesidades, trataba de aliviar sus penas y de dar consuelo á sus aflicciones; con frecuencia les servía los alimentos y las medicinas como un simple criado. En estas ocupaciones, muy gratas á su piadoso corazón, el señor Valdivieso buscó descanso, durante diez años, á las fatigas de sus estudios y sus trabajos profesionales. Habiendo obtenido el título de abogado en 1825, desempeñó hasta el año 1834 varios cargos judiciales: fué miembro de la Municipalidad de Santiago y en dos Congresos formó parte de la Cámara de Diputados.

En 1833, siendo el señor Valdivieso diputado por Santiago y Ministro de la Corte de Apelaciones, se descubrió en la capital un intento de revolución, cuyos autores fueron sometidos á un consejo de guerra. El Presidente Prieto y sus Ministros, perturbados aún por las pasiones de la guerra civil, pretendieron que el tribunal militar condenase á muerte á los conspiradores. El tribunal supo mantener su independencia, estudió la causa con el honrado propósito de hacer justicia y se limitó á imponer á los acusados la pena de destierro.

Este fallo del Consejo de Guerra pasó en apelación á la Corte, que lo reformó en favor de los reos, disminuyendo las penas. El Presidente de la República, dejándose llevar de un arrebato de ira al ver contrariada su voluntad, cometió la grave falta de acusar ante la Corte Suprema á los Ministros de la Corte de Apelaciones por el supuesto delito de torcida administración de justicia. El señor Valdivieso, ofendido como juez y como hombre por esta acusación del Gobierno, tomó á su cargo la defensa del tribunal y obtuvo de la Corte Suprema, después de un notable alegato, la más completa y honrosa absolución.

No fué ésta la única ocasión en que el señor Valdivieso se hizo el defensor de la justicia y la libertad contra las violencias del Gobierno. Seis años más tarde, en 1839, cuando ya era sacerdote, presentó á la Cámara de Diputados un proyecto de ley con el objeto de impedir que el Presidente de la República volviese á ser autorizado por el Congreso, como lo fué en 1837, para suspender el imperio de la Constitución y las leyes y ejercer una dictadura absoluta. Ese proyecto de ley, combatido por el Gobierno, fué rechazado por la Cámara; pero el señor Valdivieso acreditó una vez más la independencia y la rectitud de su carácter, que no se doblegaba ante los poderosos cuando éstos se apartaban de la justicia.

El señor Valdivieso parecía llamado por su talento y sus virtudes á ocupar los primeros puestos en la administración de la República. Otros en su lugar se habrían sentido dominados por el deseo de sobresalir entre sus compatriotas, porque es propio del hombre ambicionar el poder y la gloria. En tales circunstancias, el señor Valdivieso dió la prueba más elocuente de la elevación de su alma y de la firmeza de su voluntad: desdeñó, como cosas despreciables, todas las vanidades humanas, pidió al Obispo Vicuña que le impusiese las órdenes sagradas y se alejó de Santiago para recorrer, como misionero, las dos provincias más lejanas y más desamparadas, primero la de Chiloé y en seguida la de

Atacama. Las penalidades de sus viajes fueron muy grandes: en el Sur por la abundancia de las lluvias, en el Norte por la aridez del desierto; en una y otra parte por la escasez de víveres, la falta de caminos y la dificultad de encontrar alojamientos. El señor Valdivieso soportó todas las molestias con tranquilidad inalterable, porque justamente deseaba ser sacerdote para consagrarse á la práctica de las virtudes.

Pero la Iglesia tiene también su jerarquía y es natural que los sacerdotes más sabios y virtuosos sean llamados á las más altas dignidades. Sucedió, por esto, que el señor Valdivieso, huyendo los honores de la vida civil, encontróse muy pronto solicitado por los honores de la vida eclesiástica. En 1838 el Gobierno quiso proponerle al Papa para el Obispado de La Serena; el señor Valdivieso se negó á aceptar esta dignidad, diciendo que «apenas tenía los conocimientos necesarios para ser un simple presbítero,» y persistió en esta negativa, á pesar de la insistencia con que el Presidente de la República y el Ministro del Culto trataron de vencer sus escrúpulos.

En el ejercicio de su ministerio el señor Valdivieso adquirió gradualmente toda la preparación requerida para las funciones episcopales, y en 1845, cuando hubo que proponer candidatos para el Arzobispado de Santiago, vacante por fallecimiento del señor Vicuña y por la no aceptación de D. José Alejo Eyzaguirre, su nombre ocupó el primer lugar en la terna formada por el Consejo de Estado. El señor Valdivieso trató de resistir; pero el Gobierno y el clero unieron sus esfuerzos para hacerle comprender que las necesidades de la Iglesia le obligaban á aceptar el cargo y él hubo de someterse al cumplimiento de este deber.

El señor Valdivieso tomó posesión de la autoridad eclesiástica el mismo año 1845; pero su consagración como Arzobispo no se verificó sino tres años después con las solemnidades especiales que la Iglesia determina para estos casos. Durante más de treinta años el señor Valdivieso ocupó la silla Arzobispal. Su conducta

en el desempeño de tan delicadas funciones correspondió por completo á las esperanzas que en él habían puesto los fieles. La más constante de sus preocupaciones fué mantener la disciplina eclesiástica con severidad á fin de que los sacerdotes se distinguiesen por sus virtudes y mereciesen el respeto público. Para esto prestó atención preferente al Seminario de Santiago, cuyo rectorado confió á D. Joaquín Larraín Gandarillas, el primero de sus discípulos. El mismo predicó con el ejemplo practicando la caridad, viviendo con modestia y aceptando las mortificaciones con resignación.

La caridad del Arzobispo Valdivieso era practicada en silencio, como manda el Evangelio, no para recibir aplausos y agradecimientos, sino para dar alivio á los necesitados. Nadie sabía cuánto dinero empleaba en limosnas á los pobres y los hospitales; pero todos podían ver que gastaba muy poco en su persona y en su casa, porque se vestía con pobreza, se alimentaba frugalmente y usaba muebles muy ordinarios. Su dormitorio fué siempre un aposento cuyas paredes estaban blanqueadas con cal, que no tenía alfombra, ni objeto alguno de comodidad y que más parecía la habitación de un humilde artesano que la de un Arzobispo. La sala de recibo estaba en armonía con la modestia del dormitorio. En cierta ocasión, estando él ausente, uno de sus deudos arregló esta sala, á costa suya, con muebles más decentes. El señor Valdivieso se disgustó en extremo cuando vió el cambio y se le oyó repetir que aquello era un mal ejemplo, porque los fieles dirían que él gastaba en lujo un dinero que debía ser mejor empleado.

Se ve, pues, que el Arzobispo Valdivieso vivía con poco dinero y que su renta era muy superior á sus gastos; sin embargo, murió sin dejar bienes de importancia, porque lo que economizaba, limitando sus propias necesidades, lo empleaba cristianamente en atender á las necesidades ajenas.

En tiempo en que no había ferrocarriles, ni buenos

caminos, el Arzobispo Valdivieso recorría á caballo la Arquidiócesis para visitar las parroquias, observar la conducta de los curas y administrar los sacramentos á los fieles que estaban privados de ellos. Los sacerdotes jóvenes y robustos que le acompañaban, solían rendirse á las fatigas de tan duro viaje; pero el Arzobispo, que debía estar más fatigado que ellos, lejos de detenerse, seguía adelante sin quejarse y se mostraba igualmente satisfecho alojándose en las casas de una hacienda ó en un miserable rancho del camino.

El señor Valdivieso tenía, como todos los hombres, sus defectos y debilidades. El mayor mérito de su vida fué dominarse á sí mismo para corregir aquellos defectos y adquirir las virtudes propias del carácter sacerdotal. Es oportuno referir, á este propósito, una escena ocurrida poco antes que el señor Valdivieso fuese Arzobispo. Para arreglar cierta dificultad personal, fué con otro sacerdote, amigo suyo, á la casa de un caballero, con el cual sostuvo larga y acalorada discusión. Con un movimiento nervioso el señor Valdivieso hizo caer al suelo un tintero que había sobre la mesa. El dueño de casa, que ya estaba muy irritado, se enfureció al ver su alfombra manchada con tinta y dirigió palabras muy duras al señor Valdivieso. Este, dominando la ira que fermentaba en su pecho, estuvo un momento silencioso; en seguida, se puso de rodillas, limpió la alfombra con su manteo, dió excusas á su ofensor y se retiró sin insistir en el arreglo que había ido á buscar. Este incidente retrata al Arzobispo Valdivieso con entera fidelidad, porque le presenta venciendo un defecto de su carácter y sacrificando su amor propio para conducirse según el precepto que ordena, al discípulo de Cristo, presentar la mejilla izquierda á quien le haya golpeado la derecha.

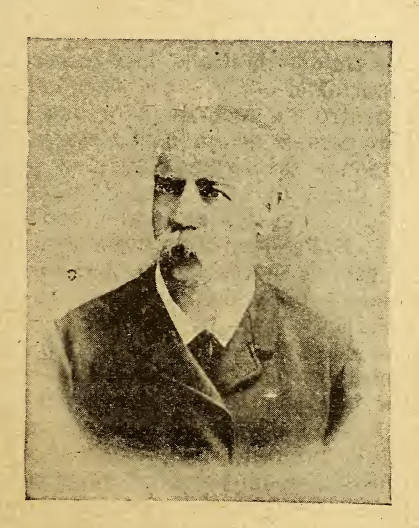
El Arzobispo Valdivieso era venerado por el clero y por los fieles como un modelo de virtudes. Su muerte, ocurrida en Santiago el año 1878, fué llorada con lágrimas tan ardientes como las que un hijo derrama sobre la tumba de su padre. Hoy mismo, después que

han pasado tantos años, los sacerdotes que trataron al Arzobispo y que recibieron sus enseñanzas, se sienten conmovidos al recordar su irreparable pérdida.

8.—Dificultades y peligros.

CUANDO fué necesario elegir nuevo Presidente en reemplazo de D. Federico Errázuriz, se presentaron tres candidatos:

D. Benjamín Vicuña Mackenna, historiador distinguido, ciudadano meritorio que había servido dignamente á la República en diversos cargos públicos;



Benjamín Vicuña Mackenna.

D. Miguel Luis Amunátegui, antiguo profesor del Instituto Nacional, escritor notable, que fué Minisro del Interior en la administración del Presidente Pérez; y D. Aníbal Pinto, la que acababa de ser Ministro de Guerra del Presidente Errázuriz y se distinguía por condiciones de carácter y de inteligencia muy semejantes á las de su padre, el general D. Francisco A. Pinto.

La elección favoreció á D. Aníbal Pinto, que se hizo cargo de la Presidencia el 18 de Septiembre de 1876 y la ejerció hasta el 18 de Septiembre de 1881. El Presidente Pinto, hombre estudioso, de carácter reposado, amigo de la paz y del trabajo, parecía elegi-

do especialmente para gobernar la República en completa tranquilidad; por desgracia, en aquel tiempo surgieron grandes dificultades económicas y gravísimas complicaciones internacionales que, poniendo en peligro los progresos alcanzados en los años anteriores, abrumaron al Presidente con una responsabilidad superior á la que ha pesado sobre los demás gobernantes chilenos.

Las dificultades económicas fueron motivadas por la decadencia de las minas de plata y cobre, que daban la mayor parte de los productos de exportación. A fin de completar el pago en el extranjero de las mercaderías traídas á Chile, los comerciantes tuvieron que exportar el oro y la plata acuñada, hasta que el país se encontró sin moneda para hacer los negocios diarios. Esta escasez de moneda, signo de e mpobrecimiento nacional, se hizo más grave aún porque las rentas fiscales, disminuídas á causa de la crisis, no bastaron para cubrir los gastos ordinarios de la administración pública. El Presidente y el Congreso se vieron entonces en la penosa necesidad de declarar que los Bancos no estaban obligados á cambiar sus billetes por moneda metálica. Este fué el origen del papel moneda, que poco después se estableció á firme por medio de las emisiones de billetes que hizo el Gobierno para atender á los gastos de la guerra con el Perú y Bolivia.

Las complicaciones internacionales pusieron en peligro la paz con la República Argentina por causa de la cuestión de límites; afortunadamente, en los dos países hubo ciudadanos bien intencionados que se ocuparon en calmar las pasiones populares y consiguieron restablecer el predominio de los sentimientos pacíficos. Apenas calmada esa tormenta, se produjo, en las relaciones con Bolivia, un conflicto que hizo inevitable la guerra en 1879.

9.—Guerra del Pacífico.

LOS Gobiernos de Chile y Bolivia se disputaron durante largos años, el dominio de una parte de los territorios comprendidos entre el mar y la

cordillera, al norte de la provincia de Atacama. En 1866 se celebró un tratado de límites á fin de poner término á esas diferencias; ocho años más tarde, un segundo tratado reformó y perfeccionó lo convenido en aquel pacto. A pesar de ello, subsistió la aspereza de relaciones entre los dos Gobiernos, porque el de Chile tuvo que hacer frecuentes reclamos en amparo de los derechos é intereses de sus connacionales avecindados en el litoral boliviano.

Uno de estos reclamos, desatendido por Bolivia, dió lugar á que Chile declarase nulos en 1879 los tratados de límites y ocupase militarmente el puerto de Antofagasta. El Gobierno del Perú, presentándose como amigo de Chile y Bolivia, ofreció su mediación para evitar la guerra y mandó al efecto un Enviado Especial á Santiago. Por ese tiempo se descubrió que desde 1873 existía una alianza secreta entre el Perú y Bolivia; el Gobierno de Chile, al saber esto, consideró á los aliados como enemigos y les declaró la guerra el 5 de Abril de 1879.

El Perú creía que su escuadra era mucho más fuerte que la de Chile. Por su parte, Bolivia pensaba que su ejército era más numeroso y aguerrido que el chileno. Esta confianza de los enemigos en la superioridad de sus elementos militares se fundaba en los hábitos de cada pueblo. Chile había vivido en paz, salvo las breves revoluciones de 1851 y 1859, desde la gloriosa campaña del genèral Bulnes en 1839; en cambio, el Perú y Bolivia habían vivido sobre las armas en perpetuas guerras civiles. Peruanos y bolivianos tenían el orgullo de estimarse como pueblos belicosos y miraban en menos al pacífico pueblo chileno que, según ellos, era fuerte para el trabajo, pero no para la guerra.

Apenas rotas las hostilidades, el Gobierno de Chile ordenó á la escuadra que se hiciese á la mar y fuese á establecer el bloqueo del puerto peruano de Iquique; al mismo tiempo procedió con actividad á organizar en Antofagasta un ejército expedicionario, mandando á ese puerto los batallones que rápidamente se formaban

en todas las provincias. Desde aquel momento pudo observarse que la prolongada paz no había enervado el carácter chileno y que el pueblo aceptaba la guerra determinado á hacer cuanto sacrificio fuese necesario para asegurar el triunfo.

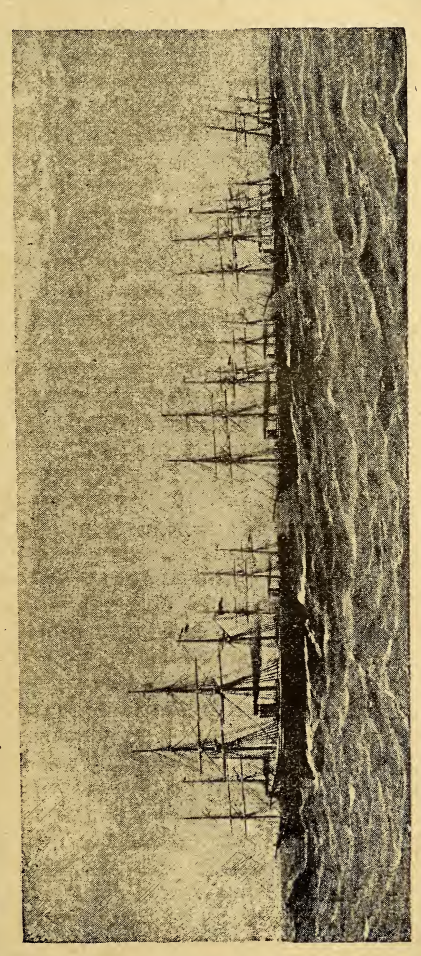
10.—Combate naval de Iquique.

El Almirante Williams Rebolledo, jefe de la escuadra chilena, suspendió en Mayo el bloqueo de Iquique é hizo rumbo al Norte con el objeto de provocar á las naves peruanas, que estaban completando su armamento al abrigo de las fortalezas del Callao. En Iquique sólo quedaron, por inútiles, dos viejos barcos: la *Esmeralda* y la *Covadonga.* Justamente en los mismos días salieron del Callao, con rumbo al Sur, los blindados peruanos *Huáscar* é *Independencia.* Quiso la suerte que en el ancho mar las naves enemigas se cruzaran sin divisarse. Así, el Almirante chileno tuvo en el Callao la sorpresa de no encontrar al adversario que buscaba y su ánimo se llenó de inquietud al pensar en el peligro que corrían los débiles barcos dejados en Iquique. Los blindados peruanos arribaron, entre tanto, á Arica, y sabiendo allí que en el vecino puerto podían hacer fácil presa, marcharon á Iquique sin tardanza.

En la madrugada del 21 de Mayo la *Esmeralda* y la *Covadonga* divisaron dos vapores que avanzaban en dirección al puerto; pronto reconocieron en ellos al *Huáscar* y la *Independencia.* El capitán Prat, de la *Esmeralda*, se puso al habla con el capitán Condell, de la *Covadonga,* le dió breves instrucciones para el combate y terminó diciéndole: «*Cada uno á cumplir con su deber.*» A las ocho de la mañana el *Huáscar* hizo fuego sobre la *Covadonga* y la *Independencia* sobre la *Esmeralda.* Poco después el *Huáscar* gobernó sobre la *Esmeralda,* dejando pasar por su proa á la *Independencia,* que se dirigió rectamente sobre la *Covadonga* para atacarla con el espolón. La goleta había sido atravesada

de parte á parte por una bala de 300 libras del *Huáscar;* pudo, sin embargo, mantenerse á flote y se puso en movimiento, pegada á la costa, con rumbo al Sur, perseguida de cerca por la *Independencia*

Entre tanto el *Huáscar* dirigía sus fuegos sobre la *Esmeralda*, que, por el mal estado de sus máquinas, no podía moverse. El capitán Prat, antes de contestar los fuegos del enemigo, dijo á sus marineros con voz solemne:


La escuadra chilena en 1879.

¡Muchachos! la contienda es desigual. Hasta hoy la bandera de Chile nunca ha sido arriada ante el enemigo; espero que no sea esta la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva

esa bandera estará en su lugar; si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber!

¡Viva Chile! viva Chile! gritaron con entusiasmo los marineros, que hacía rato ocupaban sus puestos de combate, y momentos después rompieron los fuegos contra el *Huáscar*. El monitor peruano, protegido por gruesas planchas de acero, estaba libre de todo daño; los proyectiles chocaban contra él, sin herirle, y se perdían en las aguas. En cambio, la corbeta chilena era atravesada de parte á parte por las balas y granadas que lanzaba la poderosa artillería enemiga. La sangre corría en abundancia por su cubierta, los muertos y heridos aumentaban sin cesar, los trozos del casco y de los mástiles despedazados saltaban en opuestas direcciones y, mientras mayor era el destrozo y más grande era el peligro, más firme se mostraba el ánimo de sus tripulantes para prolongar la lucha hasta que no quedara á bordo un hombre con vida.

Eran las once de la mañana: el desigual combate duraba ya tres largas horas, cuando el capitán Grau, impaciente por concluír, ordenó dar toda fuerza á la máquina para echar á pique á la *Esmeralda* con el espolón. La nave chilena, cuya máquina se había inutilizado, no pudo evitar el golpe. El *Huáscar* chocó violentamente contra ella, hizo una enorme abertura en su casco y allí mismo, con inútil crueldad, disparó sobre ella los grandes cañones de su torre de combate.

En aquel supremo trance de sufrimiento y heroísmo, el capitán Prat saltó, espada en mano, sobre la cubierta del *Huáscar* llamando á su gente al abordaje. Sólo el sargento Aldea pudo seguir á Prat; los demás tripulantes de la *Esmeralda* no alcanzaron á cumplir aquella voz de mando, porque el *Huáscar* se retiró rápidamente. El capitán Prat y el sargento Aldea, solos sobre la cubierta del *Huáscar*, fueron contemplados con admiración por sus compañeros de la *Esmeralda*, que desde lejos les vieron avanzar hacia la torre blindada del monitor y caer fusilados por los defensores de ésta. Prat y Aldea sellaron con el más sublime sacrificio el jura-

mento hecho ante la bandera de la Patria al principiar el combate.

El teniente Luis Uribe, condiscípulo de Prat y su amigo de la infancia, tomó el mando de la *Esmeralda* por razón de jerarquía. La corbeta destrozada comenzaba á hundirse; prolongar la resistencia en tales condiciones equivalía á condenarse á perder la vida; pero sus tripulantes, fortalecidos por el ejemplo que acababa de darles el capitán Prat, miraban la muerte no como un peligro, sino como una honra y un deber. A las once y media el *Huáscar* dió un segundo espolonazo á la *Esmeralda*. En esta ocasión el teniente Ignacio Serrano y doce marineros repitieron la hazaña de Prat y murieron como él sobre la cubierta del *Huáscar*, fusilados á mansalva por sus enemigos.



Ignacio Serrano.

Desesperado con resistencia tan tenaz, el capitán Grau dió un tercer golpe de espolón á la *Esmeralda* y la gloriosa nave se hundió en el mar, á la hora del meridiano, con la bandera de Chile izada al pico del mesana. El guardiamarina Ernesto Riquelme, que disparó el último cañón, pereció ahogado junto con muchos de los marineros: su nombre lo conservará la historia como emblema de serenidad en el sacrificio.

Mientras en la rada de Iquique la *Esmeralda* se batía con tanto heroísmo, la *Covadonga* navegaba con rumbo al Sur. Este pequeño barco, capturado á los españoles en 1866, andaba cinco millas en cada hora y no tenía más

defensa que dos cañones. En su persecución iba la fragata blindada *Independencia*, con andar de doce millas por hora y armada con diez y ocho cañones de grueso calibre. Los peruanos estaban ciertos de apresar á la goleta chilena y de antemano celebraban el triunfo; pero el capitán Condell y sus oficiales habían jurado, como sus compañeros de la *Esmeralda*, aceptar la muerte antes que rendir la bandera y no había poder humano capaz de apartarles de esta determinación.



Carlos Condell.

La *Independencia*, merced á su velocidad, reducía por momentos la distancia que la separaba de la *Covadonga* y hacía fuego sobre ésta con sus cañones de proa. El capitán Condell no podía hacer uso de la artillería de su buque, porque, para ello, habría tenido que disminuír la marcha. Por otra parte, el blindado peruano era invulnerable á los cañones de la *Covadonga*. Como único medio de defensa algunos marineros de la nave chilena, trepados sobre los mástiles, disparaban con sus rifles sobre los artilleros que manejaban los cañones de la *Independencia* y les obligaban, con sus certeras punterías, á interrumpir el fuego.

Viendo los peruanos que la lucha se prolongaba demasiado, resolvieron dar alcance á la *Covadonga* para

despedazarla á golpes de espolón. El capitán Condell evitó el choque con una maniobra oportuna y se acercó á la playa cuanto le fué posible, á fin de aprovechar la ventaja que le daba el poco calado de la goleta. El comandante peruano, cegado por la impaciencia, siguió el mismo rumbo, sin fijarse en que allí no había bastante fondo para su fragata. Navegaba la *Independencia* á toda fuerza de máquina y faltaban apenas unos minutos para que diese alcance á la *Covadonga*, cuando chocó con una roca submarina y se tumbó de costado. Esto sucedía á la una del día y el combate había principiado á las ocho de la mañana. El capitán Condell volvió atrás é hizo fuego para obtener la rendicion de los tripulantes de la nave peruana; pero á esa hora apareció en el horizonte el *Huáscar*, que venía de Iquique después del hundimiento de la *Esmeralda*. El capitán Condell volvió proa al Sur. Al día siguiente llegó á Antofagasta con su buque tan lleno de averías que estaba en peligro de naufragar.



Manuel Joaquín Orella.

El segundo jefe de la *Covadonga*, teniente Manuel Joaquín Orella, merece un recuerdo especial por su valor y pericia en este combate. Antes que terminase la guerra, Orella, ascendido á capitán de fragata, murió de fiebre amarilla en Guayaquil, adonde había ido al mando de un buque de la escuadra en comisión del Gobierno.



Combate de Iquique.—Hundimiento de la *Esmeralda*.

El combate naval de Iquique tuvo una importancia decisiva en la guerra del Pacífico. La pericia, el valor y el patriotismo de los marinos de Chile quedaron consagrados por sacrificios tan heroicos, que todos los ciudadanos se sintieron obligados á ser dignos de esa gloria. Los nombres de Prat y Condell, de Serrano y Aldea, de Orella y Riquelme, fueron durante todas las



Arturo Prat.

operaciones militares, los estímulos más eficaces para que cada soldado y cada marino entrase siempre en combate con la resolución de sacrificar la vida antes de rendir la bandera de la Patria.

11.—Prat y Grau.

El cadáver del capitán Prat permaneció sobre la cubierta del *Huáscar* hasta la terminación del combate. A su lado estaban los cadáveres del sargento Aldea, del teniente Serrano y de los marineros que acompañaron á éste en el abordaje. Luego que se hundió la *Esmeralda*, el capitán Grau dió orden de mandar á tierra aquellos sangrientos despojos. Al cumplir esta orden se notó que el capitán Prat tenía en el bolsillo de su casaca una cartera con los retratos de su esposa y de sus pequeños hijos.

Arturo Prat fué valiente como ninguno; de ello dió prueba haciéndose matar por la honra y gloria de la República. También fué amante, como ninguno, de su familia; jamás apartó de su corazón el recuerdo de la madre, la esposa y los hijos que la formaban. En el momento de abordar la nave enemiga llevaba, en la mano derecha, la espada que la Patria le había dado para su defensa, y en el pecho llevaba los retratos de los seres queridos á quienes no volvería á ver. El pensamiento de que iba á dejar á su esposa en la viudez y á sus hijos en la orfandad debió hacerle sentir amarga pesadumbre; pero esto no perturbó la serenidad de su ánimo, ni hizo flaquear la firmeza de su voluntad. Su alma, inflamada en santo amor á la Patria, se desligó, con viril esfuerzo, de los tiernos lazos que la ataban á la vida terrenal y se elevó, por el sacrificio, á la inmortalidad gloriosa de los héroes.

El capitán Grau guardó con respeto la cartera y la espada de Prat; algunos días más tarde envió estos objetos á la viuda del héroe, con una carta en la cual hacía cumplido elogio de su valor. El capitán Grau mereció por este acto de hidalguía el aprecio de los chilenos. Cuatro meses y medio después el *Huáscar* fué vencido y su jefe murió, como cumple á un valiente, en el puesto que el deber le señalaba. El Gobierno de Chile ordenó entonces que los restos de Grau fuesen sepultados en Mejillones, con los honores propios

de su rango militar. Con estos hechos se enseña á los pueblos que, aún en medio de los horrores de la guerra, la humanidad ordena respetar al enemigo vencido y honrar sus virtudes.

12.—Recuerdos de Prat.

LA corta vida de Prat está llena de nobles ejemplos para la juventud. Desde su infancia tuvo religioso respeto por el deber y mostró una voluntad inflexible para cumplirlo. Como estudiante y como marino, como hijo, como esposo y como padre fué un modelo sin tacha. Imitando al virtuoso Franklin, él deseaba corregir sus defectos y enmendar sus faltas en cuanto lo permitiera la humana imperfección; para esto examinaba todas las noches su conciencia, anotando los actos y pensamientos que le parecían dignos de reproche. Esta severidad para su propia conducta no excluía, sin embargo, la indulgencia y la tolerancia para las debilidades ajenas; al verle en su trato diario con los compañeros de estudio y de profesión, nadie habría sospechado, si no le conocía á fondo, que tuviera una conciencia tan escrupulosa, porque jamás se hizo el censor indiscreto de los demás.

La severidad de Prat en la disciplina militar llegaba hasta la exageración. Mientras fué cadete de la Escuela Naval y oficial subalterno, supo practicar con dignidad el difícil deber de la obediencia; cuando, por legítimo ascenso en su carrera, llegó á ser jefe, supo también practicar con justicia los delicados deberes del mando.

En 1873, siendo segundo comandante de la *Esmeralda*, Prat tuvo que castigar con quince días de arresto á un guardiamarina por falta de respeto al teniente encargado de instruírle. A los ocho días el guardiamarina solicitó de Prat que le disminuyese la pena en mérito de su arrepentimiento. «Es bueno, le contestó Prat, que usted se arrepienta de su falta; pero no es justo que pida la disminución de la pena. Toda falta merece castigo; yo me avergonzaría de pedir que no

me castigasen después de haber confesado mi culpa. Por tanto, en vez de perdonar á usted los siete días que faltan para cumplir su arresto, le impongo otros siete días. Espero que esta lección le sirva para ser un buen oficial.»

En Mayo de 1875 hubo en Valparaíso un temporal tan recio como repentino. A medio día sopló con violencia el viento norte, se levantaron inmensas olas y todos los buques surtos en el puerto se vieron en peligro. Algunos de estos buques cortaron sus amarras, quedando á merced de las olas y del viento. Arrastrados por la fuerza del temporal, iban ya para un lado, ya para otro y chocaban con los demás buques, causando y recibiendo grandes averías.

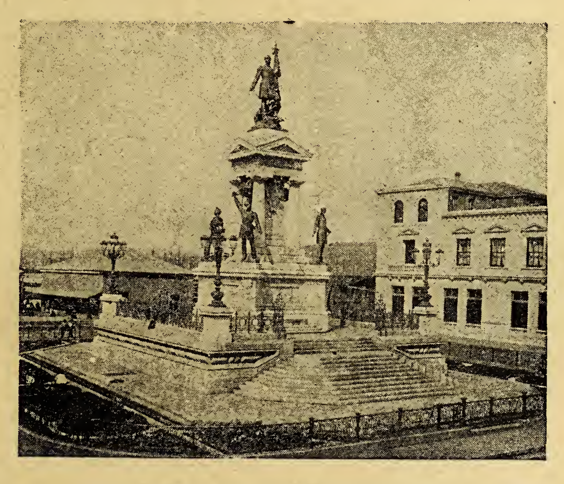
Entre estos buques se encontraba la corbeta *Esmeralda*. Su pérdida parecía inevitable. Miles de personas la contemplaban desde tierra con sus corazones angustiados. ¿Quién sería capaz de salvarla? ¿Quién podría dar auxilio á sus desgraciados tripulantes? Entre los espectadores había algunos que tenían á su hijo, su esposo ó su hermano en la gloriosa nave. ¡Cuánto dolor sentían viendo á sus deudos al borde de la tumba!

Arturo Prat era segundo comandante de la *Esmeralda*. También era profesor de la Escuela Naval. En la mañana el tiempo estaba tranquilo y Prat desembarcó para hacer su clase. Cuando principió el viento, abandonó presuroso la Escuela para volver á bordo, pero el temporal adquiría por momentos mayor fuerza y parecía imposible embarcarse. Nadie creía que una chalupa pudiera mantenerse á flote sobre aquel mar embravecido. Sin embargo, el deber llamaba á bordo al segundo comandante de la *Esmeralda* y éste se manifestó resuelto á perder la vida antes que permanecer lejos del peligro.

Cuatro bogadores animosos, admirando el valor de Prat, se ofrecieron á acompañarle. Después de muchas dificultades se embarcaron con él en una chalupa. La

multitud, apiñada en la playa, siguió con emoción los detalles de esa heroica escena.

Las olas avanzaban amenazantes como si fueran montañas en movimiento. La débil embarcación se sumergía á veces hasta desaparecer de la vista y entonces los corazones de los espectadores se oprimían de aflicción. Segundos después se escuchaban exclamaciones de confianza al ver que la chalupa reaparecía flotando sobre la cresta de otra ola. Aquel espectáculo conmovedor se prolongó durante más de media hora. Por fin la chalupa llegó al costado de la *Esmeralda* y Prat pudo ocupar el puesto que le señalaba su deber.



La Patria á los héroes del 21 de Mayo.
Monumento en Valparaíso.

Igual conducta observó el capitán D. Luis Lynch, primer comandante de la *Esmeralda*, que también estaba en tierra por asuntos del servicio. El pueblo de Valparaíso fué testigo de su valor en aquella solemne circunstancia y tuvo para él iguales aplausos que para

Arturo Prat. La *Esmeralda*, diestramente gobernada por sus jefes, se varó en la playa en vez de sumergirse en el fondo del mar. Sus tripulantes fueron así salvados de una muerte segura. Poco después el buque fué puesto á flote y pudo seguir sirviendo hasta la heroica hazaña del 21 de Mayo.

13.—Captura del "Huáscar."

DON Miguel Grau, ascendido á Contraalmirante después del combate de Iquique, era un marino experto, valeroso y prudente. Viéndose débil en el *Huáscar* para librar combate con el *Blanco Enculada* y con el *Cochrane*, adoptó, como regla de conducta, evitar todo encuentro con ellos y hacer frecuentes correrías por la costa norte de Chile. Con esta táctica se proponía inutilizar las fuerzas navales de Chile é impedir, al propio tiempo, que las fuerzas de tierra, acantonadas en Antofagasta, se embarcaran para expedicionar en el Perú. El resultado correspondió á los propósitos del Almirante Grau: durante cinco meses el *Huáscar* recorrió impunemente la costa chilena, hizo frecuentes ataques á los puertos de Tocopilla, Antofagasta, Taltal y Caldera, apresó el transporte *Rimac*, que conducía tropas de Valparaíso á Antofagasta, y paralizó por completo las operaciones de la guerra. Esta situación produjo



Miguel Grau.

en Chile grande alarma y profundo disgusto contra el Gobierno, que al fin se decidió á cambiar los jefes superiores de la Escuadra y adoptar un plan de operaciones navales para impedir las correrías del *Huáscar*. El capitán de navío D. Galvarino Riveros fué honrado con el nombramiento de Comandante en Jefe de la Escuadra.

En Octubre de 1879 el *Huáscar*, que había navegado con rumbo al sur hasta la altura del puerto de Coquimbo, regresaba al norte, muy próximo á la costa, en busca de algún transporte chileno. El *Cochrane* estaba cruzando frente á la punta de Angamos; su andar había mejorado porque sus máquinas acababan de ser limpiadas en Valparaíso. El *Blanco Encalada* cruzaba más al sur, frente á Antofagasta. El 8 de Octubre, á las tres y media de la mañana, los tripulantes del *Blanco Encalada* divisaron las luces del *Huáscar* que venía del sur. El Almirante Grau divisó también las luces del blindado chileno; pero no se inquietó por esto, sabiendo que el *Huáscar* tenía ventaja en el andar. En consecuencia siguió tranquilamente su camino, pegado á la costa, y observando con desdén al *Blanco Encalada*, que hizo rumbo al norte para cortarle la retirada por el sur y por el oeste.

Los dos barcos navegaron de este modo cerca de cuatro horas. La distancia entre ellos había aumentado visiblemente; por tanto, el Almirante Grau tenía plena confianza en que no corría peligro alguno. Después de las siete de la mañana el oficial de guardia del *Huáscar* dió parte de que se divisaban humos por el noroeste. El Almirante Grau, observando con su anteojo, reconoció al *Cochrane*, que venía á cerrarle el paso al norte y le colocaba, por tanto, en situación muy difícil. Su primer pensamiento fué esquivar el combate poniéndose en retirada; mas, ya no era tiempo de hacerlo, pues si el *Cochrane* le impedía continuar el camino que llevaba, el *Blanco Encalada* le impedía escaparse por otros rumbos.

El *Huáscar* se aprestó entonces para entrar en com-

bate con el *Cochrane* antes que el otro blindado chileno estuviese á distancia de tiro. El *Cochrane* era mandado por el capitán D. Juan José Latorre, jefe muy acreditado por su pericia y su valor. A las 9.20 de la mañana, cuando la distancia entre los dos buques era de 3,000 metros, el Almirante Grau mandó disparar sobre su enemigo los grandes cañones del *Huáscar*. El capitán Latorre no contestó el fuego: tranquilo en el puente de combate, desafiando con bravura el peligro, avanzó á toda fuerza de máquina hasta colocarse á 2,000 metros del *Huáscar* y sólo entonces mandó disparar la gruesa artillería del blindado. Dos balas chocaron con el *Huáscar* y le hicieron averías de consideración. El *Cochrane* acortó más aún la distancia y por segunda vez hizo fuego con igual acierto. Una bala partió en mil pedazos la torre blindada del comandante del *Huáscar*. El Almirante Grau, que estaba allí dirigiendo la maniobra, fué completamente destrozado: al recoger los cadáveres, después del combate, sólo pudo encontrarse el pie derecho y un trozo de pierna del ilustre marino.



Juan José Latorre.

Grau fué reemplazado sucesivamente en el mando por el segundo y el tercer jefe del *Huáscar*. El capitán Latorre dirigía el ataque con tanta energía que no daba al enemigo ni un momento de reposo. Las balas

del *Cochrane* herían al *Huáscar* sin cesar, perforaban su casco, destruían su artillería y diezmaban su tripulación. El *Blanco Encalada* llegó también á tomar parte en el combate poco después de las diez. En tal situación no quedaba al monitor más recurso que hundirse heroicamente como la *Esmeralda*, ó arriar su bandera. Hizo esto último, minutos antes de las once de la mañana, después de una hora y cuarenta minutos de valerosa resistencia.



Captura del "Huáscar."

El *Huáscar*, tripulado por jefes y oficiales y marineros de los blindados chilenos, navegó con rumbo á Valparaíso, de donde volvió á zarpar, en los primeros días de 1880, para tomar parte en las operaciones contra las fortalezas de Arica y el Callao.

14.—Victorias del ejército de Chile.

EL ejército chileno estaba acantonado en Antofagasta, aguardando, para dirigirse al Perú, á que el *Huáscar* fuera capturado ó destruído por la

escuadra. De consiguiente, al otro día del combate de Angamos se iniciaron los preparativos de la campaña y en el mes de Noviembre la provincia peruana de Tarapacá estaba ocupada totalmente por las fuerzas de Chile, victoriosas en el puerto de Pisagua el día 2 y en la batalla de Dolores el 19.

Las tropas enemigas, derrotadas en Tarapacá, se retiraron á Tacna, donde se estableció el cuartel general bajo las órdenes del general Campero, Presidente de Bolivia. El ejército chileno, reorganizado en Iquique y Pisagua, se transladó por mar al puerto de Ilo á fines de Febrero 1880 y en Mayo avanzó, á las órdenes del general D. Manuel Baquedano, sobre el campamento de los aliados. La batalla tuvo lugar el 26 de Mayo en la vecindad de Tacna. Los peruanos y bolivianos estaban en su propio país y ocupaban un campo bien atrincherado para la defensa; los chilenos, que habían hecho un largo viaje por mar y tierra, llevando penosamente los víveres, armas y municiones, tenían que batirse á pecho descubierto, sin dar descanso á sus cuerpos fatigados. A pesar de tantas desventajas, el ejército de Chile obtuvo un triunfo completo: se apoderó del campo enemigo, ocupó la ciudad de Tacna y en los primeros días del mes siguiente, el 7 de Junio, tomó por asalto la plaza fortificada de Arica, último refugio de los peruanos.



José Francisco Vergara.

En esta campaña tan afortunada se distinguieron dos ciudadanos que, no siendo militares de profesión,

prestaron los más valiosos servicios en la organización y dirección del ejército. Estos ciudadanos fueron D. Rafael Sotomayor y D. José Francisco Vergara.

El señor Sotomayor era Ministro de la Guerra y marchaba con el ejército para atender oportunamente á todas las dificultades que pudieran presentarse. Las fatigas y penalidades de la vida militar en territorio enemigo gastaron la salud del señor Sotomayor, que falleció repentinamente el 20 de Mayo en el campamen-



Combate de Germania.

to chileno. El no tuvo la satisfacción de presenciar las victorias de Tacna y Arica; pero el ejército y el pueblo de Chile asociaron su nombre á la gloria de aquellas jornadas, rindiendo así un merecido homenaje á su memoria.

D. José Francisco Vergara estaba prestando sus servicios, como voluntario, desde los primeros días de la guerra. Con patriótico desinterés había hecho abandono de sus trabajos y de sus comodidades para dirigirse al cuartel general de Antofagasta. Allí sobresalió

muy pronto entre los jefes del ejército, aún cuando no era soldado de profesión, por su buen criterio militar, por su resistencia á las más duras fatigas, por su voluntad para aceptar cualquier sacrificio. Esto le hizo merecer la confianza del Gobierno para el desempeño de las comisiones más delicadas. En la campaña de Tarapacá tuvo á su cargo la delicada comisión de explorar el territorio enemigo y se batió brillantemente en Germania, al mando de una compañía de cazadores á caballo, contra un escuadron de caballería peruana. En la campaña de Tacna el señor Vergara, con el grado de coronel de guardias nacionales, fué comandante de la caballería chilena, practicó prolijos reconocimientos para preparar el avance del ejército y sostuvo también un glorioso combate, al frente de 500 soldados de cazadores y granaderos, contra una avanzada peruana, mandada por el coronel Albarracín, en las inmediaciones del campamento enemigo. En mérito de estos servicios el señor Vergara fué llamado al Ministerio de la Guerra en reemplazo del señor Sotomayor.

15.—Ocupación de Lima.

DESPUES de la derrota de Tacna, los soldados bolivianos se retiraron á su patria y no volvieron á ejecutar acto alguno de hostilidad contra Chile. Los peruanos, por su parte, se ocuparon activamente en organizar nuevos ejércitos y manifestaron la resolución de combatir sin tregua mientras no se agotasen sus medios de defensa. Esto obligó al Gobierno de Chile á preparar una formidable expedición contra la capital peruana, trabajo que fué realizado con tanta rapidez como acierto por el Ministro de la Guerra D. José Francisco Vergara.

En Noviembre de 1880 se dió principio á la movilización de las fuerzas chilenas para realizar la tercera y final campaña de esta guerra. En Tacna y Arica había un ejército de 25,000 hombres, dividido en tres cuerpos y mandado en jefe por el General Baqueda-

no. El transporte marítimo de esta tropa, con las armas, los víveres, las ambulancias, los caballos y cuanto era necesario para la atrevida empresa, exigía un trabajo colosal y una perfecta organización, así del ejército y de la escuadra, como de todos los servicios administrativos de la República. Llegado el momento de iniciar la campaña, se vió que nada faltaba, porque las autoridades civiles habían preparado, con espíritu previsor y perseverante esfuerzo, hasta el último detalle de la expedición. En esta oportunidad se puso en evidencia que la paz interna de que Chile había gozado durante varios años, le daba una ventaja considerable sobre sus enemigos, puesto que, merced á ella, tenía un Gobierno constituído con solidez y capaz de dirigir metódicamente las operaciones bélicas.


General Baquedano.

Los peruanos, exasperados con sus derrotas y comprendiendo que en la nueva campaña iba á jugarse el porvenir de su patria, se consagraron con infatigable afán á preparar la defensa de Lima. Ejercía el Gobierno de esa República, con el carácter de Dictador, D. Nicolás de Piérola, hombre de extraordinaria energía, que se creía llamado á salvar al Perú del último desastre y rehabilitarle ante la América. En verdad, el Dictador Piérola hizo cuanto era humanamente posible para resistir al ejército invasor: puso sobre las armas 26,000 soldados de línea y 18,000 de reserva; adquirió armamentos y municiones en abundancia para

una lucha prolongada; construyó dos extensas líneas de fortificaciones y las dotó de poderosa artillería. La magnitud de estas obras de defensa inspiraba á los peruanos tan absoluta confianza en la victoria, que les parecía imposible que los chilenos tuviesen siquiera la osadía de intentar un ataque contra Lima. «Ese pueblo está loco,» exclamaba Piérola en una proclama, al anunciar que Chile iba á provocar una batalla en tales condiciones.

Entre tanto el ejército chileno, conducido con toda felicidad por una gran flota de transportes y barcos de guerra, desembarcaba, al Sur del Callao, el 21 de Diciembre de 1880 y, al amanecer del 13 de Enero de 1881, atacaba de frente al ejército peruano, atrincherado en su primera línea de fortificaciones. Allí, como en Tacna, los soldados de Chile pudieron más con su valor que los enemigos con sus trincheras, y á las doce del día ya habían alcanzado una espléndida victoria. Los jefes y oficiales rivalizaron en arrojo con los simples soldados. Obedeciendo á los impulsos de su ardiente patriotismo, unos y otros desafiaron el peligro y avanzaron, dejando el campo sembrado de muertos y heridos, hasta colocar la bandera de Chile en las mismas fortalezas donde flameaba horas antes el estandarte del Perú. En esa batalla, conocida con el nombre de Chorrillos, el ejército chileno tuvo 800 muertos y más de 2,500 heridos; el peruano, 5,000 muertos, más de 4,000 heridos y 2,000 prisioneros.

Al día siguiente de la batalla hubo negociaciones de paz promovidas por los representantes de las naciones neutrales; pero el resultado de ellas fué nulo y el 15 de Enero, á las dos de la tarde, se rompieron nuevamente los fuegos entre los dos ejércitos enemigos. Después de cuatro horas de lucha, el ejército chileno se apoderó de la segunda línea de fortificaciones. Piérola huyó precipitadamente al interior del país con un pequeño número de jefes y oficiales; su ejército, diezmado en las dos batallas, se dispersó por completo. En esta segunda acción, llamada de Miraflores, el ejército chile-

no tuvo 500 muertos y 1,625 heridos; el peruano, no menos de 3,000 entre muertos y heridos.

La capital del Perú quedó á merced del victorioso ejército de Chile. El 17 de Enero una división de 4,000 hombres de las tres armas, á las órdenes del general D. Cornelio Saavedra, entró en la ciudad y restableció el orden, perturbado por las tropas peruanas fugitivas y por el populacho, que se ocupaba en saquear las casas particulares y los establecimientos comerciales. La guerra estaba terminada, y los vencedores, tan temidos en las batallas, pasaron á ser los guardianes de la vida y las propiedades de los habitantes de Lima, así peruanos como extranjeros.



General Saavedra.

Dos meses más tarde el general Baquedano regresó á Chile con una parte del ejército. En Valparaíso y Santiago fué recibido con grandes fiestas y aclamado como salvador de la Patria. El Ministro de la Guerra, señor Vergara, permaneció en Lima algún tiempo más en la esperanza de que se constituyese un gobierno para negociar la paz. Pero los repetidos desastres habían aniquilado de tal modo al Perú, que no hubo ningún ciudadano capaz de iniciar, en aquel momento, la difícil tarea de su reorganización política y administrativa. El Gobierno chileno se vió forzado, por esta causa,

á prolongar indefinidamente la ocupación de Lima. El ejército de ocupación fué puesto á las órdenes de D. Patricio Lynch, ascendido á Contraalmirante en premio de sus distinguidos servicios.

El Almirante Lynch, que en las batallas había mostrado un valor á toda prueba, adquirió justa nombradía por la prudencia con que administró el territorio peruano sometido á su autoridad. Supo mantener la más severa disciplina en el ejército de su mando y procuró causar los menores daños á los habitantes pacíficos del país enemigo, consiguiendo de este modo suavizar los males de la guerra sin debilitar la autoridad de que estaba investido. El Almirante Lynch permaneció en Lima hasta Abril de 1884, fecha en que se ratificó el tratado de paz entre Chile y el Perú.



Almirante Patricio Lynch.

19.—El Presidente Pinto.

LA escuadra y el ejército de la República merecen eterna gratitud por haber cumplido noblemente su deber durante la guerra. Igual homenaje es debido á los miembros del Gobierno, que organizaron las fuerzas de mar y tierra, que atendieron oportunamente á todas sus necesidades y que les señalaron el plan general de sus operaciones. En primer término es acreedor á la gratitud de la Patria el Presidente D. Aníbal Pinto, sobre quien pesaba la enorme responsa-

bilidad de la dirección de la guerra. Para apreciar en su justo valor la conducta por él observada en aquella situación tan grave, es necesario conocer su correspondencia privada con el Ministro de la Guerra en campaña y con el Intendente General del Ejército y Armada. En sus cartas se ve que atendía personalmente á todos los detalles del servicio militar, que su consejo era de ordinario el más acertado para la buena marcha de las operaciones y que la tranquilidad de su espíritu jamás fué perturbada ni por los triunfos ni por las desgracias.



Aníbal Pinto.

El avance, siempre victorioso del ejército, hacía creer en Chile que no había dificultades serias para llegar á Lima. La opinión pública solía culpar al Gobierno por la lentitud de las operaciones, pues pocas personas se daban cuenta exacta del inmenso trabajo que exigía la translación del ejército. Refiriéndose á esto, el Presidente Pinto escribía lo que sigue:

«En esta tierra, como usted sabe, es preciso hacer la guerra sin las eventualidades de la guerra. Aquí los ánimos están tranquilos esperando el desenlace de la expedición á Lima, con ciega confianza en su resultado. Nadie se imagina que puede haber algún entorpe-

cimiento. En los clubs y en las calles no encuentra usted sino Césares que llegan, ven y vencen.

«Yo no dudo del resultado de los combates que puede haber cerca de Lima; pero me preocupa mucho la translación del ejército con animales, víveres y pertrechos, por los pocos elementos que tenemos para hacer esto debidamente.»

Otras de las dificultades que preocupaba al Presidente Pinto era la de llenar las bajas del ejército expedicionario. En Octubre de 1880 escribía lo que sigue:

«¿Debido á qué es el gran número de bajas que hay en el ejército? Pasadas las victorias de Tacna y Arica, pedí á Baquedano un estado de las fuerzas para mandar los reemplazos. En un telegrama me dijo que con 4,000 hombres estarían llenas las bajas. Se mandaron de cinco á seis mil, y cuando vino Velásquez me dijo que las bajas ascendían á 4,500. Ese ejército es, por lo visto, un tonel de las Danaides. Recomiende á los jefes que no sean muy exigentes con la tropa que se les remite. La gente que se les envía es examinada aquí y, sin embargo, la desechan allá por mil capítulos. Si pretendemos tener un ejército de granaderos de Federico, es probable que no sea muy numeroso.

«La gente para la guerra va escaseando. Será difícil conseguirla una vez que vengan las cosechas. Será de todo punto imposible llenar las bajas, si los jefes se muestran tan exigentes. Es preciso que se les haga entender que el pan está ya escaso y que debemos contentarnos con tortas.»

Como estas cartas podrían citarse muchas otras que hacen ver la intervención directa del Presidente Pinto en el arreglo de los servicios militares, la prudencia de sus actos en todo lo concerniente á la guerra, el acierto de su juicio y la inalterable serenidad de su espíritu cuando todos se sentían agitados por el entusiasmo ó la zozobra.

No menos prudente, no menos digna de respeto fué la conducta observada por D. Aníbal Pinto en el Gobierno interior de la República.

Su inteligencia estaba bien cultivada por el estudio; su carácter tenía una firmeza que jamás vacilaba ante el deber; sus costumbres eran tan sencillas, sus gustos tan moderados, su conciencia tan recta y pura, que podía presentársele como un modelo de virtud. Nunca salió de sus labios una palabra inconveniente ó grosera. Sus condiscípulos recordaban que ni en el colegio le habían escuchado las frases é interjecciones incultas de uso general entre los estudiantes. Tampoco hubo quién le tachara de haber faltado alguna vez á la verdad ó de no haber sido leal y sincero en todos sus actos.

Con estas cualidades de inteligencia y de carácter, D. Aníbal Pinto no se sintió perturbado por la vanidad cuando ocupó la Presidencia de la República. La elevación á un cargo de tanta importancia despierta, en ciertos hombres, el deseo de realizar grandes cosas, de recibir muchos honores y de ostentar su autoridad. D. Aníbal Pinto siguió siendo en el Palacio de la Moneda el mismo humilde ciudadano que en su casa particular; se consideró, no el primero en el mando, sino el primero en el servicio del pueblo, dejó á un lado, como necia vanidad, los honores oficiales y sólo pensó en cumplir dignamente sus deberes.

D. Aníbal Pinto hablaba poco; sin duda él pensaba, como Franklin, que en la conversación, el hombre aprende más por lo que oye que por lo que habla. Los que sólo juzgan por las apariencias se explicaban la actitud silenciosa del señor Pinto atribuyéndola á deficiencia intelectual. Entre tanto, pocas personas en Chile tenían una inteligencia tan sólida y bien cultivada como la suya. Estudió filosofía y literatura con D. Andrés Bello, quien le trataba con particular afecto. Completó sus estudios viajando por Europa, no como paseante en busca de placeres, sino como joven deseoso de aprender. Desde la niñez tuvo grande afición á la lectura; puede decirse que este fué su único gusto exagerado, pues todo lo sacrificaba á la satisfacción de recibir y leer un libro de mérito.

Se conservan unos apuntes escritos por D. Aníbal

Pinto en los ratos de sosiego que le dejaba la Presidencia. Hay en ellos observaciones y noticias del mayor interés sobre los sucesos de la época. Su juicio íntimo sobre las personas y las cosas está consignado en esas páginas con la franqueza propia del hombre que siempre respetó la verdad. ¿Pensó el señor Pinto que estos apuntes verían la luz pública? ¿Tuvo la idea de escribir más tarde sus Memorias y para esto hacía aquellas anotaciones? Nadie puede saberlo, porque ni aún á sus hijos había comunicado la existencia de estos papeles, que fueron encontrados en su escritorio después de su muerte.

En los últimos días de 1880 los partidos se preparaban para la elección del sucesor de D. Aníbal Pinto. Era práctica establecida en Chile que el Presidente en ejercicio interviniese en las elecciones para hacer triunfar una candidatura de su agrado. Esta práctica se fundaba principalmente en la voluntad de los mismos ciudadanos á quienes correspondía el derecho de elegir. Muchos de éstos no aguardaban á que el Presidente designase la persona que deseaba como sucesor, sino que se anticipaban á suplicarle que hiciese esta designación, como si ello no fuese contrario á las leyes de la República.

D. Aníbal Pinto resolvió no intervenir en la elección del Presidente que debía reemplazarle y perseveró en este propósito á pesar de que algunos políticos trataron de apartarlo del buen camino. A esto se refieren las siguientes líneas escritas por él en Diciembre de 1880:

«Muchas son las personas que me vienen á ver con el objeto de exigirme pronuncie mi opinión respecto á algunos de los candidatos á la futura presidencia del país.

«Se me observa que la abstención absoluta del Presidente en esta materia está ya produciendo mucha anarquía en los partidos y en los hombres, y que no es posible lleve mi abstención hasta el punto de no insinuar el nombre de la persona que me parecería más acreedora y preparada para el desempeño de estas funciones

«Es curioso que muchos de los hombres que me exigen tomar esta parte en la designación del futuro Presidente, sean los mismos á quienes he oído en el Congreso y los *meetings* declamar y protestar vivamente contra la intervención electoral de los gobiernos.

«Es cierto que se nota alguna anarquía en el partido liberal respecto á la elección de candidato por no conocer la opinión del Presidente; pero esta situación tendrá que pasar una vez que se convenzan de que sustento con sinceridad el propósito de no tomar parte alguna en la cuestión presidencial.

«Tengo formada ya esta resolución y así lo he hecho presente en las ocasiones en que he podido hablar públicamente. No estoy, pues, dispuesto á prestarme á hacer una farsa de estas promesas, tanto menos cuanto que creo de mucha conveniencia hacer ya el ensayo de una elección libre de toda influencia oficial.»

En cierta ocasión quedó vacante un empleo para el cual se necesitaba nombrar á una persona que tuviese competencia y preparación especiales. D. Aníbal Pinto propuso á un ciudadano que no era amigo suyo, que tampoco pertenecía á los partidos que apoyaban su Gobierno, pero que poseía todas las condiciones requeridas para el buen desempeño del empleo. Los Ministros se opusieron al nombramiento de este ciudadano por la única razón de pertenecer al partido que les era contrario. El Presidente insistió en su propuesta, los Ministros se mantuvieron en su negativa, y aquél hubo de someterse, en homenaje al deber de respetar la mayoría parlamentaria representada por sus Ministros.

D. Aníbal Pinto refiere este incidente en una anotación que termina así:—«Pocos Presidentes habrán tenido como yo un propósito más decidido de apartar las consideraciones é intereses políticos de los nombramientos de carácter administrativo; sin embargo, no he podido en mi gobierno satisfacer este propósito por los inconvenientes que para realizarlo me han opuesto esos mismos intereses políticos.»

D. Aníbal Pinto falleció en Valparaíso el año 1884, mostrando hasta su último instante la bondad de su alma y la entereza de su carácter. Un distinguido sacerdote se acercó á su lecho de muerte para instarle á que confesase sus culpas. El señor Pinto, después de agradecer la respetuosa atención, contestó. «Tengo la conciencia de haber andado siempre por el camino recto. Reconozco muchos errores, hijos de la flaqueza humana; pero declaro que jamás he hecho mal al prójimo con mi voluntad y conocimiento.»

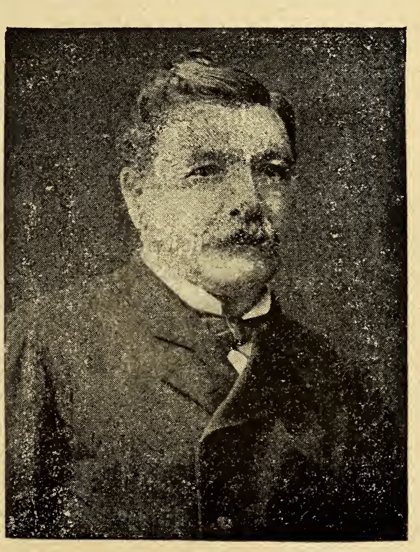
Su cadáver fué transladado á Santiago y colocado en la gran sala del Congreso Nacional, donde se reunieron miles de ciudadanos para honrar su memoria. Terminado este funeral cívico, se le condujo al cementerio con gran acompañamiento popular.

17.—El Presidente Santa María.

PARA reemplazar á D. Aníbal Pinto fué elegido Presidente D. Domingo Santa María, que gobernó desde el 18 de Septiembre de 1881 hasta el 18 de Septiembre de 1886. El señor Santa María principió su carrera política en 1848, fecha en que fué nombrado Intendente de Colchagua por el Presidente Bulnes. En tiempo del Presidente Montt, fué opositor y revolucionario, por cuyo motivo se le condenó al destierro. El Presidente Pérez le nombró Ministro de Hacienda en 1864 y, al principiar la guerra con España, le mandó al Perú como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario para negociar el tratado de alianza. El mismo Presidente le nombró Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, cargo que desempeñó con talento y probidad. El Presidente Pinto le nombró Ministro de Relaciones Exteriores primero y del Interior en seguida, en los días más difíciles de la guerra del Pacífico.

Al Presidente Santa María correspondió la tarea de negociar la paz con el Perú. En los dos primeros años de su administración le fué imposible conseguir este

resultado, porque algunos jefes peruanos, que tenían fuerza armada en el interior, impedían que se constituyese un Gobierno nacional. Vencidos estos jefes por tropas chilenas que el Almirante Lynch envió á perseguirlos, en Agosto de 1883 se organizó un Gobierno peruano, presidido por el general Iglesias. El tratado de paz se firmó en Octubre del mismo año y quedó ratificado, con aprobación de los Congresos, en Abril de 1884. En virtud de ese pacto el Perú cedió á Chile incondicionalmente toda la provincia de Tarapacá; los territorios de Tacna y Arica quedaron sometidos á las autoridades de Chile por el término de diez años, debiendo sus habitantes decidirse, por votación popular, al fin de este plazo, entre la dominación chilena y la peruana. A consecuencia de este tratado, el ejército chileno que ocupaba á Lima, Callao y otras poblaciones del Perú, regresó á la patria y dejó á aquella República libre de las calamidades de la guerra.



Domingo Santa Maria.

El Gobierno de Bolivia mandó representantes á Santiago en 1884 y con ellos se celebró un tratado de tregua, en virtud del cual Chile seguiría ocupando toda la costa boliviana hasta que se negociase un tratado de paz.

A principios del Gobierno del Presidente Santa María se aprobó también un tratado de límites entre Chile y la República Argentina, celebrado al fin del Gobierno del Presidente Pinto. En ese tratado se reconoció que la cordillera divide á las dos Repúblicas, que el Estrecho de Magallanes es chileno, que la Patagonia es argentina, y que la tierra del Fuego pertenece á las dos naciones y se divide según un deslinde convenido entre sus Gobiernos.

Después de la guerra con el Perú, el Gobierno de Chile ha sido muy rico, porque la provincia de Tarapacá exporta algunos millones de quintales de salitre y cada quintal paga una contribución de un peso cincuenta y cinco centavos de la actual moneda de oro. Con esta riqueza se cancelaron las cuentas pendientes de la guerra, se hicieron nuevos ferrocarriles en el territorio de Arauco y se construyeron numerosos edificios públicos. También se aumentaron los sueldos á casi todos los empleados y se crearon muchos empleos nuevos. Así principió á crecer el presupuesto de los gastos anuales de la República, que ha llegado más tarde á sumas exageradas. Desde entonces, este país, que antes vivía modestamente en su pobreza, se ha acostumbrado á gastar sin necesidad muchos millones de pesos al año, y esto le ha traído grandes sufrimientos.

El Presidente Santa María fué combatido sin descanso por los conservadores y gran parte de los liberales. El trató de organizar un partido que estuviese dispuesto á servirle y acompañarle en todos sus actos; para lograr su objeto intervino en las elecciones de Diputados y Senadores del año 1882, procurando que sus adversarios no fuesen miembros del Congreso. Este fué un grave error del Presidente. Faltó á la ley interviniendo en las elecciones, irritó á los partidos que le eran hostiles y no se aseguró la amistad de los Diputados que le debían su elección. Por el contrario, algunos de éstos fueron en el año siguiente los más resueltos adversarios de su Gobierno.

Sin embargo, el Presidente no aprovechó esta enseñanza. En 1885 volvió á cometer la misma falta y á sufrir el mismo desengaño. Sus candidatos triunfaron en todas partes con el apoyo de las autoridades y tuvo mayoría de votos para conseguir la aprobación de sus actos; pero en la Cámara de Diputados los opositores, unidos á algunos de los elegidos por el favor del Presidente, le crearon grandes dificultades y le pusieron en peligro de no poder gobernar tranquilamente con arreglo á la Constitución y las leyes. Este ejemplo debe servir á todos los Gobiernos. El abuso de intervenir en las elecciones hace daño al país y no aprovecha á los gobernantes que lo cometen. Más vale cumplir lealmente la ley y someterse á la voluntad de los electores, porque con ello se gana el respeto del pueblo y la consideración de los adversarios.

El Presidente Santa María promulgó dos leyes llamadas de Registro y de Matrimonio Civil. Hasta entonces sólo los curas llevaban libros para anotar en cada parroquia los matrimonios, los nacimientos y las defunciones. Las nuevas leyes ordenaron que hubiese en toda la República empleados especiales con este objeto. Desde esa fecha los habitantes de Chile están obligados á presentarse á los oficiales del Registro Civil cuando contraen matrimonio, á declarar ante ellos el nacimiento de sus hijos y á darles parte de las personas que fallecen en sus casas. Con esto se ha querido poner al amparo de la autoridad la constitución de la familia y dar garantías á los derechos civiles que corresponden á cada persona.

Al presente hay cementerios comunes para enterrar á todos los muertos; antes había cementerios especiales para los que no eran católicos, porque los Obispos no podían permitir, según las leyes de la Iglesia, que fuesen sepultados en la misma tumba los padres con los hijos, ó los hermanos con los hermanos, cuando no pertenecían á la misma religión. La libertad de cementerios, asegurada por la ley durante el gobierno del Presidente Santa María, vino á completar la libertad de

cultos, establecida legalmente durante el gobierno del Presidente Pérez.

18. - Don Miguel Luis Amunátegui.

HAY hombres para quienes todo es fácil en la vida. Nacen en la opulencia, crecen rodeados de comodidades, tienen á su servicio los mejores maestros y pueden adquirir, si lo quieren, una educación esmerada que les permita distinguirse en la sociedad por el saber y la virtud. Sucede, sin embargo, que los privilegiados de la fortuna pierden de ordinario aquellas ventajas y se confunden, por la ausencia de méritos, con el número infinito de los que pasan por este mundo sin dejar ningún recuerdo duradero.


Miguel Luis Amunátegui.

Por la inversa, hay otros hombres para quienes la vida es una lucha incesante con la adversidad. Estos conocen desde la infancia las amarguras de la pobreza y las fatigas del trabajo. El estudio suele ser para ellos el más penoso de los sacrificios, porque les obliga á imponerse muy duras privaciones. Sin embargo, muchos de estos humildes batalladores triunfan de todos los obstáculos y llegan á merecer, por sus servicios, el respeto de los contemporáneos y la gratitud de la posteridad.

D. Miguel Luis Amunátegui pertenece á esta categoría de hombres que se elevan por su propio esfuerzo, ganando justos títulos á la celebridad. Nació en Santiago el año 1828 y fué hijo mayor de un abogado tan notable por el talento y la ilustración, como por la probidad de su conducta. Este caballero se propuso ser

el maestro de su hijo: él mismo le enseñó á leer y escribir, le dió lecciones de geografía, historia, gramática y matemáticas y le puso en estado de incorporarse en el Instituto Nacional á los doce años de edad.

Preparado con las lecciones de su padre, el niño Amunátegui tenía conocimientos más completos que sus condiscípulos y sabía estudiar con método. Por esta causa y también por su aplicación y su inteligencia, siempre obtuvo el primer premio en sus clases y mereció que sus profesores le tratasen con especial afecto. Estas distinciones acordadas por los maestros eran ratificadas por los demás alumnos, quienes, reconociendo la superioridad de Amunátegui, acudían á él para consultarle sus dudas y pedirle auxilio en la preparación de sus exámenes.

En 1842 Amunátegui tuvo la desgracia de perder á su padre. Este suceso, junto con sumirle en la aflicción, echó sobre sus hombros una responsabilidad enorme. Teniendo catorce años de edad, siendo un simple estudiante del Instituto Nacional, se encontró con la doble obligación de trabajar para atender á las necesidades de la familia y de dirigir la educación de sus hermanos menores. La tarea parecía superior á las fuerzas de un niño, sobre todo si se consideraba que el padre de Amunátegui había dejado obligaciones por pagar y que para cubrirlas fué preciso vender «desde los libros de su biblioteca hasta los cubiertos de la mesa.»

Pero Amunátegui mostró en esas circunstancias que, si era un niño por la edad, era un hombre superior por el talento y por el carácter. Sin interrumpir sus estudios en el Instituto, se consagró al profesorado y destinó las horas de que podía disponer á dar lecciones, en casas particulares, á los niños que necesitaban ayuda de un pasante para seguir sus cursos ó preparar sus exámenes. «Cada una de estas clases le procuraba una entrada de cuatro pesos mensuales, que era la tarifa común y corriente por esta clase de servicios. En esta forma Amunátegui enseñó la gramática castellana á

D. Manuel Pardo, joven inteligente que fué más tarde Presidente del Perú. Esta circunstancia relacionó á Amunátegui con el eminente literato D. Felipe Pardo Aliaga, entonces Ministro Plenipotenciario del Perú cerca del Gobierno de Chile. D. Felipe Pardo le manifestó mucha estimación y le pagó como honorario de la clase hecha á su hijo, una onza de oro, precio que en aquella época parecía extraordinario y exorbitante.»

El escaso dinero que Amunátegui ganaba con tanto sacrificio no bastaba, por cierto, para satisfacer las necesidades de su hogar. En consecuencia, él tenía que vivir del modo más económico posible y se privaba en absoluto, no sólo de los placeres propios de su edad, sino también de las cosas más indispensables. El y su hermano Gregorio Víctor eran alumnos del mismo curso; por razón de pobreza no podían tener libros separados y se sentaban juntos en las clases á fin de atender en un texto común á las lecciones del maestro.

Para cumplir dignamente sus obligaciones de estudiante y de profesor, Amunátegui tenía que trabajar hasta la media noche. Cuando podía disponer de un rato libre, no lo destinaba al paseo, sino que se dirigía á la Biblioteca Nacional, para leer allí los libros que no podía adquirir por falta de dinero. En la edad en que los niños gozan de la vida y emplean muchas horas en agradables pasatiempos, Amunátegui estudiaba día y noche gozando en sus trabajos más que los otros en sus diversiones. ¡Qué ejemplo para los niños que encuentran penoso el estudio y creen que el trabajo es un sacrificio!

Recordando la juventud de Amunátegui, uno de sus biógrafos ha dicho: «Desde niño llevó una vida de trabajo, de pesar y de pobreza. Sus estrenos en la vida fueron duros, pero soportados con la firmeza y la constancia de los fuertes. Son pocos los hombres de su generación que hayan olvidado aquel rostro lívido, aquel cuerpo endeble en que se advertía las huellas de la enfermedad y de las veladas, y bajo el cual había

sin embargo, un estudiante infatigable, un eterno conquistador de laureles.»

En 1847 Amunátegui, que acababa de terminar sus estudios en el Instituto, se presentó como candidato á una clase de gramática castellana, historia, geografía y matemáticas, creada por reciente decreto del Gobierno. Los opositores debían rendir pruebas de competencia ante una comisión nombrada al efecto. Amunátegui hubo de solicitar permiso del Consejo de la Universidad para tomar parte en el certamen porque sólo contaba 19 años de edad y la ley exigía 21. El Consejo otorgó el permiso en vista de los informes de D. Andrés Bello sobre el talento y la competencia del solicitante. Llegado el día de las pruebas, Amunátegui demostró tal superioridad sobre los demás candidatos que la comisión examinadora le recomendó en primer término y el Gobierno dictó sin demora el decreto de su nombramiento.

Aquel triunfo, que acreditó á Amunátegui como distinguido profesor, le valió el ser llamado á hacer clases en algunos colegios particulares y le permitió procurarse recursos para subvenir de un modo más completo á las necesidades de su familia. Esto le impuso un trabajo que bastaba para ocupar todo el tiempo de un hambre activo y en plena salud; no obstante, él pudo completar su instrucción literaria, hacer prolijas investigaciones sobre la historia nacional, escribir varios libros de mérito sobresaliente y tomar parte en la administración pública como Ministro del Interior del Presidente Pérez, como Ministro de Instrucción Pública del Presidente Pinto y como Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Balmaceda. También fué diputado y Presidente de la Cámara; la elocuencia, la erudición y la sinceridad de sus discursos le dieron grande influencia en esa asamblea é inmenso prestigio en todo el país.

D. Miguel Luis Amunátegui ha sido uno de los primeros ciudadanos de la República, no sólo porque la sirvió con eficacia en el profesorado y en el gobierno,

sino también porque, con su conducta pública y privada, dió constante ejemplo de las más nobles virtudes. Su muerte, ocurrida en 1888, cuando desempeñaba el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, fué con justicia lamentada como una desgracia nacional.

19.—El Presidente Balmaceda.

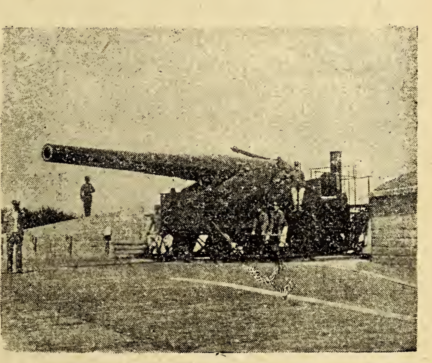
DON José Manuel Balmaceda, elegido Presidente en reemplazo de D. Domingo Santa María, principió su Gobierno el 18 de Septiembre de 1886 y lo terminó el 28 de Agosto de 1891, pocos días antes de cumplirse el período de los cinco años señalado por la Constitución.

La elección del Presidente Balmaceda dió lugar á una lucha muy ardiente entre los partidos. El Gobierno y muchos liberales lo apoyaron enérgicamente; los conservadores y los liberales de oposición lo combatieron con igual firmeza. El mismo día que asumió el mando, el señor Balmaceda nombró un Ministerio en el cual había personas que contaban con las simpatías de los liberales de oposición. Esto hizo ver que el Presidente deseaba unir á todos los liberales y formar con ellos un sólo partido que apoyase al Gobierno, dejando á los conservadores en la oposición. Este propósito fué manifestado claramente seis meses después con el nombramiento de otro Ministerio, en el cual figuraban dos liberales de los que más se habían opuesto á la elección del Presidente.



José Manuel Balmaceda.

Creyendo haber asegurado con esto la tranquilidad de su administración, el Presidente Balmaceda se ocupó en preparar grandes trabajos públicos para rda inversión á la cuantiosa renta que el Gobierno recibía de Tarapacá, Antofagasta y Taltal por el impuesto sobre el salitre. Contrató la construcción de nuevos ferrocarriles en las provincias del centro y del sur por valor de más de 30.000,000 de pesos; edificó escuelas y colegios en casi todas las ciudades de la República por valor de más de 10.000,000 de pesos; mandó construír en Europa el blindado *Capitán Prat*, los cruceros *Presidente Errázuriz* y *Presidente Pinto* y las torpederas *Almirante Condell* y *Almirante Lynch*; continuó los trabajos del gran dique de Talcahuano, iniciado por el Presidente D. Aníbal Pinto; renovó el armamento del ejército, comprando rifles y cañones de los sistemas más perfeccionados, adquirió también cañones poderosos para transformar los fuertes de Valparaíso y construír baterías en Talcahuano é Iquique.



Cañón del Fuerte Vergara.—Valparaíso.

El Arzobispado de Santiago estaba vacante desde 1878, fecha del fallecimiento del Ilustrísimo señor Valdivieso. Esta larga vacancia era debida á desacuerdos entre el Papa y el Gobierno de Chile sobre la designación del nuevo Arzobispo. El Presidente Balmaceda arregló esta dificultad en 1888, proponiendo al antiguo Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, D. Mariano Casanova, que fué aceptado por el Santo Padre. El

Ilustrísimo señor Casanova fué arzobispo hasta 1908, año de su muerte, y se conquistó el respeto de la sociedad chilena, no sólo por sus virtudes sacerdotales, sino también por sus servicios en favor de la concordia entre los partidos políticos y de la conservación de la paz internacional.

La tranquilidad política, tan necesaria para el buen Gobierno de la República, fué desgraciadamente de muy corta duración. El Presidente Balmaceda cometió también el error de intervenir en las elecciones de senadores y diputados que tuvieron lugar en 1888. Deseando tener mayoría á su favor en el Congreso, apoyó con las influencias de las autoridades á todos los candidatos que eran entonces amigos suyos; pero pronto hubo de sufrir el mismo desengaño que el Presidente Santa María: sus amigos pasaron á ser sus adversarios y en 1889 la mayoría del Congreso le era hostil.



Arzobispo Casanova.

Desde entonces la República se sintió agitada por ardientes pasiones que amenazaban comprometerle en una guerra civil. La oposición liberal-conservadora exigió que el Presidente nombrase Ministros aceptados por la mayoría del Congreso. Resistiendo á esta exigencia, el Presidente sostuvo que la Constitución le daba la facultad de nombrar Ministros á su agrado, sin someterse al Congreso, ni á los partidos. En 1890 los partidos de oposición atribuyeron al Presidente el propósito de imponer al país, como

sucesor suyo en la elección que debía hacerse en 1891, á uno de sus amigos personales. Para resistir á tal propósito y hacer prevalecer su voluntad, la mayoría del Congreso se negó á autorizar el cobro de las contribuciones, colocando así al Presidente en la impo-



W. Silva.—J. Montt.—R. Barros Luco.

sibilidad de gobernar por falta de recursos para hacer los gastos de la administración.

En esos momentos, cuando el conflicto era más grave, se produjo un acuerdo entre el Congreso y el Presidente: aquel aprobó las contribuciones y éste nombró un Ministerio con aceptación de las dos Cámaras. En estas circunstancias el Ilustrísimo señor Arzobispo, D.

Mariano Casanova, sirvió de mediador entre el Presidente y los partidos de oposición para restablecer la tranquilidad en el país. Por desgracia, el nuevo Ministerio no logró apaciguar las pasiones exaltadas durante el conficto y hubo de renunciar, en breves días, al verse impotente para dominar la situación. El Presidente le reemplazó con un Ministerio no aceptado por la mayoría del Congreso y, á fin de evitar discusiones, se abstuvo de convocar á las Cámaras a sesiones extraordinarias para la discusión de la ley anual de presupuestos.

Así llegó el 1.º de Enero de 1891 y el Presidente Balmaceda declaró, en el DIARIO OFICIAL, que regiría en el nuevo año el mismo presupuesto de gastos que había regido en 1890. Con esto el Presidente se puso en rebelión contra las leyes de su Patria y ejecutó un acto verdaderamente revolucionario. La mayoría del Congreso hizo, en represalia, otro tanto. El Vicepresidente del Senado, D. Waldo Silva, y el Presidente de la Cámara de Diputados, D. Ramón Barros Luco, se transladaron á Valparaíso, nombraron comandante de la Escuadra Nacional al Capitán de Navío D. Jorge Montt, y se embarcaron con este jefe á bordo del blindado *Blanco Encalada*.

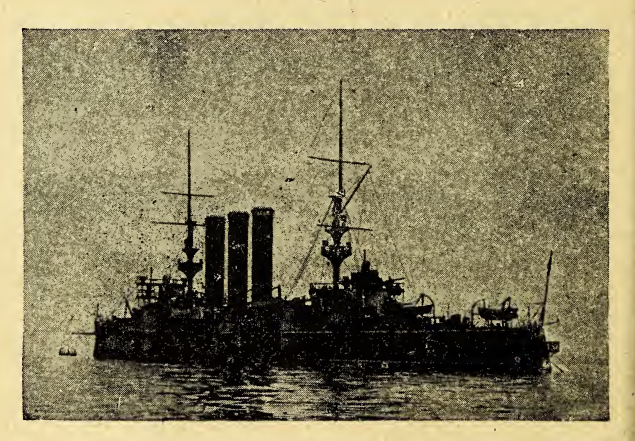
En la mañana del 7 de Enero de 1891 se supo en toda la República que la Escuadra Nacional desconocía la autoridad del Presidente Balmaceda mientras éste no gobernase de acuerdo con el Congreso, como ordena la Constitución. Desde ese momento Chile se encontró envuelto en una guerra civil que había de causarle inmenso daño. El Presidente Balmaceda declaró traidores á la Patria al capitán Montt y á los comandantes d. las naves que obedecían sus órdenes, asumió un poder dictatorial y organizó un ejército que llegó á tener 40,000 soldados. La Escuadra, dirigiéndose á Tarapacá, tomó posesión de esa provincia después de sangrientos combates; allí, los representantes del Congreso constituyeron una Junta de Gobierno para dirigir la guerra contra el Presidente Balmaceda.

El 20 de Agosto desembarcó en Concón un ejército de 10,000 hombres organizado en Tarapacá por la Junta de Gobierno. Al día siguiente ese ejército se batió con las tropas que guarnecían á Valparaíso, quedando victorioso. Una semana después, el 28 de Agosto, tuvo lugar otra batalla en la Placilla y la victoria favoreció también al ejército de la Junta de Gobierno. Esta segunda derrota produjo la caída del Presidente Balmaceda. En la misma noche del 28 de Agosto, luego que tuvo noticias del resultado de la batalla, el Presidente abandonó el Palacio de la Moneda y se transladó á la casa del Ministro de la República Argentina, donde permaneció oculto hasta el 19 de Septiembre. En los días siguientes el ejército vencedor avanzó sobre Santiago y fué recibido por el pueblo como libertador. La Junta de Gobierno, instalada en la Moneda, dictó un decreto ordenando practicar elecciones de Municipales, Senadores, Diputados y Presidente de la República, y siguió gobernando hasta que hubo autoridades elegidas con arreglo á la Constitución.

Entre tanto, el ex-Presidente permanecía en la casa del Ministro argentino, en completa incomunicación con el exterior, porque era preciso ocultar á todo el mundo su refugio. Pero hasta él llegaban los rumores de la calle, haciéndole saber que el pueblo simpatizaba con los vencedores. Esto hizo profunda impresión en su ánimo. Su dolor no tuvo límites cuando supo que las casas de sus deudos, sus amigos y partidarios eran saqueadas y destruídas por turbas que maldecían su nombre llamándole tirano y verdugo de la Patria. Estos lamentables excesos, cometidos en Santiago el 29 de Agosto, no pueden imputarse al ejército de la Junta de Gobierno, que todavía no había ocupado la capital. Fueron la consecuencia dolorosa de los odios engendrados durante la guerra civil y del abandono en que se encontró la ciudad cuando se supo que el Presidente había dejado el mando.

Balmaceda pudo salir disfrazado de la Legación Argentina y ponerse á salvo, pasando la cordillera, como

lo hicieron muchos de sus servidores. Pero él pensaba que sería impropio de su dignidad salir de Chile en esas condiciones, después de haber sido Presidente de la República. Por algunos días pensó en entregarse á la Junta de Gobierno, «esperando, según declara él mismo en una carta escrita el 18 de Septiempre, ser juzgado con arreglo á la Constitución y las leyes y defender, aunque fuera del fondo de una prisión, á sus correligionarios y amigos.» Desechó también este pensamiento, porque se imaginó que no sería respetado



Crucero «O'Higgins».

por los vencedores. No queriendo evadirse, ni darse preso, tomó tranquilamente la resolución de morir y sólo aguardó, para realizar este propósito, á que se cumpliesen los cinco años del período por el cual fué electo Presidente de la República.

Al amanecer del día 19 de Septiembre de 1891, Balmaceda se vistió con traje negro, arregló los muebles y útiles de la habitación que le servía de asilo, hizo personalmente su cama, escribió una carta para el Ministro argentino y la colocó sobre una mesa junto con

otras cartas escritas el día anterior á personas de su familia y de su amistad; en seguida cargó su revólver y, tendiéndose en la cama, se disparó, sobre la sien derecha, un balazo que instántaneamente le quitó la vida. ¡Triste fin de un gobernante que pudo haber hecho grandes bienes á su Patria y haber recibido, al concluír su gobierno, las bendiciones de sus conciudadanos!

La guerra civil costó la vida á más de diez mil chilenos, que cayeron en los campos de batalla peleando unos contra otros como feroces enemigos. La escuadra perdió el blindado *Blanco Encalada* echado á pique en el puerto de Caldera, con trescientos de sus tripulantes, por un torpedo que le aplicó el *Almirante Lynch*, al servicio del Presidente Balmaceda. Los dos gobiernos, el de Santiago y el de Iquique, gastaron más de cien millones de pesos en armas, municiones, sueldos militares y demás servicios extraordinarios. El crédito de la República, penosamente adquirido en largos años de paz y trabajo, quedó quebrantado en el exterior por el desprestigio que produjo el trastorno revolucionario.



Jorge Montt.

Será preciso recordar siempre estas desgracias para que los gobernantes y los gobernados no vuelvan á echar en olvido que la conservación de la paz es el mayor de los bienes y que todos están obligados á sacrificar sus intereses y dominar sus pasiones, para que las dificultades de carácter político se resuelvan por la razón, no por la violencia.

La escuadra de evoluciones de 1900.

20.—Fin.

Los partidos políticos victoriosos en la guerra civil se pusieron de acuerdo en 1891 para elegir Presidente de la República á don Jorge Montt.

El nuevo Presidente no tuvo la independencia que por la Constitución corresponde al Jefe del Estado para nombrar sus Ministros. Desde entonces se estableció la

regla de que los Ministros son designados por los partidos que forman mayoría en el Congreso.

Esta práctica ha producido muy malos resultados. El Presidente no puede establecer un plan fijo de gobierno, los Ministros se cambian con demasiada frecuencia y los servicios públicos se desorganizan por falta de una dirección metódica.



Federico Errázuriz.

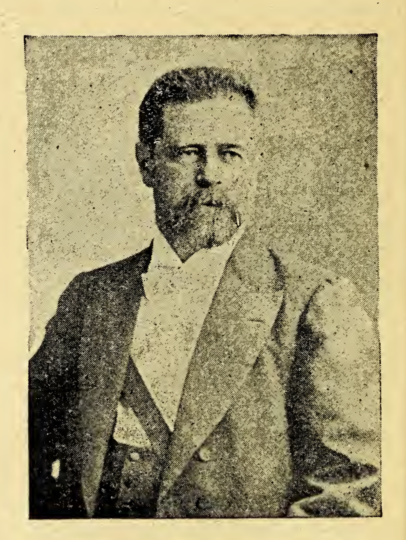
Cuando don Jorge Montt terminó su período en 1896, fué reemplazado por D. Federico Errázuriz, hijo del antiguo Presidente del mismo nombre. Cinco años más tarde, en 1901, fué elegido Presidente D. Germán Riesco.

Estos tres Presidentes poco han podido hacer en servicio de los intereses permanentes de la República, porque el Congreso no les ha dejado libertad de acción en el ejercicio de sus funciones. Además, durante varios años hubo peligro de guerra con la República Argentina y fué preciso destinar á la adquisición de armamentos muchos millones de pesos, que, sin esta circunstancia, se habrían empleado en ferrocarriles, puertos y otras obras públicas.

El poder naval de Chile es hoy inmensamente superior al que le aseguró el dominio del mar en la guerra con Bolivia y el Perú. El acorazado *Capitán Prat*,

los cruceros *O'Higgins*, *Esmeralda* y *Blanco Encalada* y las demás naves adquiridas en los últimos años constituyen una fuerza formidable. El sacrificio hecho para formar esta poderosa escuadra, fortificar las costas y completar la defensa marítima representa más de cien millones de pesos.

Mayor ha sido el gasto hecho para comprar rifles, cañones y otros elementos destinados á organizar, en caso necesario, un ejército de 150,000 hombres y dotarlo de todos los recursos indispensables para entrar en campaña en cualquier momento.



Germán Riesco.

Los millones de pesos empleados en adquirir tan poderosos armamentos han impedido atender con esmero á la instrucción pública y á otras necesidades primordiales en tiempo de paz. Pero, mientras había temor de guerra, el Gobierno y los ciudadanos todos tenían la obligación de prestar atención preferente á la seguridad de la República, dejando para más tarde los trabajos encaminados á impulsar su progreso económico y social.

Felizmente en 1902 se restableció la fraternidad histórica entre Chile y la República Argentina. El Presidente Riesco, con patriotismo y espíritu de justicia, procuró llegar á un acuerdo con el gobierno argentino

y tuvo la fortuna de celebrar un tratado de paz honroso para las dos naciones. Poco después celebró también un tratado definitivo de paz con Bolivia.

Eliminado así el peligro de la guerra, el Gobierno de Chile tiene abundantes recursos, que podrían emplearse útilmente si los poderes públicos, inspirándose en el ejemplo de los gobiernos anteriores á 1891, consagrasen su tiempo y su inteligencia á poner en práctica un plan administrativo que consulte las necesidades actuales y asegure la prosperidad futura de la nación. La ayuda del Congreso no le faltaría, por cierto, al Presidente que tratase de recuperar el pleno ejercicio de sus facultades constitucionales, no para establecer el predominio de un partido político, sino para ejecutar grandes trabajos públicos en beneficio de todos los habitantes y para devolver á Chile su antiguo bienestar y su antiguo prestigio ante las demás naciones.

El actual Presidente, D. Pedro Montt, fué elegido, por gran mayoría, en 1906, en la esperanza de que realizase esta obra de regeneración nacional.



Pedro Montt.

GUERRAS DE ARAUCO

Fragmentos de "La Araucana."

1.—Don Alonso de Ercilla.

EL capitán español D. Alonso de Ercilla y Zúñiga vino á Chile después de la muerte de Pedro de Valdivia y permaneció tres años en el país peleando valerosamente contra los araucanos. Al propio tiempo que peleaba, escribía en verso la historia de esas guerras. Este libro, dice Ercilla, «se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel y, en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos.»

Las siguientes estrofas de «La Araucana» dan á conocer las principales hazañas de los indios de Chile en su heroica lucha con los conquistadores castellanos:

2.—Descripción de Chile.

Chile, fértil provincia y señalada
En la región Antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa:
La gente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por Rey jamás regida,
Ni á extranjero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura,
Costa del nuevo mar del Sur llamado,
Tendrá del Este al Oeste de angostura
Cien millas, por lo más ancho tomado;
Bajo del Polo Antártico en altura
De veintisiete grados prolongado,
Hasta do el mar océano y chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden
Pasando de sus términos, juntarse,
Baten las rocas y sus olas tienden;
Mas esles impedido el allegarse:
Por esta parte al fin la tierra hienden
Y pueden por aquí comunicarse;
Magallanes, Señor, fué el primer hombre
Que, abriendo este camino, le dió nombre.

3.—Retrato de los Araucanos.

Son de gestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervios bien fornidos,
Agiles, desenvueltos, alentados.
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De fríos mortales, hambres y calores.

No ha habido Rey jamás que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni extranjera nación que se jactase
De haber dado en sus términos pisada;
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada:
Siempre fué exenta, indómita, temida,
De leyes libre y de cerviz erguida.

Los cargos de la guerra y preeminencia
No son por flacos medios proveídos,
Ni van por calidad, ni por herencia,
Ni por hacienda y ser mejor nacidos;
Mas la virtud del brazo y la excelencia
Esta hace á los hombres preferidos·
Esta ilustra, habilita, perfecciona
Y quilata el valor de la persona.

4.—Almagro y Valdivia.

Pues D. Diego de Almagro, adelantado,
Que en otras mil conquistas se había visto,
Por sabio en todas ellas reputado,
Animoso, valiente, franco y quisto,
A Chile caminó, determinado
De extender y ensanchar la fe de Cristo;
Pero en llegando al fin de este camino
Dar en breve la vuelta le convino.

A sólo el de Valdivia esta victoria
Con justa y gran razón le fué otorgada,
Y es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada;
Este alcanzó en Arauco aquella gloria
Que de nadie hasta allí fuera alcanzada:
Su altiva gente al grave yugo trujo,
Y en opresión la libertad redujo.

Vióse en el largo y áspero camino
Por la hambre, sed y frío en gran estrecho;
Pero con la constancia que convino
Puso al trabajo el animoso pecho:
Y el diestro hado y próspero destino
En Chile le metieron, á despecho
De cuantos estorbarlo procuraron,
Que en su daño las armas levantaron.

5.—Codicia de los castellanos.

El felice suceso, la victoria,
La fama y posesiones que adquirían
Los trujo á tal soberbia y vanagloria,
Que en mil leguas diez hombres no cabían;
Sin pasarles jamás por la memoria
Que en siete pies de tierra al fin habían
De venir á caber sus hinchazones,
Su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecían los intereses y malicia,
A costa del sudor y daño ajeno,
Y la hambrienta y mísera codicia
Con libertad paciendo iba sin freno:
La ley, derecho, el fuero y la justicia
Era lo que Valdivia había por bueno,
Remiso en graves culpas y piadoso,
Y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano,
En mal y estimación iba creciendo
Y siguiendo el soberbio intento vano
Tras su fortuna próspera corriendo;
Pero el Padre del cielo soberano
Atajó este camino, permitiendo
Que aquél á quien él mismo puso el yugo
Fuese el cuchillo y áspero verdugo.

6.—Parlamento araucano.

El Estado araucano acostumbrado
A dar leyes, mandar y ser temido,
Viéndose de su trono derribado,
Y de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado,
Reprobando el subsidio padecido,
Acude al ejercicio de la espada,
Ya por la paz ociosa desusada.

Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer y hombre eran nacidos
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos á miserias sometidos,
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo á más plazo diferirlo,
Entre ellos comenzó luego á tratarse
Que, para en breve tiempo concluírlo
Y dar el modo y orden de vengarse,
Se junten en consulta á definirlo,
Do venga la sentencia á pronunciarse,
Dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
Horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba,
Y no fué menester general bando,
Que el deseo de guerra los llamaba
Sin promesas ni pagas, deseando
El esperado tiempo, que tardaba,
Por el decreto y áspero castigo,
Con muerte y destrucción del enemigo.

7.—Discurso de Colocolo.

EN la junta ó parlamento se reunieron todos los caciques con sus vasallos. La reunión fué muy agitada porque todos los caciques se disputaban el mando. A este motivo de discordia se agregaba la embriaguez, pues los indios, siguiendo su vieja costumbre, hablaban y bebían al mismo tiempo. En el calor de la disputa los araucanos tomaron las armas para herirse unos á otros cual furiosos enemigos. Levantóse entonces el respetado *Colocolo* y habló así:

Caciques, del Estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que á mí tanto era debida:
Porque, según mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
Y ser en opinión grandes tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
Estando aún de españoles oprimidos:
Mejor fuera esa furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro ¡oh araucanos!
Que á perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos
Y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan á golpe á los cristianos
Volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
A los pechos de aquéllos que os han puesto
En dura sujeción, con afrentoso
Partido, á todo el mundo manifiesto:
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto
No derraméis la sangre del Estado
Que para redimirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazón, antes me esfuerza,
Mas temo que esta vuestra valentía,
Por mal gobierno el buen camino tuerza:

Que vuelta entre nosotros la porfía,
Degolléis nuestra Patria con su fuerza:
Cortad, pues, si ha de ser de esa manera
Esta vieja garganta la primera.

Pares sois en valor y fortaleza,
El cielo os igualó en el nacimiento;
De linaje, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento;
Y en singular por ánimo y grandeza
Podéis tener del mundo el regimiento:
Que este precioso don, no agradecido,
Nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse,
Mas ha de haber un capitán primero
Que todos por él quieran gobernarse:
Este será quien más un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte
Procure cada cual ser el más fuerte.»

8.—Los caciques más forzudos.

OBEDECIENDO al consejo de *Colocolo*, se trajo á la reunión el pesado tronco de un grande árbol, para poner á prueba la fuerza personal de cada cacique. *Paicabí* fué el primero en levantar el tronco y en sus valientes hombros

Seis horas le sostuvo aquel membrudo
Pero llegar á siete jamás pudo.

Elicura, que vino en seguida, resistió nueve horas; *Purén*, medio día; *Ongolmo*, más de medio; *Tucapel* alcanzó á las catorce horas; pero, al fin le tocó su turno al gigante *Lincoya* y éste, con asombro de todos los

indios, permaneció durante veinticuatro horas con el tronco sobre sus hombros.

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto.
La ventaja le daban, juntamente
Con el gobierno, mando y todo cuanto
A digno general era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro y contento
De haberse más que todos señalado;
Cuando *Caupolicán* á aquel asiento
Sin gente á la ligera había llegado.
Tenía un ojo sin luz de nacimiento,
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho
Varón de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso, justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado
Y en casos de repente reportado.

Con un desdén y muestra confiada
Asiendo del tronco duro y nudoso,
Como si fuera vara delicada,
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció, maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
La color á *Lincoya* se le muda,
Poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro día,
El sol las largas sombras acortaba,
Mas él nunca decrece en su porfía: 1
Al ocaso la luz se retiraba
Ni por esto flaqueza en él había:
Las estrellas se muestran claramente
Y no muestra flaqueza aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta
Del tenebroso albergue húmedo y frío,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo lóbrego y sombrío:
Caupolicán no afloja de su apuesta,
Antes con nueva fuerza y mayor brío
Se mueve y representa de manera
Como si peso alguno no trajera.

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedía,
Y un salto dió en lanzándole disforme,
Mostrando que aún más ánimo tenía:
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia y le decía:
«Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grave carga que tomamos.»

El nuevo juego y pleito definido,
Con las más ceremonias que supieron
Por sumo capitán fué recibido
Y á su gobernación se sometieron.
Creció en reputación, fué tan temido,
Y en opinión tan grande le tuvieron,
Que ausentes muchas leguas de él temblaban
Y casi como á rey le respetaban.

9.—Hazañas de los araucanos.

CAUPOLICAN tomó el mando sin demora. Su primera hazaña fué atacar y destruír un fuerte donde había una guarnición española. Valdivia, sabedor de este suceso, se puso en marcha con sus mejores tropas y presentó batalla á los araucanos.

Los araucanos quedaron vencedores y mataron sin piedad á todos los españoles; Pedro de Valdivia, hecho prisionero y conducido á presencia de *Caupolicán*, murió en duro tormento. En premio de sus servicios en este combate, *Lautaro* fué designado segundo jefe de los araucanos.

Fué *Lautaro* industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condición y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura:
El ánimo en las cosas grandes puesto
De fuerte trabazón y compostura,
Duros los nervios, recios y nervosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Los españoles, resueltos á tomar venganza de la derrota y muerte de Valdivia, salieron á campaña á las órdenes de Francisco de Villagrán. *Lautaro* les hizo frente en la cuesta de Marigüeñu con tal denuedo que el combate duró cinco horas y los españoles fueron totalmente derrotados La pelea terminó con una famosa carga de los araucanos contra la artillería, que estaba causando estragos en sus filas.

La presta y temerosa artillería
A toda furia y prisa disparaba,
Y así en el escuadrón indio batía
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:

De fuego y humo el cerro se cubría,
El aire cerca y lejos retumbaba;
Parece con estruendo abrirse el suelo
Y respirar un nuevo Monjibelo.

Visto *Lautaro* serle conveniente
Quitar y deshacer aquel nublado
Que lanzaba los rayos en su gente
Y había gran parte de ella destrozado,
Al escuadrón que á *Leucotón* valiente
Por su valor le estaba encomendado,
Le manda arremeter con furia presta
Y en alta voz diciendo le amonesta:

«¡Oh fieles compañeros victoriosos
A quien fortuna llama á tales hechos!
Ya es tiempo que los brazos valerosos
Vuestras causas aprueben y derechos;
Sús, sús, calad las lanzas animosos;
Rompan los hierros los contrarios pechos,
Y por ellos abrid roja corriente
Sin respetar á amigo ni á pariente.

«A las plazas guiad, que si ganadas
Por vuestro esfuerzo son, con tal victoria
Célebres quedarán vuestras espadas
Y eterna al mundo dellas la memoria:
El campo seguirá vuestras pisadas,
Siendo vos los autores desta gloria.»
Y con esto la gente envanecida
Hizo la temeraria arremetida.

Unos por defender la artillería
Con tal ímpetu y furia acometida,
Otros por dar remate á su porfía,
Traban una batalla bien reñida:
Para un solo español cincuenta había,
La ventaja era fuera de medida;
Mas cada cual por sí tanto trabaja,
Que iguala con valor á la ventaja.

. . . .

Mas eran los contrarios tanta gente
Y tan poco el remedio y confianza,
Que á muchos les faltaba juntamente
La sangre, aliento, fuerza y la esperanza:
Llevados, pues, al fin de la corriente
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña.

Mientras los araucanos festejaban su victoria con interminables borracheras, los españoles volvieron á Concepción para reedificar la ciudad. Pero *Lautaro* estaba vigilante y acudió antes de mucho con numeroso ejército á hacerles guerra. Los españoles, después de reñidos combates en campo abierto, corrieron á refugiarse en un fuerte que acababan de construír, acosados de cerca por los araucanos victoriosos. Allí se renovó el combate con nuevo furor.

Con audacia, desdén y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba:
Síguele atrás la gente en ordenanza,
Y él con gracioso término arrastraba
Una larga, nudosa y gruesa lanza,
Que airoso poco á poco la terciaba,
Y tanto por el cuento la blandía
Que juntar los extremos parecía.

Los pocos españoles salen fuera
Que encerrados no quieren esperallos
De arcabuces delante una hilera,
Otra de picas luego, los caballos
A los lados: y así desta manera
Con fiera muestra vienen á buscallos.
Llegados á do ya podían herirse
Los unos á los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
Los movidos ejércitos venían:
Suenan los arcabuces asestados,
Del humo, fuego y polvo se cubrían.

Los corvos arcos con vigor flechados
Gran número de tiros despedían:
Vuelan nubadas de armas enastadas
Por los valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
Van con raúda corriente sonorosa,
Que, resistiendo al tiempo del mezclarse
Aquella más violenta y poderosa
A la menos pujante, sin pararse
Volverla contra el curso es cierta cosa:
Así á nuestro escuadrón forzosamente
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
Del número de gente y movimiento,
Al español el bárbaro llevaba
Como á liviana paja el recio viento.
Entran sin orden, que ya rota andaba,
Todos mezclados en el fuerte asiento,
Y dentro del cuadrado y ancho muro
Comienzan pie con pie un combate duro.

Lautaro, gente y armas contrastando,
En la fuerza el primero entrado había
Y muerto á dos soldados en entrando
Que en suerte le cupieron aquel día.
Lincoya iba hiriendo y derribando:
Mas ¿quién podrá decir la bravería
De *Tucapel*, que el cielo acometiera
Si hallara algún camino ó escalera?

No entró al fuerte por puerta ni por puente,
Antes con desenvuelto y diestro salto:
Libre el foso saltó ligeramente
Y estaba en un momento en lo más alto:
No le pudo seguir por allí gente,
El solo de aquel lado dió el asalto;
Mas, como si de mil fuera guardado
Se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pie firme en la plaza,
Cuando el furioso y bárbaro esgrimiendo
La ejercitada, dura y gruesa maza,
Iba á los enemigos esparciendo;
No vale malla fina ni coraza;
Y las celadas frentes, no pudiendo
Sufrir los recios golpes que bajaban,
Machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,
Otros para en su vida lastimados,
A quien hunde el pescuezo por los pechos:
A quien rompe los lomos y costados
Cual si fueran de blanda cera hechos:
Magulla, muele y deja derrengados,
Y en el mayor peligro osadamente
Se arroja sin temor de armas y gente.

El grave *Leucotón*, no menos fuerte,
Con el valor que el cielo le concede,
Hiere, aturde, derriba y da la muerte,
Que nadie en fuerza y ánimo le excede:
No sé cómo á escribirlo todo acierte,
Que mi cansada mano ya no puede
Por tanta confusión llevar la pluma
Y así reduce mucho á breve suma.

En esto un rumor súbito se siente
Que los cóncavos cielos atronaba,
Y era que la victoria abiertamente
Por el bárbaro infiel se declaraba;
Ya la española destrozada gente
Al camino de Itata enderezaba
Desamparando el suelo desdichado
De sangre y enemigos ocupado.

10.—Victorias y desastres.

Los araucanos, en celebración de sus victorias, pasaron muchos días entregados á la embriaguez, hasta que *Lautaro* consiguió ponerlos nueva-

mente en campaña para atacar á Santiago y acabar allí con los españoles. Alarmados éstos al saber la marcha de *Lautaro*, mandaron á su encuentro una partida de exploradores. A poco éstos regresaron precipitadamente á Santiago en completa derrota:

Sin aliento, cansados y afligidos
Vuelven con testimonio asaz bastante
De cómo fueron rotos y vencidos
Por la fuerza del bárbaro pujante,
Lasos, llenos de sangre mal heridos,
Con pérdida de un hombre, el cual delante
Y en medio de los campos desmandado
A manos de *Lautaro* había expirado.

Cuentan que levantado un muro había
A donde con sus bárbaros se acoge
Y que infinita gente le acudía
De la cual la más diestra y fuerte escoge:
También que bastimentos cada día
Y cantidad de munición recoge
Afirmando por cierto, fuera desto,
Que sobre la ciudad llegará presto.

Francisco de Villagrán, que estaba enfermo, mandó al sobrino suyo, Pedro de Villagrán, á batirse con *Lautaro*. El triunfo fué de éste; pero los españoles pelearon con tanta bravura que el indio comprendió que necesitaba mayores fuerzas para atacar á Santiago. Suspendió en consecuencia su marcha, regresando al Sur en busca de nuevas tropas, y algún tiempo después volvió á ponerse en campaña.

En esta ocasión la suerte le fué adversa. Un indio, amigo de los españoles, sirvió á éstos de guía para llegar de sorpresa al campamento araucano. *Lautaro* no tuvo tiempo ni para tomar sus armas; presentóse desnudo en lo más recio del combate y allí mismo una flecha le atravesó de parte á parte matándolo en el acto:

Por el siniestro lado ¡oh dura suerte!
Rompe la cruda punta, y tan derecho,
Que pasa el corazón más bravo y fuerte
Que jamás se encerró en humano pecho.

Esta derrota hizo perder á los araucanos las ventajas conquistadas por *Lautaro.* Sin embargo, mandados por *Caupolicán,* volvieron á la guerra con gran valor. Entre otros combates hubo uno muy sangriento en Talcahuano, donde murieron innumerables indios. En estos combates se distinguieron *Renco, Tucapel, Galvarino* y otros valerosos caciques.

Galvarino cayó dos veces prisionero. La primera vez, los españoles le cortaron las dos manos, dejándole en libertad para que los demás indios escarmentasen al verle mutilado. La segunda vez, le condenaron á morir en la horca. Momentos antes del suplicio, Galvarino,

Sin respeto ni miedo de la muerte,
Habló mirando á todos, desta suerte:
¡Oh gentes fementidas, detestables,
Indignas de las glorias deste día!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mía;
Que, aunque los fieros hados variables
Trastornen la araucana monarquía,
Muertos podremos ser, mas no vencidos,
Ni los ánimos libres oprimidos.

Caupolicán tuvo un fin más desgraciado que *Lautaro* y *Galvarino.* Por la traición de un indio cayó en poder de los españoles, quienes le ataron las manos por las espaldas y le condujeron al campamento junto con otros prisioneros. En el camino fué apresada *Fresia,* mujer de *Caupolicán,* que huía con su hijo. *Fresia,* al ver al indio en poder de los españoles, se indignó contra él, acusándole de cobarde.

No reventó con llanto la gran pena,
Ni de flaca mujer dió allí la muestra:
Antes de furia y viva rabia llena,
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo: «La robusta mano ajena
Que así ligó tu afeminada diestra,
Más clemencia y piedad contigo usara
Si ese cobarde pecho atravesara.

¿Eres tú aquel varón que en pocos días
Hinchó la redondez de sus hazañas,
Que con sólo la voz temblar hacías
Las remotas naciones más extrañas?
¿Eres tú el capitán que prometías
De conquistar en breve las Españas
Y someter el ártico hemisferio
Al yugo y ley del araucano imperio?

¡Ay de mí! Cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza y pensamiento ufano,
Viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia, mujer del gran *Caupolicano!*
Y ahora, miserable y desdichada,
Todo en un punto me ha salido vano,
Viéndote prisionero en un desierto,
Pudiendo haber honradamente muerto.

¿Qué son de aquellas pruebas peligrosas,
Que así costaron tanta sangre y vidas:
Las empresas difíciles, dudosas
Por ti con tanto esfuerzo acometidas?
¿Qué es de aquellas victorias gloriosas
De esos atados brazos adquiridas?
¿Todo al fin, ha parado y se ha resuelto
En ir con esa gente infame envuelto?

Díme ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida y gloriosa?

Miraras á esta prenda desdichado,
Pues que de ti no queda ya otra cosa,
Que yo, apenas la nueva me viniera,
Cuando muriendo alegre te siguiera.

Toma, toma tu hijo, que era el nudo
Con que el lícito amor me había ligado;
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos han secado:
Cría, críalo tú, que ese membrudo
Cuerpo en sexo de hembra se ha trocado;
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre.»

Diciendo esto, colérica y rabiosa
El tierno niño le arrojó delante,
Y con ira frenética y furiosa
Se fué por otra parte en el instante:
En fin, por abreviar, ninguna cosa
De ruegos, ni amenazas fué bastante
A que la madre ya crüel volviese
Y el inocente hijo recibiese.

11.- Suplicio de Caupolicán.

Descalzo, destocado, á pie desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso nudo
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás, mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aún dudaba.

De esta manera, pues, llegó al tablado
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes á la vista exento;

Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo más alto, revolviendo,
A un lado y otro la serena frente,
Estuvo allí parado un rato viendo
El gran concurso y multitud de gente,
Que el increíble caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo donde había
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecía
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mía
Me tienen esta muerte aparejada
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningún mal hay grande si es postrero.»

Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro jelofo, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demás había sufrido,
Sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
Diciendo en alta voz de esta manera:

«¿Cómo, qué? en cristiandad y pecho honrado
Cabe cosa tan fuera de medida,
Que á un hombre como yo tan señalado
Le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir al más culpado,
Que al fin todo se paga con la vida,
Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza y no castigo.

¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mí se arrancaron á porfía,
Que usada á nuestras míseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mía?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este día,
Acabar no podrá que bruta mano
Toque al gran general *Caupolicano.*

Esto dicho y alzando el pie derecho
(Aunque de las cadenas impedido,)
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Lo echó rodando abajo mal herido:
Reprehendido el impaciente hecho
Y él del súbito enojo reducido,
Le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,
Por más que las entrañas le rompiese
Barreneándole el cuerpo, fué bastante
A que al dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó de la manera
Que si asentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados
Que prevenidos para aquello estaban
Treinta pasos de trecho desviados
Por orden y despacio le tiraban:
Y, aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban
Temiendo poner mano en un tal hombre,
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna cruel, que ya tenía
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salía,
Forzando el curso le traía derecho:

Y en breve, sin dejar parte vacía,
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle,
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aún puesto allí desfigurarle:
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte
Que no osaban dejar de respetarle;
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

Paréceme que siento enternecido
Al más cruel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido
Al cual, señor, no estuve yo presente,
Que á la nueva conquista había partido
De la remota y nunca vista gente;
Que si yo á la sazón allí estuviera
La cruda ejecución se suspendiera.

FIN

INDICE

I.—Los Indígenas.

II.—La Conquista.

III.—La Colonia.

IV.—Revolución de 1810.

V.—La Reconquista.

VI.—La Independencia.

VII. - La República.

VIII.—Régimen de autoridad.

IX.—Régimen de libertad.

GUERRAS DE ARAUCO.